

Hogar, pobreza y bienestar en México

Rocío Enríquez Rosas

coordinadora



ITESO Centro de Investigación y Formación Social

Colección
AVANCES

Hogar, pobreza
y bienestar
en México

Hogar, pobreza
y bienestar
en México

Rocío Enríquez Rosas
coordinadora

Mercedes González de la Rocha
Santiago Bastos Amigo

Rocío Enríquez Rosas y Paola Aldrete González

Juan Carlos Ramírez Rodríguez

V. Nelly Salgado de Snyder y María de Jesús Díaz-Pérez

Tanya Yadira Pérez Hernández y Victoria Angélica Torres Armenta

Diana Aguiar Aguirre y Vanessa Medrano González

Rogelio Luna Zamora

autores



Este libro fue impreso gracias al apoyo del SIMORRLOS



Colección
AVANCES

Centro de Investigación y Formación Social

ITESO

MTRO. DAVID FERNÁNDEZ DÁVALOS, S.J. *Rector*

LIC. ROBERTO GARZA-EVIA UGARTE, S.J. *Director de Integración Comunitaria*

LIC. CARLOS ORTIZ TIRADO KELLY *Jefe del Centro de Investigación y Formación Social*

CONSEJO EDITORIAL

DR. JORGE ALONSO SÁNCHEZ

DR. CARLOS ALBA VEGA

MTRA. MARÍA MARVÁN LABORDE

DRA. ROSSANA REGUILLO CRUZ

DR. LUIS IGNACIO ROMÁN MORALES

DR. ENRIQUE VALENCIA LOMELÍ

MTRO. MIGUEL BAZDRESCH PARADA

LIC. JORGE NARRO MONROY

DISEÑO: MARISOL GÓMEZ ÁLVAREZ

Y ALBERTO JIMÉNEZ MANZO

D.R. © 1999, INSTITUTO TECNOLÓGICO Y DE
ESTUDIOS SUPERIORES DE OCCIDENTE (ITESO),
Periférico Sur 8585, Tlaquepaque, Jalisco, México.

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

ISBN 968-5087-07-5

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	7
LA RECIPROCIDAD AMENZADA	13
UN COSTO MÁS DE LA POBREZA HUMANA Mercedes González de la Rocha	
MÁS ALLÁ DE LA DOMINACIÓN MASCULINA	37
Algunas propuestas para la comprensión de la dinámica de poder en los hogares populares Santiago Bastos Amigo	
CARACTERÍSTICAS DE LOS HOGARES POBRES URBANOS	71
EL CASO LAS FLORES Rocío Enríquez Rosas y Ana Paola Aldrete González	
VIOLENCIA DOMÉSTICA MASCULINA CONTRA LA MUJER:	115
¿UN SIGNO DE POBREZA? Juan Carlos Ramírez Rodríguez	

LA SALUD MENTAL DE LAS MUJERES DE ÁREAS RURALES 135
CON ALTA TRADICIÓN MIGRATORIA A ESTADOS UNIDOS

V. Nelly Salgado de Snyder y María de Jesús Díaz-Pérez

ROLES OCUPACIONALES Y MALESTAR 161
EMOCIONAL FEMENINO

Tanya Yadira Pérez Hernández

y Victoria Angélica Torres Armenta

RED SOCIAL Y DE APOYO EMOCIONAL 197
EN MUJERES POBRES URBANAS

Diana Aguiar Aguirre y Vanessa Medrano González

LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DEL MIEDO 229
Y EL ESTRATO SOCIAL

Rogelio Luna Zamora

PRESENTACIÓN

El problema de la pobreza en México es un asunto que rebasa en tiempo y magnitud los esfuerzos teóricos, metodológicos y operativos que hasta ahora se han realizado para hacerle frente y combatirlo con firmeza y consistencia. Aún cuando hoy en día contamos con sistemas de medición de la pobreza más precisos e incluyentes de variables sociales asociadas con el bienestar, no ha sido posible avanzar de la misma manera en la generación de alternativas que a largo plazo, permitan vislumbrar un avance sistemático y sostenido en la erradicación de la pobreza.

En el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), y en especial en el Centro de Investigación y Formación Social (CIFS), se han elaborado diversos programas y proyectos de investigación, intervención y formación social que buscan, de manera intencionada y bajo una óptica interdisciplinaria, cooperar en el diseño de propuestas que promuevan una mayor calidad de vida para todos los mexicanos, sobre todo para aquellos que han quedado excluidos de lo que en justicia les corresponde.

En este sentido, a finales de 1996 se inició un proyecto de investigación denominado "Salud mental y redes sociales en familias pobres urbanas: una perspectiva de género".¹ En él se estableció

1. Esta investigación cuenta con financiamiento del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) a través del Sistema de Investigación José María Morelos (SIMORELOS), con el registro 96-03-010. El equipo de trabajo que participa en esta investigación y que ha hecho posible llegar a esta etapa del estudio, está conformado por Ana Paola Aldrete González,

como objetivo central el análisis de los hogares urbanos en condiciones de pobreza extrema. Para ello, se han estudiado las relaciones entre las condiciones de bienestar/malestar social y emocional de los miembros que habitan en estos hogares, especialmente de las mujeres madres, y las características de las redes sociales a las que tienen acceso. El propósito final de este estudio es formular una serie de lineamientos que puedan servir para intervenir posteriormente en este tipo de escenarios sociales.

Los hallazgos y reflexiones derivados de esta investigación en proceso fueron motivo para la organización del foro Hogar, Pobreza y Bienestar en México, que se llevó a cabo el 23 de abril de 1999 en las instalaciones del ITESO. En este foro se compartió y se pusieron en la mesa de discusión los avances de la investigación. Se contó también con la presencia de destacados investigadores que expusieron sus trabajos recientes, en los que abordan la problemática de la pobreza en nuestro país desde diferentes perspectivas teóricas y metodológicas. Investigadores en formación, investigadores consolidados y diferentes instituciones y organizaciones civiles, preocupados por el tema de la pobreza, se dieron cita para dialogar, debatir, proponer y fortalecer vínculos de intercambio que lleven a un esfuerzo integrado que promueva, desde los diversos quehaceres propios de cada organización, mejores condiciones de vida para los más pobres de nuestro país.

Esta publicación se integró a partir de las ocho ponencias presentadas en el foro. Tres de ellas forman parte de los avances del proyecto de investigación antes mencionado. El resto fueron elaboradas por investigadores de diversas instituciones académicas del

Tanya Pérez Hernández, Victoria Torres Armenta, Vanessa Medrano González y Diana Astrid Aguilar Aguirre, todas ellas son egresadas de la Licenciatura en Psicología del ITESO y realizaron su tesis con base en este proyecto. Rocio Enríquez Rosas participa como autora y directora del proyecto. También se ha contado con la valiosa asesoría de Mercedes González de la Rocha, del Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS Occidente); Nelly Salgado de Snyder, del Instituto Mexicano de Psiquiatría, y David Vázquez Vázquez, de Servicios Computacionales del ITESO.

país y abordan temáticas específicas referentes al problema de la pobreza.

Mercedes González de la Rocha, investigadora del Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS Occidente), se cuestiona con profundidad la eficacia actual de los mecanismos de reciprocidad y las redes de relaciones, como por ejemplo las estrategias de sobrevivencia entre los pobres de las ciudades de nuestro país. Con argumentos claros y consistentes, la autora pone en la mesa de discusión lo que ella ha nombrado la erosión de los sistemas de apoyo en contextos de exclusión laboral. Su planteamiento polémico y novedoso, permite dar cuenta de los dinámicos sociales actuales en contextos de pobreza urbana.

El trabajo presentado por Santiago Bastos Amigo, investigador en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO-Guatemala) y candidato a doctor por el CIESAS Occidente, plantea la importancia de analizar las formas en que la pobreza influye en la dinámica interna y el funcionamiento cotidiano de los hogares populares. El autor aborda y analiza los modelos ideológico-culturales que orientan las conductas masculinas y femeninas al interior de estos hogares y enfatiza la necesidad de ir más allá del estudio de los patrones culturales y retomar el comportamiento concreto de los sujetos.

Por su parte, Rocío Enríquez Rosas y Ana Paola Aldrete González, de la Coordinación de Investigación Social del CIFS, exponen la diversidad de arreglos familiares que existen en los hogares pobres urbanos y toman en cuenta aspectos como: el tipo de estructura familiar, la etapa del ciclo doméstico y el tipo de jefatura de hogar. Una vez caracterizados los hogares se analiza su configuración interna, su nivel económico y algunos elementos referentes a la distribución del trabajo doméstico al interior de las unidades domésticas. Este detallado estudio, muestra cómo las familias pobres que viven en las ciudades no representan un bloque homogéneo; entre ellas hay

una variedad importante de maneras de sobrevivencia y funcionamiento. En este sentido, las condiciones de vulnerabilidad económica y social presentan también matices importantes a tomar en cuenta de acuerdo a los diferentes tipos de escenarios familiares.

Juan Carlos Ramírez Rodríguez, investigador de la Universidad de Guadalajara, analiza algunos elementos que contribuyen a reforzar y confirmar creencias sobre la violencia contra las mujeres en el ámbito de las relaciones familiares y su vínculo con la pobreza. El autor cuestiona de manera crítica los planteamientos que tienden a ubicar la violencia como una condición propia de los estratos sociales más pobres; propone que la violencia doméstica contra la mujer debe ser estudiada a partir de las formas relacionales entre géneros, donde los patrones culturales ejercen una influencia significativa.

Más adelante, V. Nelly Salgado de Snyder y María de Jesús Díaz-Pérez, de la División de Investigaciones Epidemiológicas y Sociales de Instituto Mexicano de Psiquiatría, abordan el impacto en la salud mental y en el funcionamiento psicosocial que en las mujeres de origen rural y sus familias tiene la migración laboral masculina a Estados Unidos. De manera brillante y creativa, su artículo nos muestra los ajustes que se experimentan al interior de las unidades domésticas ante la carrera migratoria de los hombres; algunos de estos cambios generan una percepción diferente en las mujeres sobre sus capacidades como encargadas del hogar y sus posibilidades de desarrollo personal. Este trabajo nos muestra un camino de investigación poco transitado en las ciencias sociales en general y donde hoy en día es importante detenernos a profundizar, ya que ante la migración, las dinámicas familiares y las relaciones de género se ven profundamente afectadas.

En el artículo de Tanya Yadira Pérez Hernández y Victoria Angélica Torres Armenta se construyen relaciones interesantes sobre la manera en que se asocian las características propias del trabajo femenino y las condiciones de bienestar/malestar emocional que

experimentan las mujeres madres en su vida cotidiana. En este estudio se ejemplifica la importancia de analizar información tanto cuantitativa como cualitativa para la comprensión de fenómenos psicosociales complejos. El interés de las autoras por adentrarse en el mundo de significados que orientan el comportamiento de las mujeres, nos permite realmente acercarnos a explorar la subjetividad femenina y la manera en que la pobreza incide en ella.

Por su parte, Diana Aguiar Aguirre y Vanessa Medrano González presentan un estudio preciso y sistemático de la manera en que están configuradas las redes sociales y de apoyo emocional en las mujeres madres de los hogares estudiados. A partir de la evaluación de la estructura, funcionamiento y calidad de las redes, se establecen conexiones con los sentimientos de malestar reportados, enunciados y significados por las mismas mujeres. Con ello, podemos adentrarnos en el mundo íntimo de los hogares, en ese espacio donde se conjugan los miedos, las alegrías, las esperanzas y muchas otras emociones que dan sentido y orientación a la vida.

Por último, Rogelio Luna Zamora, investigador de la Universidad de Guadalajara, nos introduce al interesante y reciente enfoque que concibe a las emociones como productos socialmente contruidos. El análisis del miedo, en particular al diablo, en un grupo sociocultural específico, nos acerca al mundo de los significados, los entendimientos compartidos y las experiencias emocionales vividas entre los individuos, ya sea por diferencias de género, de estrato social o de edad.

Este libro está dedicado a los pobres de México, protagonistas silenciosos de un fenómeno social del que todos somos parte. En la medida en que nuestra percepción académica nos permita transitar de la observancia y el análisis de sujetos de estudio a la conformación de elementos de transformación social, será entonces cuando la investigación social trascienda como una entidad congruente y con un peso específico más allá del diagnóstico social y sus causas.

Nuestro momento histórico plantea retos que cuestionan a la retórica y exige que los círculos académicos se mantengan atentos, sensibles y abiertos a la confrontación directa y sistemática de una realidad social, producto de la desigualdad. El verdadero mensaje de la pobreza requiere actitudes propositivas que vayan mucho mas allá del discurso y establezcan compromisos humanos más profundos. Esta edición es, entonces, una invitación al diálogo y la reflexión. Esperamos tocar tierra fértil y sembrar esperanza en beneficio de aquellos que experimentan de manera cotidiana la pobreza.

Rocío Enríquez Rosas

LA RECIPROCIDAD AMENAZADA: UN COSTO MÁS DE LA POBREZA URBANA*

*Mercedes González de la Rocha***

Todo intento por desarrollar una antropología social de la inflación o de "la sociedad post-industrial" está cargado de dificultades. Uno se ve forzado a la soledad conceptual con pocas guías metodológicas y a la hostilidad de los colegas que están listos para atacarlo a uno con dardos mortíferos tales como "empirismo insensato" o "patrañas" [...] Recorro a este trabajo empírico en forma algo difusa, en un intento por esclarecer un modelo más grande sobre la naturaleza de los cambios que llegarán a ser, sugiero, más comunes [...]

R. Pahl

Marco Polo describe un puente, piedra por piedra. —¿Pero cuál es la piedra que sostiene el puente? —pregunta Kublai Jan. —El puente no está sostenido por esta piedra o por aquella —responde Marco— sino por la línea del arco que ellas forman. Kublai permanece silencioso, reflexionando. Después añade:

—¿Por qué me hablas de las piedras? Lo único que me importa es el arco.

Polo responde: —Sin piedras no hay arco.

Italo Calvino, Ciudades invisibles

Si fuera posible hablar del intercambio social en sí mismo, como si éste fuera independiente de fenómenos que van más allá de las fronte-

* Versiones anteriores de este texto fueron presentadas en el Congreso de la Society for Latin American Studies (SLAS) celebrado en la ciudad de Cambridge, Inglaterra, del 9 al 11 de abril de 1999, y en el foro Hogar, Pobreza y Bienestar en México realizado en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), en Guadalajara, Jalisco, el 23 de abril de 1999. Agradezco la generosidad de dos colegas investigadoras del Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) del Distrito Federal, Lucía Bazán y Margarita Estrada, quienes me han compartido sus hallazgos e ideas, con los que hemos dado un paso para aminorar la soledad conceptual de que habla Pahl (véase la primer epígrafe). Contar con interlocutores como ellas no sólo disminuye esta soledad sino que constituye una segura armadura contra los dardos mortíferos.

** Investigadora del CIESAS Occidente.

ras que lo delimitan, podríamos prescindir de las piedras de que habla Calvino en voz de Marco Polo. Aquí insisto en la necesidad de describir las piedras que forman el arco en que se sustenta el puente del intercambio social, la reciprocidad y las redes de relaciones que han formado parte de la sobrevivencia urbana entre los pobres de las ciudades mexicanas. Me limito a exponer una idea que forma parte de un trabajo de reflexión más amplio (González de la Rocha, 1998a y 1998b), que plantea la erosión del modelo de sobrevivencia basado en estrategias de intensificación de la mano de obra familiar y de ayuda mutua entre los pobres urbanos en contextos históricos y sociales caracterizados por continuas crisis económicas y de exclusión laboral. Sin pretender repetir lo formulado en esos textos, me centro en el tema de las relaciones de solidaridad y reciprocidad, los *networks*, o relaciones de intercambio social.¹ Para ello discuto los elementos más importantes de lo que he llamado erosión de los sistemas de apoyo en contextos de exclusión laboral.² Sé, de antemano, que mi planteamiento es polémico. Por eso, y sin temor al debate, inicio con los planteamientos de autores que han abordado el tema de las redes sociales y la reciprocidad para, posteriormente, dialogar con sus posturas a la luz de mis hallazgos, y apoyándome además en investigaciones realizadas por antropólogos urbanos cuyas conclusiones coinciden con las mías.

LAS REDES SOCIALES Y LA RECIPROCIDAD COMO SOLUCIÓN

Resulta sorprendente constatar que la mayoría de ideas sobre reciprocidad, solidaridad y ayuda mutua son de naturaleza estática y

1. Mi interés en la naturaleza dinámica de las redes sociales y su vulnerabilidad al cambio ya estaba presente en el par de textos citados, como parte del proceso de erosión de los mecanismos de sobrevivencia de los pobres urbanos. En este artículo pretendo avanzar en la reflexión del impacto de las condiciones económicas cambiantes en el ámbito de las relaciones sociales de los pobres urbanos.
2. William Julius Wilson desarrolla ésta y otras ideas en su sugerente libro *When work disappears. The world of the new urban poor* (1997). El trabajo de Wilson merece una

restringida. Según esta concepción el intercambio social es un fenómeno inamovible y no sujeto al cambio. La noción de que estos elementos (reciprocidad, solidaridad y ayuda mutua) forman parte de la "solución", y las estrategias con las que los pobres enfrentan el cambio económico permanece en los textos especializados en el tema. En una especie de constatación recurrente de lo planteado por autores ya clásicos como Lomnitz (1975), los escritos contemporáneos siguen encontrando en las redes sociales y en la reciprocidad, la autoayuda y la ayuda mutua, la solución a un amplio número de problemas que los pobres enfrentan cotidianamente. En esta línea se ubican varios autores, como Chiarello (1994), que señala:

[...] siempre, pero sobre todo cuando la situación económica empeora, el modo recurrente a través del cual los individuos le hacen frente consiste en socializar los esfuerzos de la familia y en explotar los recursos disponibles en el ámbito familiar y en los ambientes sociales circundantes. Después de todo, la familia y las redes sociales han representado siempre el amortiguador más eficaz de las adversidades económicas [...] (Chiarello, 1994: 183).

Ésta ha sido una idea compartida por muchos autores, nutrida por sus investigaciones acerca de las actividades opcionales al sector del empleo formal y de las formas como los trabajadores se organizan para enfrentar la escasez del salario y las crisis económicas. Las redes sociales aparecen, entonces, como "un refugio contra la desocupación en el sector formal" (Chiarello, 1994), como un "seguro de desempleo a la latinoamericana" (Lomnitz, 1975) y, en

discusión detallada que lleve a reflexiones profundas. Desafortunadamente, esa discusión no pudo incorporarse en este texto. Sin embargo, me parece necesario mencionar que, a pesar de las profundas diferencias entre la sociedad norteamericana y la sociedad mexicana, los planteamientos de este autor pueden arrojar luz a nuestra comprensión de los procesos de cambio de las familias y las relaciones cotidianas de los pobres urbanos.

general, como formas viables para mitigar las dificultades económicas.

Gershuny, en su discusión acerca del papel de la economía informal en la sociedad postindustrial, afirma que el crecimiento de la economía familiar y de lo que él denomina sector comunitario (organizaciones voluntarias de cuidado infantil, por ejemplo) se relaciona con el alza de precios de los servicios en el mercado, en comparación con el costo decreciente de los "bienes de capital domésticos" (Gershuny, 1994: 113). Así, la economía de intercambios familiares, caracterizada por intercambios generalizados, implícitos y no cuantificables, compensa los aumentos de costos de la economía extrafamiliar. No deja de haber aquí similitudes con los planteamientos antes descritos, en los que el intercambio social amortigua, compensa y en cierto modo soluciona las necesidades y los problemas de escasez de recursos en contextos donde el empleo formal ha sufrido mermas significativas.

Las investigaciones realizadas en ciudades mexicanas han contribuido a concebir las redes de relaciones como colchones amortiguadores de la pobreza. Lomnitz (1975) descubrió estas redes en la base de la sobrevivencia de los pobres urbanos de Cerrada del Cóndor, una barriada (asentamiento de bajos recursos) de la ciudad de México. El intercambio de favores —"sistema económico informal, paralelo a la economía de mercado"— resultaba crucial para las economías de estos habitantes urbanos, bajo el lema "hoy por ti, mañana por mí", en una relación de reciprocidad entre iguales. La reciprocidad, mecanismo social por excelencia de este intercambio, permite la continuación, la permanencia de las relaciones sociales. Reciprocitar un favor, una ayuda, el apoyo recibido en un momento difícil o en cualquier momento de la vida cotidiana es, de hecho, dejar la puerta abierta a la relación; no reciprocitar implica lo contrario. Sabemos que la reciprocidad no se basa en parámetros inflexibles

de lo intercambiado y de los tiempos de ese intercambio. Hay intercambio recíproco de larga duración, por ejemplo, cuando la ayuda de los padres a los hijos es "devuelta" una vez que los hijos se hacen adultos y ayudan a sus ya viejos padres. La reciprocidad, de esta forma, no significa el flujo de los mismos bienes o servicios, ni la inmediatez del intercambio (el "hoy por mí, mañana por ti" no necesariamente se refiere a un "mañana calendárico"). Sin embargo, los intercambios más cotidianos entre vecinos, amigos y parientes sí dependen, como lo apuntaba Lomnitz, de flujos en los que "devolver" el favor y la ayuda en el presente etnográfico es un ingrediente crucial.

Tanto en mi investigación sobre la organización de los grupos domésticos urbanos a principios de los ochenta (González de la Rocha, 1986) como en los estudios sobre hogares y familias de proyectos de investigación posteriores (González de la Rocha, 1988 y 1994), las redes sociales aparecieron como elementos esenciales de la sobrevivencia de los trabajadores y los sectores populares urbanos. A través de las redes y del intercambio social recíproco, los trabajadores y sus familias lograban acceder a bienes y servicios necesarios para la vida cotidiana, a información relevante respecto al trabajo, y al apoyo y la solidaridad entre iguales, que, como se ha visto, son ingredientes cruciales del bienestar. Así, los parientes, vecinos, compañeros del trabajo, compadres y amigos conformaban lo que Bazán llama "la urdimbre de la vida cotidiana", tejida en torno al trabajo, la familia y la vecindad (Bazán, 1998: 6).

El estudio de estos fenómenos se inscribe en análisis que pretenden explicar el modo en que los habitantes urbanos sobreviven en condiciones de pobreza. El énfasis se marca en la multiplicidad de fuentes de ingreso de las economías domésticas y familiares. Las estrategias de sobrevivencia, se plantea, son de naturaleza múltiple en dos sentidos:

- Por la existencia de varios generadores de ingresos al interior de los hogares.
- Por la multiplicidad de fuentes de estos ingresos, teniendo en cuenta que además del salario obtenido en el mercado laboral, los grupos domésticos tradicionalmente recurren a otras fuentes para la obtención de recursos no monetarios aparentemente cruciales para la economía hogareña.

Muy a la usanza de Wallerstein *et al.* (1982), se entiende el ingreso en un sentido amplio como todo lo que de hecho entra (*income as everything which comes-in*) en los hogares, sea dinero a través del salario, bienes intercambiados, servicios trocados, etcétera.

La crisis económica de los ochenta produjo estrategias de intensificación de los mecanismos tradicionales de sobrevivencia, de modo que los grupos domésticos respondieron enviando más integrantes (sobre todo las mujeres adultas y casadas) al mercado laboral, trabajando más en sus hogares ante la mayor carga de trabajo doméstico (que aumentaba a la par que los hogares crecían en extensión y número y se retraían del mercado para acceder a bienes y servicios producibles en casa), y valiéndose de sus redes de apoyo (García y Oliveira, 1994; Chant, 1991; Selby *et al.*, 1990, y González de la Rocha, 1988 y 1994). Los ochenta fueron escenario de una intensificación de esas prácticas y relaciones, y amigos, parientes y compañeros de trabajo compartieron la escasez y sacaron provecho de sus relaciones en común. La solidaridad y la reciprocidad se percibieron de nuevo como un arma crucial en la batalla contra la pobreza y los cambios producidos por la reestructuración económica (González de la Rocha, 1994; Estrada, 1996a y 1996b, Bazán, 1998). Cuando nos preguntaban por los límites de esas respuestas, sólo rescatábamos nuestro optimismo por la efectividad de la organización familiar y las

redes sociales para amortiguar la escasez y la creciente pobreza.³ Cuando mucho, se planteaba que la sobrevivencia dependía de esa combinación de elementos, en la que el salario se complementa con el ingreso de las otras fuentes. Engolosinados como estábamos con nuestros hallazgos, no predijimos cambios que la realidad se encargaría de mostrar.

No planteo que nuestros planteamientos previos sobre la importancia de las diversas fuentes de ingresos para las economías domésticas —entre ellos los provenientes del intercambio social— hayan resultado equivocados. Muchos hallazgos de investigaciones sobre mercados laborales y familias durante los ochenta fueron clave para entender la cambiante sociedad mexicana de esos años (véanse los trabajos de García y Oliveira, 1994; Selby *et al.*, 1990; Chant, 1991; González de la Rocha, 1988 y 1994; Benería, 1992; Benería y Roldán, 1987; González de la Rocha y Escobar, 1995 y 1996, entre otros). Más aún, gran parte de esos hallazgos se convirtieron en líneas de investigación que ahora gozan de buena salud y reputación. Mi crítica no cuestiona la legitimidad de esos argumentos sino que después de las profundas transformaciones que dos décadas de crisis han producido en la sociedad se siga repitiendo el mismo argumento, como si los fenómenos fueran estáticos y las relaciones sociales no se derivaran de la construcción de los sujetos conforme a su situación, sus posibilidades y recursos (Chiarello, 1994; Gershuny, 1994).

LA RECIPROCIDAD AMENAZADA

Al parecer, las crisis económicas recurrentes y el consiguiente desgaste de la población de escasos recursos provocan estragos que nunca imaginamos. La familia, como instancia que resuelve los pro-

3. Los títulos de las publicaciones y textos producidos son evidencias de nuestro optimismo respecto a la efectividad de la familia: sobre los recursos de la pobreza, crisis económica y trabajo femenino, de González de la Rocha, y sobre los errores de diciembre y los aciertos familiares, de Bazán y Estrada, entre otros.

blemas de escasez, ha experimentado cambios en su organización y en su posibilidad de responder con sus estrategias tradicionales de sobrevivencia. La idea de que los pobres "se las arreglan" a través de la instrumentación de mecanismos sociales para sobrevivir, pase lo que pase, encuentra obstáculos para su aplicación en contextos y momentos históricos de exclusión laboral. El salario no es simplemente "uno más" de la amplia gama de recursos que los pobres manejan para solucionar los problemas cotidianos y organizar su economía doméstica. El énfasis en la multiplicidad de fuentes de ingresos nos impidió visualizar al salario como el recurso que permite acceder a las otras fuentes de ingresos (incluido el que proviene del intercambio social), como el motor de la sobrevivencia y reproducción de los trabajadores y sus grupos domésticos en una sociedad como la del México urbano.

La idea central de mi argumento es que la participación en las redes sociales tiene costos (González de la Rocha, 1998a y b): por un lado, requiere tiempo y dedicación para "estar disponible" cuando uno es requerido; por otro, y sobre todo tratándose de la realidad mexicana de mediados de los noventa, esa participación conlleva una serie de costos materiales que no podemos ignorar. El intercambio social que fluye por esas redes incluye bienes y servicios, que son las piedras que sostienen al puente y requieren inversión de recursos. En investigaciones sobre familias y hogares de los sectores populares de Guadalajara y México encontré que los más pobres eran incapaces de participar del intercambio social en las redes de apoyo. La mayor pobreza era, en parte, el costo de su aislamiento social, pero ambos factores se relacionaban en una especie de círculo vicioso que los intensificaba.⁴ El análisis de estos casos en mis investigaciones reforzaba también la importancia de las redes sociales para el bienestar, y el tratamiento analítico de los pobres aislados, como caso

4. En 1973, Roberts encontró también esta perversa asociación en su investigación en Guatemala.

desviante, ejemplificaba el efecto nocivo en el bienestar de la ausencia de dichas redes. Tanto los hogares de jefatura femenina como los hogares de empleados domésticos (de planta), aislados de su contexto social, parecían más vulnerables por carecer, precisamente, del colchón amortiguador que las redes sociales y el intercambio recíproco proveen (González de la Rocha, 1986 y 1994).

Los noventa han convertido estos casos desviantes en ejemplos más frecuentes. La pobreza de recursos, en gran parte causada por el deterioro del empleo y la dificultad de mantenerse en un trabajo asalariado que las crisis sucesivas han heredado a muchos habitantes urbanos, los vuelve menos capaces de acceder a los beneficios del intercambio social. La reciprocidad familiar y vecinal en las relaciones cotidianas de las clases trabajadoras, la participación en redes solidarias de apoyo y los intercambios horizontales entre iguales pueden perder la vigencia que gozaron algún día, sobre todo cuando el salario escasea y la pobreza se recrudece. Sin duda, la fuerza de trabajo es el recurso más importante de los pobres urbanos (Moser, 1996; González de la Rocha, 1994). La capacidad de vender la fuerza de trabajo es, entonces, el principal mecanismo de sobrevivencia (sin menospreciar el trabajo invertido en producción doméstica de bienes y servicios para el consumo familiar). Los efectos de las crisis recurrentes sobre el empleo pueden mermar esa capacidad, lo que puede erosionar, como plantea Moser (1996), el capital social con que cuentan los pobres urbanos para su cotidiana lucha por sobrevivir.

Las ideas de Mingione resultan sumamente útiles al argumento de la reciprocidad amenazada. Para él las redes sociales entre amigos, parientes y vecinos son más extensas y eficaces, desarrolladas y favorables a ciertas unidades domésticas, y no a todas por igual. Si seguimos con cautela el trasfondo de esa "selectividad", encontramos que Mingione atribuye la efectividad a los grupos domésticos estables y de dimensiones medianas o grandes. En las investigaciones

sobre organización doméstica y el mercado laboral de Guadalajara, encontré que los hogares medianos o grandes gozaban de mayor bienestar que los pequeños, y aunque lo atribuí a la asociación entre mayor tamaño y etapas consolidadas del ciclo doméstico (cuando los hijos se convierten en generadores de ingresos por su participación en el mercado laboral) y, por lo tanto, a la posibilidad de ingresar más salarios a la economía del hogar, pueden haber sido los hogares con tejidos de solidaridad comunitarios más extensos y desarrollados. Así como las redes intensas de intercambio social pueden favorecer a los hogares de mayor tamaño y a los más estables (factor que parece depender, en parte, del proceso de consolidación en el tiempo doméstico/familiar), las redes discriminan a los grupos domésticos móviles, a los recién establecidos, y a los que padecen problemas críticos (Mingione, 1994: 170). En forma similar a lo que este autor plantea, encontré que las parejas recién unidas se encuentran en situación crítica respecto a su capacidad de mantener relaciones sociales efectivas y benéficas para sus múltiples necesidades, como equipamiento del hogar, nacimiento de los primeros hijos, etc. (González de la Rocha, 1986 y 1994). Según Mingione, participar en opciones informales, de autoservicio o en redes sociales es una inversión posible para grupos domésticos que cuentan con una renta garantizada, un ingreso seguro que los respalda o al menos el proveniente de un trabajador "fuerte", y el número de miembros suficiente para mantener el "involucramiento" en esas opciones informales y redes sociales (véanse también Pahl, 1994; Pahl y Wallace, 1985, y Mingione, 1985).

Para sustentar la idea del proceso creciente de aislamiento social en contextos de exclusión laboral, hay que remontarse a lo sucedido en México en 1995 y años posteriores, cuando la renta (o ingreso) garantizada de Mingione sufrió estragos importantes, obstaculizándose la inversión de recursos en relaciones sociales. Me baso en material de campo de entrevistas realizadas en distintos momentos entre 1995 y 1997 con habitantes de Guadalajara, y me apoyo en las

evidencias reportadas por Bazán (1998) y Estrada (1996a y b) en el caso de la ciudad de México. No pretendo extender mi generalización a todas las zonas urbanas mexicanas ni mucho menos a todo el país, pero lo considero un proceso mucho más generalizado de lo que se cree en el medio (académico o de trabajo social), empeñado en ver en la solidaridad popular y en la reciprocidad familiar un absoluto, un rasgo invariante de la sobrevivencia de los sectores populares (y también como un elemento casi moral, un valor ético y legitimador de mucho de lo que hacemos como investigadores o como activistas sociales). Considero asimismo que si persisten y se refuerzan las políticas económicas que favorecen la exclusión laboral de las mayorías trabajadoras, el fenómeno del aislamiento social y la consiguiente reciprocidad amenazada serán más comunes que lo deseable.

En muchas entrevistas hay indicios de lo que yo llamo aislamiento social; esto no significa que sean personas marginadas del contacto con otros individuos, especies de ermitaños de las postrimerías del siglo XX, sino que la pobreza ha mermado su capacidad de entablar y mantener relaciones sociales de tipo recíproco (ayuda mutua). Expongo los casos más elocuentes.

El caso de María, quien vive con sus hijos solteros, separada del marido a principios de los noventa, resulta ilustrativo. Según expresa, aparte de Juana, amiga solidaria y vecina, no tiene más amistades ni con quien relacionarse en su barrio. Pasa sus días en el arduo trabajo doméstico y atendiendo las necesidades de sus hijos, quienes tienen empleos eventuales y sostienen el hogar con sus magros salarios. María visita muy poco a sus familiares, que viven en la misma ciudad, pero en colonias alejadas. La razón que esgrime acerca del muy escaso contacto con sus familiares tiene que ver con cuestiones económicas, con la aguda pobreza que experimentan ella y sus hijos. Simplemente, María no tiene para pagar los autobuses urbanos que la trasladen, de ida y de regreso, a la casa de sus familiares. Prefiere emplear el poco dinero con que cuentan para atender las necesidades

más apremiantes de la familia nuclear: la comida (en ocasiones no alcanza sino para una olla de frijoles y unas pocas tortillas) o un par de zapatos para alguno de los hijos de vez en cuando, y sueña con reparar el techo de la casa para evitar las inundaciones de temporada de lluvias. Sus hijos tienen más contacto social (los que aún están en edad escolar), con sus compañeros de escuela o con sus compañeros de trabajo. Una hija, que ni estudia ni trabaja, mantiene intenso contacto con amigos del barrio. Pero María no está de acuerdo con esas relaciones, pues se trata de muchachos y muchachas que atraviesan la misma situación que la hija, no estudian ni trabajan, y pasan los días en la calle organizados en pequeñas pandillas, o bandas, y no faltan los conflictos callejeros. María, entonces, aconseja a su hija que no se involucre con esos muchachos; prefiere que le ayude con las tareas del hogar. Además de estas relaciones (de escuela, trabajo o grupos de jóvenes en el barrio) y del contacto de María con su única amiga del barrio, los integrantes de este grupo doméstico no tienen vínculos significativos ni con sus parientes de la misma Guadalajara ni con nadie más. Los intercambios cotidianos derivados de la proximidad física del barrio están ausentes.

El caso de la familia Escobedo ilustra con igual claridad el aislamiento social que acompaña al proceso de empobrecimiento. El origen, en este caso, fue la partida del hijo proveedor a Estados Unidos y la gradual pero real desaparición de las remesas económicas de este miembro. Desde que Martín partió a Estados Unidos la economía de este hogar se alimenta con los ingresos de Patricia, hermana de Martín y madre soltera con tres niños (400 pesos al mes), y la pensión por jubilación de Juan (860 pesos al mes), el padre de los niños. Durante muchos años sólo contaban con los ingresos de Patricia y con lo que Martha (hermana de Patricia que padece un severo retraso mental) pide en las calles como limosna. De hecho, su adeudo por el servicio de agua era tal en 1997, que debían más de 1,000 pesos sólo de agua. Poco más de 1,000 pesos (el equivalente a 100 dólares) al

mes es el presupuesto de un hogar conformado por cuatro adultos, una adolescente de 15 años y dos niños, de ocho y diez años.

Martha, con todo y su retraso mental, se dedica a sus labores de limosnera. Julia, la madre, mujer de casi 70 años cuenta:

Se va, agarra camino. Un día se va para el centro, otro día para el mercado de Atemajac... y así, le pide a la gente; los de los mercados y las tiendas ya la conocen y le dan. Yo antes trataba de detenerla, me daba miedo que se perdiera, que algo le pasara, pero me pierdo yo más que ella. Y eso de que pida limosna, antes no me gustaba, ahora la dejo; pienso que ese es su destino, para eso es llamada.

Martha toma algunos camiones, camina mucho para llegar a los sitios a donde va. Les dice: "mire, a mí me dan ataques y no tengo dinero, ¿me podría ayudar para las medicinas, útiles, comida, de mi familia? Le dan de todo: dinero, comida, útiles escolares. Viera nomás... cuando van a entrar estos niños a la escuela [sus nietos, hijos de Patricia], al inicio del año, ya tienen todos sus útiles; libros no, pero sí todos sus cuadernos, lápices, plumas, que se los consigue Martha. Me trae de todo: frijol, arroz, carne del mercado de Atemajac. Pero no crea que nada más pide, se acomide a ayudar, a fregar los platos en los puestos del mercado...

Martín, el hijo que emigró a Estados Unidos, regresó a Guadalajara para "probar" sus opciones laborales y planear un posible retorno a su ciudad natal. Contrajo matrimonio en Estados Unidos, donde nacieron sus dos hijos. Desde que se casó dejó de enviar dinero a su familia de origen. En diciembre de 1996 fue a Guadalajara acompañado de su esposa y su primer hijo; se estuvieron poco más de un mes en la casa de los Escobedo, los padres y hermanos de Martín. Desde entonces la familia ha sabido poco de ellos. Martín casi no

llama por teléfono y escribe poco. Ya nunca envía remesas, tan sólo un pequeño giro para el Día de las Madres, si acaso. Martín continúa como emigrante indocumentado y, no obstante, su familia de origen duda sobre su regreso definitivo a Guadalajara. La "prueba" no fue exitosa:

Yo creo que ya no se regresan. ¿A qué se regresan si aquí no hay trabajo, no hay posibilidades? En todo el tiempo que estuvieron aquí sólo encontró chambitas, ningún trabajo bueno, regular. Hacía cuentas de lo que ganaba aquí con lo que gana allá y pues se fueron de regreso.

Las relaciones con sus hijos y hermanos que viven en Guadalajara se han vuelto poco intensas y muy irregulares. "Ahora que estuve enferma, con bronconeumonía, vinieron a verme un día. Aquí se estuvieron un rato... pero no, casi nunca vienen". Tampoco reciben ayuda económica de su parte. Julia, cuya voz aparece en estos testimonios, tampoco acude a visitar a sus hijos no corresidentes de manera regular: "Voy muy de vez en cuando, pero casi no, porque aquí me necesitan. Los niños [hijos de Patricia] no saben estar sin mí; yo aquí los atiendo mientras Patricia está en el trabajo".

En varias ocasiones los miembros de este hogar, y especialmente Julia y su marido, han hecho explícito su resentimiento hacia los hijos casados (que viven en Guadalajara), que han corrido mejor suerte económica y viven en colonias "mejores" que la barriada en que viven ellos y los ven "menos" (jerárquicamente y en cuanto a intensidad y frecuencia de las visitas).

Otros testimonios recopilados durante el trabajo de campo realizado en Guadalajara entre 1995 y 1997 apuntan en la misma dirección. Incluyo aquí el de Lino, un hombre de 33 años con una amplia pero errática trayectoria laboral. Su testimonio es elocuente respecto a la naturaleza dinámica y cambiante de la ayuda que se recibe de los

parientes. Hay momentos en que se puede prestar esa ayuda y otros en que es imposible. Los cambios en la estructura del empleo en Guadalajara a mediados de los noventa obstaculizaron la "disponibilidad" de los sujetos para entablar o mantener relaciones solidarias:

¡Ay!, nunca me había pasado que no encontrara dónde. Si no la hacía yo de albañil, me ocupaban de cargador o con mi hermano el chicharronero.⁵ Pero ahora a él le va tan mal que no me puede alivianar. Ahora ya no tengo ni siquiera para ponerme a vender algo, como antes que vendía yo fruta, elotes hervidos. No alcanza el dinero ni pa'l chivo.⁶ Y yo he visto que en algunos trabajillos por ahí de albañil o de empleado como que ya piden que uno tenga más estudio. Por eso es que ésta [refiriéndose a la esposa] y yo nos metimos a la primaria para adultos. Ahora ya no hay trabajo en donde sea. Hasta eso de los peones está como que ya hay muchos o sabe qué es lo que pasa; el caso es que no sale la chamba. Por eso ahora yo me he conformado con vender garrafones de agua. Me dan chance de vender sólo tres días a la semana. Me dan 12 garrafones para vender de casa en casa y me prestan el triciclo y casi siempre sí los vendo todos, pero el mal está en que no puede trabajar uno todos los días. Yo ya me estoy desesperando; me pagan a comisión: 2.50 pesos por cada garrafón, entre 25 y 30 pesos por día que me dan chamba. Pero me aguanto porque no encuentro nada de albañil, y Nazario, mi hermano, con lo del chicharrón ya no le va tan bien como para echarme la mano (Lino, 33 años, residente de la Colonia Indígena en Guadalajara).

5. "Chicharronero" es quien prepara chicharrones con la piel de cerdo que se fríe en aceite muy caliente para su venta.

6. "Chivo" es una palabra que en el español coloquial de Guadalajara y su región se utiliza para referirse al gasto alimentario del hogar.

Es interesante constatar que Enríquez en su actual investigación sobre bienestar y malestar emocional entre mujeres de escasos recursos de un barrio de Guadalajara, ha encontrado vínculos sociales escasos y deteriorados. Se trata de mujeres que no sólo viven en medio de una dispersa y escasamente poblada red de relaciones sociales sino que manifiestan, como una de sus más significativas emociones, un profundo miedo a la soledad. El temor a la soledad, el miedo de no contar con el apoyo de seres cercanos, no es una emoción que tenga que ver con una situación futura en la que se visualicen estas mujeres en la vejez, sumidas en la escasez de recursos y el aislamiento social; es una de las emociones que experimentan ahora, ante una situación presente. El análisis de Enríquez, aún en proceso, no permite ver si el mayor aislamiento social se asocia a situaciones laborales más precarias e inestables, pero es probable que así sea. Por otra parte, su investigación aporta elementos muy valiosos para relacionar niveles de pobreza y estabilidad/precariada laboral con el bienestar/malestar emocional y el papel de las redes sociales en la mitigación tanto de la pobreza como de los nervios, las tristezas y los miedos de las mujeres.

Bazán (1998) y Estrada (1996a y b) dan cuenta del proceso de deterioro de las redes sociales y el creciente fenómeno de aislamiento social por que han pasado los extrabajadores de la refinería 18 de Marzo, en la ciudad de México. Las relaciones con los parientes, los hogares extensos en los que se tejían intensas relaciones de solidaridad y ayuda mutua, han propiciado una especie de atomización de hogares nucleares donde la ayuda mutua ha desaparecido. El deterioro económico de las últimas dos décadas —apuntan las autoras—, el elevado índice de desempleo que se ha experimentado en México a mediados de la actual década a causa de los de los procesos de restructuración industrial y apertura comercial, y el deterioro del poder adquisitivo del salario, han producido una creciente incapacidad para actuar solidariamente a la usanza de épocas anteriores.

Estas investigaciones ilustran de manera contundente los efectos del desempleo en el intercambio social de los extrabajadores de la refinería. Las familias de estos trabajadores formaban parte de la llamada aristocracia obrera. Quizá el elemento que convierte a éste en un caso *sui generis* es que, por tradición en el gremio petrolero y por la fuerza de su sindicato, los trabajadores contaban con el derecho laboral de heredar su plaza de trabajo al morir, pudiendo sugerir en vida el ingreso de familiares para los puestos vacantes de la empresa. Así, las economías de familias enteras dependían del trabajo desempeñado en la refinería. Como sabemos, los grupos domésticos que entran en esta categoría *sui generis* de trabajadores, cuentan con la heterogeneidad laboral como un amortiguador de la eventual pérdida del empleo de un miembro (González de la Rocha, 1994). Pero este carácter especial de total dependencia de una fuente de trabajo se distingue por sus propiedades heurísticas sumamente interesantes; puede sugerir, quizá más que otros casos, la idea del intercambio social como ingrediente del bienestar económico que brinda un empleo seguro y constante, y los efectos de la pérdida del empleo en la capacidad de entablar y mantener relaciones sociales. Los hallazgos de Bazán y Estrada dan cuenta de un proceso de cambio que debemos considerar en nuestras reflexiones acerca del México urbano de hoy y los efectos nocivos de la falta de empleo.

Mientras la refinería operó y el trabajo ahí desempeñado constituía la fuente más importante de ingresos de las familias petroleras, se generó un tejido social de relaciones intensas y cotidianas que se estructuraban y tomaban forma en torno al trabajo, la familia y la vecindad entre los integrantes de los barrios de los trabajadores: "[...] las amistades, los compadrazgos surgían [...] Y en torno al trabajo y la vecindad compartida crecieron y se consolidaron estas familias" (Bazán, 1998: 6). Los miembros de familias de varias generaciones interactuaban de manera continua y cotidiana. La gran cercanía física se sumaba al apoyo para obtener y mantener el empleo, a

la ayuda entre mujeres en la crianza de los hijos, y a las celebraciones rituales en que participaban parientes, amigos, vecinos y compadres.

Según Bazán, el desempleo de proporciones masivas experimentado por los extrabajadores produjo cambios significativos en la organización social de las familias y sus grupos de parentesco. Aunque las viviendas alojaron familias ampliadas, no existía una economía común ni se compartían gastos, como antes había sido la norma. Esa atomización de pequeños núcleos familiares se produjo a la par que desaparecieron sus relaciones recíprocas, "pues nadie tenía la certeza de disponer de recursos (en bienes o servicios) para devolver el apoyo recibido" (Bazán, 1998: 8). Las fiestas y celebraciones familiares ya no pudieron costearse, por lo que se distanciaron más los miembros de las familias.

Así, el desempleo [...] vino a incidir en un elemento que parecía intocable: la solidaridad familiar amplia y trigeracional. Las familias nucleares se aglutinaron y la colaboración al interior de cada una de ellas se hizo muy intensa a costa de la relación con la familia extensa: las mujeres salieron de sus casas a conseguir trabajo y los hijos empezaron a participar en actividades productivas. Las relaciones con la familia más amplia se debilitaron e incluso se tiñeron de enojos y resentimientos (Bazán, 1998: 10).

REFLEXIONES FINALES

Los casos reportados en este artículo no pretenden convencer al lector con una imagen de aislamiento total. Se trata de sujetos que hablan con otros individuos, y mantienen interacciones sociales en sus vidas diarias; son personas que se perciben a sí mismas como parte de grupos sociales, a los que se dota de significados con sentido para sus vidas. Se saben miembros de familias, de grupos, de pares, y tienen amigos y compadres. Se han beneficiado, sobre todo en el

pasado, de pertenecer a esos grupos, a través de la ayuda que padres, madres, amigos, tíos y compadres les han proporcionado en la consecución de empleos, en el cuidado de los niños mientras se acude al sitio de trabajo, o para salir de un apuro. En sus historias laborales y vitales abundan las referencias acerca de la importancia que estas relaciones solidarias han tenido en el desarrollo de sus vidas. Considero necesario, sin embargo, enfatizar en el elemento de la reciprocidad amenazada, que aparece también en sus testimonios como parte de los retos impuestos por las dificultades económicas y laborales experimentadas a partir de 1995. Se trata de evidencias que no gustan, que incomodan, a las que suele prestarse poca atención y pasan, generalmente, inadvertidas, yo he querido incluirlas, en un intento de entender que las relaciones de reciprocidad y solidaridad no son recursos inagotables, y que el intercambio social es vulnerable a la pobreza de recursos.

La enseñanza de estos casos apunta hacia varias direcciones; la más importante es quizá el hecho de que las estrategias de sobrevivencia —y cada uno de los mecanismos sociales que las conforman— no son fenómenos inmutables. Los grupos domésticos constituyen unidades sociales dinámicas y divergentes que reaccionan y cambian según las circunstancias sociales y económicas en que están inscritas. Las formas de relacionarse con los parientes, vecinos y amigos, los mecanismos de ayuda mutua y el intercambio social, están asociados con el acceso y uso de recursos. No son fenómenos estáticos, sobre todo al producirse cambios rápidos y profundos en las circunstancias sociales de las personas, ya sea afectando los mercados laborales o incidiendo a nivel individual como las enfermedades o crisis maritales. Según Anderson, Bechhofer y Kendrick (1994), los desempleados y los viejos son los individuos menos capaces de pensar estratégicamente, pues el pensamiento estratégico, lejos de ser estático, recurre a la constante reexaminación y revisión, pero sobre todo se relaciona con la posesión de recursos. Aunque no

hemos hablado de pensamiento estratégico sino de relaciones de ayuda encuadrables en lo que estos autores llaman *coping devices* (estrategias de corto plazo), considero sus hallazgos útiles por el papel que juega la posesión de recursos no sólo en cuanto proporciona capacidad de planear y organizar la vida sino en lo concerniente al desarrollo de las relaciones cotidianas que forman parte de los procesos de intercambio social. La ayuda mutua, lejos de ofrecer una solución inagotable a los problemas de los pobres urbanos, es sensible y vulnerable a la falta de recursos. La privación de recursos y la inseguridad económica constituyen serios obstáculos para la instrumentación de estrategias (Anderson, Bechhofer y Kendrick, 1994), y para el mantenimiento de relaciones recíprocas.

Por supuesto, hay mucho camino por delante. De los estudios aquí citados, sólo el de Lomnitz analiza específicamente el intercambio social a través de las redes de ayuda mutua; los demás nos hemos dedicado a otros problemas y apenas tocamos de manera lateral el gran tema de la reciprocidad, como solución a los problemas de la pobreza o en su nuevo estado amenazado. Faltan estudios sistemáticos que nos lleven a adentrarnos en estas relaciones para averiguar los contextos en que florecen y aquellos en que han sido erosionadas. Aquí he sugerido que se requiere cierta base de seguridad económica para que los habitantes urbanos de escasos recursos puedan aprovechar sus relaciones sociales y convertirlas en el capital social a que se refiere Caroline Moser. Pero también se ha sugerido, aunque tímidamente, que ciertos escenarios domésticos, con características específicas de tamaño, composición, etapa del ciclo doméstico y número de generadores de ingresos, favorecen la reciprocidad y solidaridad entre parientes, amigos y compadres. La reciprocidad amenazada es, quizá, uno de los elementos más grises y sombríos de la vida urbana actual, que atenta no sólo contra nuestro optimismo sino contra la sobrevivencia de los pobres aislados.

BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, Michael; Frank Bechhofer y Stephen Kendrick (1994). "Individual and household strategies", en Anderson, Michael; Frank Bechhofer y Jonathan Gershuny, *The social and political economy of the household*, Oxford University Press, Nueva York.
- Bazán, Lucía (1998). "El último recurso: las relaciones familiares como alternativas frente a la crisis", ponencia presentada en el Congreso Internacional de la Latin American Studies Association (LASA), Chicago.
- Bazán, Lucía y Margarita Estrada (1997). "Los errores de diciembre y los aciertos familiares: estrategia frente a la crisis", en *Ámbitos de sobrevivencia y solidaridad*, Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia / PUEG / Conapo / Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco, México.
- Benería, Lourdes (1992). "The mexican debt crisis: restructuring the economy and the household", en Benería, Lourdes y Shelley Feldman (eds.), *Unequal burden. Economic crisis, pesistent poverty, and women's work*, Westview Press, Boulder.
- Benería, Lourdes y Martha Roldán (1987). *The crossroads of class and gender: industrial homework, subcontracting, and household dynamics in Mexico city*, University of Chicago Press, Chicago.
- Chant, Sylvia (1991). *Women and survival in mexican cities*, Manchester University Press, Manchester.
- Chiarello, Franco (1994). "Economía informal, familia y redes sociales", en Millán, René (comp.), *Solidaridad y producción informal de recursos*, UNAM, México.
- Estrada, Margarita (1996a). "Los significados de la pobreza", ponencia presentada en el I Congreso Mexicano de Sociología del Trabajo, Guadalajara, 20-22 de marzo de 1996.

- (1996b). *Después del despido. Desocupación y familia obrera*, CIESAS, México.
- (s/f). "En el límite de los recursos. El impacto de la crisis de 1995 en familias de sectores populares urbanos", manuscrito.
- García, Brígida y Orlandina de Oliveira (1994). *Trabajo femenino y vida familiar en México*, El Colegio de México, México.
- Gershuny, Jonathan (1994). "La economía informal: su papel en la sociedad postindustrial", en Millán, René (comp.), *Solidaridad y producción informal de recursos*, UNAM, México.
- González de la Rocha, Mercedes (1986). *Los recursos de la pobreza. Familias de bajos ingresos de Guadalajara*, El Colegio de Jalisco / CIESAS / Secretaría de Programación y Presupuesto, Guadalajara.
- (1988). "Economic crisis, domestic reorganisation and women's work in Guadalajara, Mexico", en *Bulletin of Latin American Research*, vol.7, núm.2.
- (1994). *The resources of poverty. Women and survival in a mexican city*, Basil Blackwell, Oxford.
- (1998a). "The erosion of a survival model: urban household responses to persistent poverty", manuscrito.
- (1998b). "Exclusión laboral: dilemas vitales y retos analíticos. Algunas reflexiones sobre el impacto del desempleo en la vida doméstica", en Castro, Nadya A. y Claudio S. Dedecca (comps.), *A ocupacao na América Latina: tempos mais duros*, serie II, Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo, ALAST, Sao Paulo/Río de Janeiro.
- González de la Rocha, Mercedes y Agustín Escobar (1995). "Crisis, restructuring and urban poverty in Mexico", en *Enviroment and urbanization*, vol.7, núm.1, abril.

- (1996). "Fighting for the family: resource management in urban households in Mexico", en Benería, Lourdes y Mary Jo Dudley (eds.), *Economic restructuring in the Americas*, Occasional Paper Studies, vol.3, Latin American Studies Program, Cornell University, Ithaca.
- Lomnitz, Larissa (1975). *Cómo sobreviven los marginados*, Siglo XXI, México.
- Mingione, Enzo (1985). "Social reproduction of the surplus labour force: the case of southern Italy", en Redclift, N. y E. Mingione (eds.), *Beyond employment: household, gender and subsistence*, Basil Blackwell, Oxford.
- (1994). "Sector informal y estrategias de sobrevivencia: hipótesis para el desarrollo de un campo de indagación", en Millán, René (comp.), *Solidaridad y producción informal de recursos*, UNAM, México.
- Moser, Caroline (1996). *Confronting crisis. A comparative study of household responses to poverty and vulnerability in four poor urban communities* (Environmentally Sustainable Development Studies and Monographs Series, 8), Banco Mundial, Washington.
- Pahl, R.E. (1994). "Empleo, trabajo y división del trabajo en la familia", en Millán, René (comp.), *Solidaridad y producción informal de recursos*, UNAM, México.
- Pahl, R.E. y C. Wallace (1984). *Divisions of labour*, Basil Blackwell, Oxford.
- (1985). "Household work strategies in economic recession", en Redclift, N. y E. Mingione (eds.), *Beyond employment: household, gender and subsistence*, Basil Blackwell, Oxford.
- Roberts, Bryan (1973). *Organizing strangers. Poor families in Guatemala city*, University of Texas Press, Austin.
- Selby, Henry et al. (1990). *The mexican urban household. Organizing for self-defense*, Texas University Press, Austin.

Wallerstein, Immanuel *et al.* (1982). "Household structures and production processes: preliminary theses and findings", en *A Journal of the Fernand Braudel Center for the Study of Economies, Historical Systems and Civilizations*, núm.3, invierno.

Wilson, William Julius (1997). *When work disappears. The world of the new urban poor*, Vintage Books, Nueva York.

MÁS ALLÁ DE LA DOMINACIÓN MASCULINA

Algunas propuestas para la comprensión de la dinámica de poder en los hogares populares

Santiago Bastos Amigo*

Gracias a una serie de trabajos desarrollados en las últimas décadas, hoy sabemos cómo la situación de pobreza incide en la dinámica interna y funcionamiento cotidiano de los hogares populares, y cómo las relaciones entre sus miembros se rigen por los patrones de género. A partir de una experiencia de investigación en la ciudad de Guatemala, con este artículo pretendo profundizar en este conocimiento, tratando de rebasar la mera constatación de la dominación masculina en ese ámbito; parto de la idea de que identificar el modelo cultural que guía las conductas no exime de investigar ese patrón y su relación con el comportamiento concreto de los sujetos.¹

SUBSISTENCIA Y GÉNERO

Uno de los cambios sociales más importantes de la segunda mitad de siglo ha sido la incorporación laboral, cada vez mayor, de la mujer (Castells, 1996). En Latinoamérica, y en particular en México, el estudio de este fenómeno y sus consecuencias ha producido una gran cantidad de trabajos (Jelin, 1984; Barbieri, 1984; González de la

* Investigador en la Facultad Latinoamericana en Ciencias Sociales, Guatemala (FLACSO-Guatemala). Candidato a doctor por el Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS Occidente).

1. Los contenidos de este artículo se discutieron en el Seminario de Género de la maestría en antropología social del CIESAS Occidente. Además, quiero agradecer a Celia Magaña y Mary Pratt sus valiosos comentarios y a los participantes en el foro Hogar, Pobreza y Bienestar en México, celebrado en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), por sus ideas.

Rocha, 1994; Benería y Roldán, 1992; García y Oliveira, 1994; Safa, 1998, por ejemplo), base imprescindible de lo que conocemos sobre la dinámica interna de los hogares populares urbanos.

Los resultados de esas investigaciones confirmaban los planteamientos generales de los estudios sobre la diferencia de género: en la sociedad, hombre y mujer son términos cargados de connotaciones culturales, e implican analíticamente dos aspectos: la alteridad y la jerarquía. La alteridad lleva a constatar que se conciben como sujetos de diferentes derechos, obligaciones, virtudes y capacidades en el plano simbólico en las actividades y relaciones de todos los días. Por la jerarquía, en cambio, los vínculos entre ellos están insertos en unas relaciones de poder subordinación.²

Según estas investigaciones, a nivel doméstico esto implica que el varón, por el hecho de serlo, ejerce la autoridad y se supone que debe encargarse de la manutención del resto de los miembros, aunque no siempre lo haga. Las mujeres deben encargarse de lo que ocurre "puertas adentro" de la casa, y cuando trabajan por lo general lo hacen para "ayudar" a su esposo. La autoridad del hombre como jefe del núcleo doméstico se asocia estrechamente con su papel de proveedor económico para la reproducción del mismo; la manutención económica —supuesta o real— se convierte en un punto clave para justificar su autoridad sobre la mujer.

Así, junto a un amplio y complejo entramado de prescripciones sociales, institucionales y culturales, el aporte económico justifica y legitima, en su faceta doméstica, lo que se denomina "el patrón de dominación patriarcal".³ En consecuencia, el hombre "debe" asegu-

2. Así, las diferencias de género "derivan de un mismo argumento sociológico: que la esfera de la actividad social asociada predominantemente con los hombres abarca la esfera preponderantemente relacionada con las mujeres y que, por esa razón, a la primera se le atribuye culturalmente un mayor valor" (Ortner y Whitehead, 1996: 140).
3. Este hecho proviene de la extensión del modelo eurocéntrico del *pater familias* y la familia nuclear como forma de universalización de la forma de jefatura (Folbre, 1991), unida a los cambios domésticos que ha producido la extensión de relaciones salariales y mercantiles (Pahl, 1984; Bossen, 1984).

rar la reproducción del hogar y con su autoridad mantiene a la mujer en una situación de sujeción económica y de control de sus movimientos, que a menudo llega a la violencia psíquica y física.

En situaciones de pobreza, esa vinculación entre jefatura y responsabilidad económica llega a ser problemática, pues la necesidad de ingresos suele hacer necesaria la participación económica de la mujer, lo que puede interpretar el hombre como una forma de minar las fuentes de su poder (Buvinic, 1990; Kaztman, 1992); esto implica un mayor balance en el reparto de poder y en la toma de decisiones domésticas (Benería y Roldán, 1992), y trae casi indefectiblemente conflictos al interior del hogar (González de la Rocha, 1994). Así, la incorporación femenina al mercado de trabajo, "estrategia de sobrevivencia" alternativa cuando el ingreso masculino no alcanza para la reproducción del hogar, supone también una "transgresión" (Sarti, 1995), una actividad no "prevista" en el modelo de comportamiento en que se basan las relaciones de género.

Como digo, estos trabajos suponen un gran avance en el conocimiento de la dinámica interna de los hogares populares; sin embargo, al aplicarlos a una investigación que buscaba, más que constatar estos comportamientos, encontrar las diferencias entre las distintas formas de concebir el hogar y la jefatura según las construcciones culturales que los guiaran, surgieron dos problemas interrelacionados.

El primero se derivó de que haya sido la mujer el objeto de estudio —o al menos la informante básica— de estos trabajos; la figura del varón en estos hogares no se ha problematizado, y a veces aparecen sólo como la personificación de esa "dominación masculina", dándose por supuesta la relación entre masculinidad y jefatura de hogar. Si coincidimos en que los "sistemas de género" se basan en relaciones al menos binarias y que se reproducen en las minucias cotidianas, para comprender cómo se generan no podemos hacer a un

lado a alguno de los dos sujetos implicados.⁴ Por lo tanto, propongo también aplicar, como ya se hace (Gutmann, 1997), la metodología de género al estudio de los varones. El estudio de los hogares requiere incluso ir más allá y, sin privilegiar a ninguno, aplicar a hombres y mujeres la misma categoría analítica —y metodológica—, pues en la relación entre ellos se construyen y recrean los patrones de diferencia genérica y dominación masculina.⁵

Pero, evidentemente, la relación no se da en el aire: median patrones culturales que marcan pautas de conducta. Ante aspectos de la dinámica doméstica en que no se menciona (Bastos, 1997), “la cultura” suele aparecer como el elemento que justifica el comportamiento de hombres y mujeres, refiriéndose en concreto a la construcción de género. Y aquí surge el segundo problema. Normalmente prevalece de tal manera la dominación masculina, que nos atenemos a lo escrito sin profundizar al respecto. Identificar cuál es la imagen legítima de unos y otras en sus hogares nos ayuda a conocer cómo se comportan, pero no exime de investigar cómo se da en la práctica cotidiana esa normatividad social. Ésta sería la base de las propuestas del feminismo posmoderno que cuestionan esta concepción acrítica de la dominación masculina, según Chant, que señala: “[...] a pesar de teorizar sobre el patriarcado como un sistema social, se conceptualiza la subordinación femenina como *fundamentalmente fragmen-*

4. Los trabajos que conozco, que se refieren al problema de la jefatura de hogar, suelen basarse en el discurso de una sola de las partes en relación, ya sean los hombres (Katzmann, 1992; Gilmore, 1990 y 1994; Gutmann, 1996; Escobar, 1996) o las mujeres (Benería y Roldán, 1992; García y Oliveira, 1994; González de la Rocha, 1994; Wilson, 1990; Brunt, 1992; Villarreal, 1994; León, 1996), por lo que se profundiza y cualifica bastante su visión e identidad, pero siempre parece que falta algo cuando unos hablan de otros.
5. En los hogares existen otros miembros que también intervienen cotidianamente en las relaciones de poder y dominación. Habría que referirse a los hijos —y diferenciarlos por género—, pero por ahora prefiero centrarme en los sujetos entre quienes más claramente se ejerce y discute el poder: hombres y mujeres adultos. En este trabajo se considera la forma más general y sencilla de hogar: la familia nuclear completa. Sin embargo la cuestión es más complicada, por ejemplo, en las familias extensas, donde debe haber un reparto del poder según la relación entre los diversos “subnúcleos” y sus “jefes”. Por último, en las familias monoparentales, casi siempre dirigidas por una mujer sola, la ausencia del “otro” no implica de manera directa la concentración del poder sólo en unas manos.

tada y variada [...] Así, aunque el acceso diferencial a recursos y poder, basado en el género y la diferencia sexual, está extendido, *no podemos explicarlo por un concepto monolítico de patriarcado* sino explorar las construcciones históricamente específicas de patriarcados (y masculinidades) (Chant, 1997: 34-35).⁶ Hay que dar un paso más y comprender no solo la relación entre estos actores sino la de ambos con los patrones culturales que guían sus comportamientos.⁷

Estos dos principios generales —la visión de hombres y mujeres como actores al mismo nivel analítico y la de los patrones culturales de comportamiento como una guía y no una jaula respecto a los comportamientos— serán la base de las propuestas que especificaré en los siguientes apartados; espero que de su discusión surjan elementos que optimicen nuestra comprensión de la dinámica interna de los hogares populares. Tanto la base empírica de esta reflexión como los casos a que me voy a referir provienen de la investigación mencionada, cuyo objetivo es ver qué papel cumplen las “lógicas” culturales en las actividades ligadas a la subsistencia cotidiana (sobre todo el empleo). Para tal fin he comparado de manera sistemática los comportamientos y actividades que tienen lugar en hogares indígenas y no indígenas que residen en las mismas colonias populares de la ciudad de Guatemala, tanto a partir de datos que arrojan encuestas como de entrevistas a profundidad con hombres y mujeres de ambos grupos.

EL COMPORTAMIENTO DE LOS HOMBRES EN SUS HOGARES

Al describir el comportamiento de los hombres en estos hogares, los trabajos mencionados suelen mostrar dos patrones que se dan en

6. Las cursivas son mías.

7. Esto supone retomar la advertencia hecha ya hace tiempo por Ortner y Whitehead: intentar no caer en el problema “del mito y la realidad: [...] las ideas culturales sobre el género muy rara vez reflejan con exactitud las relaciones masculino-femeninas, las actividades de hombres y mujeres y las contribuciones específicas de los individuos de ambos sexos en cualquier sociedad determinada” (Ortner y Whitehead, 1996: 144; las cursivas son mías).

forma simultánea: por un lado, ellos hacen lo posible por ser el principal aportador de recursos económicos al hogar; por el otro, no suelen cumplir plenamente con esa responsabilidad, en su mayoría, destinan al "chivo" doméstico sólo una parte de sus ingresos, y guardan el resto para gastarlo con los cuates en mujeres y tragos. Las consecuencias domésticas del abuso del alcohol pueden considerarse el culmen simbólico y práctico de esta faceta, pues incluyen dejar el hogar desatendido y en situaciones muy tensas y a menudo violentas en cuanto a la convivencia diaria.⁸ Ante esta situación, el comportamiento de la mujer se ve muchas veces meramente como reactivo, al tener que trabajar porque su compañero no aporta suficientes ingresos, o debiendo abandonarlo —con la sanción social consecuente— porque la violencia se ha hecho insoportable.⁹

Para explicar este doble comportamiento, suele acudir a una explicación que conjunta factores estructurales y culturales, y en forma genérica se habla del machismo como elemento cultural típicamente latino (Gilmore, 1994) o asociado a la "cultura de la pobreza" (Lewis, 1986). Por ejemplo, Chant plantea que "en las colonias de bajos ingresos [...] el hombre resiente mucha frustración y humillación; el machismo se intensifica y dicho resentimiento se dirige hacia la familia" (Chant, 1988: 192).

Otros trabajos intentan una explicación más sofisticada, al asociar esta conducta, no al patrón cultural en sí sino a su desadecuación con los cambios que conlleva el "desarrollo" y la situación de pobreza que ha generado.¹⁰ Es evidente que las formas y modelos

8. Dependiendo del universo de estudio, la situación y los intereses de las autoras, cada una destaca más uno u otro comportamiento, pero ambas formas en que los hombres se relacionan con su hogar y sus ingresos siempre aparecen conjuntamente. Lomnitz (1975) es la única autora que conozco que otorga un papel positivo del "cuatismo" entre los hombres, por su papel en las redes de reciprocidad.

9. Así, Benería y Roldán plantean que "la mujer se veía a sí misma como un sujeto forzado, que ideaba trabajo y otras estrategias para alcanzar objetivos [...] que incluían el regateo sobre determinadas zonas de la dinámica conyugal" (Benería y Roldán, 1992: 141).

10. Katzmann es quien mejor resume esta explicación al argumentar que la rápida urbanización no ha dado tiempo en Latinoamérica para que los patrones patriarcales basados en la

de organización doméstica están modificándose a consecuencia de cambios mayores (Jelin, 1984; Castells, 1996; González de la Rocha, en prensa), incidiendo, supuestamente, en las formas en que actúa el varón; pero esa convicción no es suficiente para explicar el problema: hay evidencias de que el comportamiento masculino "irresponsable" (Katzmann, 1992) se da en marcos sociales y cronológicos distintos a los utilizados para explicarlo.¹¹

Ajuzgar por mi experiencia al indagar sobre el comportamiento doméstico de los varones de la ciudad de Guatemala, la explicación puede estar en el propio modelo cultural; su comprensión requiere problematizar ese patrón denominado "machismo", situándolo en un marco más amplio de la conducta masculina. Mi propuesta se basa en algo implícito en casi todos los textos, cuya explicitación y uso como eje de análisis puede ayudar en esta tarea.¹²

Partimos de que en el modelo cultural subyacente a estos comportamientos, "hombres y mujeres se definen según diferentes categorías morales" (Sarti, 1995: 122). Si esto parece excesivo en ciertos ámbitos de la acción social, en lo concerniente al hogar y la familia es claro que los patrones esperados de conducta son totalmente distintos para ambos. En cuanto a la mujer, es patente lo que de ella se espera, su marco de comportamiento casi no ofrece ambigüedades. Pero en el caso de los hombres la cosa no es tan clara; el patrón que

economía campesina se adaptan a la economía mercantil y la precariedad laboral que se da en las ciudades. Esto ha hecho que "la distribución del poder dentro de las familias populares urbanas [...] fuera] atacada simultáneamente desde tres ángulos: el incumplimiento del rol masculino de proveedor único, [...] el debilitamiento de la imagen paterna como modelo para los hijos, [...] y la acción de nuevas corrientes ideológicas" (Katzmann, 1992: 90). Por todo ello, el hombre se encuentra "inhabilitado" para el desempeño de sus roles culturalmente asignados, produciendo una situación "anómica" que "genera un circuito perverso en el cual el incumplimiento de las obligaciones debilita su autoridad dentro de la familia, lo que a su vez contribuye a acelerar su abandono de esas obligaciones" (Katzmann, 1992: 93).

11. Por un lado, ha sido descrito tanto entre los sectores medios (Barbieri, 1984; García y Oliveira, 1994) como entre campesinos (Wilson, 1990; Brunt, 1992; Villarreal, 1994; León, 1996; Córdova, 1996), naturalmente matizado por las condiciones que les diferencian. Por otro lado, comportamientos semejantes se han encontrado en sectores campesinos del siglo XIX en México (González e Iracheta, citados en García y Oliveira, 1994: 160).
12. La argumentación que se presenta a continuación se desarrolla más extensamente en Bastos (1998).

cultural y socialmente debe guiar su comportamiento es, cuando menos, ambiguo, y puede llegar a ser francamente contradictorio. Debe moverse entre dos polos: el hogar y el mundo externo, sin poder llegar a abandonar totalmente ninguno de los dos. León lo plantea así:

[...] aunque a los varones en general *se atribuye* el ejercicio de la libertad, *se espera* que esta facultad no interfiera con el cumplimiento de sus obligaciones familiares. Esto es, que sus ratos de esparcimiento con amigos o su afición por el alcohol *no sean llevadas al grado* de gastar todo el dinero en "vicios" (León, 1996: 74).¹³

Esta afirmación, referente a un contexto campesino de México, puede aplicarse a Guatemala y a ámbitos urbanos y destacarse en ella dos aspectos. En primer lugar, el impersonal "se" —"se atribuye", "se espera"— nos indica que no hay uno o varios actores concretos detrás de la acción ("los hombres atribuyen", "las mujeres esperan") sino que hablamos de un imperativo categórico de una jerarquía más amplia. Es decir, estamos ante elementos culturalmente dictados y, por lo tanto, socialmente sancionados como normas de comportamiento. En segundo lugar, hay que notar la diferente conceptualización de cada uno de los polos de este binomio de comportamiento: el ejercicio de la libertad es directamente atribuido, connatural al

13. Las cursivas son mías. De todas formas, para hacer más evidente la ambigüedad que rige la relación entre estas dos normas de comportamiento masculino, podemos traer las palabras de un informante de Córdova, quien coloca el aporte económico por encima de la libertad: "hay un dicho muy vulgar, que el hombre es libre no faltando en la casa de comer, vestir y calzar. De ahí p'allá, el hombre es libre" (Córdova, 1996: 167). Pero en este mismo trabajo, Córdova muestra en un par de momentos el carácter "atributivo" otorgado a la libertad masculina. Primero, comenta cómo a "los hijos varones se les imponen disciplinas menos severas [que a las hijas] en función de la idea, extendida hasta los adultos, de que los hombres son más rebeldes e irresponsables" (Córdova, 1996: 159; las cursivas son mías), y posteriormente, hablando del matrimonio, dice que "al atribuirse a los hombres falta de responsabilidad hacia la familia y carácter disoluto, se les considera más libres de relacionarse social y sexualmente con quien deseen" (Córdova, 1996: 167; las cursivas son mías).

ser masculino, mientras que la responsabilidad doméstica es optativa, se espera que sea cumplida.

El esquema de masculinidad está construido, no sobre una imagen ideal, como ocurre con la feminidad, sino —al menos— sobre dos.¹⁴ Por un lado, la identidad e imagen del hombre pasa por el hogar, del que debe ser —hasta donde es posible— el único proveedor. En la medida en que cumpla ese papel, será socialmente reconocido y tendrá capacidad para imponer su autoridad sobre la mujer y los hijos. Pero, por otro lado, esa responsabilidad queda a su entero albedrío, pues socialmente el varón también debe mostrar su imagen de hombre libre de ataduras, autónomo, y esto supone gastar parte de lo que gana con sus pares, los “cuates”, ámbito donde la imagen de la masculinidad se respalda y ha de hacerlo en las actividades asociadas al “ser macho”, como se espera de él: alcohol, juego, mujeres.¹⁵

Aquí surge el conflicto, porque la ambigüedad entre los dos comportamientos —que llevados al extremo son claramente contrapuestos— reside en que para ser socialmente aceptado en ambas esferas, el hombre no puede descuidar ni desentenderse ni de uno ni de otro; debe hallar un equilibrio entre ambos, un equilibrio a veces muy precario que debe mantener para ser aceptado como “varón” en todos los ambientes en que se mueve. “La condición para seguir siendo mujeriegos y fiesteros está parcialmente relacionada con su

14. Para la clase media colombiana, Viveros plantea que “las representaciones más comunes respecto a la masculinidad son aquellas relacionadas con, *por una parte*, la capacidad sexual, la fuerza física, la firmeza de carácter y la independencia frente a otros, y *por otra*, la responsabilidad tanto en el ámbito doméstico como social” (Viveros, 1999: 14). Relaciona ambos comportamientos con los estereotipos del hombre “quebrador” —de mujeres— frente al del hombre “cumplidor” —en su hogar— (Viveros, 1999: 4), y relacionando el primero con la “respetabilidad” y el segundo, con la “responsabilidad” (Viveros, 1999: 3).

15. Es evidente que en el caso de las mujeres también existe una imagen y un comportamiento social “extradoméstico”: es precisamente el de aquellas a los que buscan los hombres fuera de sus hogares. La diferencia es que esta imagen no está aceptada en las mujeres una vez se casan o unen, y en los hombres sí. Por otro lado, la posibilidad de que la mujer busque trabajar para tener otros ámbitos de socialización extradomésticos —o para obtener ingresos para ella— es muy difícil en Guatemala: la situación generalizada de pobreza hace que la finalidad de trabajar sea casi siempre sólo la de obtener ingresos para el hogar.

capacidad de mantener en orden la esfera doméstica, asumiendo las responsabilidades con su mujer y sus hijos" (Viveros, 1999: 14). De la misma forma, podría decirse que la condición para seguir siendo responsables depende de la capacidad de "mantener en orden" la vida fiesterera. Si la escisión se consuma y rompe una de las dos imágenes de lo que se espera de él, será socialmente condenado; podrá convertirse en un "poco hombre" que descuida a sus amigos o en un "irresponsable" que abandona sus deberes hacia la familia. Se vislumbra una amplia gama de posibilidades que, si bien pueden poner en entredicho la subsistencia diaria de su hogar, no cuestionarán su imagen social: "[...] las contradicciones entre las actividades masculinas en la calle y las actividades domésticas se resuelven a su favor y en detrimento de las mujeres" (Viveros, 1999: 14).

Podemos deducir, entonces, que los patrones culturales, las imágenes sociales ligadas al género inciden en el comportamiento masculino en un modo no siempre favorable al hombre. Sin llegar al extremo de Gilmore, para quien "el esquema de género es igualmente represivo para ambos sexos" (1990: 957), habría que asumir que la categoría "varón" está marcada por el género, y que si los hombres han de comportarse como tales conforme a esta construcción cultural, el "esquema de género" no sólo otorga privilegios (que son tangibles) sino que incide en sus actividades y percepciones, marcando pautas del comportamiento socialmente esperado. Así, la identidad masculina supone "un proceso sometido constantemente a prueba ante la sociedad y costoso emocionalmente para los hombres concretos que lo viven" (Viveros, 1999: 3).

El comportamiento social del hombre tiene como referente al hogar, pero, a diferencia de la mujer, éste es sólo uno de los dos polos que identifican su conducta. Ahí la noción de referencia para medir o "juzgar" el comportamiento masculino es la responsabilidad. En los casos estudiados, hombres y mujeres al referirse a la conducta de los primeros en sus hogares aluden al binomio "responsable/irrespon-

sable". A partir de él se podría construir un *continuum* analítico entre el hombre "plenamente responsable" y el hombre "totalmente irresponsable", y entre ambos polos podría caracterizarse el comportamiento de cada uno de los varones en sus hogares. Pero este *continuum* es sinuoso, pues la forma en que este modelo se relaciona con los comportamientos no es mecánica ni unilineal sino que presenta matices y vericuetos interesantes que pueden ayudar a descubrir qué se espera de un varón en su hogar; menciono tres:

- En primer lugar consideramos el aspecto dinámico: las conformaciones domésticas, las relaciones entre los cónyuges y la forma de entender la "responsabilidad" varían según avanza el ciclo vital del hogar y sus componentes (González de la Rocha, 1994; Ariza y Oliveira, 1997; Viveros, 1999).
- En segundo lugar, este amplio concepto puede abarcar distintos significados en relación con la forma más general en que se conciben el hogar y la unión conyugal. Cuando esta referencia se da sólo respecto a la faceta económica, al compromiso de la entrega del "gasto" o "chivo" a la mujer, estamos ante una concepción doméstica que podríamos considerar "contractual".¹⁶ Pero el ser o no "responsable" también tiene una acepción más compleja, que abarca la asunción por parte del varón de un papel activo y comprometido en su hogar, con una referencia que podríamos denominar moral, que sobrepasa lo puramente económico. La imagen del "hombre proveedor" hace que la forma más completa de ejercer esta responsabilidad sea asumiendo él solo la tarea de aportar ingresos para el hogar. Por último, este término no se aplica a la "vida extradoméstica" del varón —a esa otra cara de su comportamiento esperado—

16. La denomino así porque en esta concepción el varón tiene el compromiso de mantener al resto de los miembros del hogar y desaparece si hay separación. La mujer, en cambio, debe proveerle de una serie de "servicios" básicos mientras dure la unión.

sino a las consecuencias que ésta pueda llegar a tener en el hogar. Lo que esta escala social mide es la vinculación del hombre con sus responsabilidades domésticas, aspecto que está conectado, aunque no unidireccionalmente, con esa otra faceta de la masculinidad: un hombre puede ser un gran "chupador", pero mantener al día sus compromisos domésticos y será entonces considerado responsable.¹⁷

Hasta aquí hemos descrito de forma somera algunas complejidades ocultas detrás de la parte "normativa", el modelo cultural que guía el comportamiento de estos hombres, pero no son suficientes para explicar cómo actúa cada uno en su cotidianidad. La actitud asumida por cada varón respecto a las normas sociales de uno, y otro lado, cómo se "posicione" con relación al *continuum* mencionado no puede entenderse sin considerar su capacidad de agencia, de acción —hasta cierto punto— autónoma como individuo. Que un jefe de hogar renuncie totalmente a su "libertad" de gasto y entregue todo lo que gana para el bienestar de su familia, sólo puede considerarse como una ruptura con todo un mundo social a que se tiene derecho, a sabiendas de lo que eso implica. Además, el hombre puede hacer a un lado esa carga autoritaria para el bienestar doméstico que subliminalmente aparece en muchos textos y convertirse en un agente de la prosperidad del grupo, siendo capaz, contra todo pronóstico según el modelo cultural, de ceder espacios de poder y decisión a la mujer.¹⁸

Pero esa capacidad de acción está restringida de manera estructural. La pobreza no permite —o al menos dificulta mucho— el equili-

17. Es evidente que la "irresponsabilidad" suele ir unida a los elementos asociados al "macho", y entonces éstos son criticados pero, de nuevo, no por sí mismos sino por el efecto que llegan a tener en el hogar. De hecho, la posibilidad de mantener este tipo de comportamiento depende mucho de que las actividades extradomésticas no lleven a una irresponsabilidad tal que la faceta doméstica quede desatendida.

18. El trabajo de Gutmann (1996) desmonta la imagen arquetípica que sobre el varón mexicano se tiene como "macho" y, por tanto, portador de unos valores y comportamientos machistas. Muestra la gran variedad de significados y las transformaciones que la masculinidad —el "ser hombre"— está sufriendo en una colonia popular de la ciudad de México.

brio entre las facetas esperadas del varón, ya que escasean los recursos y sus fines pueden entrar en contradicción.¹⁹ Así, quienes asumen cumplir su papel de proveedores en un marco "moral", han de renunciar a los gastos extradomésticos, aunque las presiones para que el resultado sea el opuesto son muy fuertes y de diversas índoles, y de la ambigüedad puede llegarse a la escisión. Esto puede dar como resultado, en apariencia paradójico, que la incapacidad de cumplir con el papel doméstico de proveedor aumente los comportamientos de "macho".²⁰

Esto ayuda a explicar elementos destacados de esta faceta de la identidad masculina entre los sectores populares. En su trabajo de este volumen, Juan Carlos Ramírez muestra cómo la violencia intra-doméstica se presenta en los sectores medios, altos y bajos, y cómo en estos últimos toma características más explícitas, que de alguna manera justifican la estigmatización de "animalidad" de "los pobres". Podría decirse que, en forma reactiva, por su propia especificidad social, entre los sectores populares la fuerza bruta se convierte en elemento de identidad (Foley, 1989). Esta violencia sería un reflejo de la situación de tensión implícita y violencia explícita que rodea la vida cotidiana de los sectores populares.²¹ Por otro lado, el consumo desaforado de alcohol está íntimamente relacionado con esa exaltación y representación social de la fuerza; puede convertirse en

19. En sectores medios o altos existen más recursos que pueden permitir el doble comportamiento sin que la faceta económica —y con ella la reproducción del grupo doméstico— sean puestos entredicho. Esto supone que lo que diferencia este aspecto de la masculinidad no es su concepción sino la forma en que se lleva a cabo.

20. Esto estaría en consonancia con la idea dada por Gilmore, tras su exploración sobre las distintas formas que toma la masculinidad, de que las presiones sobre la virilidad aumentan "en relación a escasez general de recursos" que hacen más difícil el papel de proveedor y defensor y, por tanto, más importante la construcción de la imagen del hombre poderoso y autónomo (Gilmore, 1994: 216), pero añadiéndole el aspecto de contradicción real que se da entre ambos aspectos que él no menciona.

21. En forma implícita, la violencia proviene de la estigmatización social unida a la carencia objetiva de recursos, pero también de la forma en que se dan tanto las relaciones laborales como las institucionales o incluso las interclasistas, en que el sujeto popular siempre es visto no sólo como inferior sino además como sospechoso. Esto puede implicar violencia explícita, desde detenciones arbitrarias por parte de la policía —acompañadas muchas veces por "golpizas"—, hasta la expulsión de sus viviendas rentadas, no pagadas o invadidas.

elemento de "atractivo sexual", pero, según la ideología hegemónica, debe abandonarse al momento de formar familia.²² También puede responder a elementos no domésticos sino insertos en la condición de clase —la frustración social y política, por ejemplo— que lo hagan duradero. En cuanto a la percepción del gasto inmediato asociado a la precariedad constante, en su forma profunda es parte de una ideología de *no future* y no lleva al hedonismo en esta versión popular sino a la autodestrucción. Quizá por eso la imagen, la cara social del "macho", prevalece en muchos casos, rompiendo el equilibrio necesario para la reproducción social, material y psicológica del grupo doméstico.²³

LA ACTUACIÓN DE LAS MUJERES

Para comenzar a comprender cómo actúan los hombres de los sectores populares ha de acudirse a una explicación compleja, que cualifique la importancia del modelo cultural que sostiene la "dominación masculina". Pero entender el comportamiento de las mujeres requiere además considerar la capacidad de acción autónoma de los sujetos respecto a las normas sociales y culturales. La bibliografía ofrece la imagen general de mujeres víctimas de su posición en un esquema de género que las deja en total incertidumbre ante el comportamiento que vaya a desarrollar el compañero. Cuando mucho, se muestra una capacidad de reaccionar ante él para sacar adelante las tareas y

22. Según Miranda, en el ámbito familiar, el discurso dominante es la del "patriarcalismo ético", pero "su hijo bastardo, el machismo" (Miranda, 1997: 23) se convirtió desde su imposición en el siglo XIX en la otra cara de la moneda. La primera, como ideología dominante no llegó a calar entre quienes "no entraron o no pudieron ingresar a las filas de las nuevas solidaridades individualistas y, en consecuencia, a la par construyeron otras nuevas, muy ajenas al patriarcalismo ético pequeñoburgués" (Miranda, 1997: 23).

23. Éste puede ser el momento de recuperar ideas expresadas respecto a la imposibilidad de los hombres de llevar adelante los contenidos culturales asociados al patrón de proveedor (Katzmann, 1992; Chant, 1988). En esta condición casi estructural, más que en el "desajuste", está la razón de por qué la ambigüedad conlleva normalmente a la "irresponsabilidad", ahora comprendida mejor al insertarla en la ambigüedad propia de la masculinidad.

responsabilidades que culturalmente le corresponden. Su lugar en la sociedad parece estar delimitado por la ideología patriarcal, y sus capacidades de negociación ahí parecen estar fuera del modelo. En los casos estudiados, esa es la situación de algunas mujeres, aunque se han encontrado otras que no reaccionan, pues con sus ideas, acciones y comportamiento son una parte activa en el reparto de funciones, tareas y poder al interior del hogar.

Para la comprensión del comportamiento de las mujeres en sus hogares —y, por lo tanto respecto a la figura ausente o presente del varón— debe considerarse que las relaciones de dominación —las de género— no pueden verse en forma simplista y unidireccional. Sin negar la existencia de la dominación masculina y que ésta se plasma en las relaciones domésticas, no conviene considerar a esta “dominación” como algo sencillo y dado, ya que “el poder existe en el grado en que es ejercido sobre otros y, por lo tanto, en que se presentan fuerzas contestatarias que deben ser controladas” (Villarreal, 1996: 55; véase también, 1994; Schrijvers, 1986; Brunt, 1992). En las relaciones cotidianas de estas personas de carne y hueso, “las fronteras son creadas y re trabajadas, reproducidas pero también disfrazadas, construyendo barreras pero también forzando a la acción” (Villarreal, 1994: 25).

Esta perspectiva abre la posibilidad de que el poder real al interior de cada hogar no corresponda a lo que deberían prescribir los cánones de la dominación de género; de esta idea parte Gilmore, quien propone trabajar con el concepto de “poder doméstico, [entendido como] la probabilidad de hecho de prevalecer en la toma de decisiones conyugales, sean cuales sean los estándares ‘buenos’ *de jure*, es decir, públicos” (Gilmore, 1990: 955).²⁴ Por eso, si en el caso

24 Al aplicarlo en Andalucía (España), Gilmore encuentra que “las mujeres [...] pueden prevalecer en la toma de decisiones domésticas a pesar de la oposición de sus esposos [...] en una aparente inversión de un ‘ideal patriarcal constituido’” (Gilmore, 1990: 953, las cursivas son mías). Schrijvers plantea algo similar cuando dice que “pese a la estructura de poder, las mujeres pueden ejercer poder real de naturaleza más o menos escondida contra los

de los hombres hablamos de un *continuum* entre dos posibles comportamientos, los casos estudiados mostraron que podría operar la relación de la mujer respecto al poder masculino como gradación entre la "total dependencia" y la "plena autonomía". Y resulta interesante este "eje de análisis" por su comportamiento totalmente autónomo respecto al referido a los hombres. Como puede verse en el gráfico 1 (evitando la distinción entre indígenas y no indígenas, que se verá más adelante), en algunos casos ante un varón "plenamente responsable" existe una mujer "totalmente autónoma", lo cual lleva a un reparto del poder doméstico muy diferente a la situación en que la mujer acepte de hecho su "plena dependencia" respecto al varón. De la misma forma, ante un esposo "irresponsable" no va a aparecer, automáticamente y como reacción, una mujer que tenga que ser "autónoma". Es más, su destino en una situación así, dependerá precisamente del grado de dependencia/autonomía en que conciba su relación con el varón.²⁵

Moverse entre dos polos que les ofrecen legitimidad, permite a los hombres actuar con mayor "libertad" respecto a los patrones culturales; además su situación es en sí ventajosa: en principio ningún poderoso renuncia a sus privilegios (Comaroff, 1996).²⁶ En cambio, las mujeres han de luchar —o "negociar", como a algunos les gusta decir— contra una presión social basada en un modelo restringido —muchas veces personalizado en otras mujeres— y contra unos hombres que encuentran en él auténticas ventajas. Por eso, los mecanismos y posibilidades de ganar "poder doméstico" son complejos y, hay que subrayarlo, las relaciones parten siempre de la aceptación de

hombres [...] el poder oculto y la resistencia [son] campos importantes de estudio" (Schrijvers, 1986: 19; las cursivas son mías).

25. Este gráfico se hizo sin ninguna pretensión econométrica sino sólo como una forma de visualizar las posibilidades que se pueden dar respecto del ejercicio de la jefatura en los hogares estudiados, situando de una forma aproximada cada uno de ellos según la actitud de hombres y mujeres en los ejes.
26. Utilizo "en principio", porque la cuestión es más compleja y existen con frecuencia estos casos, aunque sea de forma parcial, de esa renuncia.

Gráfico 1
Hogares estudiados según ejes de comportamiento doméstico
maculino y femenino



los papeles de género básicos correspondientes a cada uno en cuanto a responsabilidades domésticas.

Diversos factores que pueden incrementar la autonomía de la mujer respecto al papel del varón y, por tanto, la capacidad de decidir en el hogar, como lo demuestra la manera en que incide en su papel cuando aporta económicamente. Para las mujeres es difícil generar ingresos y, sobre todo, que eso se traduzca en ganar capacidad de ejercer poder doméstico. Por un lado, las responsabilidades al interior del hogar y con los hijos les exigen tiempo y les restan movilidad. Por eso, los efectos del ciclo doméstico y la edad son manifiestos (González de la Rocha, 1994): en las fases iniciales la mujer se ve más constreñida y económicamente depende más del varón, pues no tiene tantas posibilidades de formar bases para su poder.²⁷ Con el transcurso del tiempo y el crecimiento de los hijos, va ampliando sus posibilidades de acción económica propia, asentando su propio negocio. Desarrollarlo en su propio hogar apoyada por los

27. El abandono de las obligaciones por parte del varón en estos primeros momentos tiene resultados más devastadores (González de la Rocha, 1988): para la mujer es más difícil sostenerse sola y aún no está preparada para ello.

hijos —sobre todo mujeres— le ayuda a asentar su autoridad sobre ellos.²⁸

Por otro lado, al suponer de alguna forma una trasgresión, quienes pretenden trabajar obtendrán suficiente legitimidad sólo si hacerlo no supone abandonar la que culturalmente se concibe como su principal tarea: cuidar a los niños. Resulta, entonces, importante el “aislamiento social” (González de la Rocha, 1994) del hogar y si cuenta con suficientes recursos sociales a su alrededor, éstos serán fuente de presión para el hombre en diversas formas. La familia puede ser factor determinante si se convierte en un apoyo para la mujer, tanto para cuidar a los niños mientras ella trabaja como para servir de apoyo emocional.²⁹

Finalmente, por la misma concepción de su papel doméstico, las mujeres pueden no otorgar capacidad instrumental a su empleo e ingresos y considerarlo sólo como esa “ayuda” tan mencionada. La experiencia laboral previa a formar familia —y, por tanto, la conciencia de capacidad económica autónoma— puede ser un factor que otorgue este contenido instrumental. Pero, como sabemos, aunque la capacidad de negociación de la mujer aumenta con su aporte, es muy difícil que llegue a trascender como éste. La autoridad y el poder responden a reglas propias por las cuales un hombre puede conservar una parte considerable de sus funciones y capacidades aunque su responsabilidad económica no trascienda.

28. Esta situación es similar a la descrita por Brunt para una comunidad rural mexicana, donde “as posibilidades de la mujer para negociar espacio de maniobra aumentan con la edad y la fase del ciclo de vida”. Con el crecimiento de los hijos, ellas pueden ganar dinero, y los hijos la ayudan y la dan su apoyo moral por haberles criado, más aún si ha sido una “buena madre”. “La identidad social de una mujer mayor puede descansar mucho en ‘ser una buena madre’ [...] Ganan soporte moral dentro del hogar y en el círculo más amplio [...] si los hijos han crecido bien, se ve que su madre les ha cuidado mientras el padre estaba fuera” (Brunt, 1992: 138).

29. Gilmore (1990) comenta cómo en Andalucía la cercanía física con su propia familia y el apoyo continuado de la madre son recursos clave para que las mujeres ejerzan el “poder doméstico”.

PATRONES CULTURALES, COMPORTAMIENTOS SOCIALES Y POBREZA

En definitiva, los casos estudiados muestran que las normas culturales que guían el comportamiento no pueden considerarse estáticas o cajas de fuerza. Para investigar su relación con los comportamientos cotidianos, hay que verlas como reglas básicas aplicables a las circunstancias que viven quienes a través de recreación logran una "continuidad cambiante" (Sarti, 1995: 114), que posibilita su vigencia.

Sólo así se explica la avenencia, aparentemente paradójica, de la actividad laboral de las mujeres con la permanencia de un patrón cultural que las mantiene al margen de ella. Al hablar de los sectores populares urbanos, coincidimos con Córdova en que "para comprender en toda su dimensión la aceptación social de esta práctica reviste particular importancia la noción de 'necesidad': [...] cualquier tipo de carencia material que impide la satisfacción de los requerimientos del grupo doméstico" (Córdova, 1996: 165). Esta autora se refiere a una práctica que supone una trasgresión aún mayor que la ocupación de un espacio y una responsabilidad masculina que se da cuando la mujer ha de trabajar, pero el argumento es igualmente válido: "la necesidad" es invocada continuamente para justificar el empleo femenino tanto entre los hombres como entre las mismas mujeres.

Así, los requerimientos que surgen en la experiencia concreta y vivida de pobreza y precariedad cotidianas, hacen que se trasgredan algunas normas, pero siempre con justificación en otros valores: el mantenimiento de la prole en concreto. Y esto, a su vez, "crea" norma a través de la experiencia vivida por cada uno. Una mujer que desde pequeña vio cómo su madre trabajaba, a la vez que le transmitía los valores domésticos de la feminidad y la maternidad, puede acabar asociando todo en un mismo modelo de comportamiento con lo que

“también [...] es [parte intrínseca de su papel de género] la búsqueda de ingresos complementarios que no involucren el descuido de sus obligaciones” (Córdova, 1996: 162). Además ser un “padre responsable” puede no significar lo mismo para todos los varones, aunque tengan en mente una imagen ideal que seguramente será muy similar. Es así como se resignifican los elementos del modelo de comportamiento y las relaciones entre ellos de acuerdo con el contexto social que forma la experiencia de cada generación, es decir, con las vivencias, que se interpretan según esas normas relaboradas. La experiencia de pobreza —vivida como “la necesidad”— puede ser un elemento analítico que explique comportamientos que en apariencia no se ajustan a normas a las que, sin embargo, sus actores se sienten apegados de manera ideológica.

Esto explica también la diversidad de comportamientos que se dan bajo un mismo patrón cultural: así como estructuralmente puede hablarse de condiciones comunes, las formas como en cada hogar se viven esas circunstancias son muy variadas, y más variadas aún son las maneras de interpretarlas y dotarlas de significado. En esta operación cultural, el hogar se convierte en una pieza clave, célula social de socialización y transmisión de “normas y valores”.

DIVERSIDAD CULTURAL

La aplicación de las propuestas que he delineado puede llevar más allá. Hasta ahora se ha mostrado cómo a una forma de entender las relaciones domésticas y los patrones de género pueden corresponder una variedad de comportamientos. El gráfico 1 muestra otro aspecto: reflejando lo planteado, los hogares no indígenas se encuentran bastante dispersos, sin que parezca darse un patrón común en la forma como asumen sus papeles en el hogar. Los indígenas, en cambio,

parecen concentrarse en el cuadrante definido por la combinación hombre responsable/mujer independiente.³⁰

Tenemos así un apoyo para pensar que los comportamientos domésticos, las concepciones de la jefatura y las "normas y valores" que guían las conductas de hombres y mujeres no son universales, encontrándose diferencias entre grupos incluso una misma sociedad y condiciones económicas semejantes. La variedad de los patrones y modelos culturales ha sido considerada como un factor que puede incidir en las conformaciones domésticas (Jelin, 1984; Harris, 1986) o en la jefatura; pero estas pruebas no han llevado a un análisis que valore el factor cultural para buscar la heterogeneidad interna de los sectores populares urbanos: "[...] lo que el cabeza de hogar puede o no representar realmente en sociedades dadas (con relación a otros miembros del hogar), rara vez se investiga y menos aún su función como la percibe la gente misma" (Chant, 1997: 7).³¹ Parece que implícitamente, se asume una vez más que el patrón de dominación patriarcal es único y además inmutable en el tiempo.

Este panorama está cambiando y, como veíamos, el feminismo posmoderno rechaza "un concepto monolítico de patriarcado", abogando por "explorar las construcciones históricamente específicas" (Chant, 1997: 35). En este caso, la "construcción históricamente específica" de lo que en Guatemala ha supuesto identificarse como indígena incide en cómo los hogares de este grupo, hoy habilitantes

30. En Guatemala, casi la mitad de la población se considera indígena (Instituto Nacional de Estadística, 1996). Su presencia en la capital es fruto de las migraciones inducidas por la modernización y se da sobre todo a partir de los años setenta (Bastos y Camus, 1995). Los datos sobre su presencia urbana no son muy confiables, aunque parece que no llegan a superar 15%. Lo que sí caracteriza su situación urbana es el hecho de que como conjunto se insertan en las ocupaciones más precarias y peor remuneradas y que presentan una participación laboral de la mano de obra "secundaria" —mujeres, jóvenes y niños— más alta que los no indígenas (Pérez Sainz, Camus y Bastos, 1992).

31. González de la Rocha explica parte de esta renuencia al afirmar que entre los estudios sobre la pobreza "la dimensión cultural ha sido dejada de lado, quizá en un alejamiento deliberado de las perspectivas teóricas que se relacionan con la 'cultura de la pobreza' [...] Se ha ido al otro extremo, omitiendo la cultura de los análisis y enfatizando la lógica económica del ser pobres" (González de la Rocha, 1995: 402).

de la capital del país, conciben el poder y el conjunto doméstico en sí. Sus comportamientos cotidianos son, en parte, distintos a los desarrollados por quienes no se identifican como indígenas —más similares a lo expresado hasta ahora—, lo que no implica la existencia de muchos “patrones de dominación masculina”.³²

De hecho, los elementos centrales de su conducta doméstica son similares a los delineados tantas veces: el hombre debe proveer y la mujer encargarse del hogar y los hijos. Pero ambos asumen que la mujer también tiene responsabilidades económicas, que ella realiza con la mayor naturalidad, sin descuidar a sus hijos y sin que ello suponga trasgresión alguna. Lo característico del comportamiento de estas mujeres no es la frecuencia estadística con que aparecen o no trabajando sino las condiciones en que lo hacen y la concepción de la relación con la maternidad. Entre ellas no existe contradicción ni conflicto alguno entre cuidar a los niños y generar recursos, son dos actividades que siempre han realizado en forma conjunta, y la presencia de niños alrededor o encima de las madres trabajadoras es lo más habitual y “natural”. En este caso no se da una separación entre las esferas productiva y reproductiva, como parece suceder entre no indígenas; para estas últimas la maternidad parece ser excluyente: trabajar y tener hijos se percibe como dos tareas que no pueden llevarse a cabo en conjunto sin mermar la segunda.

El varón, por su parte, parece identificarse más con la faceta del hombre responsable que con la faceta del macho “chupador” —sin que eso signifique que esto no se presente en su configuración cultural—, por lo que no sólo aporta ingresos sino que actúa más según la concepción “moral” de la responsabilidad que vimos. Respecto al papel doméstico de la mujer, la relación de la autoridad con el hecho de ser proveedor se relativiza, desapareciendo desde luego la

32. Las características e implicaciones del estudio de los hogares indígenas urbanos se desarrollan ampliamente en Bastos (en prensa). Aquí sólo se presenta un resumen de lo más pertinente para este artículo.

asociación con la exclusividad del aporte, de modo que la actividad económica femenina no afecta ni cuestiona su posición privilegiada.

Así, en el plano de las responsabilidades económicas, estamos ante un comportamiento en que varones y mujeres se conciben recíprocamente como "socios" en la tarea de sobrevivir en la pobreza y sacar adelante al núcleo familiar. El "poder doméstico" no reside exclusivamente en los hombres, y esto no sólo sucede en la práctica sino que se presenta en el "modelo" en que se basan los comportamientos. Aparentemente, la faceta de "representación social", ser "cabeza" de un hogar (Nash, 1970), pesa más en la definición de la masculinidad que la exclusividad en el aporte.

Esta concepción del hogar y la autoridad proviene de la "experiencia histórica" (Smith, 1989) de vivir en comunidades marcadas por la subordinación étnica dependientes de la agricultura, que han dejado huella en la relación e identidades de género, incluyéndose en una concepción corporativa u *holista* de las relaciones sociales.³³ Producto de ésta, las responsabilidades son concebidas como colectivas, marcándose los espacios de cada uno, pero desapareciendo el concepto de "exclusividad" en el aporte y su consiguiente asociación al género y la autoridad. Los hijos son considerados también como corresponsables de la manutención del conjunto y su papel en la economía doméstica es, con mucho, más importante que entre los no indígenas.

Las posiciones de los individuos en el conjunto —en este caso el hogar— están más marcadas y jerarquizadas que entre los no indígenas, y a las relaciones entre ellas les confiere especial significación la ritualización inserta en el holismo. De ahí, entonces, que no se conciba que las personas tengan determinadas posiciones en el hogar, que sean los jefes o no, pues cada persona ocupa en el conjunto

33. Dumnot (1966) opone al individualismo occidental el holismo como concepción social que supone la subordinación del individuo al conjunto social. Ello supone dar valor de la jerarquía y a la colaboración colectiva (Peña, 1993: 257).

doméstico una posición normada y explicitada. Los individuos, sus relaciones y sus identidades están marcados al corresponderles un lugar específico en el conjunto con base en el cual se definen.³⁴

Las mujeres indígenas muestran, como ilustra el gráfico 1, una mayor capacidad de autonomía, que no menoscaba la percepción de responsabilidad entre los hombres que las acompañan. Pero el poder y la autonomía relativos de que goza la mujer no son un regalo sino la institucionalización y el reconocimiento implícito del hecho de que llevan sobre sus hombros una gran parte de la carga doméstica. Trabajan igual o más que sus esposos y nunca abandonan la responsabilidad de la marcha del hogar, en una doble jornada agotadora.

El gráfico 1 se basa en la relación entre el ejercicio del poder y las actividades relacionadas con la subsistencia. No hemos de asumir de manera automática que estas mujeres son "independientes" o "autónomas" en todos los aspectos de sus vidas cotidianas: lo son en su relación con el hombre al organizar la reproducción material del grupo, pero quizá no lo son ni se sienten como tales respecto a otras esferas. Asumir que no congenian jefatura y exclusividad económica no implica que en estos hogares no haya condiciones para el conflicto y la violencia. Pero éstos no suelen relacionarse con la actividad laboral de la mujer o con la incapacidad masculina de cumplir su papel de proveedor único, como ocurre entre los no indígenas —ampliamente documentado.

Así, estamos ante una variante del "patrón de dominación patriarcal", asociada a la "experiencia histórica" de la condición de grupo étnicamente subordinado.³⁵

34. Martínez Casas (1998) también ha descrito el comportamiento de los otomíes migrantes a Guadalajara como hollista, llevando incluso su argumentación más allá: no sólo se da en las relaciones intradomésticas sino en las desarrolladas entre todos los componentes del grupo y las de éstos con la sociedad tapatía, y no sólo se puede observar en las relaciones sociales sino que se refleja en el mismo idioma otomí.

35. Entre los hogares no indígenas también se encuentran casos que responden a concepciones holistas, semejantes a la de los indígenas. Se trataría de una variante más dentro de la heterogeneidad que define a este grupo, frente a la homogeneidad de comportamientos entre los indígenas.

Se trata de un elemento más que ha de considerarse al estudiar la relación entre la dominación masculina y los comportamientos domésticos. Además, las relaciones y responsabilidades que encontramos en los hogares indígenas urbanos no son las que se daban en el espacio comunitario campesino (Bossen, 1984; Cabrera, 1992); el cambio producido por la migración y sus consecuencias, ha hecho que se adapten a las nuevas circunstancias, "actualizándose" este patrón. Este aspecto dinámico, similar al mencionado antes, cuestiona la imagen de inmutabilidad que implícitamente se asocia con la dominación patriarcal.

CONCLUSIONES: JEFATURA, RESPONSABILIDAD Y AUTORIDAD

Los planteamientos desarrollados en este artículo podrían resumirse en tres propuestas a considerar al tratar de comprender el comportamiento doméstico de hombres y mujeres en los sectores populares urbanos: la autoridad al interior del hogar se construye de manera cotidiana entre ambos y, por tanto, han de analizarse en conjunto y en el mismo nivel metodológico; debe tenerse en cuenta en forma abierta y creativa la relación entre modelo cultural y comportamientos cotidianos, y ha de asumirse que pueden darse distintas formas de concebir tanto el hogar como el papel de sus miembros. Todo esto lleva a cuestionar cómo se trabaja, muchas veces en forma implícita, la relación entre responsabilidad económica y autoridad domésticos. Terminó refiriéndome a la forma operativa como se trabaja esta relación, deteniéndome en eso que denominamos "jefatura de hogar".

Por el modo como se presuponen las relaciones intradomésticas, cuando se habla del "jefe de hogar" por lo general se hace para aludir al varón que ejerce la autoridad en su hogar apoyado en su papel de proveedor económico. En cambio, la mujer aparece como "jefa" sólo

cuando no tiene compañero. Precisamente para reivindicar la figura de la mujer trabajadora y proveedora, surgió la idea de la jefatura económica (Folbre, 1991), supuestamente desvinculada de cargas ideológicas y, por tanto, opuesta a la jefatura asignada por el sistema de género, que, privilegia la figura masculina.

Pero las cosas no son tan sencillas, como muestran las críticas que Folbre (1991), Chant (1997) y otras autoras (González de la Rocha, 1988; Buvinic, 1990) recogen a ambas definiciones. Por un lado, al definir al "jefe" de un hogar a través de la asignación hecha por sus miembros, las respuestas reflejan una definición normativa de jefatura en un contexto particular y están por tanto, cargados de sesgos culturales (generalmente asociados a la edad y el género). Se está desvalora así este sistema que no recoge "realidades" sino "definiciones" basadas en los modelos culturales de la dominación por género, que no tienen por qué responder a quien de verdad ejerce la responsabilidad y la autoridad.

Por otro lado, la definición "económica" del jefe o jefa de hogar responde a una confusión de términos. Al otorgar la categoría de "jefe" de manera automática a quien, por los datos, debería denominarse "proveedor" o "responsable" del hogar, se cae en el prejuicio masculinista occidental, asumiéndose que quien aporta más ingresos al hogar y se responsabiliza de la reproducción de sus miembros, ha de ser quien ejerza la autoridad en él.³⁶

Por eso, para una comprensión más ajustada a la realidad implica partir de una concepción de "jefatura de hogar" distinta de la que representan estos trabajos. En primer lugar, como en cualquier institución social, en la jefatura puede separarse de manera analítica una parte normativa, asociada a patrones de comportamiento social y

36. Estos planteamientos se realizan sobre todo para la recolección de datos estadísticos, que necesitan de la definición de una sola persona por hogar como jefe. Pero precisamente eso es parte del problema, pues la concepción del único y casi omnimodo jefe de hogar —casi siempre varón— también permea algunos de los trabajos hechos desde una perspectiva más cualitativa en que se podrían evitar las simplificaciones.

culturalmente guiados, de una parte actuante, cotidiana y efectiva, que refleja en forma más o menos directa la anterior. En segundo lugar, es muy difícil asegurar que en cada hogar una sola persona ejerza todo el poder y que, por tanto, sea el único jefe. Es verdad que por norma así está sancionado, pero eso no implica necesariamente que la realidad cotidiana coincida siempre con los estándares *de jure*, y la figura reconocida no tenga que negociar, aunque le apoye toda la ideología patriarcal de la sociedad.

Como dice Chant, es "cada vez más claro que la jefatura es cuestión de grados" (1997: 9).³⁷ Por eso propongo no manejar el término "jefe" en su sentido de autoridad, pues al interior del hogar por lo general asumen esa posición el hombre y la mujer —y no sólo ellos—, compartiéndose la obligación de sacar adelante al grupo doméstico y, por tanto, la posibilidad de ejercer el poder. Otra opción es designar a quienes se hallan en esta situación con otro término que no lleve implícita la connotación de monopolio del poder.³⁸

En la forma como se comparte, negocia o pelea esta autoridad intervienen los elementos definitorios de ambos tipos de jefatura. Primero incide, de manera evidente, el patrón cultural que divide jerárquicamente a la sociedad en hombres y mujeres, gracias al cual en el hogar los primeros son llamados a ejercer la autoridad sobre las mujeres y sus hijos. Pero además de este criterio ideológico cultural, utilizado en la definición "por asignación" de la jefatura, controlar una serie de recursos puede ser fuente de poder. Por eso incide el elemento utilizado en la definición "económica": quien ejerce el papel de proveedor del hogar, quien aporta ese recurso tan necesario como

37. El trabajo de Rocío Enriquez y Ana Paola Aldrete (en este mismo volumen) muestra una proporción importante de casos en que la jefatura se declara como "compartida" entre hombre y mujer. Es interesante que en estos hogares la participación masculina en las tareas domésticas es mayor de lo que ocurre en los otros.

38. En trabajos anteriores (Bastos y Camus, 1994, 1995) se ha trabajado con el término de "responsables", como diferente al de "dependientes", para definir a estos miembros del hogar. Sin embargo, en el trabajo de tesis que actualmente realizo está mostrando sus limitaciones, pues opone un concepto relacionado con la manutención a otro relacionado con la autoridad.

es el monetario, por eso accede normalmente a una serie de derechos en cuestión de poder. Pero, además del económico puede haber otra serie de recursos, sociales o simbólicos, que jueguen papel importante en esa definición.

El problema —y la razón de que ninguna de las dos definiciones de jefatura sea en sí satisfactoria por completo— es que el “poder” entendido como control de recursos (Adams, 1978) y la “autoridad”, como capacidad de persuadir a los demás de que uno es el depositario de la fuerza otorgada por el sistema cultural que rige la sociedad (Foucault, 1992), actúan en conjunta en la práctica cotidiana de los hogares y, por tanto, en el ejercicio de su “jefatura”. Refiriéndose a este asunto en Brasil, Sarti apunta que “la autoridad masculina [...] está basada en la representación social [...] en la locación del hombre en el sistema de género [...] [su] papel de proveedor refuerza su posición: está minada si no garantiza el soporte familiar” (Sartri, 1996: 126-127). Este matiz, que coloca al aporte como un refuerzo —muy importante—, implicaría que no podemos basar nuestros análisis sólo en reglas económicas, pues la realidad no sólo se rige por ellas, y ayudaría a explicar situaciones en que, siendo la mujer la principal o muy importante aportadora, no se cuestiona la autoridad masculina. Pero tampoco podemos situar el “sistema de género” como una causa universal; no sirve para explicar los casos en que el varón es capaz de negociar con una mujer que de alguna manera exige ser considerada en el reparto de poder doméstico. La relación entre ellas no es unilineal ni sencilla —pueden reforzarse, repelerse entre sí, ir por separado, etcétera— porque, pese al prejuicio en que nos basamos muchas veces, responsabilidad y autoridad no son elementos que corran en forma paralela sino que tiene cada uno su propia lógica.³⁹ Por eso el estudio de la “jefatura” debe tener en cuenta

39. Esta relación está detrás de la discusión sobre los cambios que está trayendo la incorporación laboral de la mujer en las relaciones de género. No es tan mecánica como planteaba Safa (1998), pero tampoco deja de presentarse, como mostraban Chant (1988) y

ambos elementos, como lo muestran en este volumen Rocío Enríquez y Ana Paola Aldrete.⁴⁰

En definitiva, al analizar cómo se ejerce el papel de responsable de un hogar y sus consecuencias en el reparto de poder/autoridad, hay que ir más allá de la "dominación masculina" y buscar cómo se da y cómo perciben los propios actores involucrados la continua y compleja combinación entre elementos económicos e ideológico culturales en un ambiente dominado por la precariedad y la pobreza.

BIBLIOGRAFÍA

Adams, Richard Newbold (1978). *La red de expansión humana. Un ensayo sobre energía, estructuras disipativas, poder y ciertos procesos mentales en la evolución de la sociedad humana*, Ediciones de la Casa Chata / Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

Ariza, Marina y Orlandina de Oliveira (1997). "Formación y dinámica familiar en México, Centroamérica y El Caribe", en *Ibero-Amerikanisches Archiv*, vol.23, núms.1/2.

Barbieri, Teresita de (1984). *Mujeres y vida cotidiana*, Secretaría de Educación Pública, México.

González de la Rocha (1994), más bien tiene sus propios ritmos y facetas (García y Oliveira, 1994; Gutmann, 1996). De todas formas es un tema complejo que no es parte de los objetivos de este trabajo.

40. Estas autoras diferencian la jefatura asignada y la *de facto*, construida a través de información sobre el aporte, la toma de decisiones y la asignación. De forma similar, en un trabajo sobre jefatura femenina de hogar en Centroamérica, Cordero (1998) propone combinar las definiciones económica ya asignada a través de tres tipos de jefatura: la económica, en que el jefe lleva la mayor parte de la responsabilidad económica y por ello es considerado como tal; la no económica, en que la persona considerada como jefe no es el principal aportador, y la mixta, en que el considerado jefe es el máximo proveedor, pero las razones dadas para la asignación no se basan en ello. Las proporciones de cada tipo varían en cada país, pero la económica no supera por mucho 50% en ninguno. Quienes son consideradas como jefes mixtos actúan en todos los casos como proveedores principales en mayor proporción que quienes son considerados como jefes económicos, que comparten con otros miembros esta responsabilidad. Así, ser el principal proveedor efectivo parecería que ese criterio no es necesario para asignar la jefatura, y reforzaría otros criterios extraeconómicos.

- Bastos, Santiago (1997). "Jefatura de hogar y etnicidad en el área metropolitana de Guatemala: la concepción de la responsabilidad doméstica y sus consecuencias" ponencia presentada en la mesa "Pobreza, género y desigualdad: jefatura femenina en hogares urbanos latinoamericanos", de la reunión de la Latin American Studies Association (LASA), Guadalajara, del 17 al 19 de abril.
- (1998). "Desbordando patrones: el comportamiento doméstico de los hombres", en *La Ventana. Revista de estudios de género*, núm.7, Centro de Estudios de Género-Universidad de Guadalajara, Guadalajara.
- (en prensa). "Concepciones de hogar y ejercicio del poder. El caso de los mayas en la ciudad de Guatemala", en González de la Rocha, Mercedes (comp.), *Divergencias del modelo tradicional. Hogares de jefatura femenina en América Latina*, CIESAS, México.
- Bastos, Santiago y Manuela Camus (1994). *Sombras de una batalla. Los desplazados por la violencia en ciudad de Guatemala*, FLACSO-Guatemala, Guatemala.
- (1995). *Los mayas de la capital. Un estudio sobre identidad étnica y mundo urbano*, FLACSO-Guatemala, Guatemala.
- Benería, Lourdes y Martha Roldán (1992). *Las encrucijadas de clase y género. Trabajo a domicilio, subcontratación y dinámica de la unidad doméstica en la ciudad de México*, El Colegio de México / Fondo de Cultura Económica, México.
- Bossen, Laurel (1984). *The redivision of labour. Women and economic choice in four guatemalan communities*, State University of New York Press, Albany.
- Brunt, Dorien (1992). *Mastering the struggle. Gender, actors and agrarian change in a mexican ejido*, CEDLA, Amsterdam.
- Buvinic, Mayra (1990). "The vulnerability of women headed households: policy questions and options for Latin America and the

- Caribbean", documento presentado a la Reunión Vulnerable Women, organizada por The Population Council, Viena, del 26 al 30 de noviembre.
- Cabrera, María Luisa (1992). *Tradición y cambio de la mujer k'iche'*, IDESAC, Guatemala.
- Castells, Manuel (1996) "The net and the self. Worknotes for a critical theory of the informational society", en *Critique of Anthropology*, vol 16, núm.1.
- Comaroff, John L. (1996). "Ethnicity, nationalism and the politics of difference in an age of revolution", en Wilmsen, E.E. y P. McAllister (eds.), *The politics of difference. Ethnic premises in a world of power*, The University of Chicago Press, Chicago.
- Cordero, Allen (coord.) (1998). *Cuando las mujeres mandan*, FLACSO-Costa Rica, San José.
- Córdova, Rosío (1996). "Infidelidad femenina y tolerancia social en el campo: el papel de la sexualidad en la construcción de identidades", en Aceves, J. (coord.), *Historia oral. Ensayos y aportes de investigación*, CIESAS, México.
- Chant, Sylvia (1988). "Mitos y realidades de la formación de las familias encabezadas por mujeres: el caso de Querétaro, México", en Gabayet, Luisa *et al.* (comps.), *Mujeres y sociedad: salario, hogar y acción social en el Occidente de México*, El Colegio de Jalisco / CIESAS, Guadalajara.
- (1997). *Women-headed households. Diversity and dynamics in the developing world*, McMillan, Londres
- Dumont, Louis (1966). *Homo hierarquicus. Essai sur le système des castes*, Gallimard, París.
- Escobar, Agustín (1996). "Los hombres y sus historias. Un acercamiento cualitativo al trabajo, el género y la identidad en México", ponencia presentada en el II Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo, Aguas de Lindoia, diciembre.

- Folbre, Nancy (1991). "Women in her own: global patterns of female headship", documento por publicarse en Gallin, R.S. y A. Ferguson (eds.), *The women and international development anual*, vol.2, Westview Press, Boulder.
- Foley, Douglas (1989). "Does the working class have a culture in the anthropological sense?", en *Cultural Anthropology*, vol.4, núm.2.
- Foucault, Michel (1992). *Microfísica del poder*, Las Ediciones de La Piqueta, México.
- García, Brígida y Orlandina de Oliveira (1994). *Trabajo femenino y vida familiar en México*, El Colegio de México, México.
- Gilmore, David (1990). "Men and women in Southern Spain: 'domestic power' revisited", en *American Anthropologist*, núm.90.
- (1994). *Hacerse hombre. Concepciones culturales de la masculinidad*, Paidós, Barcelona / Buenos Aires.
- González de la Rocha, Mercedes (1988). "De por qué las mujeres aguantan golpes y cuernos: un análisis de hogares sin varón en Guadalajara", en Gabayet, Luisa *et al.* (comps.), *Mujeres y sociedad: salario, hogar y acción social en el Occidente de México*, El Colegio de Jalisco / CIESAS, Guadalajara.
- (1994). *The resources of poverty. Women and survival in a mexican city*, Blackwell, Oxford / Cambridge.
- (1995). "Social restructuring in two mexican cities. An analysis of domestic groups in Guadalajara and Monterrey", en *The European Journal of Developement Research*, vol.7, núm.2.
- (en prensa). "A manera de introducción: cambio social, transformación de la familia y divergencias del modelo tradicional", en González de la Rocha, Mercedes (comp.), *Divergencias del modelo tradicional. Hogares de jefatura femenina en América Latina*, CIESAS, México.
- Gutmann, Matthew (1996). *The meanings of macho. To be a man in Mexico city*, University of California Press, Berkeley.

- (1997). "Trafficking in men: the anthropology of masculinity", en *Annual Review of Anthropology*, núm.26.
- Harris, Olivia (1986). "La unidad doméstica como unidad natural", en *Nueva Antropología*, vol.VIII, núm.30, México.
- Instituto Nacional de Estadística, INE (1996). *X Censo de Población y V de Habitación, 1994*, INE, Guatemala.
- Jelin, Elizabeth (1984). *Familia y unidad doméstica: mundo público y vida privada*, CEDES, Buenos Aires.
- Kaztmann, Rubén (1992). "¿Por qué los hombres son tan irresponsables?", en *Revista de la CEPAL*, núm.46, abril.
- León, María Soledad de (1996). "Hombres norteros y mujeres livianas: familia, trabajo y relaciones de género en Paredones, Michoacán", tesis de maestría, El Colegio de Michoacán, Zamora.
- Lewis, Óscar (1986). "La cultura de la pobreza", en *Ensayos antropológicos*, Grijalbo, México.
- Lomnitz, Larissa (1975). *Cómo sobreviven los marginados*. Siglo XXI, México.
- Martínez Casas, Regina (1998). "Vivir invisibles. La migración otomí en Guadalajara", tesis de maestría en antropología social, CIESAS Occidente/Sureste, Guadalajara.
- Miranda, Roberto (1997). "Exploraciones históricas desde Guadalajara sobre la masculinidad en México", Seminario de Investigación, tercer semestre, doctorado en ciencias sociales, CIESAS / Universidad de Guadalajara, Guadalajara.
- Nash, Manning (1970). *Los mayas en la era de la máquina*, Seminario de Integración Social, Guatemala.
- Ortner Sherry B. y Harriet Whitehead (1996). "Indagaciones acerca de los significados sexuales", en Lamas, Marta (comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, UNAM / Porrúa, México.
- Pahl, Richard (1984). *Divisions of labour*, Blackwell Publishers, Oxford/Cambridge.

- Peña, Guillermo de la (1993). "Individuo, etnia y nación: paradojas y antinomias de la identidad colectiva", en Garzón, E y F. Salmerón (eds.), *Epistemología y cultura. En torno a la obra de Luis Villoro*, UNAM, México.
- Pérez Sainz, Juan Pablo; Manuela Camus y Santiago Bastos (1992). *Todito, todito es trabajo. Indígenas y empleo en ciudad de Guatemala*, FLACSO-Guatemala, Guatemala.
- Safa, Helen (1998). *De mantenidas a proveedoras. Mujeres e industrialización en el Caribe*, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, San Juan.
- Sarti, Cynthia (1995). "Morality and transgression among brazilian poor families: exploring the ambiguities", en Hess, D.J. y R.A. DaMatta (eds.), *The brazilian puzzle. Culture on the borderlands of the western world*, Columbia University Press, Nueva York.
- Schrijvers, Jo (1986). *Mothers for life. Motherhood and marginalization in the North Central Province of Sri Lanka*, Delft, Eburon.
- Smith, Gavin (1989). *Livelihood and resistance: peasants and the politics of land in Peru*, University of California Press, Berkeley.
- Villarreal, Magdalena (1994). *Wielding and yielding. Power, subordination, and gender identity in the context of a mexican development project*, Universidad Agraria de Wageningen, Wageningen.
- (1996). "Mujeres insubordinadas. Poder, subordinación y apropiación de espacios", en *Revista Universidad de Guadalajara*, Universidad de Guadalajara, Guadalajara.
- Viveros Vigoya, Mara (1999). "Quebradores y cumplidores: biografías diversas de la masculinidad", ponencia presentada en la reunión de la Society of Latin American Studies (SLAS), Cambridge, del 9 al 11 abril.
- Wilson, Fiona (1990). *De la casa al taller. Mujeres, trabajo y clase social en la industria textil y del vestido. Santiago Tangamandapio*, El Colegio de Michoacán, Zamora.

CARACTERÍSTICAS DE LOS HOGARES POBRES URBANOS. EL CASO LAS FLORES*

Rocío Enríquez Rosas y
Ana Paola Aldrete González**

INTRODUCCIÓN

El objetivo del presente documento es ofrecer una aproximación a las características de los hogares de la población estudiada. Se trata de un asentamiento irregular, conocido como la colonia Las Flores, ubicado a un costado del Periférico Sur (después de la avenida Colón), en la ciudad de Guadalajara, Jalisco, creado hace pocos años en condiciones de extrema pobreza.

En este trabajo se dará cuenta de los datos hasta ahora analizados sobre una muestra de 60 hogares seleccionados de manera aleatoria, que se ubican en la colonia Las Flores. Esta muestra fue elegida con base en los resultados de una encuesta aplicada por trabajadoras sociales de Banca Promex y sistematizada por el equipo de la presente investigación, que se realizó con anterioridad en esta zona y que abarcó 394 hogares.¹ Se calcula que en este asentamiento residen alrededor de 550 familias, por lo que se tomó el 10% como criterio para definir el tamaño de la muestra.

* Esta investigación cuenta con la aprobación y el financiamiento del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT), en el Sistema de Investigación José María Morelos (SIMORELOS), con el número de registro 96-03-010.

** Rocío Enríquez Rosas es investigadora del Centro de Investigación y Formación Social (CIFS) del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO). Ana Paola Aldrete González es asistente de investigación del CIFS del ITESO.

1. Para mayor información sobre esta encuesta, véase "Voces de la pobreza", de Rocío Enríquez (1998), que recopila los datos obtenidos en este primer levantamiento y ofrece características generales sobre las condiciones de la población estudiada.

El cuestionario que aplicamos se denomina "Organización y funcionamiento de la unidad doméstica", elaborado a partir de la adaptación de un cuestionario ya existente formulado por Mercedes González de la Rocha; también se utilizaron algunos indicadores propuestos en un estudio denominado "Los pobres explican la pobreza: el caso de Guatemala",² y por último, el diseño final estuvo a cargo del equipo de esta investigación, compuesto por cuatro tesis de la carrera de psicología del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO) y las que escriben.

La aplicación del cuestionario se llevó a cabo por las integrantes de este proyecto y seis alumnas de psicología; consistió en entrevistas estructuradas, en promedio: tres sesiones de dos horas con cada una de las mujeres madres que forman parte de los 60 hogares seleccionados. El trabajo de campo se realizó durante el semestre de enero a junio de 1998 y las bases de datos, la captura y el análisis estadístico de los mismos se concluyó en el mes de noviembre del mismo año.³

Este documento tiene como propósito fundamental explorar y analizar las características sociodemográficas de los hogares estudiados, se abordará primero los diferentes tipos de arreglos familiares existentes, tomando en cuenta la estructura familiar, la etapa del ciclo doméstico y el tipo de jefatura de hogar existente. Una vez caracterizados los diferentes escenarios familiares, se analizará su composición en cuanto a número de integrantes y sexo. Luego se abordarán las características económicas de los hogares, considerando el ingreso *per capita* por hogar, el promedio de perceptores por género y el índice de dependientes. Por último se explorarán las

2. Realizado por la Universidad Rafael Landívar y el Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales, en Guatemala, 1995.

3. Agradecemos la valiosa asesoría de David Vázquez Vázquez, de Servicios Computacionales del ITESO, para el análisis estadístico de la información capturada, y la participación de José Luis Córdova, profesor del Departamento de Psicología, Salud y Comunidad, en la construcción de las primeras bases de datos.

modalidades en cuanto a distribución del trabajo doméstico al interior de los hogares. A partir de esta plataforma de información se busca dar contexto a las condiciones específicas en las que viven esta clase de hogares, de tal manera que sea posible iniciar la formulación de asociaciones entre los diferentes tipos de escenarios familiares encontrados y la influencia que éstos puedan tener en las condiciones de bienestar-malestar emocional de las mujeres madres que en ellos residen, objetivo final de la investigación que hemos realizado.

CONTEXTO TEÓRICO

Con el propósito de enmarcar el presente estudio dentro de las investigaciones recientes en torno a hogares urbanos en condiciones de pobreza, señalaremos a continuación algunos de los hallazgos y dilemas más actuales referentes al tema. El interés estará centrado primero en la caracterización de los hogares urbanos pobres, donde buscaremos resaltar las asociaciones existentes entre condiciones de pobreza y tipo de jefatura de hogar, así como con la estructura y la etapa del ciclo doméstico de los hogares. En el segundo punto retomaremos algunas reflexiones acerca de las condiciones específicas de las mujeres madres de estos hogares en cuanto a su participación económica, y las repercusiones de esta última en la vida de ellas y de sus familias. Como tercer apartado trataremos algunos elementos referentes a la dinámica interna de los hogares en condiciones de pobreza, en específico lo que se refiere a la distribución del trabajo doméstico.

En relación con las características sociodemográficas de los hogares pobres urbanos en México,⁴ diversos estudios (Acosta, 1994; García, Muñoz y Oliveira, 1982), realizados en la década de los años

4. Un análisis comparativo más amplio sobre hogares de jefatura femenina y pobreza puede consultarse en Enríquez (1998).

ochenta en nuestro país, establecieron relaciones importante entre las características de los hogares y la prevalencia de la pobreza en los mismos, se llevaron a cabo varias investigaciones para conocer las características de los hogares de jefatura femenina en relación con los hogares de jefatura masculina. Algunas de los hallazgos encontrados son:

- Las familias extensas tienen mayor presencia en los hogares de jefatura femenina, en comparación con los hogares de jefatura masculina.
- El tamaño de los hogares dirigidos por mujeres es menor que el de los hogares dirigidos por hombres, tanto en zonas urbanas como en zonas rurales del país.
- La participación económica de las mujeres es mayor entre aquellas que se desempeñan como jefas de hogar.
- El índice de trabajadoras por cuenta propia, en comparación con las asalariadas, es mayor en los hogares dirigidos por mujeres. También se observó un alto número de empleadas domésticas.
- La doble jornada es más común en los hogares con jefes mujeres.
- La mayor parte de los hogares de jefatura femenina se concentran en las áreas urbanas de nuestro país.
- Los ingresos de las jefas de hogar tienden a ser menores al salario mínimo. Aunado a esto, su condición de jefas les hace encontrarse con una mayor discriminación en el mercado laboral.
- Existe un porcentaje alto de jefas de hogar que no cuentan con ningún tipo de instrucción educativa o con niveles básicos en la misma.
- El estado civil de las jefas de hogar es principalmente la viudez y en porcentajes menores separadas o divorciadas. La edad de las jefas se concentra en sesenta años o más.

Las características sociodemográficas más actuales de este tipo de hogares en México, obtenidas a partir del Censo de Población 1990 (López e Izazola, 1995), señalan lo siguiente:

- La proporción de hogares de jefatura femenina en la actualidad se mantiene con variación de acuerdo con el tamaño de la localidad de residencia, siendo mayor en las zonas urbanas (alrededor de 18%).
- La estructura por edades en los hogares de jefatura femenina se ha rejuvenecido en los últimos años. El número de jefas es mayor en el rango de edad entre 25 y 54 años y tiende a descender en edades más avanzadas.
- Un número importante de hogares de jefatura femenina se inicia en las etapas de expansión y consolidación del ciclo doméstico.
- Con respecto al estado civil de las jefas de hogar los datos muestran que el porcentaje más alto se encuentra entre las mujeres que se reportan como casadas, sin embargo hay un incremento en cuanto a las mujeres separadas y divorciadas y una disminución en las viudas.
- En cuanto a la composición del hogar y tomando en cuenta el sexo del jefe, poco más de la mitad de los hogares de jefatura femenina son nucleares, aunque las unidades ampliadas alcanzan un porcentaje alto en comparación con las de jefatura masculina, al igual que los hogares unipersonales.
- Referente al nivel de instrucción de las jefas de hogar y de acuerdo con la edad, una cuarta parte de ellas no tienen instrucción alguna, esto es más evidente en la población de edad avanzada que ha quedado al margen de los servicios e infraestructura educativa.
- El índice de mujeres jefas que trabajan asciende a 51.0%, en comparación con los jefes hombres, que lo hacen en 93.1%.

Algunos de los factores que se asocian al incremento de estos hogares y a su ubicación en relación a condiciones de pobreza son: la caída del ingreso familiar, con el consecuente aumento en los índices de pobreza, que ha influido de manera significativa en que muchos hombres abandonen la responsabilidad de mantener a su familia (Buvinic, 1990). Para Katzman (1992) este comportamiento de irresponsabilidad masculina está muy relacionado con la pérdida de legitimidad que el varón ha sufrido en las últimas décadas a partir de tres frentes: por el incumplimiento del papel masculino de proveedor único del hogar, por el debilitamiento de la imagen paterna como modelo a seguir para las nuevas generaciones y por la acción de tendencias ideológicas que promueven la igualdad de géneros y ponen en tela de juicio los valores machistas-autoritarios.

Varios autores (como Chalita, 1994; Buvinic, 1990 y Folbre, 1991) consideran las características propias del trabajo femenino que desempeñan las mujeres jefas de hogar, como factores que contribuyen al proceso de empobrecimiento en estos hogares: las mujeres enfrentan mayor número de dependientes, ya que en estos hogares el índice de adultos perceptores es menor. Las mujeres tienden a recibir ingresos menores con respecto a los hombres y, sobre todo, la prevalencia de la doble jornada en las mujeres es característica de este tipo de organizaciones familiares.

Buvinic (1990) enfatiza también en la migración predominante de mujeres a zonas urbanas como un factor determinante en la formación de hogares de jefatura femenina pobres. Otro precursor, abordado también por González de la Rocha (1988), tiene que ver con la erosión sistemática de la familia extensa y de las redes tradicionales de ayuda en áreas urbanas, que tiende a favorecer el aislamiento social de este tipo de hogares.

En cuanto al funcionamiento y la organización interna de los hogares y la relación de éstos con la perseverancia y el agravamiento de la pobreza, González de la Rocha (1986; 1988, y en prensa) y

Chant (1988 y 1997) han trabajado en diferentes estudios este punto. Las formulaciones recientes tienden a cuestionar la asociación directa que se hace entre jefatura femenina y pobreza. Estas autoras consideran que este tipo de arreglos familiares puede favorecer relaciones más armónicas, equitativas y solidarias entre sus miembros, lo que promovería aprendizajes nuevos en los hijos e hijas, que posibiliten romper con el círculo de la pobreza.

López y Izazola (1995) mencionan también algunos factores que inciden en el incremento de hogares de jefatura femenina y que pueden o no influir en las condiciones de pobreza de los mismos: migración femenina urbana, menor edad de las mujeres al casarse, ruptura de las uniones, aumento de madres solteras, menor tendencia en viudas a contraer segundos matrimonios, y elementos relacionados con la irresponsabilidad masculina, mencionados también por varios autores antes citados.

Por estudios realizados por Cortés y Ruvalcaba (1995), que permiten desagregar categorías como el tamaño y el tipo de estructura familiar, y la relación que éstos guardan con el ingreso familiar total, se sabe que los hogares de jefatura masculina cuentan con más miembros y el ingreso tiende a ser mayor, en comparación con los hogares de jefatura femenina que, en cambio, cuentan con menos integrantes y el número de perceptores tiende a crecer, aun cuando los ingresos individuales son menores. Estos autores llevaron a cabo un análisis estadístico de los hogares con ingreso en México, en el que utilizan como eje central los ingresos por género y la existencia de ingresos combinados: tanto masculinos como femeninos, donde desagregan también los ingresos con predominio masculino o con predominio femenino.

A partir de la clasificación de los hogares realizada por Cortés y Ruvalcaba (1995), González de la Rocha (en prensa) señala que los hogares más pobres entre los pobres son aquéllos dirigidos por hombres donde el ingreso es exclusivamente femenino, en segundo lugar

se encuentran los hogares dirigidos por mujeres donde el ingreso es exclusivamente masculino. Al parecer, la exclusividad de ingresos, ya sea femeninos o masculinos, es un factor clave para el empobrecimiento de los hogares y no el factor jefatura de hogar, tomado de manera aislada. Esto se explica también a partir de que los hogares con ingreso exclusivamente femenino o masculino tienen más perceptores en comparación con los hogares donde la generación de ingresos es responsabilidad tanto femenina como masculina.

González de la Rocha considera que aun cuando la condición de pobreza es evidente en los hogares de jefatura femenina, este tipo de organizaciones familiares resuelven los conflictos de intereses individuales y colectivos propios del grupo doméstico, dando mayor relevancia a estos últimos.

Sin embargo, para Cortés y R. Ruvalcaba (1995) los análisis realizados marcan una heterogeneidad importante en cuanto a la diversidad de arreglos posibles de los hogares mexicanos, donde se manifiestan con claridad las desigualdades de género en relación con los ingresos familiares. Los autores consideran que utilizar el indicador referente a jefatura declarada, ya sea femenina o masculina, y analizar el mismo en función de la variable ingreso, no permite llegar a conclusiones finales, ya que daría como resultado una concepción parcial de la realidad, donde los hogares de jefatura femenina parecerían estar en mejores condiciones económicas que los hogares de jefatura masculina.

Acerca de este mismo debate, Cortés (1997) realizó un estudio donde analiza los factores asociados a la presencia de hogares en condiciones de pobreza. Encontró que la tesis que postula que "en los grupos domésticos donde sólo hay perceptoras, el dinero se distribuye prioritariamente para satisfacer las necesidades del hogar y de sus miembros", no obtuvo una probabilidad alta. Es decir, la diferenciación por sexo de los perceptores no arrojó resultados significativos para ser considerada como factor determinante asociado a

mayor o menor incidencia de hogares pobres. Al parecer, la probabilidad de que un hogar sea pobre está determinada sobre todo por el ingreso medio de los perceptores y la ubicación geográfica, así como por la tasa de dependencia del hogar.

Por su parte, Acosta (1998) realizó un estudio referente a estructura familiar, hogares con jefatura femenina y bienestar en México. A partir de un análisis cuantitativo a nivel nacional comenta que en comparación con los hogares dirigidos por hombres, los hogares de jefatura femenina presentan mayores posibilidades de encontrarse en situaciones de vulnerabilidad tanto económica como social debido a factores asociados con la estructura del hogar, el género y el estado civil de las jefas de hogar. El autor enfatiza también la importancia de ubicar los hogares de acuerdo con la etapa del ciclo vital familiar, concluye que cuando la jefatura femenina se asume en etapa de expansión, los riesgos de vulnerabilidad son mayores y las redes de intercambio social juegan un papel trascendente.

Existe también un debate acerca de la importancia de incluir el criterio económico para definir el tipo de jefatura en el hogar; García y Oliveira (1994; García, 1998, y Oliveira, 1998) han insistido en estudiar aquellos hogares donde la mujer es la principal jefa económica y la pareja está presente en el hogar. Estas autoras han encontrado que en este tipo de hogares el dominio masculino se ejerce mediante la violencia física y psicológica como un mecanismo para mantener la autoridad.

En relación con la participación económica de la mujer y el impacto que aquélla tiene en su propia vida y la de su familia, existen algunas reflexiones importantes:

No se puede valorar adecuadamente la contribución que representa el trabajo de la mujer si no comprendemos el papel económico esencial que ella tiene al interior de la familia y los beneficios desproporcionados que de ella obtienen las familias. Las

relaciones familiares contribuyen al empobrecimiento de la mujer (Buvinic y Bruce, 1998: 15).

Con la cita anterior las autoras enfatizan el hecho de la invisibilidad del trabajo femenino al interior del hogar y el escaso o nulo control que las mujeres tienen de sus ingresos al participar en la economía formal, donde la prioridad es siempre la familia. También se plantea el hecho de que casi cualquier mujer, en cualquier tipo de organización familiar, funciona como "madre sola" ya que la carga es mucho mayor para la mujer en cuanto a trabajo doméstico, cuidado de los hijos y aun en aspectos financieros. Muchas mujeres son madres solas de hecho, aun cuando el hombre está presente y genera ingresos. Por último, las autoras señalan que el bienestar de la mujer está profundamente enraizado en el compromiso que ella tiene con sus hijos. De alguna manera, pensar en el bienestar de la mujer implica pensar en el bienestar de los hijos. En este sentido, entender la participación económica de la mujer en el sector formal o informal, sobre todo en poblaciones pobres, requiere reconocer y valorar la intensidad del vínculo que la madre tiene para con sus hijos y con el bienestar de los mismos.

La prevalencia del trabajo extradoméstico femenino en sectores populares parece no estar asociada con un cambio favorable en la posición de la mujer con respecto a su pareja. Para Oliveira (1998), cuando las esposas reciben ingresos similares o mayores a los de la pareja, el hombre puede sentir amenazada su masculinidad, su papel de proveedor único o principal del hogar; en esta situación las relaciones familiares tienden a ser más opresivas para las mujeres.

En los hogares pobres, los cambios en las relaciones de género han sido muy lentos. Muchas mujeres consideran que su aportación económica al hogar no es esencial, aun cuando ésta en realidad lo sea, y en el mismo discurso femenino afirman a sus maridos como los responsables del gasto familiar.

Para García (1998), el aumento en el número de perceptores de ingreso al hogar, acentuando sobre todo el incremento de la participación económica femenina, ha sido percibido por diversos estudiosos como un mecanismo de sobrevivencia importante; sin embargo, la autora afirma que la mejoría en términos generales del hogar no implica un mayor bienestar en cada uno de los individuos que lo componen. Esta reflexión es en suma importante, ya que hace referencia al alto costo en la salud y el bienestar, sobre todo de las mujeres, al verse en la necesidad de trabajar tanto en el interior del hogar como en el ámbito extradoméstico.

En relación con la distribución del trabajo doméstico en hogares pobres, Oliveira (1998) y García (1998) consideran que esta dimensión es una de las más resistentes a cambios a corto plazo, tanto en lo que se refiere a una división más equitativa de las labores domésticas como a las tareas propias de la crianza de los hijos. Diversos estudios muestran la escasa participación de los hombres en este tipo de actividades, que siguen siendo percibidas como femeninas.

Las mujeres mexicanas de mayor edad y sobre todo de sectores populares, se consideran responsables del trabajo en el hogar y perciben a la pareja como el encargado de mantener a la familia. Las mujeres jóvenes que realizan actividades extradomésticas, presionan más a los hombres para que participen en las tareas del hogar que aquellas que se dedican sólo al hogar. Sin embargo, los hombres siguen considerando su participación en lo doméstico como una "ayuda" y no como un compromiso que hay que compartir de manera más equitativa (Oliveira, 1998).

La autora también considera que en los sectores populares se presenta en la actualidad una reafirmación a nivel de discurso, de los papeles tradicionales de la pareja. Al parecer, aun cuando en la práctica más de la mitad de los hogares en México ya no son sostenidos exclusivamente por el varón y la participación económica de las mujeres es cada vez más evidente, el discurso que mantiene al

hombre como proveedor y a la mujer en las tareas propias del hogar continúa vigente. Esta situación de incongruencia entre lo que se piensa y lo que se hace genera sentimientos de frustración e impotencia en muchos hombres, lo que favorece el incremento en los índices de violencia al interior de los hogares o bien, el abandono total o parcial de las responsabilidades del hombre hacia su familia. Lo anterior señala el largo camino que falta por recorrer para lograr un verdadero cambio en los valores y creencias en torno al papel de la mujer y del hombre en lo que respecta a la división del trabajo doméstico. El ámbito de lo íntimo, de las relaciones primarias que se crean y recrean en la familia es uno de los espacios más resistentes al cambio y a la transformación.

Un señalamiento interesante, encontrado a partir de la revisión de diversos estudios realizados por García (1998), apunta que aun cuando entre padres y madres no se ha constatado una transformación en lo que respecta a la división del trabajo doméstico, sí existen algunos cambios en la manera de participar en los quehaceres del hogar entre hijos e hijas. Además, la mujeres madres sí plantean en su discurso, a diferencia de los cónyuges, una participación más igualitaria por parte de sus hijos de cualquier genero. Además, las expectativas a corto plazo, sobre todo en hogares pobres, no permiten elaborar formulaciones optimistas. La situación de las mujeres adultas madres permanece en seria desventaja con respecto de otros miembros de la familia, principalmente de los cónyuges.

Por otra parte, las posibilidades de uso de tiempo libre para las mujeres, parecen ser en verdad escasas y de poca calidad, lo cual tiende a deteriorar aún más su calidad de vida. Los ajustes continuos que han hecho en sus vidas para sacar adelante a sus familias han generado en las mujeres situaciones de tensión y cansancio crónico, ya que no cuentan con tiempo ni espacio para ocuparse de sí mismas, relajarse y recrearse practicando actividades placenteras. Sin embargo, sí es posible vislumbrar un proceso lento pero evidente de

transformación en lo que respecta a las nuevas generaciones y su participación más equitativa, en términos de género, en las tareas domésticas y extradomésticas.

CARACTERÍSTICAS SOCIODEMOGRÁFICAS DE LA POBLACIÓN ESTUDIADA

A continuación se abordarán algunas de las características más importantes de los hogares estudiados, donde se buscará ofrecer al lector un panorama que le permita ubicar el tipo de población analizada.

En relación con el año de arribo a la colonia Las Flores, 70% de las familias se establecieron entre 1994 y 1996, siendo 1995 el año que concentra la mayoría de los casos. Estos hallazgos pueden estar relacionados con la intensificación de la crisis económica en el país alrededor de 1995, cuando muchas familias de origen rural emigraron a las ciudades y familias urbanas pobres que rentaban vivienda ya no contaron con los recursos suficientes para seguir solventando este gasto.

Los principales motivos para emigrar a esta zona, según las mujeres entrevistadas, fueron el contar con un terreno propio donde construir su vivienda y dejar de pagar rentas cada vez más altas. Nos parece importante destacar el hecho de que aunque ninguna de las familias cuenta con papeles que legalicen la propiedad de la tierra, la mayoría de ellas se consideran propietarias de la misma, de alguna manera la necesidad de contar con un espacio propio se da por cubierta y sólo cuando se presentan las amenazas de desalojo se recrudece en ellas la posibilidad de perder su hogar.

Con respecto a otros motivos, con frecuencias decrecientes, que las mujeres atribuyen al haberse establecido en la colonia se encuentra la oportunidad que tuvieron de que algún familiar o alguna amistad les prestara un terreno o bien, una vivienda donde residir sin

pagar renta; para otras, fue la oportunidad de independizarse de sus familias de origen y evitar de esta manera los conflictos recurrentes que vivían al interior de las unidades domésticas extensas. En algunos casos se reporta también como motivo de arribo a la colonia el inicio de la unión de la pareja y de formación de la familia o bien, la ruptura de una relación de pareja. Con menores frecuencias se encuentra el caso de familias recién llegadas a la ciudad, originarias de localidades rurales. También están presentes los motivos que reflejan una condición extrema de pobreza, donde la colonia es percibida como la única alternativa para tener un espacio donde seguir viviendo, ejemplos de esto se ilustran con las siguientes citas: "por trabajo (ofrecimientos laborales)", "por no tener dónde vivir", "por enfermedad" —y las implicaciones económicas que ésta tiene—, "para que los hijos tengan un lugar donde estar", "por la pérdida de la vivienda anterior".

A partir de los datos analizados, nos parece importante destacar el hecho de que la mayoría de las familias entrevistadas reportan venir de diversas colonias del área metropolitana —como Polanquito, Santa María, la Nueva Santa María, Guayabitos, el Cerro del Cuatro, etcétera— y no indican antecedentes inmediatos de migración interna. Al parecer se trata de organizaciones familiares urbanas pobres con trayectorias de varios años de residir en la ciudad, principalmente en asentamientos irregulares de la periferia de la misma, y que encuentran en Las Flores una alternativa para continuar su expansión.

Al analizar el lugar de origen de las 60 mujeres madres entrevistadas, 31.6% (19) de ellas son originarias de Guadalajara y las 68.3% (41) restantes son originarias de diversos estados: en primer lugar el interior de Jalisco (19), en segundo lugar Zacatecas (5), en tercer lugar Michoacán (4) y con frecuencias menores y decrecientes: Aguascalientes (2), Baja California Norte (2), Colima (2), Guana-

juato (2), Coahuila (1), Nayarit (1), Hidalgo (1), Sinaloa (1) y Veracruz (1).

En cuanto a las localidades de origen específicas, de nuevo los datos se comportan sin una tendencia clara, aunque muchas de las mujeres provienen de poblaciones pequeñas, son mínimos los casos que reportan un mismo lugar de origen. Otra vez surge la idea de organizaciones familiares que al asentarse en la ciudad van desmembrando sus nexos, en cuanto a zonas de residencia comunes o cercanas, ante las demandas propias de lo que implica ser pobre en una ciudad. En este sentido, parece vital conocer hasta qué punto, en qué condiciones y de qué maneras estas mujeres han mantenido sus redes de apoyo social con sus parientes y amistades tanto dentro de la ciudad como en sus lugares de origen. Además, es imprescindible explorar las posibilidades reales que un asentamiento como Las Flores —en condiciones de extrema pobreza, con diversidad de orígenes, formas y costumbres de vivir la cotidianidad, y con pocos años de formación— ofrece para la creación de redes de apoyo social que beneficien la vida de estas mujeres y sus familias.

Por ahora, mediante el trabajo de campo realizado surge más bien la hipótesis de que las características propias de este asentamiento no favorecen de manera significativa la creación de redes de intercambio y reciprocidad; los sentimientos de desconfianza, sobre todo por la amenaza de perder lo poco que se tiene, crean enemistades y dividen con fuerza a las familias. Aunado a esto, las situaciones de inseguridad y violencia que se respiran diario en la colonia, mantienen a las familias resguardadas en sus hogares y la preocupación principal está en contar con una puerta y construir una barda que los proteja de los otros. Salazar (1996) reporta características similares en los asentamientos estudiados en la periferia de la ciudad de México, las redes sociales están sumamente empobrecidas tanto con parientes como con amigos y vecinos. Un factor importante asociado a esta condición es el tiempo reciente de creación de estos

asentamientos, sin embargo, consideramos que no existe una relación causal en este sentido, ya que intervienen una serie de factores importantes que no pueden quedar al margen, como son: las condiciones e implicaciones propias de vivir en un asentamiento irregular, las historias diversas de los pobladores que emigran a estos espacios, la situación permanente de incertidumbre e inseguridad, entre otros.

Con respecto a la composición de los hogares⁵ y tomando en cuenta la edad y el sexo de los miembros, los datos muestran las siguientes características: el promedio de miembros por hogar es de 5.45 personas, de las cuales 2.95 son mujeres y 2.50 son hombres (véase el cuadro 1).

Al parecer, el incremento de población femenina está ubicado principalmente en las etapas de la infancia y la adolescencia, es decir, entre 0 años y 18 años de edad. Además, es importante resaltar que en esta población es donde se ubican tres de los miembros del hogar, lo cual implica hogares en promedio jóvenes, en etapa de expansión, donde el número de dependientes tiende a ser mayor al número de perceptores; ello puede ubicarlos en condiciones de mayor pobreza y vulnerabilidad.

Por otro lado, las mujeres madres de estas familias enfrentan demandas propias de tener hijos pequeños, lo que, aunado a las condiciones extremas en las que viven, puede ser un factor importante asociado con las condiciones de malestar que ellas viven en su cotidianidad.

Se analizó la composición de los hogares tomando en cuenta el tipo de estructura familiar (véase el cuadro 2), entendiendo por estructura nuclear aquella donde residen bajo el mismo techo ambos padres o uno de ellos y los hijos, y por estructura extensa, aquella donde residen bajo el mismo techo uno o ambos padres, los hijos y

5. En relación con la composición de los hogares, se presenta un análisis mayor sobre este tema en Enríquez (1999: 42-55).

Cuadro 1
Composición de los hogares por rangos de edad y sexo

RANGOS DE EDAD	PROMEDIO MUJERES	PROMEDIO HOMBRES	PROM. MUJERES Y HOMBRES
Infancia (0-12 años)	1.22	1.07	2.28
Adolescencia (13-18 años)	0.45	0.27	0.72
Juventud (19-25 años)	0.32	0.32	0.63
Adultez temprana (26-45 años)	0.65	0.55	1.20
Adultez madura (46-65 años)	0.23	0.22	0.45
Vejez (65 o más años)	0.08	0.08	0.17
Promedios totales	2.95	2.50	5.45

otros miembros relacionados por lazos de parentesco. Se encontraron en total 42 unidades nucleares, que equivalen a 70% de la muestra, y 18 unidades extensas, que incluyen al 30% restante de la muestra. La primera observación que salta a la vista es la diferencia entre número de miembros por hogar; en los nucleares la cifra refiere 4.43 miembros y en los extensos asciende a 7.83 miembros. Estamos hablando de una diferencia de por lo menos tres miembros a favor de las unidades extensas. En ambos tipos de estructura familiar el promedio de miembros masculinos es relativamente menor al femenino. El porcentaje mayor de unidades nucleares en relación con las extensas, puede estar asociado al fenómeno de nucleización evidente en los últimos años en nuestro país (García, 1998). La formación de unidades extensas como mecanismo más o menos exitoso para hacer frente a las condiciones de pobreza, no se traduce en una tendencia

Cuadro 2
Composición de los hogares por sexo y estructura familiar

	PROMEDIO MUJERES	PROMEDIO HOMBRES	PROMEDIO TOTAL
Total de hogares (60 casos)	2.95	2.50	5.45
Hogares nucleares (42 casos)	2.50	1.92	4.43
Hogares extensos (18 casos)	4.01	3.82	7.83

dominante en la población estudiada. La situación inherente a la pobreza urbana juega un factor determinante en el comportamiento familiar, los lazos de parentesco y la búsqueda de residencia compartida son insostenibles en muchos casos. Vivir en ciudad implica rupturas, ajustes y reacomodos en lo familiar, que favorecen el aglutinamiento de las unidades nucleares y la dispersión de las unidades extensas. Bazán (1998) considera que ante la crisis económica actual que enfrenta el país, la familia extensa cedió su lugar a la familia nuclear, y es en esta última donde se crean y recrean los últimos recursos existentes para enfrentar la precariedad y evitar en lo posible la descomposición familiar.

Después se trabajó la conformación de los hogares de acuerdo con la etapa del ciclo doméstico en la que se encuentran. Este concepto se refiere al período de tiempo o fase en la que se encuentra la unidad doméstica. El ciclo se divide en las siguientes etapas (González de la Rocha, 1986):

- **Expansión.** Tiempo en que la unidad doméstica crece por el incremento de sus miembros.
- **Consolidación o equilibrio.** Cuando la unidad doméstica tiene la capacidad de volverse económicamente más equilibrada, dado

que los hijos comienzan a trabajar o bien, la madre trabaja fuera del hogar al ya no tener tantas responsabilidades maternas.

- **Dispersión.** Es la última fase del ciclo y se inicia una vez que los miembros de la unidad doméstica se separan del hogar paterno para organizar sus propias unidades domésticas.

En este estudio la etapa del ciclo doméstico a la que pertenecen los hogares se ubicó de acuerdo con tres criterios básicos: edad del hijo mayor, edad de la madre y características laborales de la unidad doméstica. Se encontraron 24 hogares en expansión (40%), 16 hogares en consolidación (27%) y 20 hogares en dispersión (33%).

Al explorar la composición de los hogares de acuerdo con el ciclo doméstico (véase el cuadro 3), se observa que la etapa de expansión agrupa al mayor número de hogares. De nuevo se trata de familias en su mayoría jóvenes, involucradas en tareas de procreación y crianza de hijos pequeños. Sin embargo, el porcentaje de hogares en consolidación y sobre todo en dispersión concentra numerosos casos. En este sentido, la evidencia muestra la importancia de comprender la diversidad de arreglos familiares tanto a nivel de su estructura como de su ubicación en el tiempo, las implicaciones y demandas son en verdad diferentes y exigen aproximaciones específicas por parte de aquellos que intervienen en este tipo de población.

Cuadro 3
Composición de los hogares por sexo y ciclo doméstico

CICLO DOMÉSTICO	PROMEDIO MUJERES	PROMEDIO HOMBRES	PROMEDIO TOTAL
Expansión (24 hogares)	2.79	2.50	5.29
Consolidación (16 hogares)	3.13	2.56	5.69
Dispersión (20 hogares)	3.00	2.45	5.45

En cuanto al tamaño de las unidades domésticas tomando en cuenta la etapa del ciclo doméstico, en promedio las variaciones de miembros son sutiles y la proporción relativamente mayor de mujeres en comparación con hombres se vuelve a mostrar.

También se observa una relación entre las características propias de la conformación de los hogares de acuerdo con la etapa del ciclo y la participación laboral de las madres. En la etapa de expansión el número de mujeres que se dedican sólo a tareas propias del hogar asciende a 12 mujeres de 24 en total, es decir 50% de las que se ubican en esta fase son exclusivamente amas de casa y las otras 50% participan sobre todo en el mercado de trabajo informal. En la etapa de consolidación las cifras se incrementan: 11 mujeres de las 16 existentes, es decir casi 70% de ellas, se encuentran laborando. En la fase de dispersión, nueve de las 20 mujeres, es decir, 55% de ellas, trabajan.

La evidencia confirma lo encontrado en otros estudios que señalan la participación económica mayor de las madres durante etapas de consolidación; sin embargo, nos parece muy importante resaltar el hecho de que en esta población por lo menos la mitad de las mujeres que viven en hogares en expansión trabajan y los hogares a los que pertenecen presentan una estructura predominantemente nuclear; en este sentido, consideramos que las condiciones de pobreza en las que viven estas familias han orillado a muchas mujeres, aun con hijos pequeños, a salir a trabajar y contrarrestar los efectos de la crisis que enfrentan. Estas condiciones de sobrecarga son precursores importantes asociados a los niveles de malestar en este tipo de población (Burín, 1991).

Coincidimos con García (1998) en cuanto a la escasa relación existente entre estrategias de sobrevivencia, como la salida de la madre a trabajar, y niveles de bienestar individuales mejores. El hecho de que estas familias logren sobrevivir mandando más miembros a

trabajar, sobre todo mujeres y menores, está teniendo repercusiones importantes al interior de los hogares, cuyas relaciones se han deteriorado y donde las fricciones permean la vida cotidiana; posiblemente como comenta Bazán (1998), nos estamos enfrentado a los últimos recursos con los cuales muchas familias mexicanas luchan ahora contra la pobreza.

En este trabajo se entenderá por jefatura *de facto* femenina la de aquellos hogares donde la pareja no esté presente (mujeres viudas, separadas, divorciadas, madres solteras) y la de aquellos hogares donde la mujer sea la principal o única proveedora económica (categoría conocida como jefatura femenina económica). Los hogares de jefatura *de facto* masculina serán aquellos donde sí se encuentre presente la pareja y donde el ingreso económico mayor lo aporte el hombre.

En esta muestra se encontraron 11 hogares de jefatura femenina, que equivalen a 18.33% sin incluir la jefatura femenina económica. Es decir, se trata de tres hogares (5%) cuyas jefas son mujeres separadas, seis hogares (10%) cuyas jefas son mujeres viudas, y dos hogares (3.3%) cuyas jefas o subjefas son madres solteras. Cuando se añade a la categoría jefatura femenina *de facto* el número de hogares donde la responsable principal o única es la mujer aun cuando ésta reside con su pareja (jefa económica), el total de hogares de jefatura femenina asciende de manera considerable a 41.66% (25 casos). Estamos hablando entonces, de un número importante de escenarios familiares donde por diversas razones la mujer ha asumido el papel principal de proveedora de ingresos para sostener la unidad. En este sentido, las condiciones específicas de estas familias no marcan una desviación sutil con respecto al resto de los hogares sino un patrón importante y sugerente acerca de cuál es la dinámica y cuáles los ajustes internos al interior de estas unidades, para enfrentar las condiciones de pobreza extrema.

El porcentaje de hogares de jefatura masculina *de facto*, donde se incluyen aquellas unidades en las que la mujer reside con su pareja y es esta última quien principalmente se hace cargo del sostenimiento familiar, encontramos un total de 35 casos, que implican 58.33% de la muestra total.

Con respecto a la conformación de los hogares, tomando en cuenta la categoría jefatura *de facto*, puede observarse que el promedio de número de miembros tiende a ser menor en el caso de los hogares de jefatura *de facto* femenina (véase el cuadro 4). Esta información coincide con lo encontrado por la mayoría de los autores, estudiosos del tema, que enfatiza el tamaño menor de los hogares de jefatura femenina (Acosta, 1994; García, Muñoz y Oliveira, 1982, entre otros).

Otro elemento interesante es el promedio de mujeres en comparación con el promedio de hombres por hogar; en las unidades de jefatura femenina hay más mujeres que hombres, esto puede estar asociado también con que varias de estas mujeres madres y jefas integran en sus hogares a otros miembros parientes, para resolver en conjunto las demandas propias de la unidad doméstica (González de la Rocha, en prensa; Acosta, 1998; entre otros). Para conocer con más detalle la composición de estos hogares, se desglosaron los datos de acuerdo con el estado civil de las mujeres tanto de hogares con jefatura femenina como los de masculina.

Resulta interesante observar que los hogares de mujeres jefas económicas quedan por debajo del promedio de número de miembros por hogar, del total de la muestra (5.45 miembros por hogar). Además la concentración de menores de edad tiende a ser mas baja con respecto al resto de los hogares de mujeres casadas. Al analizar los datos tomando en cuenta el sexo de los miembros, se puede observar que el predomino es femenino. Otro elemento importante es que la mayoría de estos hogares son nucleares (10 de 14), lo cual puede indicar que existen menos alternativas para las mujeres de poder

contar con otros miembros jóvenes o adultos de la unidad que puedan aportar para la subsistencia familiar.

Este contexto familiar puede favorecer la tensión en las relaciones familiares; por un lado, la mujer parece contar con menos demandas en cuanto a cuidado de hijos pequeños, lo cual le permite involucrarse en una actividad laboral específica; por otro lado, se trata sobre todo de unidades nucleares cuyas redes de apoyo familiar para las tareas domésticas tienden a ser pobres y, finalmente, son espacios sociales que pueden llevar a relaciones en conflicto entre la pareja debido a la falta o menor aportación económica del hombre para el mantenimiento del hogar. Diversos autores como García y Oliveira (1994; García, 1998, y Oliveira, 1998), entre otros, han planteado que en este tipo de arreglos familiares, el dominio masculino se ejerce principalmente mediante la violencia física y emocional como una estrategia para mantener la autoridad por parte del hombre. Por su parte, Katzman (1992) busca profundizar en las causas que originan este comportamiento de irresponsabilidad masculina para el sostenimiento del hogar y sugiere explorar con mayor detenimiento cada uno de los factores socioculturales asociados.

En el caso de las mujeres separadas, el promedio de miembros por hogar es similar al encontrado en aquéllos con jefas económicas, existen significativamente más mujeres que hombres. Es en este tipo de unidades donde González de la Rocha (en prensa) y Chant (1997) han encontrado relaciones de mayor cooperación, equidad y armonía entre los miembros. Por lo pronto, podemos decir que estos hogares pueden contar con más miembros que pueden insertarse al mercado de trabajo, ya que son unidades que se encuentran en etapas sobre todo de consolidación y dispersión.

Con respecto a las viudas, contrasta en primer lugar el promedio de miembros por hogar, se trata de 3.63 miembros y el predominio es de nuevo femenino. Existen dos casos de viudas que viven solas, dos que pertenecen a organizaciones nucleares y dos más en unidades

extensas. Llama la atención la diversidad de arreglos familiares en que se encuentran estas mujeres. Las viudas que viven solas demandan especial atención por las condiciones de vulnerabilidad tanto social como económica en que pueden encontrarse, los problemas de salud propios de la edad, asociados a situaciones de aislamiento social y falta de recursos económicos, las hacen proclives a condiciones de malestar emocional importante. Las viudas que residen en organizaciones extensas se encuentran la mayoría de las veces a cargo del cuidado de los nietos y aun las que viven solas por lo común reciben a los nietos durante el día, mientras las madres trabajan. Parece que la tarea de velar y cuidar de otros no termina nunca para ellas y las posibilidades reales de descanso y atención de sí mismas no tiene cabida en sus vidas.

El caso de las madres solteras en cuanto a promedio de número de miembros es claramente mayor al encontrado en el total de la muestra (7.50 contra 5.45). Se trata sobre todo de organizaciones extensas donde la mujer forma parte de un sistema familiar mayor que la incluye y al mismo tiempo la subordina y margina por su condición misma de madre soltera. Estas mujeres viven relaciones, tanto de género como entre generaciones, muy específicas y de una inmensa complejidad, su situación las convierte en blanco fácil de fricciones familiares que pueden llegar a deteriorar seriamente su calidad de vida y la de sus hijos.

Con respecto a los hogares de jefatura *de facto* masculina, el promedio de miembros es de 6.03, ubicándose por arriba de la media de la muestra total. El promedio de mujeres y hombres por hogar señala una diferencia mínima con respecto al encontrado en los hogares de jefatura femenina. Más adelante se abordarán las condiciones económicas específicas de estas unidades y las características en cuanto a distribución del trabajo doméstico; esto nos permitirá caracterizar con mayor profundidad este tipo de unidades.

Cuadro 4
Composición de los hogares por jefatura de facto
y estado civil de las madres

JEFATURA DE FACTO FEMENINA	PROMEDIO MUJERES	PROMEDIO HOMBRES	PROMEDIO TOTAL
Separadas (3 casos)	3.01	1.66	4.67
Viudas (6 casos)	2.49	1.14	3.63
Madres solteras (2 casos)	4.00	3.50	7.50
Casadas (jefas económicas) (14 casos)	2.71	1.93	4.64
JEFATURA DE FACTO MASC.			
Casadas (35 casos)	3.06	2.97	6.03

Promedio de miembros en jefatura femenina: 5.11

Promedio de miembros en jefatura masculina: 6.03

Con respecto a las condiciones económicas de los hogares, trabajamos con el promedio de ingresos *per capita*, el promedio de perceptores femeninos y masculinos y el promedio de dependientes, tomando en cuenta los ejes de estructura familiar, ciclo doméstico y tipo de jefatura. Nos interesa conocer cuáles están siendo los factores en cuanto a número y sexo de perceptores para que los hogares se ubiquen en mayor o menor vulnerabilidad económica.

Al analizar el ingreso *per capita* mensual en los hogares, el promedio de perceptores femeninos y masculinos y el promedio de dependientes, encontramos que tomando en cuenta el total de los hogares (60), el ingreso *per capita* es de 413.93 pesos mensuales, el índice de dependientes asciende a 3.47 miembros y el promedio de perceptores femeninos y masculinos es de 1.31 y 1.48 respectivamente. Esta información confirma la alta participación económica de

las mujeres para atraer ingresos a sus hogares, la diferencia entre perceptores femeninos y masculinos es muy baja en comparación con otros sectores de la sociedad. Al parecer, la combinación de ingresos tanto femeninos como masculinos es una de las estrategias utilizadas en la mayoría de los hogares estudiados, para hacer frente a la situación de precariedad económica.

Para conocer con más detalle cómo se comportan los diferentes tipos de arreglos familiares en la dimensión económica, desagregamos el total de hogares, tomando en cuenta el tipo de estructura familiar y la etapa del ciclo doméstico (véase el cuadro 5) en la que se encuentran. Hallamos que los hogares se ubican en un abanico de los menos pobres a los más pobres de la siguiente manera:

- Hogares en consolidación, de estructura extensa, con un promedio de un perceptor femenino y dos y medio perceptores masculinos.
- Hogares en expansión, de estructura nuclear, con un promedio de un perceptor femenino y uno masculino.
- Hogares en dispersión, de estructura extensa, con un promedio de 1.75 perceptores femeninos y 2.40 perceptores masculinos.
- Hogares en expansión, de estructura extensa, con un promedio de 1.33 perceptores femeninos y 2.33 perceptores masculinos.
- Hogares en dispersión, de estructura nuclear, con un promedio de 1.33 perceptores femeninos y un perceptor masculino.
- Hogares en consolidación, de estructura nuclear, con un promedio de 1.22 perceptores femeninos y 1.29 perceptores masculinos.

Es claro que en todos los tipos de arreglos familiares analizados existen perceptores tanto femeninos como masculinos. En base a esto, es evidente que una de las estrategias para subsistir que desarrollan estas familias es la incorporación de más miembros de la unidad al

Cuadro 5
Ingreso mensual promedio *per capita* y promedio de perceptores
por sexo en los hogares, según estructura familiar y ciclo doméstico

Etapa del ciclo doméstico	Promedio	ESTRUCTURA FAMILIAR		
		Extensa	Nuclear	Total general
Consolidación	Ingreso <i>per capita</i>	\$615.83	\$273.94	\$316.68
	Perceptores femeninos	1.00	1.22	1.18
	Perceptores masculinos	2.50	1.29	1.44
	Dependientes	3.00	3.64	3.56
Dispersión	Ingreso <i>per capita</i>	\$460.70	\$307.26	\$407.00
	Perceptores femeninos	1.75	1.33	1.57
	Perceptores masculinos	2.40	1.00	2.08
	Dependientes	4.31	0.57	3.00
Expansión	Ingreso <i>per capita</i>	\$312.59	\$509.11	\$484.55
	Perceptores femeninos	1.33	1.00	1.10
	Perceptores masculinos	2.33	1.00	1.17
	Dependientes	9.00	3.05	3.79
Total promedio de ingreso <i>per capita</i>		\$453.25	\$397.08	\$413.93
Total promedio de perceptores femeninos		1.54	1.18	1.31
Total promedio de perceptores masculinos		2.40	1.11	1.48
Total promedio de dependientes		4.94	2.83	3.47

mercado de trabajo, para solventar los gastos. Diversos autores (como González de la Rocha, en prensa; García 1998; Oliveira, 1998; Chalita, 1994; Cortés y Ruvalcaba, 1995) han dado cuenta de esto en diferentes investigaciones sobre sectores populares, en análisis tanto locales como regionales y nacionales.

Otra tendencia interesante encontrada en la evidencia señala que los hogares con predominio considerablemente mayor de perceptores masculinos se ubican entre los menos pobres. Por otra parte, las unidades extensas parecen resolver con más éxito su situación económica.

Otro dato interesante señala que el promedio de dependientes es menor en los hogares que se encuentran en etapa de consolidación, con respecto al de aquéllos en etapas de expansión y dispersión. Esta diferencia se presenta en las unidades domésticas extensas. González de la Rocha (1986) señala como una de las características principales de los hogares en consolidación, el incremento de miembros que participan de manera activa en el mercado laboral y por tanto la disminución del índice de miembros dependientes.

En otro momento trabajamos el ingreso *per capita* tomando en cuenta el tipo de jefatura declarada por las entrevistadas (véase el cuadro 6). Entendemos por jefatura declarada, a diferencia de la jefatura *de facto*, aquella que las mujeres entrevistadas atribuyen ante la pregunta de a quién consideran como el jefe o la jefa de su hogar. Los datos muestran la siguiente distribución, bajo la lógica de su condición de menos pobres a más pobres:

- Hogares de jefatura masculina declarada, con un promedio de 1.08 perceptores femeninos y 1.43 perceptores masculinos.
- Hogares de jefatura femenina declarada, con un promedio de 1.53 perceptores femeninos y 1.68 perceptores masculinos.
- Hogares de jefatura compartida declarada, con un promedio de un perceptor femenino y un perceptor masculino.

De nuevo, bajo esta clasificación, aparece con claridad la combinación de perceptores femeninos y masculinos en los tres tipos de jefatura declarada. El predominio de perceptores masculinos en relación con los femeninos parece ser una alternativa importante para no

Cuadro 6
Ingreso mensual promedio *per capita* y promedio de perceptores
por sexo en los hogares, según jefatura declarada

JEFATURA DECLARADA	PROMEDIO	TOTAL
Compartida	Ingreso <i>per capita</i>	\$368.53
	Perceptores femeninos	1.00
	Perceptores masculinos	1.00
	Dependientes	2.80
Femenina	Ingreso <i>per capita</i>	\$381.23
	Perceptores femeninos	1.53
	Perceptores masculinos	1.68
	Dependientes	3.26
Masculina	Ingreso <i>per capita</i>	\$453.57
	Perceptores femeninos	1.08
	Perceptores masculinos	1.43
	Dependientes	3.79
Total promedio de ingreso <i>per capita</i>		\$413.93
Total promedio de perceptores femeninos		1.31
Total promedio de perceptores masculinos		1.48
Total promedio de dependientes		3.47

ubicarse entre los más pobres. En el caso de los hogares donde las mujeres declaran jefatura femenina hay una proporción de perceptores por sexo más equivalente, sabemos que en estos casos se encuentra una concentración importante de mujeres jefas económicas y también de mujeres sin pareja. Entendemos los resultados en el sentido de que varios de estos hogares han incorporado también a los hijos o a otros parientes masculinos al mercado de trabajo. Además,

en los hogares de jefas económicas, en algunos casos sí trabaja la pareja pero obtiene una percepción menor a la de la mujer.

La situación de las jefaturas compartidas llama en especial la atención, la proporción de perceptores femeninos y masculinos es similar, y aunque se encuentran ubicados como los más pobres, tenemos la intuición de que en términos sociales la situación es en suma distinta. En este sentido, deseamos continuar adelante con la hipótesis de que el hecho de tener un ingreso *per capita* mayor no se puede asociar de manera automática con una condición mejor en la vida de la familia en general y de las mujeres madres en específico.

Posteriormente, trabajamos el ingreso *per capita* y el promedio de perceptores de acuerdo con la jefatura *de facto* (véase el cuadro 7); entonces desglosamos la situación específica de las casadas, de las casadas y también jefas económicas, de las viudas, de las madres solteras, y de las separadas. La distribución de menos pobres a más pobres fue la siguiente:

- Los hogares de las casadas con jefa económica, con un promedio de 1.50 perceptores femeninos y 1.45 perceptores masculinos.
- Los hogares de las casadas con un promedio de 1.12 perceptores femeninos y 1.54 perceptores masculinos.
- Los hogares de las separadas, con un promedio de dos perceptores femeninos y uno masculino.
- Los hogares de las madres solteras, con un promedio de un perceptor femenino y un perceptor masculino.
- Los hogares de las viudas, con un promedio de 1.67 perceptores femeninos y dos perceptores masculinos.

La evidencia muestra que la participación activa de las mujeres en el mercado de trabajo y como responsables económicas principales del hogar, marca una diferencia importante: se sitúan por encima de las mujeres casadas en cuyo hogar el responsable económico principal

Cuadro 7
Ingreso mensual promedio *per capita* y promedio de perceptores
por sexo en los hogares, según jefatura *de facto*

JEFATURA DE FACTO	PROMEDIO	TOTAL
Jefatura económica	Ingreso <i>per capita</i>	\$586.37
	Perceptores femeninos	1.50
	Perceptores masculinos	1.45
	Dependientes	2.21
Casada	Ingreso <i>per capita</i>	\$420.87
	Perceptores femeninos	1.12
	Perceptores masculinos	1.54
	Dependientes	4.06
Viuda	Ingreso <i>per capita</i>	\$62.98
	Perceptores femeninos	1.67
	Perceptores masculinos	2.00
	Dependientes	2.50
Madre soltera	Ingreso <i>per capita</i>	\$169.17
	Perceptores femeninos	1.00
	Perceptores masculinos	1.00
	Dependientes	5.50
Separada	Ingreso <i>per capita</i>	\$393.33
	Perceptores femeninos	2.00
	Perceptores masculinos	1.00
	Dependientes	3.00
Total promedio de ingreso <i>per capita</i>		\$413.93
Total promedio de perceptores femeninos		1.31
Total promedio de perceptores masculinos		1.48
Total promedio de dependientes		3.47

es el hombre. Este hallazgo nos hace pensar en que por un lado estos hogares se encuentran en definitiva mejor en términos económicos, pero que con duda pasa lo mismo en términos de las relaciones de género en su interior, sobre todo entre la pareja. Varios autores (como Oliveira, 1998; García, 1998, y Acosta, 1998) señalan posibles situaciones de mayor conflicto y tensión en la pareja cuando ella es la responsable principal, los índices de violencia doméstica tienden a ser mayores en este tipo de hogares. Resulta paradójico cómo vivir menos pobres puede implicar mayor sufrimiento en este tipo de escenarios. Sin embargo, por otro lado, también nos cuestiona el hecho de que la mayoría de estas mujeres jefas económicas se declaran a sí mismas como jefas, parecen existir factores que sitúan a las madres en una condición menos asimétrica, o en sentido inverso a la que viven las mujeres casadas que declaran jefatura masculina.

Los hogares de mujeres separadas y donde el predominio de perceptores de ingreso es femenino, se ubican en una posición intermedia. Sobre ellas coincidimos con González de la Rocha (en prensa) y Chant (1988 y 1997), en que posiblemente las condiciones de dinámica interna en estos hogares sean más armoniosas y el índice de violencia mucho menor. Sin embargo, será necesario indagar más hasta qué punto existen en verdad relaciones más igualitarias y solidarias entre los miembros.

Los hogares de madres solteras y de viudas se ubican entre los más pobres. Es preocupante la condición económica, en la que viven estas familias. Aun cuando hay combinación por género de perceptores, muchos de ellos son niños que ayudan a sus madres o a sus abuelas, con pequeños trabajos o recogiendo lo que otros dejan, para venderlo y llevar algo a sus casas. En este sentido coincidimos con Acosta (1998) y otros autores en cuanto a que estos hogares son en especial vulnerables y es indispensable que se diseñen estrategias de intervención muy específicas que los ayuden a salir de la miseria.

Con respecto a la distribución del trabajo doméstico, se analizó cada una de las tareas domésticas en relación con el porcentaje de los diversos miembros del hogar que las realizan. El propósito fue conocer hasta qué punto las mujeres madres, como indican diversos autores (como García, 1998, y Oliveira, 1998), son las encargadas principales, y en algunos casos exclusivas, de este tipo de labores o bien, qué otros miembros del hogar también cooperan para realizarlas. La literatura dice que en los sectores populares el apoyo por parte de la pareja es inexistente y que donde empieza a notarse cierta transformación es en la participación tanto de las hijas como de los hijos para realizar las diversas tareas domésticas.

El propósito de analizar esta variable en el presente estudio es ir más allá de conocer de manera general las características de la división del trabajo doméstico en los 60 hogares; en este sentido, retomaremos los ejes de estructura familiar, etapa del ciclo doméstico y tipo de jefatura, para identificar con mayor precisión en qué situaciones o arreglos familiares existen diferencias o semejanzas en lo que a trabajo doméstico se refiere. Por último, desde esta plataforma, será posible asociar cuáles son las condiciones en las que las mujeres realizan sus tareas en el hogar y hasta qué punto éstas pueden estar asociadas con experiencias diversas de malestar emocional, tales como cansancio, sobresaturación, tensión.

Primero abordaremos la distribución del trabajo doméstico a partir de la estructura de las unidades domésticas (véase el cuadro 8). De acuerdo con los resultados totales, mostrados al final del cuadro, un porcentaje mayor de mujeres madres participan en los diferentes quehaceres del hogar y de atención a los hijos, en las familias nucleares con respecto a las familias extensas. Sin embargo, al explorar el porcentaje de padres que participan en las tareas domésticas, éste tiende a ser mucho mayor en el caso de las unidades nucleares. En lo que se refiere a la participación de los hijos, es muy diferente el nivel de colaboración de los hijos con respecto a las hijas, estas últimas, sobre

todo en las unidades extensas, participan con porcentajes altos en las diferentes actividades del hogar.

En el caso de las unidades extensas también exploramos quiénes son los otros miembros del hogar que cooperan en el trabajo doméstico. Los datos señalan que se trata, en el total de los casos de miembros femeninos: nueras, madres, nietas y cuñadas, con excepción de un caso donde se señala al padre de la entrevistada.

Estos datos invitan a pensar que en los hogares nucleares existen indicios de procesos de transformación importantes con respecto a la distribución del trabajo doméstico. Mientras que en los extensos el trabajo que no realiza la madre recae significativamente en las hijas y en menores proporciones en otros parientes femeninos, en el caso de los nucleares el porcentaje de participación de la pareja y de las hijas es bastante similar. En este sentido, consideramos que es en estos escenarios donde es posible vislumbrar algunos elementos interesantes de relaciones y responsabilidades más equitativas entre géneros y generaciones.

Consideramos que es posible que en las unidades extensas se tienda a reconfirmar y reforzar los papeles considerados por tradición como femeninos, con respecto a los masculinos. Dada la complejidad de estos arreglos familiares, las relaciones entre géneros y generaciones tienden también a tornarse más difíciles. Además, consideramos que en las familias extensas se diluyen y evaden con mayor facilidad las responsabilidades frente a las múltiples demandas del hogar. Existe más presión social para los hombres, frente a otros adultos, para resguardar su imagen masculina en el sentido tradicional.

En los hogares nucleares las actividades en las cuales los hombres padres colaboran más son (actividades con porcentajes mayores a 15%): reparaciones eléctricas, regar y podar, hacer pagos de la casa, realizar compras de alimentos, pagar las cuotas de la escuela, cuidar a los hijos pequeños, revisar tareas de los hijos y barrer la casa. Es

Cuadro 8
Distribución del trabajo doméstico por estructura familiar

ESTRUC. FAM.	NUCLEARES (%)				EXTENSAS (%)			
	Madre	Padre	Hijas	Hijos	Madre	Padre	Hijas	Hijos
Tareas domésticas								
1. Tender camas	88.6	8.0	29.2	4.0	95.0	0.0	38.0	2.0
2. Barrer	91.6	16.0	23.8	1.6	91.0	12.5	41.0	2.0
3. Regar piso	91.0	10.0	34.0	9.8	85.2	5.0	20.7	4.0
4. Sacudir	69.8	1.6	25.8	3.2	66.4	0.0	42.2	4.4
5. Ordenar cosas	71.2	8.5	25.2	7.4	66.0	12.5	35.0	2.0
6. Lavar la loza	73.4	9.0	16.2	4.0	96.0	12.5	25.0	2.0
7. Limpiar estufa (o donde se cocina)	93.0	1.6	9.8	0.0	88.0	0.0	15.0	2.0
8. Hacer de comer	99.2	6.0	10.6	0.8	80.0	12.5	12.0	0.0
9. Lavar y tender la ropa	100.0	4.0	11.0	0.8	100.0	0.0	30.0	2.0
10. Ordenar ropa	99.0	7.5	19.4	0.8	80.0	0.0	10.0	7.2
11. Asear baño	72.2	4.0	18.2	4.0	47.4	12.5	32.4	0.0
12. Regar, podar	93.2	23.5	7.0	3.2	55.0	22.5	0.0	2.4
13. Reparaciones eléctricas	30.0	65.5	1.2	21.2	2.8	67.5	0.0	12.8
14. Hacer compras de alimentos	100.0	19.5	9.4	0.0	75.0	5.0	25.0	7.0
15. Pagos casa	69.0	30.0	7.6	0.0	43.2	50.0	3.2	0.0
16. Pagos escuela	74.2	19.0	1.0	0.0	56.0	10.0	0.0	0.0
17. Cuidado de hijos pequeños	73.2	18.0	47.4	0.0	77.0	16.5	29.4	6.6
18. Llevar niños a la escuela	90.8	5.5	9.0	0.0	55.0	0.0	20.0	5.0
19. Revisar tareas	96.6	16.5	5.0	1.0	52.0	0.0	40.0	0.0
20. Ir a juntas escuela	95.0	8.0	6.0	0.0	56.6	0.0	3.2	0.0
Totales	83.55	14.08	15.84	3.09	68.38	11.95	21.10	3.07

evidente que los hombres colaboran más en actividades asociadas a cuestiones financieras (consideradas tradicionalmente como masculinas), sin embargo y con porcentajes aun interesantes, participan también en el cuidado y la atención de los hijos y en actividades de limpieza de la vivienda.

En el caso de las familias extensas, la participación de los hombres padres, se reduce de manera considerable, las únicas actividades que arrojaron un porcentaje mayor a 15% fueron: reparaciones eléctricas, regar y podar, hacer pagos de la casa y cuidar a los hijos pequeños.

Sobresale también la eminente diferencia en la participación de los hijos e hijas tanto en los hogares nucleares como en los extensos. Las diferencias por género en los hijos están muy presentes. Con la evidencia encontrada, disentimos en lo propuesto por García (1998) cuando afirma que en los hogares pobres es posible encontrar cambios importantes en cuanto a trabajo extradoméstico, pero que resulta en suma difícil encontrar transformaciones en el trabajo intradoméstico, y cuando se registran algunas, son más bien entre hijos e hijas. Desde nuestro punto de vista, en estos hogares, todos en condiciones de extrema pobreza, sí es posible detectar procesos de transformación, algunos sólo insinuados y otros más marcados, donde la distribución de los quehaceres domésticos y del cuidado de los hijos se va reacomodando hacia una equidad mayor, sobre todo en el caso de los hogares nucleares.

Para finalizar queremos resaltar la concepción de la familia como una organización tal, que no permanece inmune ni rígida ante los cambios que se presentan en su interior y exterior, como: la salida de más mujeres a trabajar, el desempleo de muchos hombres, el trabajo infantil, entre otros. Todos estos factores afectan e influyen de manera significativa en las formas de ser y vivir en familia. En este sentido, las familias y sus miembros son sujetos activos que hacen modificaciones más o menos notorias; nos toca a nosotros seguir buscando

las maneras de dar cuenta de estos cambios mínimos pero acumulables.

Después (véase el cuadro 9) analizamos la distribución del trabajo doméstico de acuerdo con el tipo de jefatura declarada. Encontramos algunas tendencias interesantes:

Mientras que el porcentaje de participación de las mujeres madres, es similar tanto para las que declaran jefatura femenina como para las que declaran jefatura masculina o compartida, al analizar en qué porcentajes las parejas también participan, encontramos un incremento significativo en la colaboración de los padres en las tareas domésticas, en el caso de las jefaturas compartidas. Casi 25% de ellos son percibidos por sus mujeres como coparticipantes en las tareas del hogar en las siguientes actividades (con porcentajes decrecientes y todos mayores de 50%): reparaciones eléctricas, barrer, regar y podar, revisar tareas, ir a juntas de la escuela y cuidar a los hijos pequeños. La colaboración de las hijas, aunque también es importante en comparación con la de los hijos, es realmente menor con respecto a la de los padres. En este sentido, consideramos que este tipo de arreglos familiares favorecen una manera diferente e innovadora de organizarse al interior de los mismos, para hacer frente a la labor doméstica y al cuidado de los hijos. En realidad existe diferencia cuando las mujeres perciben un tipo de jefatura donde tanto ellas como sus parejas tienen posiciones más equivalentes.

Al analizar los hogares donde las madres declaran jefatura femenina, encontramos también algo interesante. Después de las madres, son las hijas (con porcentajes altos) quienes colaboran más en el hogar: tender camas, barrer, regar el piso, sacudir, cuidar de los hijos pequeños y lavar la loza (todos con participación mayor a 40%). Los porcentajes obtenidos por estas hijas son comparativamente mayores que los obtenidos por las hijas de hogares de jefatura compartida o masculina.

Cuadro 9
Distribución del trabajo doméstico por tipo de jefatura declarada

JEF. DECLARADA CASADAS	COMPARTIDA (%)				FEMENINA (%)				MASCULINA (%)			
	Madre	Padre	Hijas	Hijos	Madre	Padre	Hijas	Hijos	Madre	Padre	Hijas	Hijos
Tareas domésticas												
1. Tender camas	100	0.0	40	6	81.2	6	50	6	89	10	39	17
2. Barrer	100	0.0	40	6	81	12	56	0.0	78	17	32	10
3. Regar piso	100	10	66	0.0	80	6	40	0.0	77	13	27	9
4. Sacudir	75	0.0	50	5	73	0.0	53	6	74	7	22	18
5. Ordenar cosas	100	20	20	0.0	80	6	40	6	85	11	14	22
6. Lavar la loza	100	20	0.0	0.0	93	6	43	0.0	77	7	14	11
7. Limpiar estufa (o donde se cocina)	100	0.0	0.0	0.0	87	6	25	0.0	96	3	7	3
8. Hacer de comer	100	20	20	0.0	100	6	31	0.0	97	8	0.3	3
9. Lavar y tender la ropa	100	0.0	20	6	100	6	31	6	100	3	7	3
10. Ordenar ropa	100	0.0	40	8	100	6	33	13	96	3	15	3
11. Ascar baño	80	0.0	20	8	78	14	35	7	83	4	20	8
12. Regar, podar	75	50	0.0	0.0	92	23	0.0	0.0	68	21	5	15
13. Reparaciones eléctricas	0.0	100	0.0	12	25	50	0.0	12	5	84	5	10
14. Hacer compras de alimentos	100	20	20	5	93	25	6	6	100	14	3.3	3
15. Pagos casa	75	25	0.0	0.0	66	33	8	0.0	63	42	5	0.0
16. Pagos escuela	100	0.0	0.0	0.0	100	10	0.0	0.0	75	30	5	0.0
17. Cuidado de hijos pequeños	100	50	25	10	88	22	44	11	94	21	15	0.0
18. Llevar niños a la escuela	100	0.0	0.0	0.0	71	14	28	0.0	88	5	5	5
19. Revisar tareas	66	66	0.0	0.0	100	25	12	0.0	80	20	5	0.0
20. Ir a juntas escuela	100	66	33	0.0	80	0.0	30	0.0	95	5	0.0	0.0
Totales	88.55	24.85	19.7	3.30	83.4	13.8	28.3	3.45	81.0	16.5	12.4	7.05

Recordemos además que en esta categoría de jefatura femenina se concentra un grupo importante de mujeres casadas que se auto-definen como jefas, siendo la mayoría de ellas responsables económicas principales. También se agrupan en esta categoría, el total de viudas, madres solteras y mujeres separadas. Para calcular el nivel de participación de la pareja se excluyeron todos los casos de mujeres sin pareja y se trabajó sólo con las casadas. Los resultados nos llevan a pensar que en los hogares donde la mujer declara jefatura femenina hay una tendencia bastante pronunciada a que el trabajo doméstico y de cuidado de los hijos recaiga principalmente en las mujeres. Este patrón se nota tanto entre generaciones como al interior de las mismas. Finalmente son las hijas y sus madres quienes están haciendo frente de manera fundamental a las múltiples demandas del hogar.

Al retomar la ubicación de los hogares de jefatura femenina económica como los menos pobres (de acuerdo con el cuadro 7) y cotejarla con lo obtenido en cuanto a la división del trabajo doméstico en los mismo hogares, encontramos una relación en tensión: aunque estas familias se ubican entre las menos pobres, las diferencias por género y la sobrecarga de trabajo tanto de la madre como de las hijas es realmente evidente. En este sentido, consideramos que estas mujeres madres y trabajadoras principales experimentan fuertes sentimientos de tensión y conflicto ante las demandas diversas a las que se ven expuestas a diario. Aunado a esto se encuentra la relación de pareja, posiblemente conflictiva, donde el hombre, además de no participar en lo económico o hacerlo con contribuciones menores, no colabora mucho en el hogar. Estos hombres viven también una situación importante de devaluación ante sí mismos, ante sus parejas y ante sus hijos. Su papel de proveedores únicos es ya insostenible, pero hay un discurso tradicional y una manera de ser hombre, marido y padre, que los confronta cotidianamente con su realidad y en varios casos los lleva a buscar su legitimización mediante actos violentos ya sea físicos o emocionales contra sus parejas y sus hijos.

Por último, en los hogares de las mujeres que declaran jefatura masculina, la participación de la madre en el trabajo doméstico es la que obtiene el mayor porcentaje, le sigue la del padre, luego la de las hijas y por último la de los hijos. Nos parece muy interesante el hecho de que en estos hogares la colaboración del sexo masculino, aunque es pequeña, tiende a ascender proporcionalmente. Es decir, es en estos hogares donde los hijos hombres participan más, es posible que la figura del padre como proveedor principal y que al mismo tiempo contribuye en alguna medida a las tareas domésticas, esté generando también pequeñas transformaciones en los hijos.

COMENTARIOS FINALES

Los análisis que hemos realizado en este documento, nos han permitido tener un conocimiento más amplio y detallado de los hogares en función de sus diversas características. No pretendemos generalizar la información obtenida, simplemente deseamos mostrar con evidencias lo que sucede en un asentamiento urbano pobre, el cual es posible que guarde ciertas semejanzas con lo que sucede en otros espacios urbanos similares.

Este documento muestra la complejidad de arreglos y formas de vivir en familia y la posición en que las mujeres madres se perciben y ubican dentro de estos espacios. En este sentido, más que elaborar conclusiones, deseamos cerrar este trabajo con una serie de observaciones por analizar a lo largo de la investigación que estamos llevando a cabo.

Las mujeres jefas de hogar y que son viudas viven en condiciones económicas y sociales en suma vulnerables. Los grados de aislamiento social, de desamparo y de pobreza son alarmantes en estas mujeres. Todo ello genera en sí mismas sentimientos importantes de malestar, como tristeza, cansancio y soledad.

Las mujeres jefas económicas experimentan factores de riesgo importantes que están directamente asociados con malestar emocional: dobles o triples jornadas laborales, concentración de la carga doméstica, situación de pareja en tensión y posibles signos de violencia intradoméstica, serias dificultades para contar con tiempos mínimos para atenderse y cuidarse y para realizar actividades recreativas que favorezcan su calidad de vida.

Las mujeres que declaran jefatura compartida experimentan en su vida cotidiana sentimientos de mayor bienestar asociados a: una distribución más equitativa de la carga doméstica con respecto a sus parejas. Son además hogares más pequeños y, por lo mismo, con exigencias económicas menores.

Las mujeres casadas que pertenecen a hogares en etapa de expansión y que además trabajan, experimentan una carga importante de tensión y conflicto, asociada a sentimientos de malestar emocional debido a: las implicaciones propias de tener hijos pequeños —varias de ellas tienen entre dos y tres hijos pequeños—, las demandas múltiples del trabajo que desarrollan, los conflictos inherentes a la relación de pareja y la falta de tiempo y espacio para el cuidado de la propia salud.

Las mujeres jefas de hogar y que se reportan como separadas, experimentan una situación de menor conflicto y malestar con respecto a las viudas y a las madres solteras, ya que cuentan con mayor autonomía en relación con su familia de origen; sus hijos colaboran en las tareas del hogar, las hijas en mayor medida, y no viven en riesgo de sufrir violencia por parte de los hombres.

Las mujeres madres solteras que viven con su familia de origen pueden experimentar situaciones importantes de malestar emocional asociadas a: posiciones de subordinación con respecto al resto de los adultos de la unidad doméstica, tareas relativamente incompatibles de crianza de hijos pequeños y desarrollo de actividades laborales,

y sobrecarga en la distribución de las tareas domésticas debido a su condición propia de madres solteras.

Para finalizar, en la medida en que seamos capaces de abordar el fenómeno familiar en México como una realidad en suma rica y heterogénea, que se manifiesta dinámica y contrastante, podremos entonces encontrar los recursos metodológicos tanto cuantitativos como cualitativos y los elementos analíticos suficientes para dar respuestas a las múltiples necesidades que hoy aquejan de manera especial a los más pobres de nuestro país.

BIBLIOGRAFÍA

- Acosta, F. (1994). "Los estudios sobre jefatura de hogar femenina y pobreza en México y América Latina", en *Mujeres en la pobreza*, GIMTRAP/El Colegio de México, México.
- (1998). "Estructura familiar, hogares con jefatura femenina y bienestar en México", tesis doctoral por publicarse, Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano / El Colegio de México, México.
- Bazán, L. (1998). "El último recurso: las relaciones familiares como alternativas frente a la crisis", ponencia preparada para la Latin American Studies Association (LASA 98), Chicago.
- Burín, M. (1991). *El malestar de las mujeres. La tranquilidad recetada*, Paidós, Argentina.
- Buvinic, M. (1990). "The vulnerability of women headed households: policy questions and options for Latin America and the Caribbean", documento presentado en la reunión Vulnerable Women, organizada por The Population Council, Viena, del 26 al 30 de noviembre.
- Buvinic, M. y J. Bruce (1998). "Prefacio", en Schmukler, Beatriz (coord.), en *Familias y relaciones de género en transformación* Population Council / Edamex.

- Cortés, F. (1997). "Determinantes de la pobreza de los hogares. México. 1992", en *Revista Mexicana de Sociología*, vol.59, núm.2.
- Cortés, F. y R.M. Ruvalcaba (1995). El ingreso de los hogares, t.VII, INEGI / El Colegio de México / UNAM, México.
- Chalita, P. (1994). "Sobrevivencia en la ciudad: una conceptualización de las unidades domésticas encabezadas por mujeres en América Latina", en Massolo, Alejandra, *Mujeres y ciudades: participación social, vivienda y vida cotidiana*, El Colegio de México, México.
- Chant, S. (1988). "Mitos y realidades de la formación de las familias encabezadas por mujeres: el caso de Querétaro, México", en Gabayet, Luisa *et al.*, *Mujeres y sociedad: hogar y acción social en el Occidente de México*, El Colegio de Jalisco / CIESAS, Guadalajara.
- (1997). *Women-headed households. Diversity and dynamics in the developing world*, Macmillan Press, Gran Bretaña.
- Enríquez, Rocío (1997). *Voces de la pobreza. Malestar emocional femenino y redes sociales. Un estudio comparativo sobre jefaturas de hogares pobres* (Avances, 5), ITESO, Guadalajara.
- (1998). "Pobreza y hogares de jefatura femenina en México", en *Los rostros de la pobreza*, t.II, UIA-ITESO, Guadalajara.
- (1999). "Composición de los hogares pobres urbanos: caso 'Las Flores'" en *Revista de Trabajo Social*, núm. 23, UNAM, México.
- Folbre, N. (1991). "Women on their own: global patterns of female headship", Population Council/ICRW.
- García, B. (1998). "Dinámica familiar, pobreza y calidad de vida: una perspectiva mexicana y latinoamericana", en Schmukler, Beatriz (coord.), *Familias y relaciones de género en transformación*, Population Council / Edamex.
- García, B. y O. de Oliveira (1994). *Trabajo femenino y vida familiar en México*, El Colegio de México, México.

- García, B.; H. Muñoz y O. de Oliveira (1982). *Hogares y trabajadores en la ciudad de México*, UNAM / El Colegio de México, México.
- González de la Rocha, Mercedes (1986). *Los recursos de la pobreza. Familias de bajos ingresos de Guadalajara, Jalisco*, El Colegio de Jalisco/CIESAS/SPP.
- (1988). "De por qué las mujeres aguantan golpes y cuernos: un análisis de hogares sin varón en Guadalajara", en Gabayet, Luisa et al., *Mujeres y sociedad: hogar y acción social en el Occidente de México*, El Colegio de Jalisco / CIESAS, Guadalajara.
- (en prensa). "Hogares de jefatura femenina en México: patrones y formas de vida", en *Divergencias del modelo tradicional: hogares de jefatura femenina en América Latina*, CIESAS.
- Katzman, R. (1992). "¿Por qué los hombres son tan irresponsables?" en *Revista de la CEPAL*, núm.46, abril.
- López, M. y C. Izazola (1995). *El perfil censal de los hogares y las familias en México*, INEGI, México.
- Oliveira, O. de (1998). "Familia y relaciones de género en México", en Schmukler, Beatriz (coord.), *Familias y relaciones de género en transformación*, Population Council/Edamex.
- Salazar, C. (1996). "Relaciones extradomésticas en los hogares populares de la periferia urbana de la ciudad de México, ¿estrategias de sobrevivencia?", en *Revista Sociológica*, Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco.

VIOLENCIA DOMÉSTICA MASCULINA CONTRA LA MUJER: ¿UN SIGNO DE POBREZA?*

Juan Carlos Ramírez Rodríguez**

Vivimos bajo el signo de la violencia. Bien podría decirse que un código que sigue marcando este fin de milenio es la violencia. Por distintas vías testificamos los horrores de la violencia étnica, la violencia común relacionada con los asaltos, los secuestros que no solo mutilan partes corporales sino que terminan con la vida de las personas. La violencia que hunde en el abismo de la tragedia y la congoja. Parece que la sociedad en todos sus niveles, desde los institucionales hasta los individuales, se enfrenta a una hidra invencible que impone, coacciona, inhabilita y destruye la vida. Lo paradójico es que tal destrucción es provocada y ejercida por las propias instituciones sociales, desde las multinacionales hasta las que operan en nuestra vida cotidiana. Una de ellas es la violencia que se ejerce y se sufre en la familia, en las relaciones entre hombres y mujeres. Una violencia sorda, pero tan devastadora como la que nos alarma y conmueve por sus alardes tecnológicos. Ambas no sólo aterrorizan e inmovilizan a quienes la sufren sino que, llegado el caso, terminan en la muerte o, lo que es peor aún, dejan secuelas irreparables.

¿Cómo entender esta hidra que parece inmortal? ¿Acaso todas las formas de violencia tienen una misma procedencia? ¿A qué obe-

* Este trabajo forma parte del proyecto Género y Violencia que se desarrolla en el Programa Interdisciplinario de Estudios de Género (PIEGE) del Instituto de Estudios Económicos y Regionales (INESER) de la Universidad de Guadalajara.

** Profesor investigador en el PIEGE-INESER de la Universidad de Guadalajara.

dece la violencia racial; es igual que la violencia común y ésta que la violencia doméstica contra las mujeres? Si son diferentes, ¿en qué se diferencian? Si son iguales, ¿cuáles son sus puntos de partida?

Intentar responder estas preguntas requiere un espacio que rebasa las posibilidades de este trabajo. Mi interés es discutir algunos aspectos relacionados con la violencia doméstica masculina contra las mujeres (VDMCM); en particular, el propósito es mostrar algunos elementos que contribuyen a recrear creencias sobre la violencia contra las mujeres en el ámbito de las relaciones familiares y su vínculo con la pobreza.

UN MEDIO IMPRESO QUE REFUERZA CREENCIAS

Para iniciar esta reflexión parto de considerar experiencias e información de diversas fuentes sobre la VDMCM y algunas ideas que de ahí se desprenden. Después muestro cómo se ha planteado en algunos estudios esta relación entre condiciones de vida carenciales y la VDMCM.

Hace unos años, en 1994 realizamos una encuesta sobre la VDMCM en tres sectores de la población de Guadalajara.¹ Deliberadamente seleccionamos un sector popular, uno medio y otro alto, correspondientes a las colonias Tuzanfa, Alcalde Barranquitas y el fraccionamiento Providencia. Ese trabajo perseguía fines técnicos, ya que la encuesta que se aplicaría en la zona metropolitana de Guadalajara pretendía probar la estrategia de acercamiento a población abierta y no demandantes de servicios como salud, legales, de consejería, orientación o atención psicológica, entre otros (Ramírez y Patiño, 1997a). En una de las encuestas aplicadas en el fraccio-

1. Haré alusión a lugares —que como se verá tienen relevancia para el propósito del trabajo— que en general son conocidos por los residentes de Guadalajara, por lo que ofrezco una disculpa a aquellos lectores que no estén familiarizados con esta ciudad. Trataré de subsanar esta limitante del trabajo mencionando algunas características de los lugares.

namiento Providencia, la mujer a quien se trataba de entrevistar expresó que ese no era un problema que fuera a encontrarse ahí, que debería buscarse en el Cerro del Cuatro.²

A fines de 1995 y principios de 1996, cuando aplicamos la encuesta en la zona metropolitana de Guadalajara,³ que incluía sectores socioeconómicos también distintos, algunos cuestionarios se aplicarían en el fraccionamiento Bugambilias. La compañera a quien correspondió aplicar la encuesta en esa zona entró el primer día identificándose y mencionando el propósito de su trabajo. Sólo realizó una encuesta y dejó las restantes para el día siguiente. Al otro día, cuando llegó, el portero no le permitió ingresar, pues había recibido quejas sobre el tipo de trabajo que se estaba realizando y le dieron instrucciones de no dejar pasar a la compañera ni a ninguna persona que fuera a desarrollar una actividad similar.

Esas reacciones pueden interpretarse de muy diversas formas, podría pensarse, por ejemplo, que es un problema que no afecta a ese sector de la población o que quizá hay temor en reconocer el problema. Posiblemente se considere un estigma social el que exista violencia contra las mujeres en tal sector de la población, y ocasiona vergüenza, o puede responder a que la violencia doméstica contra las mujeres se emparente con la agresión física, y de manera específica con cierto tipo, pues en ocasiones se descalifica y se ideologiza este tipo de violencia física.⁴ Podría decirse también que se considera un problema de mujeres que viven en condiciones de marginalidad y

2. El Cerro del Cuatro se ubica al sur de la zona metropolitana de Guadalajara. Desde fines de los años setenta ha sido un área conflictiva por las constantes invasiones de terrenos y los consiguientes asentamientos irregulares carentes de los servicios más elementales. La población es pobre y una proporción considerable vive en condiciones de extrema pobreza.
3. Algunos resultados de esta encuesta pueden ser consultados en Ramírez y Vargas (1996; 1997, y 1998).
4. Un ejemplo de la ideologización existente sobre la violencia es la que proporciona Isabel, que tiene una escolaridad de nivel licenciatura. Ella decía, al comentar sobre su relación de pareja, "Él no me ha golpeado, pero sí me agarra del brazo bien fuerte, nomás que no soy delicita, si no, anduviera todo el tiempo con moretes".

pobreza, como lo refirió de manera concluyente y por demás estigmatizante, una de las encuestadas.

Si bien podrían añadirse posibilidades de interpretación a esas reacciones, es probable que no sea una sola la que corresponda a la realidad sino un conjunto de ellas, una mezcla que se recrea constantemente. Quizá contribuyan a tal recreación los medios de comunicación que, con frecuencia, presentan casos de violencia doméstica contra las mujeres. Para empezar a identificar cómo se presentan tales casos se hizo una primera revisión de notas sobre violencia contra las mujeres que aparecieron en un diario de la ciudad.

No es novedad que en los diarios de Guadalajara se publique en la sección de nota roja información sobre violencia contra las mujeres. Eventualmente aparecen notas en otras secciones donde adquieren una connotación reivindicativa del movimiento de mujeres, como resultado de investigaciones y declaraciones políticas. Este tipo de información ha aparecido con mucha mayor frecuencia de la habitual debido a la campaña emprendida en los últimos meses para legislar sobre la violencia intrafamiliar en el estado de Jalisco. En los ejemplares publicados del 28 de febrero de 1998 al 20 de febrero de 1999 del *Público*, encontré 60 notas referidas específicamente a la violencia contra las mujeres.⁵ De ellas, 16 son notas informativas sobre la violencia y la relacionan datos estadísticos, editoriales o contenidos que tocan cuestiones legales; 20 se refieren a violencia ejercida por desconocidos y en su mayoría se trata de violaciones, y 22 son notas acerca de mujeres agredidas por hombres donde la violencia se restringe a violaciones, golpizas, intentos de homicidio y homicidios consumados contra las mujeres por parte de sus parejas, independientemente del estado civil (casadas, unión libre, solteras), pero no todas se refieren a casos ocurridos en Guadalajara. En las notas

5. Se excluyeron las notas de violencia hacia varones dentro de la familia y fuera de ella, aunque quien ejerció la violencia hubiese sido un miembro de la familia.

referentes a la zona metropolitana de Guadalajara —porque mencionan la calle o colonia donde ocurrió el caso— aparecen las colonias Aurora, Santa Cecilia, la Federacha, San Gaspar, San Juan de Dios, todas ubicadas en el sector Libertad, y también se mencionan Huentitán el Alto y Huentitán el Bajo. De Zapopan aparecen San Juan de Ocotán, La Tuzanía y Tabachines.⁶ Además se menciona el condominio Ignacio Vallarta y un lugar denominado Jardines del Valle cuya ubicación no pude localizar. Sin considerar los dos últimos casos, el resto corresponde a núcleos de población de sectores populares en la zona metropolitana de Guadalajara. La única colonia que podría catalogarse como sector medio es Tabachines. No se identifica ninguna de un sector socioeconómico alto.

El *Público* no es un diario amarillista, es un periódico que ofrece notas breves y deja, por lo general, que el lector analice la información y obtenga sus conclusiones. En este sentido, ¿qué conclusiones podrían obtenerse de estos datos? Por una parte, es mayor el número de notas relacionadas a situaciones en que las mujeres son agredidas por personas conocidas. Este dato coincide con el que han arrojado las diferentes encuestas sobre VDMCM en la zona metropolitana de Guadalajara, donde las mujeres identificaron predominantemente a familiares como quienes ejercen violencia en su contra y, en una proporción menor, a no familiares (Ramírez y Uribe, 1993; Ramírez y Patiño, 1997a, y Ramírez y Vargas, 1998).

El tipo de violencia en uno u otro caso es distinto. Cuando la agresión proviene de un desconocido casi siempre está asociada con una forma de coerción sexual, la violación. No existe en las notas una edad predominante, hay desde adolescentes de 13 años hasta adultos de casi 60 años. En los casos de violencia contra las mujeres ejercida

6. El sector Libertad, así como dos huentitanes están ubicados en el área noreste de Guadalajara. Son barrios, algunos eran pueblitos que fueron integrados a la mancha urbana y corresponden a sectores populares. San Juan de Ocotán y La Tuzanía se encuentran en el extremo oeste de la ciudad.

por personas conocidas la figura predominante es el padre o padrastro en casos de incesto. Cuando se trata de golpizas, intentos de homicidio u homicidios consumados la figura que aparece es la pareja. En estos últimos casos, donde hay relación de pareja, aunque en algunas notas aparece la coerción sexual, ésta nunca se menciona como violación, excepto cuando la coerción es ejercida contra niñas, lo que de manera explícita se refiere como violación o incesto. Aparentemente, la violación que puede estar presente, se esconde tras un término menos ideologizado, el de "coerción".

Otro aspecto importante es el concerniente a la zona residencial de quienes se involucran en esta forma de violencia. Si nos atenemos sólo a la información periodística, podría concluirse que la violencia contra las mujeres es prácticamente privativa de los sectores populares, pero sabemos, desde luego, que no es así. La manera como se filtra la información, que con regularidad nos presenta casos de violencia, sobre todo en un sector de la población de la mancha urbana de Guadalajara, lleva a considerar a la violencia contra las mujeres como un problema de los sectores marginales de la población, una condición de la pobreza o un elemento inherente a la misma, lo que, llevado al extremo, equivaldría a pensar que una mujer pobre es una mujer violentada por su pareja. Sería distinto considerarlo como una probabilidad que siempre existirá, por remoto que parezca, de no presentarse la violencia. En cambio, ver la VDMCM como característica de la pobreza nos coloca en una posición fatalista. Se coincide, con una forma explicativa de la violencia contra las mujeres en la familia, considerada como "un subproducto peculiar del subdesarrollo" (Organización de las Naciones Unidas, 1989).

Además, en muchas notas se menciona que los hombres que ejercen la violencia se encontraban bajo los efectos del alcohol o de las drogas. Por ejemplo, una nota aparece redactada en estos términos: "[...] llegó a su domicilio tomado y, al parecer, drogado; ella le reclamó su comportamiento, lo que motivó que su esposo se molestara y

la agrediera a golpes y con palabras", ⁷ y otra nota señala: "[...] dijo la mujer que había intentado violar a la hija de ambos, de 15 años, cuando el marido llegó ebrio". ⁸

Se refuerza así la idea unívoca de la violencia contra las mujeres dentro de la familia como producto del abuso de estimulantes, creencia muy común.

Veamos ahora una nota que ilustra la coerción sexual (violación), el uso de estimulantes y la idea de la reproducción intergeneracional de la violencia intrafamiliar:

Han pasado 5,840 días desde la primera vez. Entonces Magdalena esperaba su primer hijo. Durante el camino a una reunión discutió con su esposo y cuando llegaron al lugar ella se negó a bajar del automóvil. "Me bajó a cachetadas", relata la mujer, de 34 años de edad. Desde hace 16 años la historia de los ataques se ha repetido constantemente. Los motivos sobran. 5,840 días atrás, en 1983, el esposo de Magdalena le ofreció disculpas. Hasta juró que no la volvería a tocar. "Mentiras", dice ella. Ahora ya no hay explicaciones. Se casaron cuando Magdalena tenía 17 años de edad. Ella no lo pensó dos veces. "Estaba harta de mi casa. Mi mamá era bien brava. Le agarraba el coraje y nos pegaba por todo, donde le daba la gana". La realidad es que a Magdalena la vida no le cambió mucho: la primera mitad recibió agresiones de su mamá; la segunda, de su marido. La diferencia es que el esposo no sólo utilizaba golpes: "A veces llega pedo y quiere tener relaciones, pero yo no; le da igual: aquí todo es a güevo". En casa las expresiones preferidas del marido de Magdalena son: "Pinche puta barata" y "Cerdeza desgraciada". "Pero desde diciembre yo también me defendí: me lo desconté a tran-

7. *Público*, Guadalajara, 26 de enero de 1999, p.27.

8. *Público*, Guadalajara, 22 de noviembre de 1998, p.31.

cazos con las manos y con lo que pude", platica Magdalena, orgullosa. Se queja de que sus dos hijos, de 16 y 14 años de edad, últimamente se han vuelto agresivos. 5,840 días después, desde la primera vez que Magdalena fue agredida, no piensa abandonar al esposo: "Que se vaya él. A ver quién se cansa primero", dice.⁹

Por un lado se encuentra la zona de residencia; por otro, el uso de estimulantes y el aprendizaje de la violencia en la familia, donde la mujer se presenta no como blanco de la violencia (madre de Magdalena) sino como quien ejerce la violencia contra la propia hija, que según parece aprendió a dejarse golpear.¹⁰

Señalé que es probable que la incidencia de los medios de comunicación —aquí utilizo una breve revisión de un medio impreso— en la población, influya en la creación y recreación de sistemas de creencias sobre la violencia contra las mujeres. He tratado de ilustrar algunos aspectos.

Menciono los sistemas de creencias porque, precisamente, los que se refieren a la violencia contra las mujeres favorecen que esta forma de relación social siga considerándose derivada de conductas individuales, donde lo social parece servir sólo como referencia estigmatizante, según la cual vivir en zonas residenciales de sectores populares es como el caldo de cultivo para la expresión de conductas violentas no aceptables socialmente contra las mujeres.

Recordemos que las creencias presentan características como las siguientes:

- Se asumen no por necesidad de una comprobación filosófica o lógica sino por conformidad.

9. *Público*, Guadalajara, 20 de febrero de 1999, p.5.

10. Considerar el ejercicio de la violencia como un aprendizaje social, va más allá de haber observado que en la familia el padre golpeó a la esposa por lo que los hijos y las hijas aprenden mecánicamente que el hombre tiene la prerrogativa de golpear a la mujer y la mujer aceptar tal condición. Para una discusión más amplia al respecto puede consultarse a Hoffman *et al.* (1994).

- El individuo que las asume jamás las pone en tela de juicio.
- Para defenderlas el individuo repite una argumentación aprendida de forma mecánica.
- Proporcionan certidumbre psicológica.
- Cuando son atacadas se produce angustia.
- Con frecuencia son tácitas o inconscientes (Arispe, 1989: 32-33).

El pensamiento simbólico que se elabora con base en estas características, no pretende sustentar ni reproducir la violencia contra las mujeres sino dar cuenta del mundo en general. En este caso particular, el *corpus* de significados desempeña la misma función para todos los miembros de la sociedad, hombres y mujeres, de todas las edades, pero con matices entre los distintos sectores sociales.

Las creencias se contraponen al conocimiento generado a partir de un planteamiento racional que requiere comprobación. En este sentido se contraponen con los estudios que tratan de mostrar si la violencia doméstica contra las mujeres se relaciona con la condición socioeconómica de la población o con otros factores como el uso de estimulantes.

DATOS SOBRE EL ESTRATO SOCIOECONÓMICO Y LA VIOLENCIA DOMÉSTICA MASCULINA CONTRA LAS MUJERES

Hasta donde sé, en México no se han desarrollado investigaciones que traten la relación entre los diferentes estratos socioeconómicos y la VDMCM. Algunos trabajos aluden la relación como un componente más, pero no han profundizado.¹¹ Con el fin de clarificar esta

11. Las investigaciones en torno a la VDMCM han estado centradas en la cuantificación del fenómeno, con el propósito de determinar las prevalencias en distintas poblaciones. Ha escapado un análisis de las relaciones entre estratos socioeconómicos y la violencia (Granados *et al.*, 1997; Ramírez y Vargas, 1998). Podría decirse que una constante de los

relación presento los resultados de una investigación realizada por Larraín (1994) en Santiago de Chile, en mujeres de 22 a 55 años que llevan una relación de pareja estable y que, según los criterios muestrales, fueron seleccionadas de poblaciones independientes representativas de los estratos socioeconómicos. Hay que subrayar que Guadalajara es distinta a Santiago; los datos se utilizan sólo para ilustrar la relación entre estrato socioeconómico y la VDMCM, sin la intención de extrapolarlos a nuestro contexto ni pretender que son similares, pero es probable, que de realizarse un trabajo representativo por estrato socioeconómico en Guadalajara, encontraríamos esa relación, con mayor o menor prevalencia.¹²

Larraín encontró una relación indirecta entre estrato socioeconómico y prevalencia de la violencia: a menor nivel socioeconómico, mayor prevalencia de violencia, y viceversa, como se muestra en el cuadro 1. La violencia que ella denominó psicológica¹³ presenta pequeñas variaciones en los tres estratos (32-35%), y en cambio se aprecian variaciones sustantivas cuando la violencia examinada es de tipo físico, con relaciones que van de más de 4:1 y de casi 8:1 de la violencia física menos grave y grave en relación con el estrato socioeconómico bajo y alto respectivamente, como se muestra en el cuadro 1.

estudios sobre el trabajo femenino ha sido documentar, de forma colateral, el problema de la violencia doméstica masculina contra la pareja por las implicaciones que tiene para la sobrevivencia de los hogares de sectores populares y en particular de los que viven en niveles de pobreza (González, 1988; García y Oliveira, 1994). También se ha documentado cómo en las mujeres que desarrollan proyectos productivos, una constante de las dificultades de las mismas empresas y de sus fracasos radica en la exacerbación de la violencia a la que están sujetas por parte de sus parejas (Carrillo, 1991).

12. Me atrevo a utilizar esta información pensando por analogía que los resultados de investigaciones en población abierta sobre VDMCM han mostrado similitudes en términos de prevalencias elevadas. Al respecto puede consultarse a Heise *et al.* (1994), quienes hacen una recopilación de esta información en 35 países del mundo, y que incluye dos estudios de México.
13. Para comprender mejor qué entiende Larraín por los distintos tipos de violencia, se presentan ejemplos de cada uno de ellos. En la violencia psicológica se agrupan acciones verbales y no verbales como gritarle o guardar silencios prolongados. En la violencia física menos grave se incluyen conductas como empujar, zarandear, pegar una cachetada. En la violencia física grave están las golpizas y las relaciones sexuales forzadas (Larraín, 1994: 49).

Cuadro 1
Tipos de violencia del esposo/conviviente hacia la mujer
según estrato socioeconómico

TIPO DE VIOLENCIA	TOTAL	ALTO	MEDIO	BAJO
Sin violencia	40.2	58.4	42.3	33.6
(Algún tipo de violencia)	59.8	41.6	57.7	66.4)
Violencia psicológica	33.9	35.4	35.2	32.5
Violencia física menos grave	15.2	4.3	13.8	19.1
Violencia física grave	10.7	1.9	8.7	14.8
Total	100.0 (1,000)	100.0 (322)	100.0 (333)	100.0 (345)

Fuente: cuadros núms. 4 y 34 de Larrain (1994).

Esta información que muestra las diferencias por sector socioeconómico, donde las prevalencias más elevadas se encuentran entre los sectores bajos, se ha corroborado en diversos estudios, como el de Straus (1987). Además se presenta al menos un reporte donde la violencia entre los grupos élite de zonas urbanas en Nueva Guinea es más elevada (65%) que en sectores socioeconómicos bajos (62%) (Toft, 1987).

En cuanto a delitos de violación, tentativa de violación y abuso sexual reportados por las agencias especializadas en delitos sexuales en el Distrito Federal correspondientes a 1992, se muestran tendencias similares en relación con la condición socioeconómica y la violencia; se reportan índices más elevados entre la población de bajos recursos y apenas se registraron en estratos considerados altos.

Estos datos parecen corroborar que la violencia es mayor en los sectores socioeconómicos bajos; que la violencia existente en sectores medios apenas aparece en las notas periodísticas, y que el que el problema de la violencia contra las mujeres en el sector socioeconómico alto se presenta en tal proporción que escapa a los medios de

comunicación como noticia, por razones que pueden suponerse, como que se censuren los escándalos de este sector en los medios de comunicación y que se atiendan las mujeres sujetas a relaciones de violencia en instancias que no son de asistencia social, algunas ubicadas fuera de la localidad.¹⁴ Una violencia que aún conserva legitimidad aunque no se considere como tal, es la violencia psicológica, y predomina en este sector, en proporción similar incluso a los demás, como lo mostró Larraín en el caso de Santiago de Chile. Debe reflexionarse si realmente los niveles de violencia reportados para los sectores socioeconómicos altos hay subestimación por cómo se estigmatiza y, en consecuencia, se oculta el problema; en cambio, en los sectores populares se consideran formas esperadas de relacionarse en una pareja y se evidencian con mayor facilidad.¹⁵

En el trabajo realizado en Guadalajara por Ramírez y Patiño (1997b), la cooperación de las mujeres encuestadas de los tres sectores de población fue aceptable. Las mujeres del sector popular reconocían la VDMCM como un fenómeno dado, como parte de la vida. Entre las mujeres del sector medio existía una posición más abierta para comentar el tema de la violencia y referirlo como un fenómeno que afectaba a amigas o familiares, respecto al cual había que hacer algo. En cambio, el sector alto se caracterizaba por negar de manera sistemática que existiera la violencia en sus casos particulares, considerándola exclusiva del sector bajo.

Hasta aquí mencionamos dos procesos que parecen relacionarse: la violencia y el estrato socioeconómico. Tanto la información que ofrece el periódico *Público* como los datos que arrojaron encuestas

14. Juliana Kandell, psicoterapeuta que vive en la ciudad de México, refiere que durante varios años venía a Guadalajara los fines de semana a sesiones con hombres que eran violentos con sus parejas, pero que no se atrevían a recurrir a profesionales locales para no ser identificados (comunicación personal, noviembre de 1997).

15. Susana, profesionista, al referirse a la golpiza que su cuñado le ha propinado a su hermana, dice con una mezcla de sentimientos de sorpresa, coraje e impotencia: "Nunca creí que él, que es un profesionista, fuera capaz de golpear a mi hermana". Hay que tener presente que el grado de escolaridad y estrato socioeconómico son independientes y pueden o no coincidir, por lo que es relativo.

en otros países, parecen mostrar que pertenecer a una clase socioeconómica alta es un factor o elemento que protege contra la violencia contra las mujeres; desde mi punto de vista, es muy dudoso. La mujer pobre podría sentirse presa de la fatalidad por la muy alta probabilidad de ser blanco de violencia para la pareja, lo que también habría que sopesarse y discutir detenidamente.

La pretensión de establecer las relaciones entre condición socioeconómica y existencia o no de violencia contra las mujeres, conlleva el problema de que se trata de reducir un proceso complejo de relaciones sociales a dos variables: el ingreso, para determinar estrato socioeconómico, que por lo general es el familiar o de la pareja y, en menor medida, el de la propia mujer, y la existencia de formas de conducta individual relacionadas sobre todo con acciones u omisiones del hombre hacia la mujer que atentan contra su integridad —siempre que mantengan o hayan mantenido una relación formal como pareja o, en otras palabras, que hayan establecido alguna forma de unión por determinado tiempo.¹⁶

¿UN PROBLEMA DE ESTRATO SOCIOECONÓMICO O DE DESIGUALDADES ENTRE LOS GÉNEROS?

La violencia doméstica contra las mujeres es una forma de ejercicio de poder entre los géneros que guarda independencia respecto al estrato socioeconómico en que se encasilla a la mujer, al hombre o a ambos. Esto no significa que el estrato socioeconómico no tenga impacto en el ejercicio de la violencia sino que puede matizar sus formas de expresión, pero al parecer no determina su existencia o su ausencia, como evidencian los datos que proporcionamos. Así, es necesario conocer las dinámicas, los procesos en que participan los actores sociales de los distintos estratos socioeconómicos, los juegos

16. Esto podría extenderse a otras formas de relación entre violencia doméstica contra las mujeres y el abuso de alcohol y drogas por parte de la pareja, el desempleo, etcétera.

similares o diferenciales en torno al poder en una u otra clase; podemos hacerlo a través de los sistemas de creencias, relacionando los que se refieren directamente aspectos particulares de la violencia contra las mujeres con otros sistemas convergentes que afirman estructuras de creencias y prácticas sobre la verticalidad u horizontalidad de la estructura familiar, para observar el grado de rigidez de las jerarquías en la familia y cómo es modificado por la participación de los hombres y las mujeres. Pero deben tomarse en cuenta además las distintas generaciones en una familia, que están expuestas a formas de socialización diferenciadas, sobre todo en las áreas urbanas donde hay mayor heterogeneidad en términos de acceso al empleo, a la escuela, a los medios de comunicación, etc. Se trata, en este último caso, de formas de socialización que favorecen la adopción de perspectivas que cuestionan las prácticas sociales, los sistemas de creencias en torno a las estructuras familiares y las jerarquías que se establecen en la familia. Katzman (1991) lo subraya al hablar de los sectores populares, pero en cuanto a la violencia doméstica contra las mujeres, podría decirse sin duda, que se extiende a cualquier sector social de la población.¹⁷

Otro ámbito de creencias se relaciona con el valor del castigo y la disciplina, que son otras formas de juego de poder entre géneros y entre generaciones. ¿Las formas del ejercicio del castigo son iguales o diferentes entre los sectores sociales? ¿Quién o quiénes gozan de legitimidad para imponer castigos y qué tipo de castigos? ¿A quién se puede castigar y a quién no? Esto también se relaciona con la edad de la persona a quien se castiga; no es lo mismo una persona que tiene cinco o diez años que quien tiene 15 o 20. Por otro lado,

17. Tanto en notas periodísticas como en reportes de investigación es frecuente encontrar la intervención de los jóvenes, hombres, mujeres, e incluso adolescentes y niños que, ante la violencia que ejerce el padre contra la madre, intervienen para detener las agresiones y, en casos extremos, llega al homicidio del padre por alguno de los hijos. Pero también se observa lo contrario, que los hijos e hijas agreden a su madre.

existen variantes, según si a quien se castiga o trata de disciplinarse es una mujer o un hombre, o si la autoridad es compartida por la pareja para castigar y disciplinar a la descendencia o recae en uno o en otra, o si, como sucede con frecuencia, a las niñas las castigan las madres y a los niños los padres —sobre todo cuando entran a la adolescencia. Este último elemento guarda relativa independencia respecto al sector socioeconómico, lo que hay que explorar con detenimiento. La tensión entre autoridad—responsabilidad es fundamental para adentrarse en la forma de relacionarse de los miembros de una familia y en particular de la pareja. No pocos episodios de violencia son motivados por el cuidado de los hijos, lo que implica un juego que transita de mayor a menor autoridad, combinándose con mayor o menor responsabilidad.

Verticalidad, jerarquía, respeto, obediencia, disciplina y castigo están matizados por el grado de adhesión a los estereotipos de género, por lo que la violencia contra las mujeres ha de verse no sólo desde la perspectiva femenina, como generalmente se ha estudiado, sino desde el punto de vista masculino, pues son los hombres quienes fundamentalmente ejercen la violencia y a quienes, de manera paradójica, casi no se ha estudiado. De ahí que la relación entre la violencia contra las mujeres y la pertenencia a determinado estrato socioeconómico requiere, desde mi punto de vista, reformularse en función del género y los sistemas de creencias que dan cuerpo al mismo, y de la incorporación —en tanto se trate de discusión de género— de la perspectiva masculina, para dilucidar las eventuales diferencias o matices entre sectores socioeconómicos.

VIOLENCIA Y POBREZA

Este cambio de perspectiva deja asomar una complejidad sobre lo que hay que profundizar, lo que deja de lado factores relacionados con la violencia que se observa en los sectores socioeconómicamente más

excluidos y marginados. Por ejemplo, en condiciones de pobreza la población se expone a múltiples formas de violencia que o no se experimentan en igual forma o no existen en otros sectores de la población. Así, la violencia no sólo está atravesada por la construcción social diferencial entre los géneros, que en nuestro contexto evidencia desigualdades (predomina lo masculino, reconociéndose como un proceso en constante movimiento), sino que es afectada por otro tipo de relaciones sociales que, aunque se vinculan con el género, guardan cierta independencia. Entre los ejemplos podemos mencionar el desalojo de las viviendas por falta de regularización en la tenencia de la tierra; la lucha por espacios físicos no sólo entre vecinos de una misma colonia sino al interior del espacio doméstico; los conflictos políticos entre integrantes de distintos grupos al interior de la colonia, que eventualmente devienen en violencia, o la existencia de bandas, pandillas de jóvenes que ejercen control territorial en espacios públicos. Se insiste en que los procesos económicos que empobrecen a la población son otra forma de violencia que no afecta igual a todos los integrantes de los hogares (Kabeer, 1998).

Como se ha presentado, la complejidad de la VDMCM y su relación con el estrato socioeconómico tiene tropiezos. Añadir las particularidades que representa la pobreza, donde la violencia es múltiple tanto en manifestaciones como en los procesos que determinan su ejercicio, exige un análisis cuidadoso, que muestre las articulaciones entre los procesos que implican el ejercicio de la violencia y evite caer en generalizaciones, pues éstas, más que contribuir a esclarecer el problema de la VDMCM, favorecen la recreación de creencias que la estigmatizan como condición de la pobreza y no, en cambio, como una forma relacional entre los géneros, matizada por los procesos de empobrecimiento de la población.

Como puede observarse, más que respuestas a la vinculación entre violencia contra las mujeres y estrato socioeconómico, se plan-

tean desafíos teóricos y empíricos que vayan aportando elementos para esclarecer esta relación.

BIBLIOGRAFÍA

- Arispe, L. (1989). *Cultura y desarrollo. Una etnografía de las creencias de una comunidad mexicana*, UNAM/El Colegio de México/Miguel Ángel Porrúa, México.
- Carrillo, R. (1991). "La violencia contra la mujer: obstáculo para el desarrollo", en Guzmán, V.; P. Portocarrero y V. Vargas, *Una nueva lectura: género en el desarrollo*, Flora Tristán/Entre Mujeres, Lima.
- García, G. y O. de Oliveira (1994). *Trabajo femenino y vida familiar en México*, El Colegio de México, México.
- González de la Rocha, Mercedes (1988). "De por qué las mujeres aguantan golpes y cuernos: un análisis de hogares sin varón en Guadalajara", en Gabayet, Luisa *et al.* (comps.), *Mujeres y sociedad: salario, hogar y acción social en el Occidente de México*, El Colegio de Jalisco / CIESAS, Guadalajara.
- Granados, M. *et al.* (1997). "Salud reproductiva y violencia contra la mujer. Un análisis desde la perspectiva de género. El caso de la zona metropolitana de Monterrey", Consejo Estatal de Población, Monterrey.
- Heise, L. *et al.* (1994). *Violence against women. The hidden health burden*, Banco Mundial, Washington.
- Hoffman, J. *et al.* (1994). "Traditional socialization theories of violence: a critical examination", en Archer, J., *Male violence*, Routledge, Londres.
- Katzman, R. (1991). "¿Por qué los hombres son tan irresponsables?", en *Revista de la CEPAL*, vol.46, núm.47.

- Kabeer, N. (1998). *Realidades trastocadas. Las jerarquías de género en el pensamiento del desarrollo* (Género y Sociedad), UNAM / Paidós, México.
- Larraín, S. (1994). *Violencia puertas adentro. La mujer golpeada* (Punta de Lanza), Editorial Universitaria, Santiago de Chile.
- Organización de las Naciones Unidas (ONU) (1989). *Violencia contra la mujer en la familia*, ONU, Nueva York.
- Ramírez, J.C. y M.C. Patiño (1997a). "Algunos aspectos sobre la magnitud y trascendencia de la violencia doméstica contra la mujer: un estudio piloto," en *Salud mental*, vol.2, núm.20.
- (1997b). "Mujeres de Guadalajara y violencia doméstica: resultados de un estudio piloto", en *Cadernos de Saúde Pública/Public Health Reports*, vol.3, núm.12.
- Ramírez, J.C. y G. Uribe (1993). "Mujer y violencia: un hecho cotidiano", en *Salud Pública de México*.
- Ramírez, J.C. y P.N. Vargas (1996). "Una espada de doble filo: la salud reproductiva y la violencia doméstica contra la mujer", mimeo, Seminário Saúde Reprodutiva na América Latina e no Caribe: Temas e Problemas, Reunión del Programa Latinoamericano de Población (PROLAP), Caxambú.
- (1997). "La violencia doméstica contra la mujer: Apuntando a la inequidad intergeneracional desde lo cuantitativo", mimeo, Latin American Studies Association (LASA), XX Congreso internacional, Guadalajara.
- (1998). "La cifra 'negra' de la violencia doméstica contra la mujer", en *Los silencios de la salud reproductiva, violencia, sexualidad y derechos reproductivos*, Fundación MacArthur/Asociación Mexicana de Población, México.
- Straus, A. (1987). *Violence in hispanic families in the United States: some preliminary findings on incidence and etiology*, Research Conference on Violence and Homicide in Hispanic Communities / Oficina de Salud Minoritaria Departamento de Salud /

Servicios Humanos de Estados Unidos / Instituto Nacional de Salud Mental / U.S. Center for Disease Control / Universidad de California, Los Ángeles.

Toft, S. (1987). "Domestic violence in Papua, New Guinea", en *Law Reform Commission* (Occasional Paper, 19), Port Morseby, Papua, citado por Heise, J. et al. (1994), *Violence against women. The hidden health burden*, Banco Mundial, Washington.

LA SALUD MENTAL DE LAS MUJERES DE ÁREAS RURALES CON ALTA TRADICIÓN MIGRATORIA A ESTADOS UNIDOS

V. Nelly Salgado de Snyder
y María de Jesús Díaz-Pérez*

INTRODUCCIÓN

Este trabajo tiene por objeto presentar una perspectiva general de lo hasta hoy estudiado sobre la salud mental de las mujeres rurales que viven en localidades caracterizadas por su alta tradición migratoria a Estados Unidos. Se presenta primero información que describe las condiciones de vida en las localidades rurales, en particular de las mujeres. Posteriormente se describe el contexto particular de las comunidades que participan en la migración a Estados Unidos y se resumen los hallazgos de investigaciones realizadas con esposas de migrantes.

Para contextualizar este trabajo, es importante primero reconocer que la república mexicana es un país de grandes contrastes, composición étnica compleja y una distribución poblacional concentrada mayoritariamente en las áreas urbanas (Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, INEGI, 1996). Debemos reconocer que no sólo hay grandes diferencias entre las condiciones de vida de los pobladores de localidades rurales y urbanas sino que aun en de estas dos categorías poblacionales hay concentraciones de grupos marginales fácilmente identificables por sus múltiples carencias. Por ejemplo, en los 56 grupos étnicos de México, que representan aproxi-

* Investigadoras de la División de Investigaciones Epidemiológicas y Sociales del Instituto Mexicano de Psiquiatría (IMP).

madamente 15% de la población nacional, concentrados en el medio rural, se magnifican los problemas económicos, sociales y de salud que prevalecen en ese ámbito. Los grupos indígenas no sólo son estigmatizados por su origen étnico sino que además se caracterizan por los índices más altos de analfabetismo, desnutrición y desempleo, así como por los ingresos más bajos comparados con sus contrapartes rurales no indígenas (Ortega, 1997).

En el medio rural, una diversidad de factores económicos, políticos, sociales, religiosos, culturales, personales, determina un contexto caracterizado por altas tasas de subempleo y desempleo, desnutrición, analfabetismo y los niveles más bajos de servicios básicos *per capita* en la república mexicana (INEGI, 1996). Ahí también se da una mayor prevalencia de enfermedades y existe mayor proporción de enfermos, sobre todo entre aquellos de bajos niveles de escolaridad y entre los no asalariados. Este entorno sugiere claramente que la pobreza es el marcador social de los pobladores rurales indígenas y no indígenas.

Las carencias que prevalecen en el medio rural parecen tener un efecto más devastador en las mujeres que en los hombres, pues en ellas se centran una gran cantidad de contradicciones que las colocan en una situación sumamente vulnerable. Según Ortega (1997), además de los problemas producto del desarrollo desigual del país, las mujeres del medio rural enfrentan un alto grado de discriminación por ser mujeres y por pertenecer a los grupos más desposeídos, además de la opresión cultural que son objeto por ser parte de una minoría étnica y por su analfabetismo. Por ejemplo, la pobreza impacta de modo más drástico en la salud de las mujeres, cuyos problemas de salud tienen que ver con carencias nutricionales, cargas excesivas de trabajo (tanto el doméstico como las labores del campo), viviendas y medio ambiente insalubre, embarazos frecuentes y falta de atención adecuada durante el periodo prenatal, parto y puerperio (Consejo Nacional de Población, Conapo, 1997).

El contexto de crisis permanente en que viven los grupos marginados, cotidianamente demanda respuestas adaptativas. Muchas veces la presión que ejercen esas demandas rebasa la capacidad del individuo para enfrentar problemas, lo que promueve el surgimiento de manifestaciones conductuales inadecuadas. Con frecuencia los problemas de salud mental femenina en el medio rural provienen de una interacción de factores directamente vinculados con dos realidades estigmatizantes: su posición de desventaja en relación con los hombres y el contexto de pobreza en que viven.

En la mayoría de las comunidades rurales de México se observan expectativas sumamente tradicionales acerca de los papeles de hombres y mujeres (Lara, 1993). El papel de la mujer gira en torno al matrimonio y la procreación de los hijos; además, ellas son responsables directas y únicas de las tareas domésticas. La conducta femenina que promueve ese medio se caracteriza por la sumisión y el sacrificio. En cambio, el hombre debe demostrar su autoridad, fuerza y poder a través de su capacidad como proveedor económico y de la paternidad, que se consideran pruebas de masculinidad y trascendencia (Salgado de Snyder y Díaz-Pérez, 1995). Las demandas y expectativas vinculadas al papel femenino guardan estrecha relación con el estado de salud emocional de las mujeres. Por ejemplo, la posición inferior en que viven las mujeres y las exigencias del papel materno se han encontrado asociadas con depresión, angustia, sentimientos de culpa, hostilidad reprimida y trastornos psicossomáticos (Lara, 1993).

En el medio rural las exigencias del papel femenino parecen acentuarse. A las mujeres rurales generalmente las devalúan los hombres en tanto las consideran consumidoras y no miembros productivos de la localidad, aunque dependa de ellas la reproducción y el mantenimiento de la unidad doméstica (González Montes, 1994). Estas mujeres, por el gran número de hijos, soportan una carga doméstica excesiva; además se involucran en actividades extrado-

mésticas, como son su participación en el trabajo agrícola familiar, el servicio doméstico o la maquila. Ortega (1997) calcula que la jornada laboral de una mujer rural llega a ser hasta de 18 horas diarias, considerando todas las actividades que realiza. Según estimaciones del Conapo (1998), del total de personas involucradas en actividades agropecuarias en México, 66% son mujeres que no reciben ningún pago por su trabajo.

Con frecuencia las mujeres rurales aportan ingresos en especie a las unidades domésticas o se valen de otras estrategias para aumentar sus ingresos, como la participación en pequeños talleres de maquila a domicilio, sobre todo en el ramo textil (González Montes, 1994), o la venta de servicios y mercancías en el sector informal (Casillas, 1985). Estas actividades, sin embargo, son temporales o eventuales, e irregulares en cuanto a horarios y remuneración. Además, ninguna de las actividades productivas en que participa la mujer rural recibe beneficios sociales (Goldsmith, 1990).

La falta de escolarización de las mujeres rurales es un problema por el que muy poco se ha hecho, a pesar de que hace mucho se reconoce como tal. Las múltiples obligaciones de las mujeres en cuanto a cubrir las necesidades más apremiantes de su familia, la marginación que las rodea y las creencias que promueven su papel como dependientes y pasivas, parecen impedir que las mujeres rurales obtengan educación escolarizada. En un reporte del Conapo (1997) se indica que 30% de las mujeres de 15 años y más que habitan localidades rurales son analfabetas. Este problema se agudiza en la población indígena, en la que 50% de las mujeres de 15 años y más no saben leer ni escribir, además de que una de cada cinco habla únicamente la lengua de su grupo étnico.

Las mujeres rurales tienen familias numerosas, siendo el promedio de hijos de 4.7, que representa dos hijos más si se compara con el promedio de las mujeres de localidades más urbanizadas (Conapo, 1997). La maternidad en este contexto es una situación de alto riesgo,

pues las mujeres no tienen acceso a servicios que brinden cuidados prenatales, lo que se traduce en un mayor número de complicaciones prenatales y posparto, que a su vez se relacionan con altas tasas de mortalidad materno-infantil, cáncer cérvico-uterino y otros problemas de salud reproductiva. Que las tasas de fertilidad sean de manera significativa más altas en la zonas rurales que en las zonas urbanas de México pueden obedecer parcialmente a tres factores. La maternidad es muy valorada en ese medio pues se considera símbolo de feminidad; los hijos, sobre todo los varones, son percibidos como generadores de ingresos adicionales para la familia, por lo que se promueven las familias numerosas; y los servicios de salud reproductiva, concretamente de planificación familiar, no han logrado incidir en esta población (Tuirán, 1995; Amuchástegui, 1996). Por último, es evidente que la influencia del catolicismo en los papeles de género tradicionales ha enfatizado el papel de la mujer rural como madre e idealizado este papel al grado de considerar a la maternidad como la función prominente de la mujer, aunque esto implique poner en riesgo su salud.

El uso y abuso de alcohol en el medio rural, aunque no prevalece en las mujeres, las afecta de manera importante. En el medio rural los hombres consumen alcohol con más frecuencia y en mayor cantidad que las mujeres, que reportan un consumo bajo e infrecuente de alcohol, pero cuando beben en cantidades moderadas reportan más problemas que los hombres. En otras palabras, las mujeres reportan un mayor número de problemas sociales y personales ocasionados por su consumo de alcohol, aunque es mucho menor que el de los hombres (Medina-Mora, 1988). Por otro lado, aunque el uso y abuso de alcohol en comunidades rurales ha sido reportado consistentemente como conducta casi exclusiva de los hombres, esta conducta afecta a las mujeres. Por ejemplo, unos datos sugieren que las mujeres que son pareja de alcohólico tienden a presentar sintomatología física y clínica y en particular malestar depresivo (Natera *et*

al., 1993). Otros estudios han encontrado una asociación entre uso de alcohol y violencia física y verbal hacia la esposa y los hijos (Saltijeral y Ramos, 1996; Salgado de Snyder, 1998).

La violencia doméstica es otro factor que contextualiza la vida de las mujeres en el medio rural. No se ha estructurado un cuerpo de información sistematizada al respecto, pero reportes aislados documentan la presencia de este problema (Lara, citado en Lara y Salgado de Snyder, 1994). Se ha reportado que con frecuencia la mujer rural es objeto de violencia física, verbal y psicológica por parte del esposo, hijos, padres y hermanos, violencia que acepta sin protestar, por no tener opciones. Por ejemplo, González de la Rocha (1988) señala que las mujeres pobres aceptan que sus parejas las golpeen, las agredan verbalmente y en general les den malos tratos con tal de no ser abandonadas.

En el medio rural, la modalidad familiar que prevalece es la familia extensa, que posiciona a la mujer en una situación de riesgo para problemas de salud y salud mental. La familia extensa proporciona a la mujer una red de apoyo social inmediata, pero también la obliga a involucrarse, a participar activamente en la solución de los problemas familiares y a contraer deberes y obligaciones con cada uno de los miembros de la familia. Así, para estas mujeres los problemas se multiplican en la medida en que ellas son responsables del cuidado y el bienestar de un mayor número de personas (incluyendo padres o familiares ancianos) (Salgado de Snyder y Padilla, 1987).

Las mujeres se sienten también responsables del sufrimiento emocional que aqueja a sus esposos e hijos, debido a problemas como el desempleo, bajos o nulos ingresos, abuso de alcohol y/o drogas, entre otros (Salgado de Snyder y Maldonado, 1994; Salgado de Snyder *et al.*, 1996; González de la Rocha, 1988). Por tradición el papel de la mujer ha sido el de "cuidadora de otros". Este papel asignado a la mujer conlleva una gran cantidad de demandas de

atención de las personas que la mujer cuida, y pone en riesgo su salud física y mental.

LAS MUJERES RURALES EN EL CONTEXTO DE LA MIGRACIÓN LABORAL MASCULINA A ESTADOS UNIDOS

La información que a continuación se presenta se generó a partir de cinco proyectos de investigación realizados entre 1990 y 1998, en aproximadamente 76 comunidades rurales de la parte centro occidental de México, en concreto en los estados de Jalisco y Michoacán. En estas comunidades la participación, sobre todo masculina, en la migración a Estados Unidos, se ha convertido en un proceso institucionalizado entre sus pobladores.

Para guiar nuestras investigaciones hemos usado un modelo psicosocial en el que la migración se considera un proceso, más que un evento aislado. Hemos usado aproximaciones cuantitativas y cualitativas, así como diseños longitudinales y transversales con familias encabezadas por migrantes laborales a Estados Unidos. La información recolectada ha permitido una mejor comprensión de los cambios sociales y culturales de estas localidades, así como de los arreglos familiares antes, durante y después de la migración, tanto quienes se van como de quienes permanecen (Salgado de Snyder, 1994, y 1996b). A continuación se presentan —subrayándose el aspecto cualitativo de nuestros datos— hallazgos de estas investigaciones relacionados con el funcionamiento psicosocial de las mujeres que permanecen, en un marco procesal que inicia con el primer viaje a Estados Unidos y termina cuando el migrante decide poner fin a su circularidad migratoria. En este trabajo la migración se entiende no como fenómeno aislado sino como un proceso dinámico que sólo puede entenderse en función de las características del contexto sociocultural, las necesidades familiares y las motivaciones individuales.

LA MIGRACIÓN COMO ESTRATEGIA DE VIDA

Con frecuencia, la falta de empleos, los ingresos bajos, las tierras no cultivables y, en general, las razones estructurales para migrar por primera vez a Estados Unidos, se convierten en la base de las motivaciones personales del migrante para ir al norte: dar educación a sus hijos, una mejor calidad de vida para su familia, etc. En cambio, las emigraciones subsecuentes parecen determinarse, no por las razones estructurales que motivaron su primera migración sino por las relaciones sociales establecidas y los compromisos adquiridos durante la experiencia migratoria y posteriormente (Massey *et al.*, 1991).

Es común que el migrante laboral permanezca en la circularidad migratoria por largos periodos, ya que sin la alternativa de trabajar en Estados Unidos, la sobrevivencia de su familia sería extremadamente precaria. El migrante, su familia y los pobladores de las localidades con alta tradición migratoria reconocen que trabajar en Estados Unidos les ha redituado ingresos más altos que se traducen en una mejor calidad de vida. El impacto de la migración a Estados Unidos en la vida personal de los pobladores se refleja en los comentarios de las esposas de migrantes, matizados por una creencia generalizada en esa región que se resume en la expresión popular: "Dios y el norte" (Salgado de Snyder *et al.*, 1996)

Aquí en el pueblo no hay nada, aquí no hay vida. Si [...] primero Dios, y si no fuera porque mi esposo está en el norte, yo creo que aquí nos hubiéramos muerto de hambre. Porque aquí es como un desierto. Aquí no hay nada.

Si por un lado las oportunidades que Estados Unidos ofrece para los migrantes son reconocidas y valoradas, por otro, hombres y mujeres coinciden en señalar que la migración representa un sacrificio para ambos, los miembros de la familia que permanecen y el migrante

(Cervantes, Padilla y Salgado de Snyder, 1985; Salgado de Snyder, 1996b).

La migración como proceso tiene un inicio y un final y en cuanto las transformaciones en las dinámicas familiares a lo largo de este proceso, también se han estudiado (Salgado de Snyder, 1996a y 1996b). Según nuestros hallazgos, la migración inicial se experimenta como una situación de duelo y tristeza, principalmente porque implica la división de la familia y porque el hombre que emigra tendrá que enfrentar condiciones que pondrán en riesgo su vida, adversidades imprevistas y la posibilidad de no volver.

Ir al norte es un sacrificio [...] lejos de la familia, allá uno trabaja muy duro, probablemente más duro que en México, pero por lo menos le pagan a uno bien [...] Necesito el dinero para mi familia, su comida, su ropa, su escuela.

La primera vez que se visita una comunidad "enviadora", quizá lo que más llama la atención es la casi completa ausencia de hombres jóvenes y el gran número de mujeres jóvenes, embarazadas y con niños pequeños, así como hombres y mujeres mayores. La migración principalmente de hombres en estas localidades no sólo es esperada sino valorada, ya que refleja la preocupación del hombre por el bienestar de sus familias y por cumplir su papel de proveedor. "Mi familia apoya mi decisión de ir a Estados Unidos porque necesitan el dinero; yo soy el jefe de mi casa y tengo la obligación de mantenerlos".

En estas localidades existe la tradición de que la mujer no emigre sola sino con su esposo cuando ellos deciden llevar la familia completa a Estados Unidos. La actividad de las mujeres en sus localidades de origen debe ceñirse exclusivamente a las labores domésticas, las cuales además del cuidado de los hijos pueden incluir el cuidado de las tierras, la cría de animales y otras responsa-

bilidades. De hecho, las mujeres casadas con migrantes, para compensar la falta de dinero mientras su esposo consigue empleo en Estados Unidos, trabajan en sus casas en forma sumamente discreta, ya que ésta no es una actividad aprobada para ellas, quienes se supone sólo deben atender las necesidades de su familia. Con respecto a este punto, una mujer casada con un migrante expresa: "A él no le gusta que trabaje, porque dice que las mujeres que trabajan encuentran otro hombre. Yo pienso que es cierto [...] cuando una mujer trabaja y tiene su propio dinero puede hacer lo que quiera, es como tener alas [...]"

Por otro lado, las mujeres solteras que van solas a Estados Unidos también con el propósito de trabajar, son percibidas por los pobladores locales como aventureras. Los hombres sostienen puntos de vista muy tradicionales acerca de este grupo de mujeres: "Yo no dejo trabajar a mi esposa [...] una mujer decente se queda en su casa a esperar a que llegue su marido. Cuando las mujeres van a Estados Unidos es porque andan buscando aventuras, no un trabajo, como los hombres".

Además de las normas culturales que prevalecen con relación a la migración de las mujeres en estas localidades, éstas generalmente no emigran solas debido, por un lado, a que no pueden enfrentar los gastos asociados con el movimiento emigratorio en sí, y por otro, a que están conscientes de los muchos riesgos que implica para una mujer sola cruzar la frontera de manera ilegal. Las mujeres temen ser víctimas de cansancio, extorsión, enfermedades, violación o robo.

Los hombres, casados o solteros, prefieren migrar solos, ya que Estados Unidos es percibido por ellos como un país peligroso que puede dañar el bienestar de su familia. Los migrantes señalan que allá sus esposas aprenderían cosas que no van de acuerdo con su forma de pensar, como trabajar y "pensar que son iguales a uno de hombre". Por su parte, los hijos también estarían expuestos a los peligros de ese país, a la falta de disciplina, el uso de drogas y

alcohol y la existencia de costumbres que ellos perciben como una amenaza a la unidad familiar (Cervantes, Padilla y Salgado de Snyder, 1991).

Las mujeres que permanecen son un grupo poco estudiado en el contexto de la migración, y constituyen un grupo tan importante como el de los migrantes, pues sin su apoyo y participación los hombres no podrían migrar. Las mujeres mexicanas que no emigran a Estados Unidos con sus esposos, ya sea por decisión propia o por obligación, tienen la doble responsabilidad de hacerse cargo de su tarea como amas de casa y madres y realizar otras tareas necesarias para mantener la unidad doméstica. Estas mujeres se quedan a cargo y en completo control de los bienes y recursos de la familia. Su obligación principal es mantener el bienestar de los miembros de la unidad familiar hasta que su esposo regrese. Con o sin dinero, la mujer debe resolver los problemas económicos que implica hacerse cargo de los hijos y del hogar, la agricultura, los animales, etc. Muchas veces las mujeres incluso envían dinero a sus esposos a Estados Unidos hasta que ellos encuentren un trabajo o decidan que es tiempo de regresar a casa.

En el primer estudio realizado con esposas de migrantes (Salgado de Snyder, 1993) se construyó un instrumento para evaluar el estrés psicosocial asociado con la migración de los esposos y su impacto en la salud mental de las mujeres. En general, las mujeres reportaron que la migración de sus esposos implicó múltiples cambios no deseados en su estilo de vida y en la dinámica familiar. Identificaron situaciones estresantes relacionadas directamente con la partida de sus cónyuges, como el compromiso de cumplir ellas con obligaciones y responsabilidades que debían asumir como consecuencia directa de la migración de sus esposos a Estados Unidos y la percepción de no estar preparadas para realizar adecuadamente esas tareas. También se identificaron como situaciones con altos niveles

de estrés los sentimientos de soledad, aislamiento y falta de apoyo provocados por la ausencia del cónyuge.

Para muchas mujeres la idea de quedarse solas era inaceptable, y coincidieron en su constante preocupación por las consecuencias de distanciarse geográfica, cultural y emocionalmente de sus esposos. El temor de una desintegración familiar se reportó también como estresante, sobre todo por faltar la "mano dura" del hombre. En este sentido, manifestaron su preocupación por la falta de ayuda mutua entre los miembros de la familia, el incremento de problemas con los hijos y la inhabilidad para controlar la violencia verbal e incluso física entre sus hijos. Además expresaron temor de ser abandonadas por sus esposos y de que ellos pudieran iniciar una nueva familia en Estados Unidos.

Es interesante notar que una de las principales fuentes de preocupación en este grupo de mujeres fue el bienestar general de sus esposos en Estados Unidos. Concretamente al desconocer la situación de vida de sus esposos, les preocupaba, por ejemplo, que no tuvieran suficiente dinero para comer o visitar a un médico en caso de enfermedad y sus arreglos de vivienda en Estados Unidos. Les inquietaba también que sus esposos perdieran sus costumbres y tradiciones, que cambiaran de religión, que se relacionaran con "malas amistades" y que se involucraran en el uso fuerte de drogas o alcohol o en otro tipo de actividades ilícitas.

Finalmente, la migración laboral de los hombres a Estados Unidos es experimentada por las mujeres como un sacrificio. Sin embargo, tienden a expresar resignación, pues están convencidas de que es lo mejor para sus hijos:

Estoy triste cuando él no está aquí, lo extraño [...] Siento que no puedo resolver todos los problemas yo sola.

Tengo que ser padre y madre [...] es difícil, porque soy mujer y algunas veces los niños no me hacen caso. Un hombre siempre es necesario en la familia.

LOS REGRESOS TEMPORALES

Una característica principal de la migración laboral de mexicanos a Estados Unidos es que se trata de un proceso circular, en el que los migrantes establecen y mantienen rutas de circularidad que les permiten desplazarse entre sus comunidades de origen en México y las comunidades de destino en Estados Unidos (Bustamante, 1996). La circularidad migratoria es un concepto aplicable sólo a migrantes laborales; se define como el conjunto de desplazamientos y la alternancia de estancias entre el lugar de residencia (México) y el lugar de trabajo (Estados Unidos). La circularidad está determinada por aspectos como el género, el tipo de trabajo en que se emplea, la generación, la posición de los migrantes en la estructura familiar y muchos otros (Canales, 1996).

El regreso temporal de los migrantes laborales a sus comunidades de origen en México está rodeado de expectación y principalmente de un ambiente festivo, pues los regresos tienen lugar durante los meses de diciembre y enero y, por lo general, en época de fiestas patronales. Durante estas celebraciones se espera que "los nortños" hagan un despliegue de su posición social y de su poder adquisitivo, trayendo regalos y ofreciendo fiestas para la familia y amigos.

El regreso periódico de los migrantes laborales es fuente de sentimientos encontrados en las mujeres, quienes frecuentemente reportan júbilo y preocupación al mismo tiempo (Salgado de Snyder, 1996a). Algunas mujeres se han adaptado a la ausencia de sus esposos y su presencia en casa, cuando regresan en forma temporal, representa una incómoda fuente de felicidad:

Al principio lloraba, después me resigné a vivir sin él. Ahora estoy acostumbrada a vivir sola [...] con los niños. Estoy contenta cuando viene a visitarnos, porque los niños están muy contentos [...] aunque a veces ya quiero que se vaya. Esto va a sonar muy mal, pero es como un mueble en la casa que no sabes dónde poner [...] caminas alrededor de él, te tropiezas con él [...] es muy extraño.

Las esposas y los hijos de hombres migrantes tienden a reportar altos niveles de satisfacción familiar. Pero, es importante hacer notar que estas familias se juntan unas cuantas semanas al año, lo que representa muy poco tiempo para la posibilidad de que se generen conflictos y fricciones. Las mujeres y los niños platican que cuando el hombre viene de visita tratan de complacerlo en todo, ya que están al tanto de las dificultades que él ha tenido que enfrentar en Estados Unidos para sostener a la familia.

Un estudio reciente sobre la prevalencia de algunos trastornos mentales y su relación con la presencia de la migración México-Estados Unidos en localidades rurales del estado de Jalisco (Salgado de Snyder y Díaz-Pérez, en prensa) arrojó datos que permiten comprender el impacto de la migración masculina sobre la salud mental femenina. En general, en las localidades de alta tradición migratoria las mujeres presentan mayor prevalencia de problemas como depresión, distimia y "nervios" que sus contrapartes que viven en comunidades con menor índice de migración. Esta relación entre problemas afectivos en las mujeres y el contacto con la emigración a Estados Unidos parece sustentarse en el gran número de eventos estresantes que enfrentan cotidianamente como consecuencia de la migración de sus cónyuges y en la severidad del impacto de esos eventos. Según se observó, casi tres mujeres por cada hombre reportaron haber padecido depresión mayor, distimia o "nervios". En general, quienes presentan las prevalencias más altas de estos trastornos afectivos son

mujeres de entre 30 y 49 años, de menor escolaridad, y que tienen más de cuatro hijos.

Como se mencionó, en las localidades rurales de México la posibilidad de acceder a servicios de salud es limitada e incluso nula cuando se trata de problemas de salud mental (Salgado de Snyder *et al.*, 1998). En el estudio arriba mencionado, los hallazgos con relación a la utilización de servicios para resolver estos problemas de salud mental muestran que los autocuidados y el uso de medicamentos y remedios caseros, limpias, baños, téis o infusiones, fueron las conductas reportadas con mayor frecuencia para el alivio de los síntomas asociados con estos tres padecimientos del estado de ánimo. El médico no psiquiatra y el sacerdote fueron otras fuentes de ayuda muy utilizadas por las mujeres.

En cuanto a la salud física de las mujeres, se ha documentado que los retornos anuales de los migrantes a sus localidades de origen en México también están asociados con la presencia de situaciones de riesgo para las esposas que se quedan. En 1993, realizamos un estudio para vincular la migración y la diseminación del VIH a través de las prácticas sexuales en el México rural (Salgado de Snyder, Maldonado y Díaz-Pérez, 1996). En esa investigación identificamos actitudes y conductas de alto riesgo para contraer VIH/sida entre esposas de emigrantes a Estados Unidos. Nuestros hallazgos sugieren que las mujeres que se quedan son un grupo altamente vulnerable a la adquisición del virus.

Según los resultados de nuestro estudio, la mayoría de esposas de migrantes contaba con información acerca de la enfermedad del VIH/sida y sobre sus formas de transmisión, aunque muchas veces ésta era insuficiente o imprecisa y prevalecían mitos en torno a la transmisión del sida. A pesar de contar con información, las mujeres se involucraban en todo tipo de prácticas sexuales con sus esposos sin protección alguna. El riesgo se incrementa porque, de acuerdo con datos recientes (Bronfman y Minello, 1995), hay evidencia de que los

migrantes en Estados Unidos mantienen una vida sexual activa con prostitutas, así como con compañeros de trabajo del mismo sexo.

La mayoría de mujeres entrevistadas reportó saber que sus esposos migrantes mantenían relaciones sexuales casuales con otras mujeres en Estados Unidos; sin embargo, no pedían a sus esposos que usaran el condón durante sus relaciones sexuales, la razón mencionada con más frecuencia para no hacerlo es que ellas son las esposas ante los ojos de Dios y que el uso del condón está reservado para "las otras". La mayoría de las mujeres dijo que a sus esposos no les gusta usar condones y que insistirles sobre ese tema las pone en riesgo de ser víctimas de abuso físico. También indicaron que ellas no comprarían condones por miedo a ser etiquetadas como "mujeres fáciles".

Sin duda, uno de los factores de riesgo para el VIH/sida más importantes en este grupo de mujeres es la falta de poder en la negociación sexual. Las mujeres que entrevistamos se declararon incapaces de rechazar o negociar las peticiones sexuales de sus esposos migrantes, pues consideran que su principal obligación como mujeres es complacer a sus esposos. De acuerdo con ellas, esta obligación es aún más fuerte, por la culpa que las hace sentir el hecho de que sus esposos pasen largos periodos trabajando y viviendo en condiciones adversas para enviar dinero a ella y a sus hijos en México. Esta gran obligación moral con ellos, las llevaba a mantener relaciones sexuales de alto riesgo sin protección alguna, a pesar del temor a los embarazos no deseados, las enfermedades de transmisión sexual o el sida.

Las entrevistadas reportaron además que la mayoría de veces en que sostuvieron relaciones sexuales con sus esposos, ellos habían bebido alcohol y en ocasiones estaban borrachos (Salgado de Snyder, 1998). Esta situación hacía aún más difícil para las mujeres negociar el uso de condones o prácticas sexuales seguras, pues corrían el riesgo de convertirse en un blanco de agresiones y violencia para sus esposos alcoholizados. De hecho, las mujeres reportaron que sentían temor de expresar placer sexual cuando tenían relaciones con sus

esposos ebrios; manifestaron que si un hombre nota que su esposa disfruta del sexo puede pensar que ella mantiene relaciones sexuales con otros hombres, con lo que de nuevo se arriesgan a recibir golpes.

Por último en relación con este tema, uno de los hallazgos más importantes en nuestro estudio fue que las mujeres reportaron mayor miedo a un embarazo no deseado que a adquirir sida u otras enfermedades de transmisión sexual. Aunque sorprendente, esta respuesta es relativamente fácil de entender cuando consideramos el número de hijos —cinco en promedio— que ya tienen bajo su cuidado y las condiciones de pobreza en que viven. Muchas mujeres viven atemorizadas por el regreso de sus cónyuges, pues cada viaje de sus esposos a México puede representar un nuevo embarazo. Cabe mencionar que el embarazo parece ser una forma en que el migrante asegura la fidelidad de la esposa que deja. De hecho, muchas de las mujeres entrevistadas declararon que no usaban anticonceptivos porque sus esposos no lo autorizaban.

EL RETORNO FINAL

Como se mencionó anteriormente, el ir y venir del migrante laboral entre los dos países está determinado por varios factores que interactúan hasta que el migrante decide terminar su participación en la circularidad migratoria. El retorno se refiere al último movimiento circular que hace el migrante y tiene por objetivo quedarse definitiva y permanentemente en México o en Estados Unidos (Canales, 1996).

Este proceso de circularidad es lo que da forma y sentido a la carrera migratoria, al final de la cual por diversos motivos (edad, éxito o fracaso, ciclo familiar, problemas familiares, de salud) los migrantes establecen su residencia definitiva en algún punto de su ruta circular (Bustamante, 1995). Cuando el punto de establecimiento final y definitivo es su lugar de origen en México, los migrantes activos pasan a ser migrantes de retorno. Consideramos como

migrantes de retorno a los hombres —documentados o indocumentados— que hayan participado en la circularidad migratoria México-Estados Unidos, de manera ininterrumpida, laborando en cualquier sector económico de aquel país —agricultura, servicios o industria— y que hayan regresado a su comunidad de origen en México con la intención de poner fin a su carrera migratoria y permanecer allí en forma definitiva.

Muchos migrantes mantienen viva la esperanza de regresar definitivamente a su lugar de origen, porque valoran más su cultura, sus tradiciones y su estilo de vida. Así, el arraigo cultural y el compromiso con su familia se convierten en el ancla que los hará volver a su país. Muy pocos estudios en México abordan los problemas del migrante de retorno; sin embargo, la información disponible sugiere que el nivel de desgaste que muchos presentan cuando deciden poner fin en México a su carrera migratoria, afecta su funcionamiento cotidiano y su relación con la familia y con la comunidad.

Los migrantes que durante largos periodos han trabajado en Estados Unidos, cuando se integran nuevamente a su lugar de origen lo hacen con dificultad, ya que pueden regresar con problemas físicos, psicológicos, de identidad cultural y con estilos de vida diferentes (Salgado de Snyder, 1996a). Los cambios operados en el migrante luego de años de participar en la circularidad migratoria, parecen obstaculizar su reinserción a su localidad. De acuerdo con narraciones de informantes clave, es común que los migrantes de retorno manifiesten problemas de readaptación, tales como una notable indiferencia por las actividades productivas locales, falta de interés por realizar cualquier trabajo, depresión, conducta agresiva o violenta hacia su familia, aumento en su consumo de alcohol. Datos recientes (Salgado de Snyder, 1999), por ejemplo, indican una alta prevalencia del consumo fuerte de alcohol entre pobladores rurales que habían sido migrantes laborales en Estados Unidos.

Nuestras entrevistas con esposas de migrantes de retorno claramente sugieren que se sienten incómodas con la presencia permanente de sus esposos en casa, pues ya perdieron la costumbre de vivir con ellos cotidianamente (Salgado de Snyder, 1996a). Las mujeres indican que se ven forzadas a limitar y algunas veces a cambiar totalmente sus actividades, lo que provoca en ellas descontento y malestar, sentimientos que no comparten con sus esposos por temor a herirlo. Este malestar se refleja en una expresión popular en las comunidades rurales con una alta tradición migratoria: "Al principio las mujeres lloraban cuando sus esposos se iban al norte; ahora lloran porque ya no van".

Cuando las esposas de migrantes observan que sus cónyuges empiezan a pensar en la posibilidad del retorno definitivo, se preocupan. Esta preocupación responde, por un lado, al cambio de vida obligado que implica la presencia de sus maridos en casa y, por otro, a la adquisición forzada de responsabilidades y deberes asociados con los problemas de salud física y mental que estos traigan consigo.

En cuanto a las consecuencias de la pérdida total y definitiva del control que las mujeres aprendieron a desarrollar como jefes temporales de sus hogares, aún no se han investigado. Es posible que las mujeres no presenten conflictos en esta área por contar con muchos recursos personales y sociales, así como con habilidades que no tenían, que desarrollaron a lo largo de la carrera migratoria de sus cónyuges. Las esposas de migrantes se ven forzadas a aprender habilidades nuevas, a vivir independientemente, a tomar decisiones solas y afrontar sus consecuencias, a establecer relaciones sociales de apoyo, y a manejar adecuadamente sus recursos psicológicos, entre muchas otras. Resulta plausible que el ser esposas de migrantes laborales les dé la oportunidad de confirmar que son mujeres capaces de llevar su hogar y velar por el bienestar de sus hijos, sin la necesidad de tener a su esposo a su lado en forma permanente.

CONCLUSIONES

Las mujeres —del medio rural, sobre todo— en el contexto de la migración laboral masculina no han recibido atención suficiente por parte de investigadores de las ciencias sociales. Sólo recientemente han aparecido publicaciones que explican el papel de las mujeres que permanecen y el impacto de la migración masculina en su funcionamiento psicosocial y en su salud mental y la de sus hijos. Los hallazgos de esos estudios claramente indican que la migración laboral masculina en el medio rural ejerce un impacto determinante en las mujeres que permanecen.

Las mujeres, en su papel de “cuidadoras de otros”, son las principales responsables del cuidado de los hijos y de mantener la unidad familiar hasta que el esposo migrante regrese en forma definitiva a su comunidad de origen. Las mujeres adquieren así nuevas responsabilidades, para las que no se sienten bien preparadas, como administrar y cuidar los bienes de la familia (tierra, cultivos, animales y dinero enviado por el migrante), disciplinar a sus hijos y mantener relaciones familiares estrechas con su familia política. La adquisición de nuevas responsabilidades representa para las mujeres una gran demanda de tiempo y un desgaste importante de sus recursos psicológicos, que se refleja en la manifestación de algunos problemas, como sintomatología depresiva, ansiedad y somatización. El primer viaje de sus esposos a Estados Unidos, para muchas mujeres significa apoyar el inicio de una carrera migratoria que puede durar años, durante los cuales ella será la principal responsable del bienestar de la unidad familiar. La primera migración del esposo generalmente es vivida como una grave pérdida, y muchas mujeres, aunque se adaptan a ella, nunca llegan a aceptarla.

Los regresos temporales del esposo generan en las mujeres y en sus hijos una mezcla de júbilo, ansiedad y temor. Por un lado, reconocen y aprecian el esfuerzo por él realizado para darles mejor calidad

de vida; por otro, les preocupa que tendrán que darle cuentas detalladas de los acontecimientos de la familia y sobre la administración de los bienes. Los regresos durante la circularidad migratoria parecen intensificar sus niveles de ansiedad y estrés.

Los papeles tradicionales de género dictados por la cultura rural son aún rígidos y promueven la obediencia incuestionable a los deseos del esposo. Esta situación pone en riesgo la salud física de las mujeres, sobre todo en el terreno de la sexualidad. Las esposas de migrantes sienten que su papel de esposas las obliga a complacer los deseos sexuales de sus cónyuges, aunque esto implique exponerse a riesgos como el VIH/sida, otras enfermedades de transmisión sexual y embarazos no deseados.

El fin de la carrera migratoria del esposo es vivida por las mujeres con mucha ansiedad, pues conlleva cambios obligados en sus actividades cotidianas y en la relación con sus hijos y con la comunidad. Además, ellas adquieren una nueva responsabilidad: el cuidado de sus esposos, quienes, después de muchos años de participar en la circularidad migratoria, regresan con problemas físicos y psicológicos que dificultan la adaptación a su contexto familiar y social de origen. El retorno definitivo del migrante también representa para las mujeres ser obligadas a renunciar al control que tenían sobre sus hijos, sus recursos y sus hogares.

En conclusión, la emigración masculina a Estados Unidos impacta con gran fuerza la vida de las mujeres que permanecen, afectando todas sus áreas de funcionamiento psicosocial; sin embargo, parece ser que las características de ese impacto no son del todo negativas. Si, por un lado, es evidente que prevalecen problemas emocionales como tensión, ansiedad, depresión, distimia y nervios en las esposas de migrantes, por otro, la oportunidad —aunque temporal— de ser cabezas de sus hogares y saberse mujeres capaces de sacar adelante a su familia sin necesidad de tener un hombre al lado, representa una ganancia en el ámbito de su crecimiento perso-

nal. Las experiencias acumuladas, las habilidades aprendidas y la resistencia desarrollada por estas mujeres durante las ausencias masculinas, parecen funcionar como factores protectores; sin ellos, la salud mental podría manifestar un mayor deterioro.

BIBLIOGRAFÍA

- Amuchástegui, A. (1996). "El significado de la virginidad y la iniciación sexual. Un relato de investigación", en Szasz, I. y S. Lerner (eds.), *Para comprender la subjetividad. Investigación cualitativa en salud reproductiva y sexualidad*, El Colegio de México, México.
- Bronfman, M. y N. Minello (1995). "Hábitos sexuales de los emigrantes temporales mexicanos a los Estados Unidos. Prácticas de riesgo para la infección por VIH". en Bronfman, M. et al. (eds.), *Sida en México: emigración, adolescencia y género*, Información Profesional Especializada, México.
- Bustamante, J. (1995). "Emigración de México a Estados Unidos: un enfoque sociológico", en Secretaría de Relaciones Exteriores (ed.), *La emigración laboral mexicana a Estados Unidos de América: Una perspectiva bilateral desde México*, Instituto Matías Romero de Estudios Diplomáticos, México.
- (1996). "El marco teórico-metodológico de la circularidad migratoria: su validación empírica", trabajo presentado en El Colegio de la Frontera Norte, IV Simposio Bienal de Evaluación Externa, COLEF IV, del 23 al 25 de octubre.
- Canales, A. (1996). "Estacionalidad, temporalidad y retorno. La construcción del tiempo en la circularidad migratoria", trabajo presentado en El Colegio de la Frontera Norte, IV Simposio Bienal de Evaluación Externa, COLEF IV, del 23 al 25 de octubre.
- Casillas, A. (1985). *La mujer en dos comunidades de emigrantes (Chihuahua)*, SEP, México.

- Cervantes, R. C., A.M. Padilla y V.N. Salgado de Snyder (1991). "The hispanic stress inventory: a culturally relevant approach toward psychosocial assessment", en *Psychological assessment: a journal of consulting and Clinical Psychology*, núm.3.
- Consejo Nacional de Población, Conapo (1997). *Programa Nacional de la Mujer. Situación de la mujer en México*, disponible en <http://serpiente.dgsca.unam.mx/conapo/mujer/tres.htm>
- (1998). *La situación demográfica en México*, Conapo, México.
- Goldsmith, M. (1990). "El servicio doméstico y la emigración femenina", en Ramírez, E. y H. Dávila (comps.), *Trabajo femenino y crisis en México*, UAM-Xochimilco, México.
- González de la Rocha, Mercedes (1988). "De por qué las mujeres aguantan golpes y cuernos: un análisis de hogares sin varón en Guadalajara". en Gabayet, L. et al. (comps.), *Mujeres y sociedad, salarios, hogar y acción social en el occidente de México*, El Colegio de Jalisco/CIESAS, Guadalajara.
- González Montes, S. (1994). "Mujeres, trabajo y pobreza en el campo mexicano: una revisión crítica de la bibliografía reciente", en Szasz, I. y V. Salles (eds.), *Las mujeres en la pobreza*, El Colegio de México, México.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, INEGI (1996). *Conteo de Población y Vivienda 1995. Resultados definitivos nacionales*, disponible en http://www.inegi.gob.mx/homepara/conteo/bol_rep.html
- Lara, M.A. (1993). *Inventario de masculinidad y feminidad (IMAFE)*, El Manual Moderno, México.
- Lara, M.A. y V.N. Salgado de Snyder (1994). "Mujeres, salud mental y pobreza", en Szasz, I. y V. Salles (eds.), *Las mujeres en la pobreza*, El Colegio de México, México.
- Massey, D. et al. (1991). *Los ausentes. El proceso social de la emigración internacional en el occidente de México*, Alianza Editorial/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.

- Medina-Mora, M.E. (1988). "A comparative analysis of drinking patterns and problems in México", en *Cultural influences and drinking patterns: a focus on hispanic and japanese populations* (Research Monograph, 19), National Institute of Alcohol, Abuse and Alcoholism / Department of Health and Human Services..
- Natera, G. et al. (1993). "Interacción entre parejas con diferente patrón de consumo de alcohol y su relación con antecedentes familiares de consumo en México", en *Salud mental*, núm.16.
- Ortega, M.T. (1997). "Educación de la mujer indígena: estrategia de desarrollo regional". en Galeana, P. (comp.), *La condición de la mujer indígena y sus derechos fundamentales*, Coordinación de Humanidades, UNAM, México.
- Salgado de Snyder, V.N. (1993). "Family life across the border: mexican wives left behind", en *Hispanic Journal of Behavioral Sciences*, núm.15.
- (1994). "Mexican women, mental health and migration: those who go and those who stay behind", en Malgady, R.G. y O. Rodríguez (eds.), *Theoretical and conceptual issues in hispanic mental health research*, Krieger Publishing Company, Melbourne.
- (1996a). "El bienestar psicosocial de emigrantes mexicanos y sus familias: Un estudio longitudinal", reporte de investigación Fulbright-García Robles.
- (1996b). "Problemas psicosociales de la emigración internacional", en *Salud mental*, núm.19.
- (1998). "Emigración, sexualidad y sida en mujeres de origen rural: sus implicaciones psicosociales", en Szasz I. y S. Lerner (comps.), *Sexualidades en México. Algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales*, El Colegio de México, México.
- (1999). "La prevalencia de algunos trastornos mentales, su interpretación sociocultural y la utilización de servicios de salud

mental en poblaciones rurales: El impacto de la emigración México-Estados Unidos", reporte técnico CONACYT, proyecto 4257H.

Salgado de Snyder, V.N. y M.J. Díaz-Pérez (1995). "El impacto de la emigración en los papeles de género" en *Psicología y salud*, núm.5.

— (en prensa). "Los trastornos afectivos en la población rural", en *Salud mental*.

Salgado de Snyder, V.N. y M. Maldonado (1992). "Respuestas de enfrentamiento e indicadores de salud mental en esposas de emigrantes a Estados Unidos", en *Salud mental*, núm.15.

— (1993). "Funcionamiento psicosocial en esposas de emigrantes mexicanos a Estados Unidos", en *Revista Latinoamericana de Psicología*, núm.25.

— (1994). "Características psicométricas de la escala de depresión del Centro de Estudios Epidemiológicos (CES-D) en mujeres mexicanas adultas de áreas rurales", en *Salud pública de México*, núm.36.

Salgado de Snyder, V.N. y A.M. Padilla (1987). "Social support networks: their availability and effectiveness" en Gaviria, M. y J.D. Arana (eds.), *Health and behavior: Research agenda for hispanics* (Monografía, 1), Simón Bolívar Hispanic-American Psychiatric Research & Training Program/University of Illinois, Chicago.

Salgado de Snyder, V.N., M.J. Díaz-Pérez y M. Maldonado (1995). "Los nervios como motivo de búsqueda de ayuda en mujeres mexicanas de origen rural" en *Salud mental*, núm.18.

— (1996). "AIDS: risk behaviors among rural mexican women married to migrant workers in the U.S.", en *AIDS education and prevention*, núm.8.

- Salgado de Snyder, V.N. *et al.* (1996). "Dios y el norte: The perceptions of wives of documented and undocumented mexican immigrants to the U.S.", en *Hispanic Journal of Behavioral Sciences*, núm.3.
- Salgado de Snyder, V.N. *et al.* (1998). "Pathways to mental health services among inhabitants of a Mexican village with high migratory tradition to the United States", en *Health and social work*, vol.4, núm.23.
- Saltijeral, M.T. y L. Ramos (1996). "Características psicosociales de las mujeres víctimas de violencia intrafamiliar: repercusiones en su estado de salud mental", reporte preliminar del proyecto 4171, División de Investigaciones Epidemiológicas y Sociales-Instituto Mexicano de Psiquiatría.
- Tuirán, R. (1995). "Familia y valores: cambios y arraigos tradicionales", en *Demos*, núm.8.

ROLES OCUPACIONALES Y MALESTAR EMOCIONAL FEMENINO

Tanya Yadira Pérez Hernández
y Victoria Angélica Torres Armenta*

INTRODUCCIÓN

Este documento presenta los hallazgos preliminares de la investigación que realizamos actualmente. Nuestro objetivo es conocer el bienestar-malestar emocional de una población (con una muestra representativa de 60 mujeres) de escasos recursos, ubicada en un asentamiento irregular creado recientemente en el Periférico Sur de la zona metropolitana de Guadalajara.¹

Para exponerlo presentaremos primero algunos antecedentes teóricos que permiten conocer el contexto en que se enmarca la pobreza urbana, situándonos específicamente en una de las estrategias de que las mujeres se valen para su sobrevivencia: el trabajo extradoméstico; profundizando, trataremos de abordar la influencia de esta actividad en el malestar emocional de ellas.

Posteriormente daremos a conocer las definiciones de las variables estudiadas: roles ocupacionales y malestar emocional, y mostraremos los hallazgos obtenidos al relacionarlas.

Finalizaremos con una breve discusión, señalando las conclusiones que arrojó el análisis de nuestros resultados al vincularlo con afirmaciones de otros autores. Pretendemos así resaltar la realidad

* Tesistas del proyecto "Salud mental y redes sociales en familias pobres urbanas: una perspectiva de género", núm. de registro: 96-03-010 del CONACYT-SIMORELOS.

1. Para conocer los datos sociodemográficos de dicha población, remitirse al artículo "Características de los hogares pobres urbanos. El caso Las Flores", de Rocío Enríquez y Ana Paola Aldrete en este mismo libro.

emocional que viven las mujeres de escasos recursos que se enfrentan a la necesidad de realizar un trabajo extradoméstico, para superar las carencias que viven sus familias y particularmente sus hijos. No por ello queremos olvidar que las amas de casa también experimentan diversas emociones al dedicarse exclusivamente a esta tarea.

ANTECEDENTES TEÓRICOS

Es innegable que el modelo de sociedad neoliberal ha generado cambios en los procesos de producción y consumo; los pobres cada vez tienen menos posibilidades de producción y, así, casi ninguna de adquisición, creciendo la brecha entre los dos grandes grupos (ricos y pobres). Otro factor que debe considerarse es el fracaso de las políticas y estrategias para alcanzar el desarrollo social de los países pobres del mundo, en particular de América Latina (como es el caso de México), que han resultado ineficaces para atacar los problemas estructurales de la pobreza.

En nuestro país la aplicación de políticas financieras públicas de la administración de este sexenio arrojó cifras alarmantes (por lo que no se han publicado oficialmente) con relación a la pobreza: el número de mexicanos en pobreza extrema aumentó 53%, al pasar de 17 millones, en 1993, a 26 millones en 1998 (Acosta y Pérez, 1998).

Al hablar de la pobreza se pierde la noción de los sujetos y se dificulta insertar el género como factor clave en el proceso de desarrollo de una sociedad como ésta; tampoco es posible evidenciar cómo los factores culturales (causantes de la subordinación de las mujeres) se mezclan con factores económicos, responsables de que ellas sean mayoría entre los pobres del mundo, los analfabetos y los desempleados.

Es importante reconocer que en estos años de deterioro de los niveles de vida y de los salarios reales, las mujeres han sido las promotoras de la sobrevivencia y la reproducción y uno de los puntos prin-

cipales de absorción del costo social de las políticas económicas neoliberales que se han echado sobre sus hombros.

Esta visión la apoya Massolo (1997), que hace notar que en México no hay antecedentes de reflexiones críticas y aportes de investigación en qué apoyarse para plantear vinculaciones entre el género femenino y los contenidos y prácticas de las políticas públicas dirigidas, entre otros campos, al laboral.

Lo anterior adquiere relevancia si se considera que tanto en nuestro país como en otros de América Latina el incremento de la participación económica femenina es un fenómeno importante; tan sólo la contribución de las mujeres en el aumento de la población económicamente activa en los ochenta fue de 42% (García y Oliveira, 1994; Lara *et al.*, 1996).

Es triste reconocer que la participación económica femenina en México se ha dado en condiciones similares a las de otros países de América Latina en términos de opresión, explotación, falta de prestaciones y de apoyo social y familiar (Lara *et al.*, 1996).

El reciente aumento en dicha actividad, fue vinculado con el deterioro en los niveles de vida, producto de la recesión económica de la misma década; sin embargo, para algunos autores la incorporación femenina a la actividad económica se remonta a unas décadas atrás y se relaciona también con las tendencias en el incremento de la educación y el proceso de urbanización, las cuales crean mayores oportunidades para la población femenina (Rendón, en García y Oliveira, 1994).

Si hasta principios de los setenta la mayoría de las mujeres que trabajaban fuera de su casa eran jóvenes y solteras o sin hijos, en las dos décadas siguientes esta situación se modificó, pues, entre 1976 y 1987 se registra un importante incremento en la participación económica de las mujeres de mayor edad, unidas y con hijos. Este hecho indica una importante transformación social en nuestro país; es posible que la organización de la vida cotidiana de muchos

hogares se haya modificado en los últimos años (García y Oliveira, 1994).

Estas autoras, al estudiar la participación económica de las mujeres en distintos grupos sociales, encontraron que las necesidades económicas apremiantes han contribuido a modificar la influencia que ejercen los hijos sobre el trabajo femenino extradoméstico. Es claro, entonces, suponer que la recesión económica en mayor medida ha llevado a la movilización de una oferta potencial de mano de obra, principalmente representada por las mujeres con responsabilidades familiares.

Así, en los grupos menos favorecidos y con mayores carencias, los hijos perdieron su papel "inhibidor" del trabajo extradoméstico de las mujeres, que se presentaba antes de los años de recesión económica. Desde esta perspectiva, es posible afirmar que la presencia de los hijos y sus necesidades lleva a las mujeres a buscar allegarse un ingreso, principalmente por cuenta propia.

Estas autoras descubrieron la existencia de distintos significados y grados de compromiso establecidos con el trabajo extradoméstico en la vida de las mujeres casadas; estos compromisos dependen de las concepciones más o menos tradicionales sobre la maternidad y de las experiencias cotidianas del cuidado de los hijos; este aspecto toma relevancia al relacionarse con la dinámica familiar de la vida diaria, el cuidado de los hijos y las relaciones que se establecen entre géneros y generaciones al interior de las unidades domésticas.

En cuanto al compromiso con una actividad extradoméstica, mientras unas mujeres perciben el trabajo como una actividad útil y satisfactoria, otras se comprometen con él buscando satisfacer las necesidades más apremiantes de sus hijos, como la alimentación y la educación; en ambos casos se perciben menos conflictos para combinar maternidad y trabajo y se multiplican las estrategias a que se recurre para el cuidado de los hijos. Aunque se cuenta con mayor libertad de movimiento y se realizan más acciones concretas para

lograr trabajar, no se cuenta todavía con elementos para cuestionar la autoridad exclusiva del varón o para replantear la tradicional división del trabajo por género, según la cual el hombre debe proveer el gasto y la mujer ha de responsabilizarse de la reproducción doméstica. Un caso especial lo representan las mujeres jefas económicas que trabajan para mantener sus hogares aun en presencia de los cónyuges (García y Oliveira, 1994).

Esta realidad la vive una mujer que participó en la investigación, de 46 años de edad, casada; aunque su esposo tiene capacidad para trabajar, no lo hace por ser alcohólico; de ahí que ella mantiene a su hogar desde hace 20 años, el dinero que obtiene de su trabajo representa el único ingreso económico de la familia: es jefa económica de su hogar. En la entrevista a profundidad, de enfoque biográfico, se expresó en estos términos:

Pues es que yo ahí los dejaba [a los hijos] y andaba preocupada, me andaba apurando en mi trabajo para regresar, para llevarles de comer, para verlos, para ver si estaban bien, porque ya ve, uno que sale y ya llegaba y decía: "¿Ontán mis hijos?" "Aquí estamos, mamá". "¿Y su papá?" "No, pos está acostado, está borracho".

Pero ya llegaba y les llevaba qué comer, y les decía: "No, mis hijos, ahora sí vamos a comer y se van a dormir", "¿Y mi papá?" "Ese déjenlo hasta que se levante, hasta que tenga hambre; ya comerá".

Y todo el tiempo le di de comer [al esposo], aunque me golpiara, oiga; me decía mucha gente, así personas mayores como yo: "¡Ay, qué buena eres! Yo no le daría ni de comer; mira como es de flojo; diario anda borracho, diario anda en la calle con los amigos, y tú jodiéndote, y tú cansándote, y sacando tu dinerito".

La participación en el mercado laboral ha repercutido con fuerza en los roles femeninos y en la organización de la familia, pero sobre todo en el cuidado de los niños (Lara *et al.*, 1996).

Para las mujeres de escasos recursos, la maternidad es en mayor medida el eje orientador de la vida femenina, por lo que el trabajo extradoméstico femenino se rige por las necesidades que presenten los hijos; ellos representan un fuerte valor económico y moral, son el motivo para vivir, así como la razón y la satisfacción del matrimonio o bien, son la recompensa de las relaciones maritales difíciles; además, viviendo en situación de pobreza, los hijos les proporcionan compañía y probablemente representen una ayuda en la vejez. Por eso la maternidad es, para ellas, la estructura de su vida, trabajen o no (García y Oliveira, 1994).

Esta realidad repercute de diversas maneras en las mujeres; el modo en que incide directamente en su salud emocional adquiere gran relevancia y es un tópico de interés actual que se encuentra en formación, por lo que mostraremos los hallazgos de algunos autores.

Como lo mencionan Lara *et al.* (1996), el malestar psicológico de las mujeres se ha relacionado con el desempeño de roles múltiples, es decir, como efecto de la multiplicación de demandas y obligaciones de los escenarios familiar y laboral por la participación simultánea en los dos ámbitos, generándose conflicto e incluso depresión. La tensión en el campo laboral se presenta ante recompensas inadecuadas, ambiente nocivo, trato despersonalizado, exceso de trabajo, entre otros factores.

También encontraron que las mujeres obtienen mejores beneficios psicológicos de su trabajo cuando su estatus laboral es congruente con sus creencias respecto a los roles femeninos; es de esperarse mayor conflicto cuando la mujer otorga al hogar y la familia el primer lugar.

Hay que tener presente que el papel de madre representa en sí una fuente de tensión considerable, sobre todo cuando los hijos son

pequeños. Además, la preocupación por el cuidado adecuado de los hijos en su ausencia, representa una tensión constante (Lara *et al.*, 1996).

Según Oliveira (1989), las mujeres no empleadas, experimentan tensión y estrés porque el papel de ama de casa es desestructurado e invisible, demanda de ellas tareas repetitivas que les proporcionan poco prestigio y las empuja a una situación de aislamiento respecto a otros adultos. Este último aspecto puede producir gran tensión, al llevarlas a depender exclusivamente de su familia inmediata para la satisfacción de sus necesidades.

Ella aclara que pese a las condiciones tan desventajosas en que se da la ocupación laboral femenina, se han reportado beneficios: independencia económica, complemento a los bajos sueldos, satisfacción laboral y, sobre todo, rompimiento del aislamiento social y creación de nuevas redes, así como alejamiento del papel tradicional de sumisión y subordinación.

Debemos aclarar que, según apuntan estudios de medicina tradicional en el área de salud mental, como señala Caraveo (1995), la mayor cantidad de casos reportados se dan en mujeres de bajo nivel socioeconómico y escasa escolaridad, quienes desconocen lo que es una enfermedad mental a pesar de padecerla; por eso se valen de remedios caseros, automedicación, y de ayuda de familiares y amigos para resolver esos problemas. Estos estudios, sin embargo, no han abordado la vinculación entre estos padecimientos y sus causas en la vida cotidiana de las mujeres.

Hay que destacar además que no se han evaluado con profundidad las implicaciones de la participación económica femenina en su situación emocional en poblaciones pobres urbanas; por eso nosotras consideramos valioso estudiar en el entorno cotidiano de ellas esta situación social.

Motivadas por esta inquietud, participamos en un proyecto de investigación mucho más amplio, denominado "Salud mental y redes sociales en familias pobres urbanas: una perspectiva de género".

El objetivo del proyecto es utilizar una metodología mixta (cualitativa y cuantitativa) para profundizar en el bienestar-malestar emocional de las mujeres madres de escasos recursos, desde su propio lenguaje y perspectiva, siendo ellas mismas quienes expliciten las maneras específicas en que lo significan y lo experimentan. Consideraremos además la influencia de variables como el tipo de jefatura de hogar y la etapa de ciclo doméstico, así como la utilización de sus redes sociales como estrategia para sobrevivir a las condiciones reales a que se enfrentan.

Para lograr el objetivo se aplicó una encuesta con 11 cuestionarios, así como entrevistas a profundidad de enfoque biográfico, lo cual permite mostrar las ambiciones del proyecto. Este documento es sólo una parte del proyecto y tiene por objeto mostrar los hallazgos preliminares acerca de la influencia del rol ocupacional de las mujeres en su malestar emocional; este último fue medido a través de dos instrumentos, que se explicarán posteriormente.

Cabe aclarar que los resultados mostrados respecto a roles ocupacionales fueron obtenidos a través de la información arrojada por el instrumento Organización y funcionamiento de la unidad doméstica, que es una adaptación de un cuestionario realizado por Mercedes González de la Rocha.

ROLES OCUPACIONALES

Al hablar de género se busca identificar las diferencias entre hombres y mujeres en los aspectos sociales y culturales, los cuales varían histórica y geográficamente y generan identidades individuales durante el proceso de socialización, reforzándose durante toda la vida (Bonilla, en Osorio *et al.*, 1993).

Los roles masculino y femenino son considerados productos históricos que, además del sexo, incluyen los comportamientos, roles y posiciones que se atribuyen cultural, económica y socialmente a hombres y mujeres. El rol de género se refiere a cómo la persona se percibe y se valora; se enmarca en un contexto sociocultural específico que define socialmente los espacios asignados, reconocidos y ejercidos. Es aquí donde se articula estrechamente la estructuración de la personalidad con el medio cultural, conformando maneras particulares de comportamiento y valoración de hombres y mujeres (Rico de Alonso, en Osorio *et al.*, 1993).

En nuestra nación tradicionalmente se ha encasillado a la mujer en su papel reproductor y de crianza, por lo que era difícil enmarcarla en una ocupación económicamente productiva; sin embargo, en las últimas décadas esto ha cambiado, como lo mencionan Salles y Tuirán (1998), pues existen cambios culturales que cuestionan los valores tradicionales de los roles usualmente asignados a hombres y mujeres, buscando mayor equidad entre los géneros y la distribución del poder en el espacio familiar, transformando así el papel de proveedor exclusivo del hombre.

De esta manera la mujer, además de seguir realizando las típicas tareas domésticas, se ha insertado en el mercado laboral, cambiando así su rol ocupacional.

Ahora bien, con la intención de describir los hallazgos respecto al malestar emocional, es necesario conocer primero la distribución de la muestra según la labor que desempeñan, es decir, según su rol ocupacional. Es importante mencionar primero que las 60 mujeres realizan actividades domésticas en su propio hogar, considerándose todas amas de casa. Unas, además de esta labor, cumplen otro tipo de ocupación a fin de allegarse recursos económicos. Para fines prácticos, no se hará mención de su papel de amas de casa en los casos en que realizan otra actividad, como menciona una de las mujeres entrevistadas en la viñeta:

[...] Sí, yo me hago cargo de todo, de su limpieza [del esposo], de todo. Llego como ahorita [seis de la tarde]. Mira, ahorita llego y me pongo a lavar, me pongo a hacer mi casa, a barrer, a lavar los trastes, todo, porque, como me vengo temprano [a trabajar], no lo hago.

Veamos ahora cómo se distribuye la muestra: 26 mujeres (43.33%) son amas de casa exclusivamente: se dedican al trabajo doméstico de su propio hogar y al cuidado de sus hijos; 13 (21.67%) desempeñan a parte un trabajo secundario en ratos libres, por lo general en la propia casa, para ayudarse con pequeñas entradas monetarias, lavando ajeno, con manualidades, como costuras, mediante venta de camba-ceo; 12 mujeres (20%) realizan un trabajo principal informal, por lo general de manera independiente, sin contrato y sin prestaciones de ley, aunque lo hagan en horario fijo y en un lugar establecido, como las empleadas domésticas, tiangueras, comerciantes, intendentes, niñeras; otras cinco (8.33%) se ocupan en una actividad principal informal y además en otra secundaria; por último, cuatro (6.66%) son las únicas que tienen un trabajo principal formal, fijo, bajo contrato con prestaciones de ley, como obreras o afanadoras (véase el cuadro 1).

El hecho de que más del 56% de las mujeres realicen una actividad extradoméstica, muestra claramente lo que ya mencionamos: las mujeres de escasos recursos están saliendo de su hogar para allegarse entradas monetarias que permitan enfrentar las condiciones de pobreza en que viven sus familias.

Estos resultados permiten constatar la precariedad de los trabajos que estas mujeres desempeñan, pues las condiciones laborales sólo les permiten obtener recursos económicos, lo que no implica una satisfacción personal, un medio para desarrollarse fuera del papel como madre y ama de casa.

Esa precariedad la muestra el hecho de que menos del 7% de la muestra se desempeña en un empleo formal que, hasta cierto punto,

Cuadro 1
Ocupaciones laborales de la muestra total

ROL OCUPACIONAL	NÚM. DE MUJERES	PORCENTAJE
Ama de casa	26	43.33%
Secundario	13	21.67%
Principal informal	12	20%
Principal y secundario	5	8.33%
Principal formal	4	6.66%
Total	60	100%

les ofrece garantías laborales. El resto de las mujeres realizan actividades que son consideradas subempleos, es decir, estrategias que ellas mismas han desarrollado.

Creemos que la diversidad de condiciones de los roles ocupacionales que desempeñan les provoca malestar emocional, por lo que consideramos útil remitirnos a los señalamientos de ciertos autores al respecto.

MALESTAR EMOCIONAL

Según la Organización Mundial de la Salud (OMS) mencionada por Caraveo (1995), la situación emocional está determinada no sólo por las características biológicas sino por la influencia del ambiente natural y del entorno social; Álvaro, Torregrosa y Garrido (1992) y Galende (1997) coinciden, al afirmar que el concepto de salud mental es ambiguo, pues lo influye el sistema de creencias y valores sociales.

Según Burin (1991), tradicionalmente se relacionaba la salud mental de la mujer con su capacidad reproductiva; actualmente se

pone énfasis en los estados de equilibrio y armonía. Una de las formas en que las mujeres expresan el malestar emocional que les provocan los trastornos de la vida cotidiana es a través de síntomas.

Estudios como los de Caraveo (1995) o Burin (1991), entre otros, indican que la expresión de síntomas es la forma generalizada en que manifiestan el malestar psíquico las mujeres, sobre todo las de sectores populares, siendo más notorio en las que realizan doble jornada de trabajo (doméstico y extradoméstico).

Por lo anterior, si va a estudiarse el malestar emocional de las mujeres es necesario redefinirlo, por la clara necesidad de que las teorías y prácticas relacionadas con el tema incluyan la perspectiva de las mismas mujeres sobre sus condiciones de salud y sus modos de enfermar (Burin, 1991).

Considerando lo expuesto por estos autores, el malestar emocional será definido aquí por la misma información que las mujeres ofrezcan, los nombres y significados que ellas mismas den a sus sentimientos, así como las representaciones sociales que ofrezcan de los mismos.

INSTRUMENTOS

Como ya se mencionó, esta variable se midió a través de dos instrumentos:

- La Escala de Depresión del Centro de Estudios Epidemiológicos o CES-D,² permite identificar la presencia de sintomatología depresiva (desde el modelo médico tradicional), de la semana anterior; se ha utilizado en investigaciones de corte comunitario para conocer malestar psicológico. Fue tomada de la investiga-

2. Esta escala se elaboró en el Instituto Nacional de Salud Mental de Estados Unidos (NIMH); sin embargo, ha sido validada en nuestro país. Para conocerla detalladamente, remitirse al artículo de Salgado y Maldonado (1994).

ción de Salgado y Maldonado (1994); consta de 20 reactivos a los cuales se otorga un valor de 0 a 3; el rango resultante de la puntuación puede ser desde 0 hasta 60, en un continuo de menor a mayor malestar emocional. Por ejemplo, se afirma que una persona que reporta 0 puntos no presenta sintomatología depresiva, y quien obtiene 60 puntos, presenta un alto grado de este malestar. Según Salgado (1991), gracias a estudios previos se considera que a partir de 16 puntos inicia el malestar emocional y el riesgo de desarrollar psicopatología depresiva.

- El cuestionario sobre Estresores Psicosociales permite redefinir el malestar emocional a partir del propio lenguaje de las mujeres, de su percepción y contexto, al posibilitar que expresen la forma en que experimentan y significan sus preocupaciones; fue elaborado para el proyecto en que participamos, tomándose su idea original del cuestionario "Evaluación de recursos y necesidades en las familias" (Enriquez *et al.*, 1993). Este instrumento consta de cinco preguntas que permiten conocer en orden jerárquico las cinco principales preocupaciones de la entrevistada y sus repercusiones, los recursos con que las ha afrontado, aquellos con que cuenta y aquellos con que le gustaría contar para afrontarlas. De las cinco preguntas que contiene el instrumento, hemos tomado solo las dos primeras, a fin de ilustrar cuáles son las preocupaciones y sus impactos en las mujeres; con esta determinación pretendemos ahondar cualitativamente en las situaciones que provocan el malestar de las mujeres reportado por el CES-D de manera cuantitativa, como ya se mencionó.

RESULTADOS Y DISCUSIÓN

El CES-D arrojó resultados muy interesantes que apoyan lo que varios autores sostienen respecto al malestar emocional de las mujeres, según sus diferentes situaciones laborales.

En términos generales, la muestra poblacional obtuvo una puntuación promedio de 20.15, que indica existencia de malestar emocional mínimo. La mediana se ubica en 20 y la moda en 10. La mujer que reportó mayor puntuación presentó 48, lo que significa que existe gran malestar; en cambio, quien menor puntuación obtuvo no reportó malestar, ubicándose con 0 puntos en la escala (véase la gráfica 1).

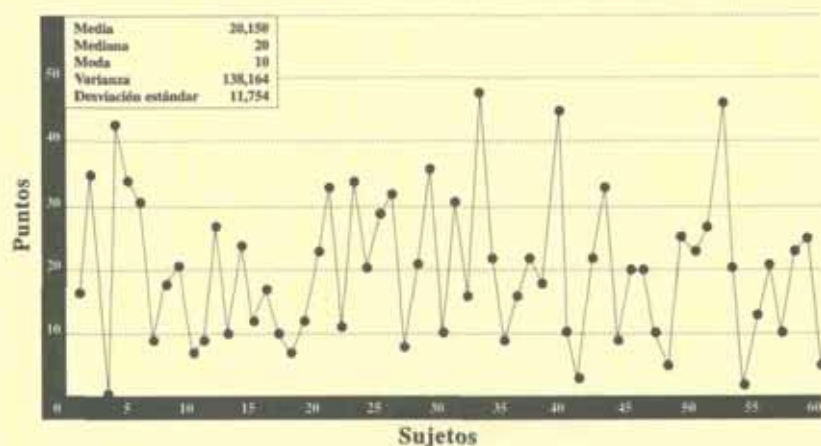
Al analizar la influencia de la ocupación femenina en el malestar emocional, se encontró una relación directa del problema con la falta de garantías laborales en los casos de quienes desempeñan una labor extradoméstica; así pues, presentan mayor malestar las mujeres que realizan un trabajo principal informal (29.83), y en segundo lugar, con 19.07, se ubican las mujeres que realizan un trabajo secundario.

La siguiente puntuación (18.61) corresponde a las amas de casa. Descendiendo en la puntuación, con 14.20, se encuentran las mujeres que tienen un trabajo principal y además realizan uno secundario. Por último, las mujeres que desempeñan un trabajo principal formal, presentan una puntuación mínima de 12. Las dos últimas categorías en realidad ya no presentan malestar emocional, según la escala aplicada (véase el cuadro 2).

Estos hallazgos acerca del trabajo femenino, al igual que los de Oliveira (1989) muestran una serie de condicionantes estresantes que van desde las que se derivan de la crisis económica de la última década hasta las referentes a su condición de mujer, como bajos sueldos y prestaciones limitadas o nulas.

Desde esta perspectiva, resulta comprensible que las mujeres que mayor malestar emocional reportan son las que realizan trabajos por su cuenta, las que ni siquiera compiten por un sueldo base ni mucho menos cuentan con prestaciones, además de las amas de casa, quienes están preocupadas por los efectos de la crisis económica y se sienten limitadas para aportar recursos económicos al hogar; diferenciándose claramente de las que cuentan con garantías laborales por desarrollar

Gráfica 1
Malestar emocional, según instrumento CES-D



un trabajo formal bajo contrato, que no manifiestan malestar emocional significativo.

El CES-D nos ha permitido evidenciar la presencia de malestar emocional en esta población, pero no nos ofrece acceso ni a las causas de ese malestar ni al modo como las mujeres lo experimentan en su propio contexto.

Si partimos de esta reflexión y consideramos la definición de malestar emocional citada, tenemos que profundizar en las preocupaciones, pues son un indicador muy propio del malestar de las mujeres de escasos recursos. Las preocupaciones se vinculan directamente con el entorno social de la mujer, su familia, que, como lo señalaron algunos autores, representa su razón de ser.

Las preocupaciones que viven estas mujeres les afectan de manera física o emocionalmente; la principal forma en que les aquejan es precisamente con el sentimiento de preocupación; por esta razón se omite éste al describirse los efectos que provocan las preocupaciones en las mujeres.

Cuadro 2
Malestar emocional en el CES-D según rol ocupacional

ROL OCUPACIONAL	MEDIA PUNTUAL
Principal informal	29.83
Secundario	19.07
Ama de casa	18.61
Principal y secundario	14.20
Principal formal	12.00

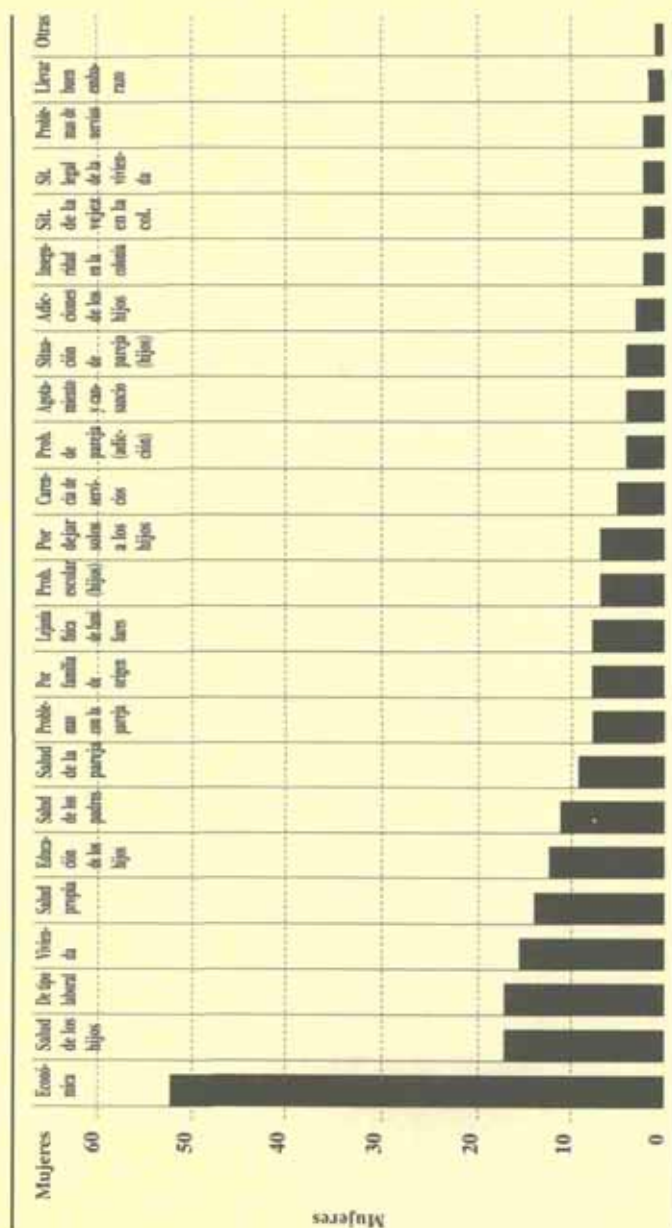
Para fines prácticos es necesario señalar que expresaron un total de 242 preocupaciones, que hemos agrupado en categorías, entre las que se encuentran: economía, salud de los hijos, laboral, vivienda, salud propia, educación, salud de los padres. Estas preocupaciones se presentan en la gráfica 2 y la manera en que afectan emocionalmente a las mujeres, en la gráfica 3.

La preocupación más frecuente en esta población femenina (51 veces) se relaciona con el aspecto económico, ya que de 60 mujeres, 36, es decir, 60% la reportaron, manifestando que les hace sentirse desesperadas, tristes, pensativas, nerviosas, con malestar moral y malestar general (estos sentimientos se presentan en forma descendiente de acuerdo con la frecuencia).

Esta preocupación por lo económico está integrada por varios aspectos, siendo los más importantes el carecer de dinero, la mala alimentación, las deudas, la falta de recursos para mantener a la familia y la situación económica en general.

Estos resultados apoyan lo observado en una investigación en Jalisco y Michoacán con mujeres de escasos recursos, esposas de emigrantes a Estados Unidos; en ese estudio Salgado y Maldonado (1993) encontraron en la población femenina altos niveles de estrés psicológico asociado con las preocupaciones económicas que con-

Gráfica 2
Estresores psicosociales (preocupaciones)



lleva la responsabilidad de la sobrevivencia del núcleo familiar, entre otros aspectos. Estas situaciones estresantes estuvieron correlacionadas con niveles altos de sintomatología depresiva, de ansiedad y somatización. Al parecer, el origen principal de esta problemática es tener que enfrentar una situación ambigua: por un lado, vivir en una sociedad donde las expectativas de papel para la mujer la mantienen en actitudes de dependencia y pasividad, y por otro, tener que ser fuerte para controlar los recursos y salir adelante.

Desde esta perspectiva, es posible confirmar que el aspecto económico y sus implicaciones, son el factor que más fuertemente repercute en el malestar emocional de las mujeres de escasos recursos.

La siguiente preocupación es la salud de los hijos, con una frecuencia de 18 veces, manifestándola 16 mujeres, que corresponde a 26.67% de la muestra; ésta influye en sentimientos de impotencia, de tristeza, en estar pensativa, dolor y llanto.

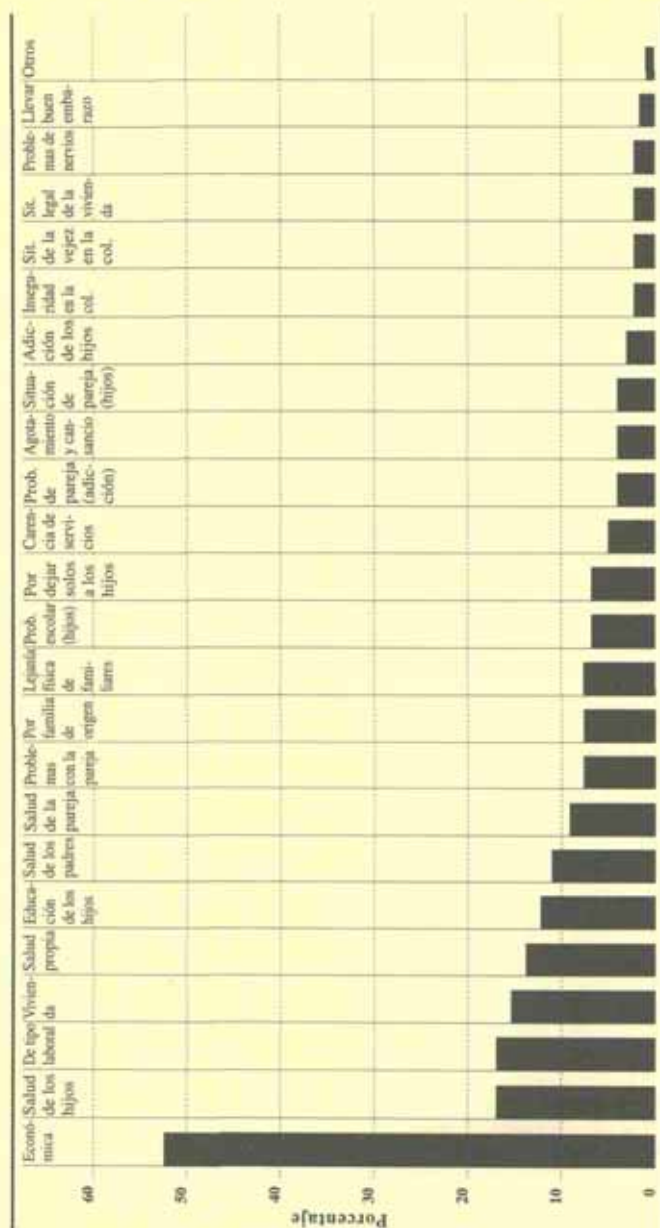
Según Bruce y Buvinic (1998), por lo general recaen en las mujeres las responsabilidades hacia los hijos, lo que repercute en el bienestar físico, emocional y económico y, además, juega un papel central en su identidad como mujer. Se explica así por qué en segundo lugar las mujeres manifiestan preocuparse por el bienestar de sus hijos.

En cuanto a la preocupación de tipo laboral, su frecuencia fue de 17 veces y la presentaron 15 mujeres (25%), quienes experimentaron impotencia, enojo, insomnio y sensación de malestar general. Esta preocupación se representa principalmente por el miedo a carecer de un trabajo que ofrezca los ingresos económicos necesarios para vivir, y concierne tanto a los empleos del esposo e hijos como al propio.

Así, podemos ratificar la importancia económica del empleo en estas familias, que no pueden subsistir por otros medios, siendo el trabajo su única fuente de ingresos.

Otro aspecto importante para ellas es la vivienda, que se expresó 15 veces como preocupación, en un total de 14 mujeres, 23.33%; esta

Gráfica 3
Manera en que les afectan las preocupaciones



preocupación las hace sentirse mortificadas e impotentes, así como atemorizadas.

Al carecer de los recursos económicos para satisfacer las necesidades básicas, es lógico encontrar que las viviendas de esta población se encuentran en condiciones precarias, es decir, sus características no les brindan protección ante las inclemencias del clima (lluvia, frío, humedad), porque están ubicadas en un asentamiento irregular, permanecen inconclusas y sus espacios son muy reducidos (provocándose hacinamientos); además, lo poco construido está realizado con materiales inadecuados, como láminas de cartón, lonas, madera y otros materiales que sólo están sobrepuestos. Si afirmamos, entonces, que para la mujer de escasos recursos ser madre y ama de casa representa su identidad, la vivienda inadecuada es motivo de preocupación, por el modo como repercute en su vida cotidiana.

Aunque su propia salud pueda pasar a segundo término, por darse prioridad al bienestar familiar, las mujeres padecen enfermedades que les afectan y que no pueden ignorar; esta preocupación aparece en 14 ocasiones, la mencionan 11 mujeres, es decir, 18.33%, afectándolas principalmente mediante el cansancio y la fatiga. Ellas comentan la presencia de enfermedades crónicas que no pueden atender por falta de dinero y tiempo.

Según estos hallazgos, por el nivel de vida de este tipo de población y la precariedad del sistema de seguridad social y las condiciones de salud que enfrenta, aparecen las enfermedades crónicas, cuya atención requiere de mayores recursos, y como carecen de ellos, han aprendido a vivir padeciéndolas a lo largo de su vida. Se ven así las mujeres en situaciones de incapacidad y de morbilidad que muchas veces trastocan la organización familiar, por la carga económica y de cuidados que ello significa (Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, INEGI, 1995).

Por otra parte, 12 mujeres, 20%, expresan que la educación de los hijos y nietos les preocupa, produciéndoles desesperación, el estar

Cuadro 3
Principales preocupaciones de la muestra total

PREOCUPACIÓN	FREC.	NÚM. DE MUJ. QUE LO PRESENTA	% MUESTRAL
Económico	51	36	60%
Salud de los hijos	18	16	26.67%
Laboral	17	15	25%
Vivienda	15	14	23.33%
Salud propia	14	11	18.33%
Educación	13	12	20%
Salud de los padres	11	11	18.33%
Salud de la pareja	10	10	16.67%
Problemas escolares de los hijos	9	9	15%
Familia de origen y descendencia	9	9	15%
Problemas con la pareja	9	9	15%
Lejanía física de parientes y no saber de ellos	9	8	13.33%
Dejar solos a los niños (casa, al transportarse)	8	7	11.67%

pensativas, con nervios y vergüenza. Esto se vincula con lo anteriormente dicho: la mujer da prioridad al bienestar de su descendencia.

Por último, la salud de los padres preocupa a 11 mujeres, es decir, 18.33%, expresándolo con la misma frecuencia; les provoca desesperación e impotencia principalmente, y además temor, tristeza, nervios, resentimiento y el estar pensativas.

Según afirma Jacoby (1981), cuidar a los niños y a los ancianos es un trabajo de la mujer. Cada vez que la madre se queda viuda, una vez que sus hijos son mayores y han formado su familia, ella tiende

a quedarse en el hogar de una de sus hijas, ya que es su obligación como "buena hija", así como lo es el ser "buena madre". El concepto de ser buena hija o buena madre implica el sacrificar todo su tiempo y hasta su propio ser para servir a los otros. Las mujeres cuyos padres se encuentran en la dificultad de vivir solos, por problemas crónicos de salud, falta de dinero o de vivienda tienen sólo dos opciones: proporcionarles la ayuda económica y el respaldo emocional para que continúen por su cuenta, o llevárselos a vivir con ellas. Como la primera opción es difícil de realizar en las familias pobres urbanas, la única alternativa viable es la última. Por esta razón, el bienestar de los padres sigue siendo una preocupación latente en estas mujeres.

Las siguientes preocupaciones, por presentar frecuencias muy bajas, ya no se describen aquí, pero se presentan en el cuadro 3, al igual que los datos antes mencionados.

Estos mismos datos advierten una perspectiva diferente al considerarse su rol ocupacional; por eso se presentarán estos resultados relacionándolos con esta variable.

Para fines prácticos sólo se mencionará el porcentaje de mujeres (relacionado con el número de entrevistadas, según su categoría ocupacional) que presentan determinada preocupación; la descripción se presentará de mayor a menor porcentaje, aun cuando la frecuencia de mujeres se puede conocer en el cuadro 4.

En el aspecto económico, el mayor porcentaje se ubica en las mujeres que tienen un trabajo principal formal (75%); le siguen las que desempeñan un trabajo principal (66.7%); posteriormente las del trabajo secundario (61.5%); las amas de casa (57.7%), y, por último, las que además de un trabajo principal realizan un secundario (40%).

Como puede observarse, el aspecto económico en realidad preocupa a gran porcentaje de la población total, debido, en gran medida, a que son mujeres de escasos recursos y a que en sus familias repercuten directamente las crisis económicas, las cuales hacen ser más

pobres a quienes ya lo son, tal como lo menciona el INEGI (1995), que señala que en 1995 las familias enfrentaron la crisis de la economía mexicana con reservas monetarias agotadas y con estrategias alternativas muy limitadas para la obtención de ingresos y reducción de gastos.

La salud de los hijos preocupa con mayor frecuencia a las mujeres que tienen un trabajo principal formal (50%), posteriormente a quienes realizan un trabajo secundario (38.5%), siguiéndoles las amas de casa (34.6%); por último, no les preocupa este aspecto a las mujeres que realizan un trabajo principal informal y a las que además de ello tienen uno secundario.

García y Oliveira (1994) han encontrado que las mujeres de sectores populares que consideran el trabajo como secundario o las que permanecen en su hogar (amas de casa), perciben más problemas para combinar maternidad y trabajo, pues no encuentran ayuda para cuidar a sus hijos o los arreglos posibles no las satisfacen fácilmente.

Se explica así por qué las mujeres que desempeñan un trabajo principal formal manifiestan mayor preocupación por la salud de sus hijos, ya que pasan menos tiempo con ellos y tienen menor posibilidad de atenderlos, por tener un compromiso fijo con jornadas de ocho horas diarias generalmente. En cuanto a quienes realizan un trabajo secundario, su preocupación puede deberse a su trabajo precario, inestable y de pocos ingresos, que limita sus posibilidades de hacerse de recursos económicos para atender las enfermedades de sus hijos. Las amas de casa, por su parte, por estar presentes la mayor parte del tiempo con sus hijos, están más conscientes de sus necesidades y se sienten limitadas por no contar con propios ingresos monetarios; además, experimentan que esta responsabilidad recae únicamente en ellas.

La preocupación por el aspecto laboral afecta primero a las mujeres que se ocupan en un trabajo principal informal y además en uno secundario (80%), después a las que sólo desempeñan uno secundario

(38.5%), posteriormente a las que tienen uno principal informal (33.3%), luego a las que realizan uno principal formal (25%) y, por último, a las amas de casa (7.7%).

Estos hallazgos manifiestan claramente que lo laboral preocupa más a las mujeres que no cuentan con ninguna garantía por desarrollar actividades económicas por su cuenta; no ocurre igual con las que realizan un trabajo principal formal, y en cuanto a las amas de casa, que lógicamente, se preocupan por el aspecto laboral de su pareja.

En forma coincidente, García y Oliveira (1996) consideran que el trabajo como una actividad secundaria es concebido por las mujeres de este tipo de población como actividad complementaria para suplir carencias que el ingreso del marido no alcanza a cubrir, es decir, permite hacer frente a los gastos en salud, vivienda o alimentación; por eso las mujeres que experimentan inestabilidad laboral por el tipo de trabajo que desempeñan, se preocupan más por temor a perder los pocos ingresos que les permiten favorecer el bienestar familiar.

Los aspectos relacionados con la vivienda preocupan primeramente a las entrevistadas que se ocupan de un trabajo principal informal y uno secundario (60%) y de igual manera a las que solo realizan un trabajo principal informal (41.7%), seguidas por quienes tienen un trabajo principal formal (25%), luego quienes tienen uno secundario (23.1%) y, por último, a las amas de casa (7.7%).

Las mujeres que realizan dos actividades extradomésticas, una principal informal y una secundaria, buscan mayores ingresos, al emplear su tiempo disponible para allegarse recursos económicos que permitan satisfacer sus principales carencias y, entre éstas, la de vivienda, y muestran mayor preocupación, puesto que sus ingresos son inestables; igual ocurre con las que realizan un trabajo secundario y con las que realizan uno informal; en cambio, las que realizan un trabajo formal expresan menor preocupación por la vivienda, ya

que sus ingresos fijos les permiten mejorar en este aspecto constantemente y por tiempo indefinido. Las amas de casa cuentan probablemente con el apoyo económico para atender esa necesidad.

Respecto a la preocupación por la salud de las entrevistadas, encontramos que quienes desempeñan un trabajo principal informal se ubican en primer lugar (50%), seguidas de las amas de casa (15.4%), y a continuación las de un trabajo secundario (7.7%); por lo contrario, no les afecta este aspecto a quienes realizan un trabajo principal formal ni a quienes realizan un trabajo principal informal y secundario.

No es de extrañar que tengan mayor preocupación por su propia salud las mujeres que experimentan fuertemente las demandas por conseguir ellas mismas apoyo económico para sus hogares, realizando un trabajo informal, generalmente muy pesado, como en el caso de las comerciantes. No ocurre lo mismo con las entrevistadas que desarrollan un trabajo formal o realizan doble trabajo, tal vez porque se sienten recompensadas con la obtención de recursos económicos para su hogar, lo cual justifica su participación laboral, relegándose su propia salud a términos menos importantes.

Con respecto a la educación de los hijos y su bienestar, las mujeres que desempeñan un trabajo principal y uno secundario se preocupan en mayor medida (40%), seguidas de quienes desarrollan un trabajo secundario (30.8%), luego se ubican las que laboran de manera formal (25%), después las amas de casa (19.2%) y, por último, las mujeres que no se preocupan son las que tienen un trabajo principal informal.

García y Oliveira (1994) encontraron que para la mujer de escasos recursos su trabajo es fundamental, ya que le permite proporcionar a sus hijos un mínimo de bienestar y educación; en otras palabras, las mujeres están dispuestas a trabajar arduamente para educar a los hijos, y ven el trabajo femenino como una necesidad y como el

vínculo que llevará a brindarles apoyo moral y económico a los hijos para que tengan una vida mejor.

Los comentarios de estas autoras ilustran claramente en uno de los casos seleccionados (de entrevistas a profundidad de enfoque biográfico), en el cual una mujer de 46 años, madre de cuatro hijos, que durante 20 años ha mantenido su hogar, relata su experiencia de tener que dejar a sus hijos cuando eran pequeños, por trabajar como empleada doméstica:

No quería retirarme de con ellos, pero decía: "Bueno, si me estoy con ellos, ¿qué puedo hacer, qué les doy de comer, qué les doy para comprar las cosas de la escuela?"; o sea, de todos modos tenía que trabajar para ayudarlos, para que fueran a la escuela; si no, no supieran nada. Pero yo me salía a trabajar y les decía: "No más se cuidan, mis hijos, no se anden saliendo a la calle, porque los roban", así les explicaba. Los dejaba, pero nunca se me salieron.

Por su parte, Lara *et al.* (1996) sostienen que las mujeres que tienen creencias menos tradicionales respecto a los roles que deben desempeñar, padecen menos problemas emocionales y psicológicos, ya que existe congruencia entre su situación laboral y su propia perspectiva como mujeres. Así, es lógico que exista mayor conflicto cuando la mujer da prioridad a su familia y al hogar.

Tanto los comentarios de las autoras citadas como esta entrevista apoyan los resultados encontrados, ya que muestran que las mujeres que realizan doble trabajo extradoméstico o están comprometidas con uno formal, se preocupan más por el bienestar y educación de sus hijos que quienes son amas de casa. Podemos suponer que las mujeres que realizan un trabajo principal no manifiestan esta preocupación porque tienen otra visión de sí mismas como mujeres, o porque se

sienten satisfechas y consideran que están logrando proporcionarles a sus hijos un nivel aceptable de bienestar.

La preocupación por la salud de los padres la manifiestan con un porcentaje mayor las mujeres que realizan un trabajo secundario (30.8%), el porcentaje siguiente corresponde a quienes tienen un trabajo principal formal (25%), seguidas de aquellas que desarrollan trabajo principal (16.7), las amas de casa (15.4%) y, por último, no les preocupa este aspecto a quienes desempeñan un trabajo principal y secundario.

Otra de las preocupaciones manifestadas se refiere a la salud de la pareja; las mujeres que realizan un trabajo principal y uno secundario se ubican con un mayor porcentaje (40%), en seguida se encuentran quienes trabajan de manera principal formal (25%), luego quienes tienen un trabajo principal informal (16.7%), después las amas de casa (15.4%) y por último, con menor porcentaje, las que laboran de manera secundaria (7.7%).

Estos datos muestran que las mujeres que trabajan en actividades extradomésticas consideradas como principales, es decir, que salen mayor tiempo de casa para trabajar, sienten mayor preocupación por la salud del marido; ello sugiere que la salud del esposo es uno de los móviles que las impulsan a trabajar fuera del hogar, pero esto a su vez repercute en el menor tiempo de que disponen para atenderlo, por lo que la preocupación por él sigue presente.

La preocupación por los problemas escolares de los hijos se relaciona con la ocupación laboral de las mujeres de esta forma: principal formal, 50%; principal secundario, 40%; secundario, 23.1%; principal, 16.7%, y las amas de casa no reportan esta preocupación.

Lara *et al.* (1996) mencionan que las tensiones de las amas de casa están asociadas con la presencia de niños pequeños en casa, y que su satisfacción depende de la medida en que acepten y disfruten su papel de amas de casa y madres como una carrera de tiempo completo.

Lo expuesto por estas autoras se refleja en los resultados obtenidos, donde las amas de casa no manifiestan la preocupación por los problemas escolares, debido, en gran parte, a que aparentemente mantienen más contacto con sus hijos y mayor control de su situación escolar, pues a ello se dedican de tiempo completo; conocen y pueden atender de cerca los problemas de sus hijos.

Estas mujeres también manifiestan preocupación por su familia de origen y por su propia descendencia, expresándola como sigue, según la categoría laboral en donde se ubican: principal, 33%; principal formal, 25%; ama de casa, 7.7%; pero quienes realizan un trabajo secundario y las que desarrollan un trabajo principal y uno secundario, no manifiestan tener esta preocupación.

La preocupación por los problemas con la pareja se distribuye porcentualmente con relación a la categoría laboral de la siguiente manera: con el mismo porcentaje (25%) se encuentran las mujeres que tienen un trabajo principal formal y las que tienen uno principal informal; las amas de casa presentan menor porcentaje (7.7%), y las demás categorías no presentan esta preocupación.

Lo anterior se debe principalmente a que las mujeres que se desarrollan fuera del hogar, cuestionan o incluso ofenden el papel masculino del esposo, sintiéndose éste agredido; la situación se agrava cuando él no trabaja, como lo ejemplifica lo que menciona una entrevistada al hablar de cómo influye en su relación marital su trabajo extradoméstico:

[...] Cuando estaba, a veces, también bueno y sano [su esposo], no hace mucho, como hace unos dos años, decía que yo andaba con los hombres, que por qué yo llegaba tarde; y yo le decía: "Yo, del trabajo a mi casa; si me entretengo es porque a veces hay mucho quehacer, me pongo a lavar y a planchar y a hacer toda la casa". Él me decía: "No, pero, que esto y el otro, si te quieres ir, vete, está la puerta libre", me decía.

[...] Pero sí me sentía mal por la desesperación, como le digo, yo diario me sentía como enferma, como que si anduviera... como si fuera caminando y no venían otros pensamientos; y ya llegaba a mi casa y decía: "¿Este hombre estará tomado, andará tomando?"

Cuando ya llega mi hora de descansar —porque llego bien cansada— llego a mi casa y, en lugar de sentirme bien, él está bien tomado y yo me siento así de mal —yo me platico sola.

[...] Bueno, antes él era el hombre, pero yo ni siquiera era la mujer de la casa, porque pos no estaba a gusto, no estaba tranquila, no tenía tranquilidad; yo llegaba de trabajar y me salía, porque no quería estar ahí (en su casa), porque no quería estar viéndolo y oyendo lo que estaba diciendo, porque, como estaba bien borracho comenzaba a maltratar, y pos uno se siente mal; yo me sentía más mal de la cabeza, diario llegaba con la cabeza como tapada hasta los sentidos, como... pos no sé cómo decirle, una enfermedad que me agarraba la cabeza y me sentía como mariada, como de lo mismo de estar oyéndolo, oiga.

Esta situación se presenta con mayor frecuencia en los casos en que existe la llamada jefatura femenina económica, es decir, cuando principalmente por el ingreso del trabajo extradoméstico de la mujer, la familia obtiene los recursos para subsistir, aun a pesar de la presencia del cónyuge o pareja.

García y Oliveira en 1994 encontraron que estas mujeres tienen que asumir la jefatura económica por necesidad, debido a que sus compañeros han desempeñado sólo trabajos inestables y no han asumido la responsabilidad de contribuir en forma regular a la manutención del hogar, o cuando lo han hecho no alcanzaron a cubrir las necesidades básicas, o porque tienen algún vicio como el alcoholismo y están inhabilitados para el trabajo; en estos casos la actividad extradoméstica femenina posibilita la sobrevivencia familiar.

Cuadro 4
Principales preocupaciones de las mujeres según su rol laboral

PREOCUPACIÓN	AMA DE CASA (24)		PRINC. FORM. (4)		PRINC. INFOR. (12)		PRINC. Y SEC. (5)		SEC. (13)		NÚM. DE PREOCUP.
	f	%	f	%	f	%	f	%	f	%	
Económico	15	57.7	3	75	8	66.7	2	40	8	61.5	51
Salud de los hijos	9	34.6	2	50	0	0	0	0	5	38.5	18
Laboral	2	7.7	1	25	4	33.3	4	80	5	38.5	17
Vivienda	2	7.7	1	25	5	41.7	3	60	3	23.1	15
Salud propia	4	15.4	0	0	6	50	0	0	1	7.7	14
Educación	5	19.2	1	25	0	0	2	40	4	30.8	12
Salud de los padres	4	15.4	1	25	2	16.7	0	0	4	30.8	11
Salud de la pareja	4	15.4	1	25	2	16.7	2	40	1	7.7	10
Problemas escolares de hijos	0	0	2	50	2	16.7	2	40	3	23.1	9
Familia de origen y descendencia	2	7.7	1	25	4	33.3	0	0	0	0	9
Problemas con la pareja	4	15.4	1	25	3	25	0	0	1	7.7	9
Lejanía física de parientes y no saber de ellos	5	19.2	0	0	1	8.3	1	20	1	7.7	9
Dejar solos a los niños	2	7.7	0	0	1	8.3	2	40	2	15.4	8

Así, las drogas y el alcohol, el sentimiento de desvaloración de los cónyuges que se sienten relegados y humillados cuando no mantienen al hogar y, en general, los celos frente a las salidas de las mujeres, generan un ambiente familiar extremadamente agresivo (García y Oliveira, 1994). Del mismo modo, cuando las esposas perciben ingresos superiores o similares el varón puede ver amenazada su masculinidad, su papel de proveedor principal y su papel en

la familia; en estos casos las relaciones familiares se hacen más opresivas para las mujeres y se presentan situaciones extremas de subordinación femenina y de violencia física y psicológica ejercida por sus cónyuges contra ellas (Oliveira, 1998).

Por último, dado que inician su participación en la economía por necesidad, se asume que en su mayoría se trata de mujeres que conciben el matrimonio y el papel del padre en la familia del modo tradicional; esto genera en ellas sentimientos ambivalentes fuertes, pues se presume que las mujeres casadas con hijos deben soportar malos tratos antes de separar a los hijos del padre. Dadas estas condiciones sociales y económicas, es en este conjunto de hogares donde menos se vislumbra algún cambio en la relación entre los géneros en el interior de las unidades domésticas (García y Oliveira, 1994).

Por otro lado, al analizar las características sociodemográficas de la población estudiada encontramos el alto índice de migración (tanto interna como externa) que estas familias emplean como una de las estrategias para combatir la pobreza; así, la mayoría de estas mujeres dejan sus familias en sus lugares de origen, o ven disminuido el número de miembros de su hogar, por la búsqueda de mejores opciones de empleo. Así, la lejanía física y el desconocimiento de la situación que viven sus parientes les preocupa en mayor medida a las mujeres que desarrollan un trabajo principal y uno secundario (20%); muy cercanamente en el porcentaje se ubican las amas de casa (19.2%); luego las que desempeñan un trabajo principal informal (8.3%), en seguida las de uno secundario (7.7%), y no les afecta a las de un trabajo principal formal.

La última preocupación se refiere al hecho de dejar solos a los niños; en este caso encontramos que a las mujeres que desempeñan un trabajo principal y uno secundario corresponde el mayor porcentaje (40%), en segundo lugar las que realizan uno secundario (15.4%), seguidas por las del principal (8.3%), después las amas de

casa (7.7%), y no afecta a quienes desempeñan un trabajo principal formal.

Desde la perspectiva de García y Oliveira (1994), para la mujer perteneciente a una población urbana-popular, sus hijos y el hogar son más importantes que el trabajo, por lo que evitan involucrarse en el mercado laboral pero llegan a hacerlo si se ven orilladas por la necesidad económica. Por esa razón, eligen una actividad laboral que nos les implique un compromiso formal.

Lo anterior explica los resultados obtenidos en nuestra investigación. Las mujeres que se preocupan por dejar solos a sus niños no participan en un trabajo principal formal; pero quienes sí participan en un trabajo principal formal, no manifiestan preocupación por dejar solos a sus hijos, quizá debido a lo que afirman García y Oliveira (1994) en relación con que las madres de sectores populares están convencidas de que deben trabajar en pro del bienestar y la educación de sus hijos, y consideran su trabajo extradoméstico como legítimo, por lo que intensifican sus estrategias para el cuidado de sus hijos más chicos: recurren a la ayuda familiar, buscan horarios flexibles o turnos nocturnos, así como trabajo a domicilio u ocupaciones que les permitan llevar a los hijos.

CONCLUSIONES

Es importante hacer notar que esta población de escasos recursos manifiesta tener preocupaciones primeramente en el aspecto económico, lo cual muestra que la carencia de recursos materiales, además de incidir en el bienestar material, provoca malestar emocional.

Las necesidades primarias o básicas (alimentación, vivienda y salud) no están satisfechas en esta población, lo que dificulta que estas mujeres puedan atender necesidades secundarias (menos aún a las de relación y aprobación social); esto hace compleja la toma de conciencia de sus propios conflictos emocionales y mucho más la

búsqueda de atención profesional; además, es casi imposible que tengan mayores aspiraciones o amplíen su visión para mejorar si primero no logran que sus hijos se alimenten y estén sanos. Por lo anterior, es necesario estudiar más el vínculo tan estrecho que existe entre la madre y sus hijos, al hacer reflexiones sobre el bienestar-malestar femenino.

Es bien sabido que lograr mayores ingresos económicos para el hogar favorece a la familia; sin embargo, no ocurre lo mismo con las mujeres, para quienes aumentan las responsabilidades, las cargas laborales y las cargas emocionales.

Hasta ahora se ha hecho énfasis en el trabajo extradoméstico como estrategia de sobrevivencia; los estudios respectivos han evaluado también, en algunos casos, sus efectos emocionales en las mujeres. Nosotras consideramos que además hace falta valorar a las amas de casa, que también desarrollan estrategias para apoyar a su familia y asimismo sufren las repercusiones en su bienestar emocional; de igual manera se requiere valorar los efectos positivos o negativos que ello tiene en las relaciones familiares en general.

Es importante cuestionar si la necesidad de involucrarse en el mercado laboral, promueve en estas mujeres una mayor toma de conciencia de la subordinación de que son presas respecto a su cónyuge o pareja; esa necesidad quizá en alguna medida las haga cambiar su papel tradicional, aunque no estén completamente conscientes de ello.

Por último, es necesario señalar que existen variables no consideradas en este trabajo que pueden estar influyendo en su malestar emocional, tales como: la jefatura de hogar, el ciclo vital femenino o el ciclo doméstico; estamos conscientes de que estos aspectos hoy son primordiales para estudiar la condición emocional de las mujeres de escasos recursos, por lo que los hemos reservado para análisis posteriores.

BIBLIOGRAFÍA

- Acosta, C. y M. Pérez (1998). "Ni Sedesol ni los gobiernos estatales tienen acceso a las cifras oficiales de la pobreza; 'vienen muy duros los datos'", en *Proceso*, núm. 1134, México, 26 de julio de 1998.
- Álvaro, J.L.; J.R. Torregrosa, y L.A. Garrido (1992). *Influencias sociales y psicológicas en la salud mental*, Siglo XXI, España.
- Bruce, J. y M. Buvinic (1998). "Prefacio", en *Familias y relaciones de género en transformación*, Edamex, México.
- Burin, M. (1991). *El malestar de las mujeres. La tranquilidad recetada*, Paidós, Argentina.
- Caraveo, J. (1995). "Epidemiología, salud mental y sociedad", en *Psicología y Salud*, Instituto de Investigaciones Psicológicas de la Universidad Veracruzana, número especial, México.
- Enríquez, Rocío *et al.* (1993). "Aproximación psico-social a familias de escasos recursos de una zona de Guadalajara", tesis inédita para obtener el grado de maestría en terapia familiar, Guadalajara.
- García, B. y O. de Oliveira (1994). *Trabajo femenino y vida familiar en México*, El Colegio de México, México.
- Galende, E. (1997). *De un horizonte incierto. Psicoanálisis y salud mental en la sociedad actual*, Paidós, Buenos Aires.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, INEGI (1995). Perfil estadístico de la población mexicana: una aproximación a las inequidades socioeconómicas, regionales y de género, México.
- Jacoby, S. (1981). "Tres generaciones, dos mujeres y un techo", en *La super mujer que vive en usted*, Edamex, México.
- Lara, A. *et al.* (1996). "Efectos del estatus laboral de la madre sobre su salud emocional y sobre los patrones de apego de los (las) hijos (as)", en Stern, Claudio (coord.), *El papel del trabajo ma-*

terno en la salud infantil. Contribuciones al debate desde las ciencias sociales, El Colegio de México, México.

Massolo, A. (1997). "Políticas urbanas y mujer, una aproximación", en Tarrés, María Luisa (comp.), *La voluntad de ser mujer en los noventa*, El Colegio de México/Universidad Autónoma Metropolitana Ixtapalapa, México.

Oliveira, O. de (1989). "Empleo femenino en México en tiempos de recesión económica: tendencias recientes", en Cooper *et al.* (comps.) *Fuerza de trabajo femenino urbano en México*, UNAM/ Porrúa, México.

Osorio, P. *et al.* (1993). *Jefatura femenina de hogar en Muzo entre esmeraldas, pobreza y azar*, Instituto de Estudios Rurales, Colombia.

Salgado, V.N. (1991). "Estrés psicosocial y salud mental en esposas de migrantes a Estados Unidos", reporte final no publicado, para CONACYT, del proyecto 4230, División de Investigaciones Epidemiológicas y Sociales-IMP.

Salgado, V.N. y M. Maldonado (1993). "Funcionamiento psicosocial en esposas de emigrantes mexicanos a Estados Unidos", en *Revista Latinoamericana de Psicología*, vol.25, núm.2.

— (1994). "Características psicométricas de la escala de depresión del Centro de Estudios Epidemiológicos en mujeres mexicanas adultas de áreas rurales", en *Salud Pública de México*, vol.36, núm.2, marzo-abril.

Salles, V. y R. Tuirán (1998). "Cambios demográficos y socioculturales: familias contemporáneas en México", en *Familias y relaciones de género en transformación*, Edamex, México.

RED SOCIAL Y DE APOYO EMOCIONAL EN MUJERES POBRES URBANAS

Diana Aguiar Aguirre
y Vanessa Medrano González*

INTRODUCCIÓN

El crecimiento acelerado de las comunidades urbanas estimula al mismo ritmo la desconexión entre las personas, se observa una creciente sensación de aislamiento y alienación (Dabas, en Dabas y Najmanovich, 1995), que repercute en el malestar emocional de las personas. Éste es un factor de riesgo sobre todo para las comunidades de escasos recursos, ya que algunos investigadores contemporáneos consideran a las redes sociales como mecanismos de sobrevivencia para este tipo de colonias.

En este trabajo se pretende esclarecer los resultados obtenidos a partir de dos instrumentos aplicados con el objetivo de conocer las redes sociales y de apoyo emocional y el estado de bienestar o malestar emocional que presentan 60 mujeres madres que viven en la colonia Las Flores, comunidad de escasos recursos.

Conocer las condiciones de malestar emocional de las mujeres y las características de su red social y emocional, nos permitirá explicar la relación que existe entre ellas, para formular propuestas que fortalezcan las redes interpersonales, las cuales repercuten de manera favorable en la salud de las personas.

* Tesistas del proyecto "Salud mental y redes sociales en familias pobres urbanas: una perspectiva de género". Vanessa Medrano González obtuvo el primer lugar con mención honorífica en el Premio Anual a la Tesis Universitaria de Licenciatura 1999, en la categoría de Ciencias Sociales y Humanidades, otorgado por la Cámara Nacional de Comercio de Guadalajara.

Este proyecto parte de una investigación más amplia y general denominada "Salud mental y redes sociales en familias pobres urbanas: una perspectiva de género", dirigida por Rocío Enríquez Rosas, investigadora del Centro de Investigación y Formación Social del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), y que cuenta con la aprobación y el financiamiento del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT), a través del Sistema de Investigación José María Morelos (SIMORELOS).

ANTECEDENTES TEÓRICOS

Los siguientes antecedentes teóricos nos permitirán contextualizar el tema del bienestar emocional y las redes sociales en las mujeres de familias de escasos recursos.

Las condiciones del bienestar y malestar emocional han sido abordadas desde dos líneas de investigación; una de ellas, la más tradicional, es la que se refiere a la dualidad sano/enfermo o normal/patológico. Esta línea de investigación ha permitido diagnosticar y conocer los padecimientos más frecuentes en la población, muchas veces sin tomar en cuenta el ambiente en el cual se desenvuelve el individuo. La otra línea de investigación conformada por autores como Caraveo (1995), Galende (1997), Vidal (1990) y Burin (en Burin, Moncarz y Velázquez, 1991), considera que no sólo es importante conocer qué padecimientos tienen las personas sino que además es importante estudiar las relaciones entre los fenómenos psíquicos, sociales y físicos, que permiten interpretar el bienestar emocional como parte de la totalidad biopsicosocial del individuo y estudiar a las mujeres como sujetos sociales activos.

El modelo desarrollado por Burin (en Burin, Moncarz y Velázquez, 1991) asocia el malestar de las mujeres y su salud mental a situaciones específicas de la vida, lo cual es muy importante puesto que se ha encontrado que las condiciones en las que las mujeres

desarrollan sus vidas, están asociadas a su salud y a sus modos de malestar. Para hablar de las condiciones de vida de las mujeres, Burin señala que es necesario incluir sus condiciones de trabajo: maternal, doméstico y extradoméstico; las crisis económicas; el incremento de la violencia familiar y urbana; la drogadicción y el alcoholismo; entre otras. De estas situaciones de vida, las que ofrecen una probabilidad mayor de provocar estados de malestar emocional en la mujer se denominan "factores de riesgo". Burin encontró que entre estos factores se encuentran la edad, el nivel ocupacional, el número y la edad de los hijos (tener tres o más niños pequeños en casa), el estado civil (el matrimonio es factor de riesgo para las mujeres y factor de protección para los hombres), las situaciones de duelo (especialmente la pérdida de madre o hijo), las actitudes violentas, la jornada doble de trabajo, la falta de soporte o ayuda de amigos o familiares, y la falta de comunicación íntima y confidencial con la pareja.

Además, encontró que la mayoría de los estudiosos de esta situación insisten en destacar cómo los papeles del género femenino afectan los modos de malestar de estas mujeres. Leñero (1994) comenta que la mujer, al tratar de cumplir un ideal integrador de madre, compañera, confidente y consejera, y a la vez amante y compañera sexual, sufre el costo de mantener la vida familiar y marital, lo que se expresa en la pérdida de su salud. Hay autores que comentan que a pesar de su desvalorización de la mujer como ser humano, se sobrevalora el papel de la mujer como madre, razón por la que muchas mujeres, cuando los hijos crecen y las necesitan menos, se vuelven vulnerables, aumentando el riesgo de la patología mental.

Otro factor de riesgo al que se le ha dado especial importancia es el poder de los afectos que la cultura concede a las mujeres mexicanas. Esta expectativa social de dominar el poder de los afectos, a menudo entra en contradicción con las posibilidades reales de las mujeres, lo que se expresa por lo común en formas de depresión.

Otros factores de riesgo son los encontrados por Caraveo (1995), quien reporta que el estrés crónico, el escaso soporte social, sentir descontrol de la actividad laboral y de la propia existencia, los altos niveles de hostilidad, la desconfianza de las relaciones interpersonales y la privación socioeconómica, son factores relacionados con cuadros como ansiedad y depresión, principalmente en la población adulta.

Sobre el factor de riesgo asociado a la privación socioeconómica, Caraveo (1995) reporta que la mayoría de casos de malestar emocional se dan en estratos de bajo nivel socioeconómico y escasa escolaridad, mujeres que desconocen qué es una enfermedad mental a pesar de padecerla y que utilizan remedios caseros, automedicación, ayuda de familiares o amigos para resolver sus trastornos.

Respecto del trabajo como factor de riesgo, Vidal (1990) realizó estudios de las implicaciones del doble papel o doble jornada de la mujer, como asalariada y ama de casa, encontrando que ante dicha condición de vida la mujer sufre del llamado "síndrome de sobrecarga", el que se refleja en un constante cansancio físico y mental, insomnio, sentimientos de soledad, tristeza, depresión y dificultades sexuales y maritales.

En resumen, los autores sugieren que para entender los niveles de bienestar o malestar emocional que presentan las mujeres, hay que considerar que son muchas las variables que intervienen en la gestación, el desarrollo y la expresión de sus síntomas. Además, como lo indica Burin (en Burin, Moncarz y Velázquez, 1991), es importante conocer las necesidades de la población con la cual se trabaja y definir acciones y criterios de salud mental desde sus propias protagonistas y desde sus condiciones de vida, con la colaboración de equipos de salud mental multidisciplinarios.

Antes de adentrarnos en el tema de las redes sociales, es importante señalar que éstas están muy vinculadas con el bienestar o malestar emocional de las personas. Como se mencionó antes, los

autores indican que las relaciones interpersonales pueden ser un factor de riesgo para el malestar en casos en los que existe desconfianza, falta de soporte o ayuda de amigos o familiares y falta de comunicación íntima y confidencial con la pareja. Sin embargo, autores tales como González de la Rocha (1986); Abello, Madariaga y Hoyos (1997); Blondet (citado en González, 1993); García y Oliveira (1994); Dabas (1993), entre otros, han considerado a las redes sociales como mecanismos de sobrevivencia de las comunidades de escasos recursos y, por lo tanto, como aspectos que contribuyen a tener mayores niveles de bienestar emocional y físico. Esta idea es apoyada por los siguientes hallazgos.

Salgado (citado en Hernández y Yasmín, 1996) demuestra que las mujeres que cuentan con el apoyo del esposo y los hijos, ya sea en lo económico o en lo emocional, presentan niveles menores de estrés y sintomatología depresiva. Asimismo señala que el riesgo de depresión clínica para las personas que están casadas y que cuentan con sus esposos es ligeramente más bajo que el de las personas que son solteras, separadas o divorciadas.

Bronfman (en trámites de publicación) realizó estudios en los cuales intenta hacer evidente cómo las redes sociales: estructuradas, permeables y continuas, son elementos que permiten a muchas familias desarrollar de mejor manera su vida cotidiana. Además comenta que las redes evitan que enfermedades y accidentes tengan desenlaces fatales.

Sluzki (1996) menciona que diversas investigaciones epidemiológicas indican una correlación entre pobreza de la red social y enfermedad o muerte. Personas aisladas de la sociedad (solteros, viudos o con pocos amigos) manifiestan mayor incidencia de tuberculosis, accidentes, infartos de miocardio, recaída en la esquizofrenia y mortalidad. Sluzki menciona que en la actualidad existe mucha evidencia, a partir de diversas investigaciones, de que la gente menos

integrada a lo social tiene más posibilidades de morir, en otras palabras, que la pobreza de la red afecta de manera negativa a la salud.

Hernández (en Hernández y Yasmín, 1996) señala que así como existe una correlación entre la red social y la salud, también la salud influye en la creación de la red social. Indica que es común encontrar carencias en las redes de apoyo en personas que sufren de depresión, es posible que estos individuos no cuenten con las habilidades necesarias para desarrollar o utilizar las redes de apoyo. Sluzki (1996) confirma lo anterior al decir que la presencia de una enfermedad afecta de manera negativa la red social de un individuo, la enfermedad tiende a debilitar al enfermo y como consecuencia el sujeto reduce su iniciativa de activación de la red. En términos del impacto personal, las enfermedades poseen un efecto aversivo, es decir, producen en los demás conductas evitativas.

Conociendo la importancia que tienen las redes sociales en el estado de bienestar o malestar de las personas, Enríquez (1998) señala que hace falta analizar mucho más a fondo las características de las redes, ya que éstas pueden ser uno de los elementos clave por potenciar para fortalecer la salud de las comunidades de escasos recursos. Así, abordando el tema de las redes, la literatura proporciona datos acerca de la definición, las características, funciones y repercusiones.

Sluzki (citado en Enríquez, 1998) define la red social como la suma de todas las relaciones que una persona percibe como significativas o diferenciadas de la masa anónima de la sociedad. Para Dabas (1993), la red social es un sistema abierto de intercambio dinámico entre sus integrantes y con integrantes de otros grupos sociales, posibilitando la potenciación de los recursos que posee cada persona.

Cabe señalar que el término red social difiere del concepto red de apoyo emocional. Red social se refiere a la estructura y cantidad de interconexiones entre las relaciones, mientras que la red de apoyo

emocional toma en cuenta todas aquellas relaciones que proveen nutrimento y refuerzo a la persona para salir adelante cada día (Hernández, 1996).

En cuanto a las características estructurales de la red, Sluzki (1996) considera los siguientes aspectos:

- **Tamaño de la red:** número de personas que integran la red. Se considera que las redes de tamaño mediano son más eficientes que las pequeñas o las muy numerosas.
- **Densidad:** conexión entre los miembros que conforman la red de una persona independientemente del informante. Un nivel de densidad medio favorece la máxima eficiencia del grupo al permitir cotejar impresiones.
- **Composición o distribución:** manera en que el informante ubica a los miembros de su red en cada uno de los cuadrantes: personas que viven en la misma casa, familia, trabajo, escuela, iglesia, actividades recreativas y servicios formales. Las redes muy focalizadas en un cuadrante son menos flexibles y eficientes y generan menos opciones que las redes de distribución más amplia.
- **Dispersión:** distancia geográfica que existe entre los miembros de la red y el informante; implica la rapidez y accesibilidad de respuesta en situaciones de crisis.
- **Homogeneidad o heterogeneidad demográfica y sociocultural:** refiriéndose a edad, sexo, cultura y nivel socioeconómico de los que componen la red.
- **Atributos de vínculos específicos:** tienen que ver con aspectos tales como intensidad de la relación, compromiso, carga de la relación, durabilidad, historia en común, etcétera.

Respecto de las funciones de la red, Sluzki (1996) indica las de:

- **Compañía:** realización de actividades conjuntas o simplemente el estar juntos.
- **Apoyo emocional:** intercambios que connotan una actitud emocional positiva, clima de comprensión, simpatía, estímulo y apoyo; es poder contar con el apoyo emocional y la buena voluntad del otro.
- **Gufa cognitiva y consejos:** interacciones destinadas a compartir información personal o social, aclarar expectativas y proveer modelos de papel de desempeño.
- **Regulación o control social:** interacciones que recuerdan y reafirman responsabilidades y papeles, neutralizan las desviaciones de comportamiento que se apartan de las expectativas colectivas.
- **Ayuda material y de servicios:** colaboración en cuanto a conocimiento, ayuda material, servicios de diversa índole, incluyendo los de salud.
- **Acceso a nuevos contactos:** apertura para conectarse con personas y redes que hasta entonces no eran parte de la red del individuo.

Cada vínculo de la red puede cumplir muchas de estas funciones, predominando unas más que otras. Las funciones de los vínculos se estabilizan a partir de su reiteración exitosa "la prueba del tiempo".

Los atributos del vínculo descritos por este mismo autor son los siguientes:

- **Funciones prevaletentes:** función o combinación de funciones que caracterizan de manera dominante ese vínculo.
- **Multidimensionalidad o versatilidad:** diversidad de funciones en una misma relación.
- **Reciprocidad:** simetría o asimetría que existe entre las funciones que desempeña el individuo hacia la otra persona, o viceversa.

- Intensidad o compromiso de la relación: grado de intimidad que existe entre los miembros de la relación.
- Frecuencia de los contactos: se relaciona con el factor distancia, y tiempo, es decir a mayor distancia, mayor requerimiento de mantener activo el contacto para mantener la intensidad.
- Historia de la relación: tiempo de conocerse, experiencias previas que han caracterizado la relación, etcétera.

Conociendo las aportaciones teóricas respecto del estudio de las redes y su relación con los niveles de bienestar o malestar emocional, queda claro que estudiando las características de los vínculos interpersonales de una persona o grupo de personas podemos reducir el posible factor de riesgo asociado a las relaciones sociales, y además podemos utilizar la red emocional como una herramienta existente a pesar de la carencia económica y de la creciente demanda de atención a nivel emocional, la cual está muy lejos de ser cubierta.

Con estos intereses, el presente artículo tiene tres propósitos: dar a conocer las características de la red emocional de mujeres que viven en una colonia de escasos recursos; describir el estado de bienestar o malestar de estas mujeres, y hacer un análisis reflexivo de la relación entre las características de la red emocional y el estado de malestar en esta población.

METODOLOGÍA

La metodología empleada en esta investigación fue de corte cuantitativo, sin embargo, se manejó información cualitativa en uno de los instrumentos, que nos permitió conocer tanto la subjetividad femenina (Enríquez, 1998) como la información medible en relación con la salud mental de la mujer y sus redes sociales.

Con esta combinación de datos cuantitativos y cualitativos se cubren las limitaciones o riesgos propios de cada instrumento; por un

lado, el riesgo de tener una información que no tome en cuenta el discurso de las mujeres acerca de su salud mental, al usar instrumentos cuantitativos, y por el otro lado, en el caso de los cualitativos, de quedarnos sólo con la percepción de la mujer, que puede reducir u omitir aspectos de la condición de salud de esta población.

Sujetos

La investigación se llevó a cabo con 60 mujeres madres de 18 a 76 años de edad que viven en la colonia Las Flores, comunidad de escasos recursos y hace poco formada en las orillas de la ciudad de Guadalajara. La selección de las participantes se hizo de manera aleatoria.

La colonia cuenta con una población aproximada de 550 familias, con un promedio de 5.45 miembros por unidad doméstica, las cuales en su mayoría vienen de asentamientos urbanos populares de la zona metropolitana de Guadalajara y de poblaciones rurales pequeñas y rancherías.

En esta colonia hay carencia de servicios públicos, de servicios escolares y de salud. La situación económica de sus habitantes es muy desfavorable; el nivel de escolaridad es principalmente el de primaria; la mayoría de las familias no cuentan con la escrituración de sus viviendas, aunque las reporten como propias, y en general, las viviendas de la colonia son producto de un largo y lento proceso de autoconstrucción en el que participa toda la familia, pero sobre todo el matrimonio.

Instrumentos

La información que presentaremos en esta exposición consiste en lo encontrado en dos de los 11 instrumentos utilizados en el proyecto general "Salud mental y redes sociales en familias pobres urbanas: una perspectiva de género".

El primer instrumento, llamado "Sobre sentimientos", es una adaptación y ampliación del instrumento "Otros problemas" realizado por el Instituto Mexicano de Psiquiatría (IMP). Está formado por ocho secciones con la misma estructura de preguntas pero para diferentes sentimientos: una idea pegada a la mente; distraída o ausente; triste, decaída o agitada; irritable o enojona; nerviosa; miedos o temores; intranquila o preocupada; y algún otro sentimiento que no se le haya preguntado.

El segundo instrumento es el denominado Redes de comunicación; este instrumento permite conocer el tamaño de la red social y las características y funciones de la red emocional de las personas. En la primera parte, referente a la red social, explora qué personas son importantes para la entrevistada en diferentes contextos: casa, familia, trabajo, escuela, iglesia, comunidad, servicios formales y actividades de recreación, sea porque faciliten o porque limiten su vida. En la segunda parte, con el objetivo de explorar la red emocional, se preguntó por las personas con quienes la entrevistada platica de sus sentimientos y problemas emocionales. Se realizaron 18 preguntas acerca de las personas mencionadas, acerca de sus datos sociodemográficos, su ubicación geográfica, el tipo de relación, el tipo de apoyo, los temas que platican y la sensación de intimidad con cada una de ellas.

RESULTADOS Y DISCUSIÓN

A continuación se presentarán los resultados obtenidos a partir de los dos instrumentos aplicados a las 60 mujeres madres. El primer instrumento que analizaremos es el denominado Sobre sentimientos, donde se analizan las frecuencias, las causas y los significados de los sentimientos que se presentan con mayor frecuencia en las señoras. En esta parte mostraremos algunas viñetas narrativas que ejemplifican

estos puntos, para tener una perspectiva general, de las voces de las propias protagonistas.

Después se hablará del papel que juegan las redes en el malestar emocional de las mujeres, para finalmente abordar el tema de las redes, analizando el tamaño de la red social y algunas de las características, funciones y atributos de la red de apoyo emocional.

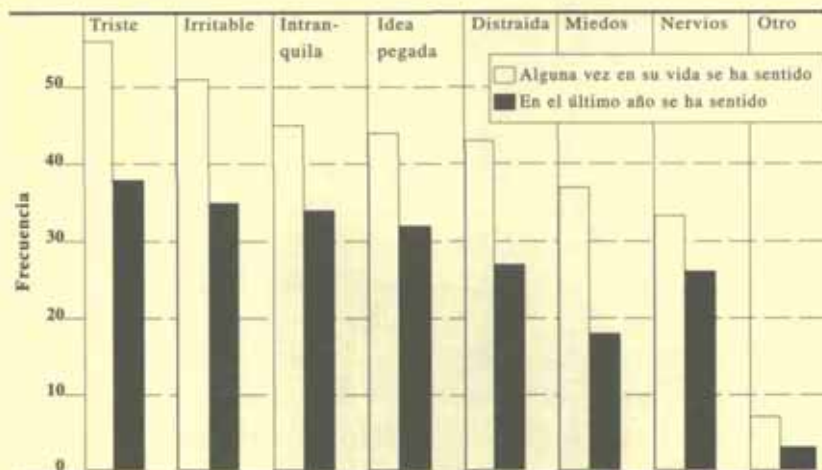
Referente a los resultados obtenidos a partir del instrumento "Sobre sentimientos" se encontró lo siguiente: en el último año las mujeres encuestadas (60 casos) presentan con mayor frecuencia los siguientes sentimientos: tristeza, 38 mujeres; irritabilidad o enojo, 35; intranquilidad, 34, y una idea pegada en la mente, 32 mujeres. En frecuencias decrecientes está el haberse sentido distraída o ausente (27), con nervios (26), con miedos o temores (18) y con otros sentimientos (3) (véase la gráfica 1).

Respecto del sentimiento de tristeza, 47.4% de los casos (18 de 38) se habían sentido así recientemente, es decir hacía una semana o menos. Ahora, con frecuencias mayores, el sentimiento disminuyó en 15 casos; se mantuvo intermitente en 10, y persistió igual en nueve casos. Además, este sentimiento ha tenido una duración de menos de una semana en la mayoría de los casos (13); de una semana a dos en seis casos; de un mes a tres meses en 10 casos, y de seis meses a un año en nueve casos.

El sentimiento de irritabilidad o enojo se había presentado de manera reciente en 62.9% de los casos (22 de 35) y ahora, en 13 casos el sentimiento desapareció y en 11 se mantuvo intermitente. En cuanto a su duración, 26 casos se habían sentido así durante menos de una semana; dos casos de una a dos semanas, y siete de seis meses a un año.

El tercer sentimiento más frecuente, estar intranquila o preocupada, se había presentado de manera reciente en 61.8% de los casos (21 de 34) y ahora se mantiene igual en 13 casos y disminuyó en 11. Este sentimiento duró menos de una semana en 11 casos; de una a dos

Gráfica 1
Sentimientos



semanas en siete; de un mes a tres meses en ocho casos, y de seis meses a un año también en ocho casos.

Por último, respecto de tener una idea pegada en la mente, se encontró que este indicador se había presentado de manera reciente en 46.9% de los casos (15 de 32) y ahora, en 13 casos se mantiene igual, en siete casos disminuyó y en seis aumentó, siendo éstas las mayores frecuencias. Por otro lado, es interesante resaltar que en la mayoría de las veces (15 casos) se ha presentado con una duración de seis meses a un año, en contraste con los demás sentimientos, presentados durante menos de una semana. Cabe señalar que tener una idea pegada en la mente no es un sentimiento como los demás, pero sí es un indicador de malestar emocional, según lo reportado en un estudio realizado con mujeres de comunidades rurales llevado a cabo por Nelly Salgado del IMP.

Continuando con el análisis de los sentimientos que se presentan con mayor frecuencia en las 60 mujeres, ahora se comentará cuáles son las causas que originan a estos sentimientos.

Algunas de las causas más frecuentes del sentimiento de tristeza son las siguientes:

- Muerte de los hijos (5), por ejemplo al nacer o en accidentes: "La muerte de mi hija al nacer", "Mi hijo atropellado", "La muerte de mi primer hijo", "La muerte de mi hijo".
- Nostalgia por la falta de seres queridos (5): "El quedarse huérfano y que no hay quien vea por uno y de quedar solo en el mundo", "Mi hijo se fue a vivir a Estados Unidos", "A veces el querer ver a mi mamá, que vive en otro lugar", "Salirme de mi casa tan chica", "Extrañaba mi casa de origen, mi familia".
- Muerte de los padres (4): "La muerte de mi papá", "La pérdida de mis padres", "La muerte de mi mamá".
- Muerte de familiares (4): "La muerte de mi hermano", "Se murió una persona que estimaba mucho", "La muerte de mi cuñada por leucemia y ver a sus hijas pequeñas", "La pérdida de mis suegros".
- No tener el apoyo del esposo (4): "Cuando ya me dejó mi esposo toda la responsabilidad de mi casa y de mis hijos", "La irresponsabilidad de mi esposo, tanto económica como moral porque tomaba mucho", "Que mi esposo no me apoyaba y me juzgaba mal porque era muy celoso".

Respecto de las causas que originan el sentimiento de irritabilidad se encontró:

- Problemas con los hijos (11): "Que los niños hagan tiradero o desobedezcan", "Que los niños se peleen y no entiendan", "Nos ponemos a limpiar y mis hijas no cooperan", "Me da coraje o me

dan nervios cuando les digo y no me entienden, es cuando me siento mal”.

- Por causa propia (7): “Por mi edad”, “Cuando se agota mi paciencia”, “Por ser tan entregada con mis amistades”, “Hasta dice mi mamá que desde que ella se acuerda siempre he sido así, muy gritona, muy enojona”.
- Alcoholismo del marido (5): “Que mi marido toma alcohol enfrente de mi hijo”, “Verlo tomado”, “Ver a mi esposo que llega borracho y no me entiende”, “Que mi esposo comenzaba a tomar alcohol”.
- Falta de seres queridos (4): “Impotencia por no poder tener a mi mamá”, “Yo pienso que fue porque nadie me hacía caso”, “Quería que nos tomara en cuenta mi marido”.
- Problemas con la familia de origen o política (4): “Encontré a mi nuera con otro hombre”, “Me enojé con mi hermana”, “Que no me dejaran salir mis papás”.

Las causas que originan el sentimiento de intranquilidad o preocupación son las siguientes:

- Preocupación por los hijos (12), por temor a qué pasará o por situaciones actuales: “Mi hija se va sola a la escuela y tengo temor a que le pase algo”, “Por las inscripciones de mi hijo a la secundaria, porque él me diera el sí (el hijo ya no quería estudiar)”, “Mis hijos, que se drogan”, “Que mis hijos tomen alcohol”.
- Enfermedad de los hijos (9): “Que mi hija nació con un líquido en los pulmones”, “Porque se quemó mi hijo por meterse a la cocina”, “Me preocupa que se me enfermen mis hijos, y más cuando no hay dinero”, “Que mi hija mayor comenzó a enfermarse de tuberculosis”, “Los lentes de mi hija”.

- No tener dinero (4): "De ver que mis hijos que me ayudan están enfermos; que no tengo nada en mi tienda y ¿qué vendo, de dónde saco dinero?", "Cuando no tengo dinero para comprar jabón para lavar", "Por los gastos que tengo".
- La pertenencia de la vivienda (4): "Se perdió la casa, cambié de situación económica y mis hijos estaban pequeños", "Que de una hora para otra se nos viene lo del desalojo", "Tenía una preocupación de que iban a desalojar, hay un amparo de dos meses, pero uno trae el pendiente".
- Que hay enfermedad y sin dinero (4): "Casi sin dinero, se me iba en medicinas y radiografías, en esas cosas, y yo sin trabajar", "Tener a mi señor grave y no teníamos dinero, pero ya llegaron mis hijos y nos ayudaron", "Que mi papá [que está] enfermo ocupara algo y no pudiéramos dárselo".

Por último, las causas más frecuentes de tener una idea pegada en la mente son:

- No tener dinero (6): "Cuando no tenía dinero para pagar la educación de mis hijos", "Que me hacen falta las cosas y que no puedo comprarlas, cosas como un ropero y tapar un pozo que está en mi casa desde que llegamos a Las Flores o desde antes", "Porque mi mamá no tenía para darnos que comer y uno piense y piense en el trabajo".
- Impotencia (4): "No poder solucionar rápido mis problemas", "No saber enfrentarse a la responsabilidad del matrimonio", "Quería seguir estudiando y tuve que empezar a trabajar", "Que no puedo empezar la prepa".
- Ideales y metas (4): "La idea de trabajar y saber si podría con la casa, el niño, dejar a mi hijo solo", "Siempre la idea de sacar a mi familia adelante, siempre", "Querer ayudar a mis padres en todo y ver por ellos siempre".

- Celos/infidelidad (3): "Odio a mi esposo, por lo que me había hecho", "Mi esposo hablaba mucho de una persona, ¿por qué me la nombraba tanto?" "La relación de mi esposo con otra mujer".
- Condiciones de la vivienda (3): "Estar más seguras, ya tener todo separado y de perdida el patio, que ya no se meta nadie", "Ganas de arreglar la casa", "Lo del techo (no tiene techo)".

Después de conocer las causas que originan los sentimientos mencionados, es importante saber cómo los significan, es decir qué es para ellas el sentirse de esa manera.

En el sentimiento tristeza se encontró 39 significados diferentes, los más frecuentes son:

- Tener el estado de ánimo decaído (15 casos): "Me siento sin ganas de hacer nada", "Me siento desalentada", "Flojera", "Sin ánimos de seguir adelante, de trabajar".
- Impotencia, no encontrar la solución (8 casos): "Me hace sentir incompetente", "No encuentro la solución", "Es como no entender a las personas y sentirte incapaz de poder hacer algo", "Que tenía que aguantarme".
- Ganas de estar sola (8 casos): "No querer hablar con nadie", "Cuando estoy triste no tengo ganas de que se me arrimen", "No hablar, no comunicarme con nadie, alejarme de las personas", "Encerrada en uno mismo".
- Soledad (7 casos): "Se siente uno solo", "Es como si estuviera yo sola", "Saber que no lo quieren a uno", "No tener con quien comunicarme, con quien hablar".

Respecto del sentimiento de irritabilidad o enojo, se reportaron 34 significados, los principales son:

- Enojo o coraje (17 casos): "Enojarme de la nada, con mucho coraje", "Siento mucho coraje y con nadie lo puedo desquitar", "Estar molesta", "Enojada y gritona, ¡imágínese!"
- Malestar (7 casos): "Algo pesado, no anda a gusto uno", "No estar a gusto y no tener paz", "Se ve uno mal, de mal aspecto, se siente feo", "Sentirme mal".
- Ganas de estar sola (6 casos): "Porque yo ahí soy la que hablo y no tengo ganas de hablar", "No quería nada con nadie, toda la gente me cafa mal", "No me dan ganas de salir", "No quiero escuchar a nadie".

En cuanto a sentirse intranquilas o preocupadas, las mujeres reportaron 34 significados, los más frecuentes son:

- Desesperación (8 casos): "Es desesperación al no poder estar constantemente con mis hijos", "Desesperada".
- Intranquilidad (6 casos): "Muy inquieta, intranquila", "Impaciente".
- Preocupación (6 casos): " Significa estar esperando a la puerta, esperando hasta qué hora llegan", "Me mortifico de verme enferma", "Apuración que me da, mortificación".
- Alterada o nerviosa (6 casos): "Siento nervios", "Estar nerviosa todo el tiempo".
- Impotencia, no encontrar la solución (6 casos): "No poder hacer las cosas que yo deseo", "El no saber actuar como uno piensa que debería hacer las cosas", "No poder solucionar sus problemas uno".

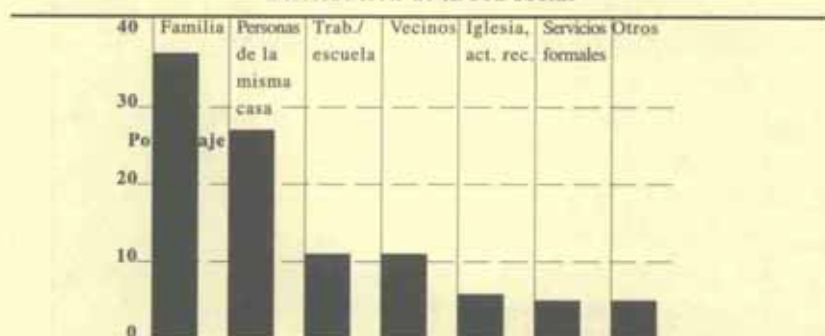
Por último, se encontraron 32 significados distintos atribuidos al indicador una idea pegada en la mente, entre los principales se encuentran:

- Algo malo porque perjudica (a sí misma o a los demás) (6 casos): "Afectaba la relación con mis papás", "Pienso que soy mala y afecto a toda mi familia", "Es un mal que me perjudica y también a los que me rodean".
- Desesperación (6 casos): "Desesperación", "Sentir desesperación, porque uno no sabe si lo avientan para afuera".
- Fortaleza, impulso o motivación (6 casos): "Echarle más ganas para salir adelante, hacer lo que se propone", "Significa que no estoy tullida", "Que trato de hacer las cosas, de salir adelante", "No todos piensan así, me siento como orgullosa".
- Impotencia, no encontrar la solución (5 casos): "No poder hacer nada", "Una cosa muy fea, se cierra el mundo, no hay que hacer", "De la fregada, muy débil, que yo tampoco puedo hacer nada porque a los niños dónde los dejo, si no me iba a trabajar".
- Alguien me hizo algo (5 casos): "Defraudada", "Falta de comprensión de los otros hacia mí", "No tener ninguna consideración".

Es importante resaltar que el significado de impotencia está presente en tres de los cuatro sentimientos predominantes en las mujeres. Algunos autores han hecho hincapié en que la situación económica puede influir en estos sentimientos de no poder hacer las cosas. Además, Blechman (en McGrath *et al.*, en Nuño, 1996) explica que por lo general a las mujeres no se les enseña habilidades para resolver problemas ni recursos para afrontarlos, pues ellas se socializan más dentro de papeles pasivos y dependientes.

Conocer los sentimientos que se presentan con mayor frecuencia en las mujeres, sus características, sus causas y sus significados ayuda a inferir acerca del malestar que presentan las mujeres; hasta ahora, con esta primera información ya podemos constatar que las redes de apoyo intervienen en los estados emocionales de las mujeres, como ha sido señalado por diversos autores. Nos damos cuenta

Gráfica 2
Distribución de la red social



que algunas mujeres sienten nostalgia o necesidad de relacionarse con otras personas, situación que les causa malestar; mientras tanto otras señoras ante el malestar que sienten desean estar solas, no hablar con nadie, es decir desean aislarse. Aquí se ejemplifica que las relaciones interpersonales se pueden convertir en un círculo vicioso, pues la ausencia de relaciones puede provocar malestar y a su vez el malestar puede provocar aislamiento.

Entrando al terreno de las redes, presentaremos a continuación algunos datos de la red social y de la red de apoyo emocional de las mujeres entrevistadas. De la red social hablaremos sólo de su tamaño y de su composición, y respecto de la red de apoyo emocional presentaremos algunas características, funciones y atributos del vínculo.

La red social de las 60 mujeres está formada por 845 personas distribuidas en los seis siguientes cuadrantes (véase la gráfica 2):

- 225 personas que viven en la misma casa, esto equivale a un promedio de 3.7 personas por señora.
- 309 personas que pertenecen al ámbito familiar, en promedio 5.1 personas por mujer (familia ascendente, descendente y política). Éste es el cuadrante más amplio de toda la red social. Por último,

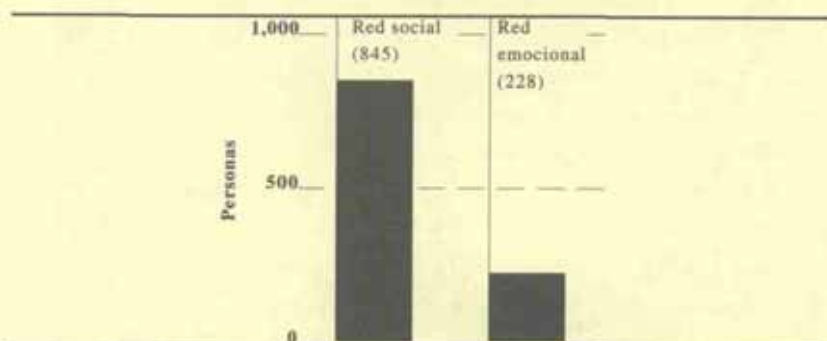
92 personas ubicadas en el área laboral o escolar, en promedio son 1.5 personas por mujer.

- 54 personas conocidas en contextos religiosos o en actividades recreativas, con un promedio de 0.9 personas por señora.
- 93 personas ubicadas en el cuadrante de vecinos, equivalente a 1.5 por cada encuestada.
- 44 personas integrantes del cuadrante de servicios formales (gobierno, instituciones de salud, etc.), en promedio 0.73 personas por mujer.
- 28 personas (1.4 personas por mujer) forman el cuadrante "otro", aquí se cuenta a las personas que no se ubicaron en ninguna de las áreas anteriores, como: la amiga, la comadre, el novio, la investigadora, etcétera.

De este total de 845 personas que forman la red social, sólo 228 (en promedio 3.8 personas por mujer) están consideradas como parte de la red de apoyo emocional, es decir como aquellas personas a las que se les platica regularmente los sentimientos y problemas emocionales, ya sean preocupaciones, tristezas, enojos etc. Es importante señalar que de las 60 mujeres, la mayoría tiene entre cuatro y cinco personas en su red emocional; tres mujeres mencionaron no contar con nadie para platicar sus problemas emocionales y sólo una mujer reportó tener ocho personas en su red, siendo este dato el más alto (véase la gráfica 3).

Las personas más importantes en la red de apoyo emocional mencionadas por las mujeres en orden jerárquico fueron: en primer lugar, el esposo, con una frecuencia de 18, la hija (8) y el hijo (7); en segundo lugar aparece la hija con una frecuencia de 12, la hermana (7) y la mamá (7); en tercer lugar, la hermana, con frecuencia de siete, el hijo (6) y la mamá (5); como cuarto lugar está la hija, con frecuencia de 10, la hermana (6) y el hijo (5); por último, en quinto lugar se presenta la hermana, con frecuencia de 4, la hija (3) y la

Gráfica 3
Red social y red emocional



vecina (3). Podemos observar que los tres primeros lugares de la red emocional corresponden a la familia, indicando que este cuadrante está muy focalizado, lo cual hace que la red pierda flexibilidad y eficacia, tal como lo señala Sluzki (1996). Por otra parte, consideramos que al estar concentrada la mayor parte de la red emocional en el cuadrante de la familia, se tienen ventajas tales como la confianza, la cercanía emocional, densidad en la red (omisión de extraños) y que la historia de la relación es de mucho tiempo. En este sentido, creemos que el que la red emocional esté focalizada en la familia no es perjudicial para la mujer, sin embargo sería mejor que existiera una distribución más amplia de las relaciones interpersonales para tener más diversidad de apoyos y funciones.

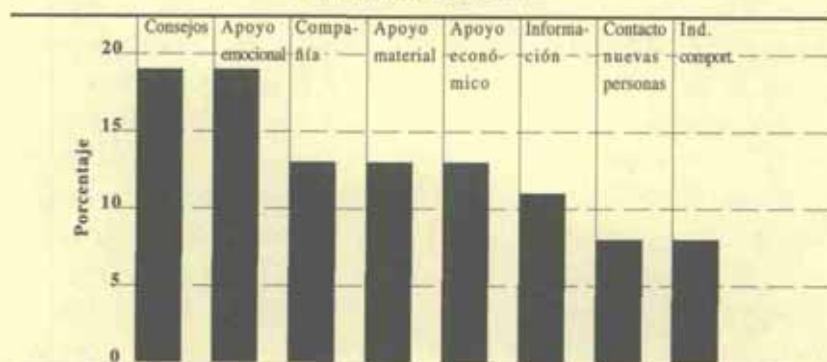
En cuanto a la distancia geográfica que existe entre cada una de las mujeres y las personas que se encuentran en su red emocional, se halló que un poco más de la mitad (57%) viven muy cerca, ya sea en la misma casa, en la misma cuadra o en su colonia, esto implica que la rapidez y accesibilidad de respuesta en situaciones de crisis es muy favorable.

Respecto a la homogeneidad y heterogeneidad que muestra la red emocional, los datos indican que de 228 personas, 153 son

mujeres (2.5 mujeres en promedio) y 75 son hombres (1.2 en promedio). Este dato confirma lo reportado por otros autores en cuanto a que la red de la mujer es una red formada en su mayoría por personas de su mismo sexo: red femenina. Este resultado nos lleva a reflexionar sobre cuáles son los motivos por los que las mujeres del estudio tienen más confianza con las mujeres que con los hombres para platicar de sus problemas. Uno de los motivos puede ser cultural, la mujer expresa con mayor facilidad sus sentimientos que el hombre; además, una mujer puede entender mejor a otra mujer en cuanto a la preocupación que tiene por los hijos, ya que hablan un mismo lenguaje; por último, otro motivo pueden ser los papeles ocupacionales de cada género, el hombre tiene más contacto con personas de su área laboral y la mujer, sobre todo las que no trabajan, tienen mayor contacto con los vecinos, es decir con las mujeres que también están en casa. Por último, una de las desventajas de que la red esté integrada en su mayoría por mujeres es que posiblemente se pierden elementos importantes en los que puede contribuir el hombre, tales como ayuda en la autoconstrucción y proporcionar ideas y consejos diferentes a los de la mujer en cuanto a problemas de pareja.

Por otra parte, en cuanto a los niveles de escolaridad, de 228 personas, 107 tienen estudios de educación primaria, 46 cuentan con secundaria, 16 tienen preparatoria o bachillerato, siete cursaron carrera comercial, dos una carrera universitaria y 28 no estudiaron nunca. Con este dato se observa que existe homogeneidad en cuanto al nivel de escolaridad, ya que la mayoría de las señoras tienen el nivel básico de estudios (primaria), al igual que las personas que integran su red. Lo anterior trae como consecuencia tener menos oportunidades para enfrentar las situaciones, por ejemplo, si una mujer tiene problemas legales en cuanto a obtener el título de propiedad de su vivienda, ninguna persona que conforma su red emocional podría ayudarla, pues no tienen los estudios pertinentes.

Gráfica 4
Funciones de la red



Las entrevistadas indicaron que las funciones de su red de apoyo emocional son, en orden de importancia (véase la gráfica 4): proporcionarle consejos y apoyo emocional; darle compañía, apoyo material y apoyo económico; recibir información, y contactarla con nuevas personas e indicarle formas de comportamiento social.

Es interesante señalar que la posibilidad de ampliar la red de apoyo emocional se ve limitada puesto que la función de contacto con nuevas personas se presenta en un porcentaje menor en las señoras, función necesaria para adquirir nuevos vínculos. Al tener contacto con nuevas personas se amplía la red de apoyo emocional, proporcionando más recursos de diferentes tipos.

Los temas más hablados entre las integrantes de la red de apoyo emocional de las mujeres se refieren a los problemas económicos (80.5%), por otra parte, los menos hablados giran en torno al sexo (33.7%). Respecto de platicar los sentimientos se encontró que se habla en mayor porcentaje de las preocupaciones (77.9%); después, de los enojos (67.5%), tristezas (59.7%), nervios (57.5%), miedos (57.1%); por último, los sentimientos menos hablados son las angustias (54.9%). Es importante recordar que el sentimiento más

Gráfica 5
Reciprocidad



frecuente en las mujeres es el de tristeza, pero sólo un poco más de la mitad de ellas platican de este sentimiento.

En el análisis de la reciprocidad, es decir de la simetría o asimetría que existe entre las funciones que desempeña el individuo hacia la otra persona y viceversa, se encontró que la mayoría de las mujeres indican tener una ayuda mutua con su red (71%), a esto le sigue la ayuda “de ellos hacia mí”, es decir de la red a la señora, con un porcentaje de 17%, y por último, el menor porcentaje fue la ayuda de la señora a la red, en 12% (véase gráfica 5).

El nivel de intimidad que existe entre las señoras y su red de apoyo es el siguiente: el mayor porcentaje (37%) indicó tener una relación de intimidad intensa el 31% poco intensa, el 26% muy intensa y el 6% una relación de intimidad nada intensa (véase la gráfica 6)

Con respecto a qué tan seguido se reúne la señora con su red se encontró lo siguiente: 52% de las señoras la ve diario, 23% una vez a la semana, 12% varias veces por semana. En menores porcentajes, 3% que ve a su red desde una vez al mes o hasta dos meses, 2% cada seis meses y otro 2% que se ve de entre uno y cinco años. Estos datos confirman que la red emocional de la mujer está integrada en su mayoría por la familia, por lo tanto la frecuencia de contacto es alta.

Gráfica 6
Intensidad o compromiso



En estos resultados también puede influir el que la distancia geográfica es mínima debido a que las familias adquieren dos o tres terrenos para invitar a otros familiares o conocidos.

En cuanto al tiempo que lleva la relación, es decir el tiempo de conocer a las personas de su red, 53% reportó que se conocen de toda la vida, 27% de más de cinco años, 18% de uno a tres años y 2% de seis meses a un año. Este dato confirma una vez más que la red emocional está compuesta en su mayoría por personas de la familia, ya que la mitad se conocen de toda la vida, y que las personas necesitan como mínimo de uno a tres años de conocer a las personas para tener un nivel aceptable de confianza y poderlas considerar como parte de su red de apoyo emocional.

Finalmente, a partir de los datos analizados tenemos información que indica que las relaciones interpersonales favorecen el nivel de bienestar emocional de una persona. Por ejemplo, algunas de las estrategias que utilizan las mujeres para afrontar su malestar tiene que ver con el uso de su red, lo cual reportaron fue útil para aminorar su malestar. Las estrategias a las cuales nos referimos son: "hablar sobre el sentimiento", empleada en 16 ocasiones y en todas fue de utilidad; "buscar alguna compañía", en 17 ocasiones, en 16 sirvió y

una señora comentó que a veces le servía, y “platicar”, 56 ocasiones, de las cuales en 48 les sirvió, en tres a veces les ayudó, en tres no les sirvió y dos casos no reportaron serles útil.

En este sentido, es importante conocer la calidad y las funciones que ofrece la red de apoyo emocional a la mujer. Si a una persona le ayuda el hablar de sus sentimientos para sentirse mejor, es necesario conocer el número de las personas con las que cuenta y qué tan accesibles, para de esta forma inferir si los sentimientos que causan el malestar se mantendrán igual, disminuirán o aumentarán.

CONCLUSIONES Y HALLAZGOS

Como comentan autores tales como Burin, Caraveo y Vidal, el malestar emocional de las mujeres está determinado por muchas variables. En el caso de nuestra muestra se observó que algunas de éstas son:

- Su situación económica, reflejada en su preocupación por las condiciones de la vivienda, el no tener dinero para resolver los problemas de salud, el sentirse impotentes para resolver su situación.
- Sus condiciones de vida como madres, como esposas y como mujeres, ejemplo de esto es la preocupación por los hijos, los problemas con la pareja, los deseos de trabajar o estudiar para mejorar su condición de vida, y no poder hacerlo por tener niños pequeños en casa o por otras razones.
- Sus relaciones interpersonales, que se refleja en su nostalgia por la falta de seres queridos y de soporte o ayuda de amigos o familiares.

Por lo tanto, en esta investigación se confirma que para comprender el malestar de las mujeres es importante realizar estudios con una

perspectiva integradora de la salud emocional y no desde un punto de vista lineal o de lo normal/patológico.

El sentimiento que más se había presentado en las señoras es el de la tristeza, lo cual concuerda con los resultados encontrados por otros autores. Además de la tristeza, también se presentaron los sentimientos de irritabilidad o enojo, intranquilidad o preocupación y el de tener una idea pegada en la mente.

El sentimiento de tener una idea pegada en la mente es el que se había presentado durante mayores periodos (de un año a seis meses), mientras que los demás sentimientos habían durado menos de una semana. Además, es el único sentimiento al que se le da una connotación positiva, ya que hay mujeres que reportan que el sentirse así significa estar pensando constantemente en sus deseos de salir adelante, por tener ideales y metas. Podemos explicar que este sentimiento se ha presentado durante periodos mayores por: un posible factor de cronicidad o de ideas de tipo recurrentes y porque está relacionado con pensamientos constantes del deseo de salir adelante, superarse, tener metas e ideales.

Se observó que una misma causa puede provocar diferentes sentimientos y que diversos sentimientos pueden tener los mismos significados. En el primer caso tenemos la nostalgia por la falta de seres queridos, la cual causa sentimientos de irritabilidad o enojo y también de tristeza. En el segundo caso, los sentimientos de tener una idea pegada en la mente, tristeza e intranquilidad están relacionados con el significado de impotencia, "no poder hacer las cosas". En este sentido se puede decir que una mujer presenta una gamma de sentimientos, que se traslapan unos con otros; una sola condición provoca diversos sentimientos, mostrando así la complejidad e interrelación de los mismos.

A pesar de que son muchas las personas importantes para las señoras de nuestra muestra (845 = 14 personas por mujer), son pocas

las personas a las que ellas les confían sus malestares emocionales (228 = 3.8 personas por mujer).

Las redes de apoyo emocional en su mayor parte están centradas en personas de la familia con lo cual se reduce la eficiencia de la red pues queda de lado todo lo que podrían proporcionar las personas de otras áreas. Este dato indica que las mujeres tienen poco contacto con otros ambientes diferentes al suyo, es decir sus relaciones son dentro del mismo contexto de pobreza.

Las mujeres tienen un contacto muy frecuente con su red, tienen mucho tiempo de conocerla y están a corta distancia de ella. Esto es favorable para ellas y refleja que la red está formada por familiares.

Las personas más importantes en la red de apoyo emocional son el esposo, la mamá, la hija, el hijo y la hermana, por tanto se podría esperar que estas mujeres presenten niveles menores de estrés y de sintomatología depresiva (Salgado, citado en Hernández, 1996). Sin embargo, son muchos los factores que influyen en el malestar emocional. Respecto del apoyo que proporciona el esposo, encontramos que aunque la mayoría de las veces se le considera un apoyo, no siempre facilita la vida de la mujer sino que a menudo la limita (en 12 casos de 26). Por último, tomando en cuenta todos los vínculos, son más mujeres que hombres las personas que proporcionan apoyo.

La red social de la mujer presenta homogeneidad en cuanto al sexo ("red femenina") y al nivel de escolaridad. En cuanto a éste lo más favorable para las mujeres sería que parte de su red tuviera un nivel de educación más amplio, lo cual ayudaría a que las señoras cuenten con más recursos para salir adelante en sus condiciones de vida.

Para las mujeres que participaron en este estudio, la red emocional está formada por aquellas personas que, al ser sobre todo familiares, comparten con ellas condiciones de vida y preocupaciones similares. Es una red formada con la homogeneidad en cuanto a la

situación económica, el nivel de escolaridad, el género y las condiciones de vida.

Estas conclusiones y los hallazgos del estudio señalan que la red emocional de una persona está inmersa en una situación ambiental que la gesta, la consolida y la significa. Es en esta situación ambiental en donde se pueden evaluar las características de la red y el efecto que tienen en el malestar emocional.

Así, igual que se ha propuesto definir y entender el malestar dentro del discurso y el contexto de la persona que lo padece, se propone que para entender la utilidad del apoyo emocional como recurso en la atención de la salud, primero se debe analizar el tipo de población en la que se desea intervenir y las necesidades de ésta.

Por último, nuestro estudio pretende hacer una invitación a los investigadores y alumnos del área psicosocial a que promuevan y fortalezcan los recursos de las comunidades pobres, recursos tales como las redes sociales. De esta manera las comunidades más vulnerables serán más independientes y autogestoras, al darse cuenta de los mecanismos que tienen para salir adelante.

BIBLIOGRAFÍA

- Abello, R., C. Madariaga y O. Hoyos (1997). "Redes sociales como mecanismo de supervivencia: en estudio de casos en sectores de extrema pobreza". en *Revista Latinoamericana de Psicología*, vol.29, México.
- Bronfman, Mario (en trámites de publicación). "Multimortalidad y estructura familiar", tesis doctoral, Escola de Saúde Publica/ Fundação Oswaldo Cruz/Ministerio de Saúde, Brasil.
- Burin, Mabel, Esther Moncarz y Susana Velázquez (1991). *El malestar de las mujeres: la tranquilidad recetada*, Paidós, Argentina.

- Caraveo, Jorge J. (1995). "Epidemiología, salud mental y sociedad", en *Revista de psicología y salud mental*, Instituto de Investigaciones Psicológicas de la Universidad Veracruzana.
- Dabas, Elina (1993). *Red de redes. Prácticas de la intervención en redes sociales*, Paidós, Argentina.
- Dabas, Elina y Denise Najmanovich (1995). *Redes, el lenguaje de lo vínculos. Hacia la reconstrucción y el fortalecimiento de la sociedad civil*, Paidós, Argentina.
- Enriquez, Rocío (1998). *Voces de la pobreza. Malestar emocional femenino y redes sociales, un estudio comparativo sobre jefaturas de hogar pobres* (Avances, 5), ITESO. Guadalajara.
- Galende, E. (1997). *De un horizonte incierto. Psicoanálisis y salud mental en la sociedad actual*, Paidós, Buenos Aires.
- García, Brígida y Orlandina de Oliveira (1994). *Trabajo femenino y vida familiar en México*, El Colegio de México, México.
- González de la Rocha, Mercedes (1986). *Los recursos de la pobreza. Familias de bajos ingresos en Guadalajara*, El Colegio de Jalisco/CIESAS, Guadalajara.
- González Montes, Soledad (1993). *Mujeres y relaciones de género en la antropología latinoamericana*, El Colegio de México, México.
- Hernández, Sara y Daniela Yasmín (1996). "Utilidad del análisis de la red social y de apoyo del paciente en la práctica clínica", tesis de licenciatura, ITESO, Guadalajara.
- Leñero, Luis (1994). *Las familias en la ciudad de México. Investigación social sobre la variedad de las familias, sus cambios y perspectivas*, UNICEF/DIF/IMES/Centro Mexicano para la Filantropía, México.
- Nuño, A. (1996). "Respuestas de afrontamiento y sintomatología psicopatológica en amas de casa", tesis de licenciatura, ITESO, Guadalajara.

- Sluzki, Carlos (1996). *La red social: frontera de la práctica sistemática*, Gedisa, España.
- Vidal, E. (1990) "Costos psicosociales del doble papel de la mujer, como asalariada y como ama de casa", en *Revista Latinoamericana de Psicología*, vol.22, núm.1.

LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DEL MIEDO Y EL ESTRATO SOCIAL

Rogelio Luna Zamora*

INTRODUCCIÓN

En este trabajo se analiza la experiencia del miedo al diablo a partir de las vivencias de los entrevistados, esto es, la experiencia sentida y derivada de su aparición o encuentro directo con él o bien con las experiencias de otros.

En particular interesa destacar la importancia que en estas experiencias adquiere la construcción social del concepto y significado del diablo y su variación en el transcurso del tiempo y las generaciones. Interesa así mismo destacar el análisis de la diversidad de estas experiencias de miedo en relación con los actores sociales, distinguidos por estrato social y género, que viven esas experiencias, cuáles son sus creencias y evaluaciones, su definición de la naturaleza del fenómeno que las produce y de la situación en que acontece.

En primera instancia se establece una breve exposición de las diversas corrientes teóricas que debaten dentro de la relativamente reciente subdisciplina de la sociología de las emociones, con el fin de que los lectores logren situar la corriente de interpretación que en el campo de la sociología busca comprender las emociones como un proceso de construcción social, más que como una reacción mera-

* Investigador del Departamento de Estudios Socio-Urbanos del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara.

mente instintiva, o bien meramente subjetiva o sólo inscrita en el terreno de la historia personal.

En la segunda parte del artículo se analiza información cualitativa recabada en forma de historias de vida y entrevistas a profundidad a hombres y mujeres de diversas edades y posiciones económicas.¹

Las entrevistas fueron realizadas en un poblado semirrural de siete mil habitantes, situado en los entornos de la frontera entre Jalisco y Colima; el análisis se realiza en el marco de la microhistoria del poblado desde 1920 hasta la fecha. La historia local muestra que a partir de los años sesenta se da un proceso de modernización en el terreno económico y de secularización en el terreno sociocultural. Ambos procesos inciden en el tipo de diablo que constituye la fuente de esas experiencias, su frecuencia e intensidad para diversas generaciones, a la vez que inciden en los procesos cambiantes que afectan la conformación de los estratos sociales y en particular las nociones y prácticas respecto al género y la sexualidad, aspectos éstos, como veremos, vinculados a las experiencias de miedo e incluso de terror provocadas o asociadas con la "aparición" del diablo.

LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LAS EMOCIONES COMO MODELO TEÓRICO DE LA SOCIOLOGÍA

El centro del debate teórico en el marco de la sociología de las emociones lo constituye el peso específico que diversos autores y corrientes atribuyen a los factores socioculturales en la esfera emocional (Gordon, 1990; Armon-Jones, 1986; Hochschild, 1990; Kemper, 1990).

En particular, Hochschild (1990: 119) plantea que son tres los modelos teóricos predominantes al interior de la sociología de las

1. En total fueron siete historias de vida y 21 entrevistas a profundidad, realizadas en 1995 las primeras y 1997 las segundas.

emociones: el modelo orgánico, el interactivo y el radical, distinguidos éstos en función del grado de importancia, marginal o determinante, que cada uno de ellos concede a la influencia de factores orgánicos o socioculturales en las experiencias emocionales. De un modo bastante similar Armon-Jones (1986) clasifica respectivamente las tres corrientes de pensamiento: naturalista, construccionista suave y construccionista radical.

Para los fines de este trabajo me apegaré a esta clasificación exhaustiva y breve, que en el marco general de las corrientes de pensamiento sociológico bien podrían ser consideradas, desde la perspectiva teórica y las herramientas metodológicas usualmente utilizadas, como enfoques cuantitativos los primeros y cualitativos los modelos construccionistas. No obstante, pocos estudiosos de las emociones desde la perspectiva construccionista utilizan también encuestas y otros métodos de observación y experimentación.

Como en general, en el marco del pensamiento sociológico los positivistas fundamentan su perspectiva en la reflexión analógica con el mundo biológico y su método recurrente es la experimentación y la aproximación hipotético-deductiva. Pero, en particular en el marco de la sociología de las emociones el interés por el análisis de lo biológico ocupa un lugar a tal punto central que, con suficiente razón, son llamados por Hochschild (1990: 119) como el modelo orgánico y por Armon-Jones (1986) como naturalistas.

Esta corriente de pensamiento considera periférica la influencia sociocultural en las emociones, esto es, la cultura sólo interviene en el control de la intensidad de la emoción, modulándola en su expresión, pero no en su génesis. Cercanos al naturalismo filosófico, conciben la emoción como un mecanismo natural, universal e innato y, por lo tanto, al margen del pensamiento y la cultura, cuya función primordial es servir a los seres vivos en su adaptación y supervivencia. Los estudiosos aquí citados centran el análisis de las

emociones en referencia a lo que ocurre a nivel corporal, fisiológico o somático, y sus expresiones faciales o corporales observables.

Al igual que los naturalistas, los autores inscritos dentro del modelo interactivo o construccionismo moderado reconocen la base o sustrato neurofisiológico en la que descansa nuestra capacidad de sentir. Sin embargo, consideran que el objeto de estudio de la sociología debe dirigirse a los factores sociales que son los que han dado forma, significado, historia y consecuencias a la emoción. Es decir, reconocen que la emoción tiene dos dimensiones, la una neurofisiológica y la otra sociocultural, y que la sociología debe ocuparse del aspecto social de la emoción. Esta corriente es de hecho la más popular entre los sociólogos estudiosos de las emociones, posición en la cual destaca como una de sus pioneras Hochschild (véase bibliografía). El modelo interactivo o construccionista no radical invita a reconsiderar la experiencia emocional individual o personal, esto es, reconoce que cuestiones como el carácter, la personalidad y la historia de vida juegan un papel en la forma de sentir y expresar las emociones; sin embargo, concibe y enfatiza las emociones no como fenómenos psicológicos subjetivos sino como fenómenos socioculturales.

En particular, se interesa por el estudio de las emociones destacando el control social ejercido por discursos e instituciones sociales sobre la esfera emocional, pero también el manejo que los propios actores sociales llevan a cabo de sus experiencias y expresiones emocionales a partir de su interacción con el entorno social. De este modo parten de considerar que valoraciones y juicios otorgan significados cambiantes a las diversas emociones tanto como permean y regulan la expresión y vivencia subjetiva de las emociones.

Es decir, se parte de que las experiencias emocionales están codeterminadas en relación con las normas sociales, las costumbres, las tradiciones, las creencias en torno a las emociones mismas, las ideologías y prácticas culturales locales que promueven ciertas

emociones o limitan otras. Para dar sólo un ejemplo, en muchas culturas y sociedades sentir y expresar el miedo y otras emociones se asocia y se acepta socialmente más para el género femenino, y se reprime y reprocha más para el género masculino. Estos parámetros de la cultura emocional respecto del género inciden en las relaciones interpersonales (Sprecher y Sedikes, 1993) e incluso afectan tendencias generales del mercado de trabajo (Williams, 1995) y concepciones y cuidados en relación con la propia salud (Umberson, 1987).

Es importante señalar que muchos de los teóricos de la perspectiva construccionista hacen énfasis en el análisis de la función social de las emociones en términos del orden y del control social, ya que las experiencias emocionales implican y convocan connotaciones éticas y morales (Collins, 1984, Armon-Jones, 1986). El miedo, por ejemplo, es una de las emociones que están en la base de la cohesión y el orden sociales (Escalante, 1992).

La perspectiva construccionista radical otorga todo el peso a los factores socioculturales como determinantes de las emociones. Para McCarthy (1989) las emociones son procesos eminentemente sociales. Mathews (1992) sostiene que las emociones no son un estado interno del sujeto ni el producto de las propias acciones del individuo; son, por el contrario, causadas directamente por la interacción con otros. En su opinión no hay posibilidad teórica de preguntarse acerca de cualquier emoción que no sea socialmente formada y experimentada. En este sentido, la sociología no debe restringirse al análisis de algunos aspectos de las emociones, ya que éstas son por completo un fenómeno social.

A pesar de las diferencias entre las dos posturas construccionistas, ambas comparten la noción de que las emociones tienen que ver con la interiorización de valores. Las emociones constituyen también conductas aprendidas, entendidas y recreadas como respuestas adecuadas y típicamente esperadas dentro del entorno cultural. Tanto es así que cuando la respuesta emocional no es la esperada, el

sujeto que transgrede lo prescrito se hace objeto de alguna de las sanciones disponibles dentro del repertorio sociocultural: prohibiciones y presiones sociales de diverso tipo, reprimendas verbales explícitas e incluso castigos físicos. Aquellos que se inclinan más por posiciones del interaccionismo simbólico y la fenomenología, hacen más énfasis en la definición del actor de la situación y de los contextos específicos en los cuales surge la emoción.²

Ambas perspectivas coinciden en que las emociones interesan a la sociología en la medida en que éstas tienen consecuencias sociales; en la medida en que las emociones se originan a partir de la interacción social —la mayor parte de las emociones se originan a partir de y se dirigen hacia, un referente social—; en la medida en que son palabras las que usamos para nombrar —etiquetar— y dar sentido a lo que sentimos; en la medida en que la intensidad de lo que sentimos, su expresión y manifestación son procesos siempre controlados y adquieren significados dirigidos a partir de y en relación con nuestro entorno sociocultural.³ La sociología de las emociones busca entonces explicar los fenómenos emocionales con el uso de conceptos sociológicos adecuados y propios de esta área de conocimiento (McCarthy, 1989: 53).⁴

EL ESTATUTO TEÓRICO-METODOLÓGICO DEL MIEDO

El debate entre positivistas y construccionistas se expresa de modo mucho más pronunciado en torno a la naturaleza del grupo de emo-

2. Los teóricos que asumen estas perspectivas hacen más énfasis en la situación y la definición que el actor social otorga a dicha situación, que en los contextos sociales e históricos en los cuales tiene lugar y se recrea la cultura emocional. Para un análisis más profundo de los vínculos entre el interaccionismo simbólico y la estructura social véase Farberman, 1989; en relación al enfoque fenomenológico de las emociones, véase Denzin, 1990.
3. Estas perspectivas de interés hacen la distinción entre la sociología y las disciplinas que por tradición se han ocupado de analizar las emociones, como la psicología, el psicoanálisis y la filosofía.
4. Como subdisciplina propiamente dicha la sociología de las emociones surge a mediados de los años setenta, de acuerdo con Kemper (1990), y surge como respuesta a la "camisa de fuerza" de la sociología de los años sesenta a la crítica a la lógica lineal, al énfasis en los

ciones clasificadas como básicas o primarias,⁵ cuya expresión se refleja en la cara y en patrones de movimientos corporales y conductas que se expresan en prácticamente todo tipo de sociedades, en bebés y aun en animales y adquieren relevancia particular en este trabajo toda vez que

[...] el miedo es entendido por los naturalistas como el arquetipo de una emoción primaria, esta emoción podría aparecer como resistente a la explicación construccionista y merece particular atención Armon-Jones (1986: 62).

Por desgracia, los estudios acerca del miedo no parecen abundar aun dentro de la sociología de las emociones, que ha estudiado mucho más emociones tales como la vergüenza, los celos, el dolor, la ira y el amor; los psicólogos sin duda han sido los que más han estudiado estas emociones además del miedo, sobre todo en sus estados más intensos y muy poco en relación con la vida cotidiana y los estados medios, que son los niveles emocionales más comunes (Gordon, 1990). Es probable que historiadores y sociólogos franceses sean quienes más han estudiado el miedo con un enfoque que combina la psichistoria, la historia de las mentalidades y la historia conceptual.⁶

Por otra parte, los estudios referentes al diablo en América Latina y en poblaciones chicanas hacen énfasis en su relación con fenómenos económicos y étnicos (Taussig, 1980 y 1987; Limón, 1994).

niveles macro y al relativo menosprecio del análisis del sujeto como actor social, así como un interés por destacar con claridad que las emociones son un aspecto significativo de la vida cotidiana y del orden social. McCarthy (1989) señala que la emergencia de este campo es también explicable en un contexto en el cual a la vida emocional en sí misma se le atribuye un sentido y emerge como importante.

5. Tomkins (1982: 359) considera emociones básicas o primarias las siguientes: miedo, ira, regocijo, angustia, disgusto, interés, regocijo, sorpresa y vergüenza. Algunos teóricos hacen otra clasificación con ciertas variantes.
6. Basta revisar el magnífico trabajo de Jean Delumeau, *El miedo en occidente. Siglo XIV-XVIII* (1989), para conocer la gran cantidad de estudios franceses referentes al tema.

Pero en cualquier caso, considero que el entendimiento del substrato orgánico del miedo no agota de ningún modo la comprensión de esta compleja emoción que, sin duda alguna, no puede ser comprendida al margen de los factores históricos y socioculturales, toda vez que éstos inciden con fuerza en la definición —evaluación— de qué fenómenos, objetos o situaciones inducen el miedo, y las respuestas socialmente apropiadas para cada fuente generadora del mismo.

De hecho, una vez analizados los diversos fenómenos inductores del miedo, resulta claro que más que referirse al miedo en general, es necesario hablar de miedos, analizando de manera específica cuáles son las fuentes que los producen y cómo varían en el transcurso del tiempo, cuál ha sido la significación de estas fuentes en términos de la cosmovisión y las formas de poder y autoridad prevalecientes, cuáles son las respuestas socialmente entendidas como apropiadas en relación con dichas formas.

El análisis del miedo requiere en suma considerar la enorme complejidad no sólo de manifestaciones sino de las razones o fuentes inductoras que lo provocan, la interpretación que les acompaña, su significado y sentido dentro de una cultura determinada.

Por lo demás, considero importante subrayar el análisis de cómo las fuentes de miedo y su significación varían en la historia y en relación no sólo con los cambios globales de la vida económica y social sino también y desde una perspectiva horizontal, con categorías tales como estrato social, nivel de educación y género, que son las que aquí se analizan.

En el poblado en estudio identificamos básicamente tres áreas o campos de la acción social que tienen relación con la generación del miedo: los miedos relacionados con fenómenos naturales (en situaciones de sismos, oscuridad y aislamiento durante la noche, y ante la presencia de animales silvestres que cohabitan los espacios domésticos). Los miedos relacionados con fenómenos sobrenaturales, en

particular ante las apariciones del diablo y las ánimas. Los miedos relacionados con el orden social, sobre todo a la presión social —miedo “al qué dirán”.

Por otra parte, y retomando de manera breve la discusión de los modelos teórico-metodológicos antes señalados, resulta interesante observar que en relación con ciertos miedos respecto de los elementos naturales, que podrían ser impermeables a los procesos culturales, esto es donde la condición de vulnerabilidad del ser humano adquiere presencia y significación —momentos y situaciones donde en apariencia es sólo la sobrevivencia física lo que está en juego—, ante estas circunstancias pareciera acrecentarse nuestra condición de seres biológicos y dar lugar al miedo propiamente instintivo. Sin embargo, aun en estas circunstancias los factores culturales no dejan de tener una participación en las distintas dimensiones de la emoción, en la propia génesis y orientación del miedo y en el uso de herramientas culturales para enfrentar la amenaza natural. En otras palabras, tanto la condición biológica como la cultural y la subjetiva participan en la experiencia de miedo ante fenómenos naturales. Después de todo, el ser humano es la única especie animal que tiene la capacidad de prever y anticipar la muerte como algo inevitable y a la vez impredecible en su momento y circunstancias, por lo cual desarrolla rituales, prácticas, creencias, herramientas e instrumentos diversos que le ayudan a soportar y sobrellevar esta conciencia. Desde el desarrollo de la conciencia y práctica religiosa, usos y prácticas tecnológicas, hasta pequeños objetos mágicos como los amuletos, son parte de una amplísima gama de objetos y prácticas culturales que buscan contrarrestar y aligerar el peso del significado de la muerte y su condición de inevitable.

Por lo tanto, analizar el miedo o los miedos en una sociedad particular permite observar cómo las fuentes del miedo, aun las naturales, no constituyen estímulos que provocan una reacción —aun cuando dicha reacción presente características universales— sino

que, muy por el contrario, son objeto de interpretación social, tanto como la forma de respuesta ante ellas varía de acuerdo con los factores socioculturales y económicos que diferencian a los miembros de esa sociedad en particular. Para poner otro ejemplo, las instituciones de educación formal han modificado de manera sustancial la explicación de fenómenos tales como sismos y han enseñado, mediante prácticas específicas, simulaciones y más, a controlar el miedo personal en tales situaciones, tanto como a prevenir el pánico colectivo.

LOS DISCURSOS EN TORNO AL DIABLO

El diablo es una figura mítica bíblica, tanto en su origen como en su desarrollo no puede ser disociado del lenguaje religioso, está relacionado con el origen mismo de la humanidad, según la concepción judeocristiana. No obstante, el lenguaje religioso mismo respecto del diablo ha variado quizás en todo el mundo, pero es palpable en el poblado en estudio. La antropología fue sin duda la primera disciplina científica en abocarse al análisis del mito; hoy día, filósofos, lingüistas, sociólogos y psicoanalistas se han preocupado por analizar los mitos desde su propia perspectiva disciplinaria. Comparto la concepción de Eliade (1991), quien considera que los mitos son reales por contraposición a su mundo plagado de fantasmagoría e irrealdad. La mayor parte del pensamiento no es lógico sino analógico, metafórico y simbólico, como lo plantea Lévi-Strauss y que con gran acierto destaca Burton (1995: 53): el mito es la naturaleza simbólica de la verdad de la existencia humana. La capacidad del mito tiene un enorme valor porque trasciende lo consciente. Los mitos son producto del inconsciente, afinados y modificados por el consciente.

De manera breve quizás podamos considerar que las palabras mito y diablo, están asociadas a supersticiones, fenómenos sobrenaturales imaginarios, tradición y cultura popular, en particular para las

mentales laicas, urbanas y modernas que ya no creen mucho en la existencia y trascendencia del diablo y asocian su imagen con la ignorancia fantasiosa del pueblo, alegóricamente equiparable quizás a la inocencia de los niños. Empero, el diablo no es sólo un mito bíblico, es también fruto de la creación y recreación de los grandes teólogos de la religión occidental, que sin duda son al mismo tiempo los grandes filósofos de la Europa medieval y renacentista, en la tradición cristiana y en la protestante: san Agustín, santo Tomás, Calvino, Lutero, para mencionar quizás los más conocidos (Burton, 1995).

En torno al diablo se han escrito discursos trascendentes y respetables, y de hecho ni su presencia ni la iconografía demoníaca ni la imaginaria que lo han acompañado tienen un carácter en exclusiva popular, han sido históricamente más bien las elites eclesásticas, sociales e intelectuales de la cultura occidental quienes han contribuido, y quizás mucho más que el pueblo campesino, a la reificación y expansión del mito diabólico originario y bíblico (Delumeau, 1989).

No obstante, en la cultura local lo que se percibe no es el eco de estos discursos eruditos, sino el mito original, bíblico, que ha sido transmitido por los sacerdotes de la localidad, un discurso básicamente oral que cambia, y al cambiar se adapta a los tiempos, a la vez que resiste los embates de la ciencia y de la educación, de la que están privados la mayoría de los habitantes.

El nuevo discurso religioso, que hoy en día comparten los estratos sociales más educados y de mayores ingresos en el poblado, consiste básicamente en considerar que el diablo es interno al individuo. Puede incluso no existir como diablo en sí mismo, pero sin duda que en tanto mal ya no necesita ser corporeizado, personificado, "aparecer". No se sitúa por fuera del sujeto de manera objetiva e independiente: ahora está en el interior de cada uno de nosotros, representa al mal y se objetiva en las acciones incorrectas y mal intencionadas.

El resquebrajamiento del discurso dominante y homogéneo tres décadas antes y, sobre todo, el cambio de viejas prácticas de socialización infantil vinculadas a una estricta disciplina y una cultura del temor intensa, dan paso a una nueva cultura donde la educación y la coerción mediante el miedo y la amenaza no son valoradas y aceptadas como lo fueron hasta la década de los años sesenta. Este cambio de la cultura local y de las nuevas generaciones es parte de ese proceso de fragmentación y heterogeneidad actual de la cultura local, lo cual habla no únicamente de sentimientos y de emociones sino de mecanismos por los cuales los discursos sociales legitiman no sólo la emoción sino su fuente y su instrumentalización. Pero estos cambios también son reflejo de la resistencia de aquellos a quienes todavía se les aparece el diablo, de la sobrevivencia y recreación del *viejo* diablo por encima de los círculos del saber y del poder.

Así, ahora y como una tendencia general se podría decir que en la cultura local la creencia en el diablo es una cuestión dispersa, difusa, arbitraria, en parte es "ilícita", no tiene eco en los discursos científicos transmitidos en la escuela, pero tampoco en la religión católica ni en prácticas de brujería, o magia que no existen en la localidad. En efecto, esta nueva concepción religiosa parece mucho más comprensiva para los sectores con mejores recursos económicos y sobre todo para aquellos que han recibido una educación formal, pero aún más, ha afectado de modo diferencial a los tipos de diablos que han atemorizado de manera colectiva e individual a los habitantes del poblado.

Por ejemplo, el trote del caballo, antes experiencia frecuente, colectiva e interclasista, pierde frecuencia e intensidad, tiende a desvanecerse, en tanto que la presencia física del diablo es todavía más común entre los sectores más empobrecidos, pero por sobre todo afecta de modo muy diferente a hombres y mujeres, y se relaciona de manera más estrecha con la masculinidad y las normas contradictorias de la sexualidad.

REPRESENTACIÓN Y SIGNIFICACIÓN DE LOS MIL DIABLOS

¿Pero quién o qué es en concreto el diablo desde la perspectiva sociológica y cómo explicar los cambios en la percepción y relación con él en el transcurso del tiempo? Burton se ocupa de la historia del concepto del diablo, en su opinión: no hay ninguna definición objetiva del diablo; el diablo sólo puede definirse históricamente; la definición histórica del diablo puede obtenerse en referencia a las definiciones del mal, que a su vez son existenciales; el diablo es la personificación de lo que se percibe, en lo social como malo, y el concepto del diablo consiste en la tradición o las tradiciones de las percepciones de esa personificación (Burton, 1995: 46).

Así pues, el diablo concentra, personifica y representa al mal en contextos sociales e histórico particulares. Nuestra tarea es entonces observar en concreto qué o a quién representa al diablo y la forma y circunstancias en las que se aparece.

En el poblado en estudio las apariciones diabólicas ocurren de tres modos distintos. La primera clasificación puede hacerse a partir de los sentidos que participan en ellas y que están a su vez relacionadas con la significación de su presencia, la frecuencia, historicidad e intensidad del miedo que producen: la primera se percibe en el ambiente, el aire se enrarece, hay algo extraño e inusual, se capta casi como experiencia extrasensorial, su presencia se presiente, se infiere de otras señales indirectas, como la alarma y conducta inusual de los animales domésticos. Con frecuencia esta experiencia se anticipa o acompaña a la audición del diablo o bien, es vivida por aquellos familiares que reciben y ayudan a quienes acaban de tener una experiencia visual directa de la presencia física del diablo.

EL CABALLO DEL DIABLO Y LA CULTURA CAMPESINA AVASALLADA

El segundo diablo se percibe a través del sentido del oído: es el diablo objetivado en el falso caballo o el charro que monta el caballo y que solía transitar por la calle más vieja y tradicional del poblado a las 12 de la noche. Hoy transita todavía para algunas pocas personas, residentes de la parte más alejada del centro, donde habitan sectores populares. Señalaré sus características generales, haciendo énfasis en el carácter eminentemente colectivo de sus apariciones:

- No se le aparece a nadie en particular, transita sobre todo por una sola calle perteneciente a todos que es, *de facto*, territorio colectivo. A diferencia de este diablo, el diablo que es visto se aparece a sujetos específicos a los cuales, como veremos, le une algo personal que posibilita el contacto visual.
- El caballo del diablo transita movido por su propia voluntad, su presencia no obedece a la acción de quienes lo escuchan, nadie convoca ni nadie provoca su recorrido, tampoco nadie se siente en lo personal responsable o involucrado de modo individual, aun cuando en definitiva a todos atemoriza.
- Se oye de manera colectiva (lo cual ocurre también con las esporádicas visiones del diablo grupales), tanto al interior de la familia como en el territorio de la cuadra, en el viejo trayecto que recorría o que recorre, todavía, para algunos.
- No le dice nada a nadie en particular, es simplemente casi como otro habitante más, pero un habitante nocturno y misterioso que deja oír el ruido de sus herraduras, o mejor aún de las potentes herraduras del caballo, y para algunos también de cadenas que arrastra; a veces puede involucrar al jinete, pero no siempre. El trote del caballo es tan evidente e imponente que se infiere con

facilidad su gran tamaño y se aduce que su color es siempre negro.

- Finalmente, como colectiva es su percepción auditiva, colectiva es la manera de ahuyentarlo: basta rezar para conjurar su paso nocturno. En el imaginario colectivo rezar previene al diablo no de desaparecer, ni siquiera de no regresar, pero sí lo previene de no entrar a la casa de quien reza, se ruega que siga derecho, que siga su camino.

Un análisis comparativo en relación con las edades de los entrevistados esclarece una línea, o más textualmente dicho, un sonido que se desvanece, la narración de las experiencias de la gente mayor, al margen de su clase y género, recrea de manera vívida el trote del caballo del diablo, es tan fuerte que casi puede oírse, aterroriza sin ensordecir. Su narración de los hechos es la de un testigo presencial.

Sin embargo, para la gente que en 1988 estaba en la medianía de su edad, el trote es sólo un eco, es una experiencia que le narraron, algo que le contaron de modo tan serio que ciertamente lo menciona de inmediato, le produjo miedo y cree que fue real. Casi no importa si lo oyó o no. El trote del caballo formó parte de su vida, era una especie de presencia tácita, de amenaza virtual pero permanente.

Cuando se pregunta a los más jóvenes acerca de sus experiencias de miedo, ni se les ocurre contestar acerca del caballo nocturno y sus poderosas y temidas herraduras, hay que preguntarles de modo directo ¿has oído al diablo?, ¿has sabido del diablo que pasaba en las noches a caballo? Su respuesta siempre es no. Algunos de ellos desconocen incluso la narración e invariablemente dudan de su realidad.

Si bien es cierto que los mitos cruzan fronteras y pueden conservar una gran semejanza en culturas por completo disímiles, considero que el mito del diablo a caballo vivió un proceso de reificación mediante las diversas experiencias históricas de violencia y opresión que la cultura local campesina ha vivido. El diablo montado

a caballo, mito ancestral y ampliamente diseminado en diferentes partes del mundo, se ve reificado en el temor a la otredad, pero a una otredad muy particular que hace referencia más directa a los sufrimientos vividos por la población local debido a la violenta presencia de los ejércitos que venían del centro y el norte de la república en la etapa revolucionaria, en particular a partir de 1914. La revolución mexicana llegó de fuera, llegó a caballo y en la memoria colectiva de los ancianos se asocia con experiencias de impotencia y miedo: llegó para robar sus graneros, violar a sus mujeres y hacer leva con sus hombres jóvenes. Por si fuera poco, llegó para imponer un gobierno revolucionario que transformó las relaciones sociales basadas en el gran latifundio, repartiendo tierras que sólo los campesinos de la mediana social —asociados a la actividad comercial y la arriería— deseaban en tanto que los campesinos más pobres rechazaban y temían tomarlas por considerar que no les pertenecían.

Las consecuencias de la revolución al crear el ejido (1916) y afianzarlo como institución revolucionaria, la guerra cristera (1926-1929) y la segunda cristiada (que en la localidad perduró hasta 1939, sobre todo en el terreno ideológico y político) fueron movimientos asociados al cambio de la estructura agraria, pero también a la lucha ideológica y cultural en el terreno de la educación. Fue un largo periodo donde el agrarismo y la educación estuvieron asociados al anticatolicismo y anticristianismo: "el diablo andaba suelto". En esta época, el diablo a caballo transitaba de manera cotidiana la calle principal y más antigua del poblado. A pesar de que el recuerdo del trote del caballo no puede ser precisado en una fecha específica, podría decirse que los recuerdos en torno a este diablo coinciden con la época pasada en la cual el templo de la localidad fue literalmente habitado por el ejército y sus caballos.

Décadas después, el diablo a caballo continúa apareciendo, pero sólo en torno a la calle más vieja del poblado y en su parte más antigua y pobre. Su frecuencia ha disminuido. En este sentido, el diablo

a caballo como imagen del mal ha vivido un proceso de desvanecimiento que tiene todavía cierta vigencia para los sectores pobres de la población. La creencia en el diablo a caballo tiene poco eco en las clases medias y altas. Sobre todo a partir de uno de los cambios estructurales más importantes para la economía y la cultura locales, la introducción de la energía eléctrica en 1959 y una serie de cambios socioeconómicos que ocurrieron a partir de los años cincuenta, en particular en los sistemas de comunicación y la educación. Su presencia era mayor cuando "no había luz" y cuando "había mucha ignorancia".⁷ Este desvanecimiento del caballo del diablo y su charro —sobre todo esta última representación—, muestra el proceso de diversificación de las interpretaciones del diablo en la cultura local, cuya característica actual es la fragmentación del discurso, reflejada en particular entre los sectores más jóvenes, los profesionistas y las clases más acomodadas.

LA PRESENCIA FÍSICA DEL DIABLO: MASCULINIDAD Y TRANSGRESIÓN

El otro diablo es en concreto la visión física, presencial del diablo, su corporeidad adquiere casi siempre dos formas: animal y humana. Esta última puede ser masculina o femenina. En su forma masculina es casi sin variación un catrín elegante y forastero. En lo que sigue analizaré sobre todo las tendencias generales y las significaciones de la presencia femenina del diablo.

El miedo a ver al diablo constituye la experiencia más temida y vinculada de manera más directa con el análisis por género. Ésta es la más terrible de todas las experiencias atemorizantes y tanto como el catrín, ocurren siempre a los hombres de la localidad. Sólo una de

7. Opinión de dos mujeres entrevistadas de avanzada edad y con altos ingresos familiares, residentes en la zona central del poblado.

las mujeres entrevistadas me contó que una amiga suya había visto el caballo que arrastraba cadenas. Ésta sería la única narrativa que se refiere a una experiencia en la que una mujer ve al diablo. Ante su presencia, no hay otra reacción sino la paralización o la huida despa-
vorida. Si juzgamos la intensidad del miedo por sus efectos psico-
somáticos, esta visión es la que da lugar a un terror que logra en los
hombres transformaciones físicas que parecen hablar por sí mismas
del terror experimentado: pierden el control de los esfínteres, sudan,
se paralizan se les enchina la piel, se les paran los cabellos, incluso
logra enfermarlos de fiebres y diarreas durante días, puede hacer que
la mandíbula se salga de lugar. La experiencia de ver al diablo puede
ser breve en el tiempo pero tremendamente intensa, perdura en la
memoria de quienes lo han visto, como una experiencia crucial en su
vida.

Ninguna otra de las fuentes de miedo analizadas tiene tanta
significación moral ni está tan fuerte y directamente asociada al mal
o, más en concreto, a las malas acciones del sujeto que lo ve, como
las apariciones físicas del diablo de las que hablaremos aquí. El
distintivo básico de este diablo que se ve, es precisamente la carga
moral asociada a partir de los sentimientos y las acciones de la
persona que experimenta el verlo. El diablo que se ve tiene relación
con "yo hice algo malo"; no ocurre así ni con el caballo del diablo
ni con las ánimas, las cuales pueden tener una carga moral pero es
externa al actor que vive la aparición, el ánimo tiene vida propia y
no tiene relación alguna con la acción o acciones del sujeto. El ánimo
aparece a partir de sí misma y del espacio "marcado", pero siempre
es exterior al individuo. Con frecuencia el ánimo sugiere que ahí
donde aparece es porque debió pasar algo malo, pero esta precondi-
ción tampoco es indispensable para su existencia, el ánimo simple-
mente puede aparecer en cualquier lado, a cualquier hora.

Los hombres que experimentaron la visión del diablo tienen
inmediata conciencia de su actuar "mal", esta conciencia surge en el

actor como miedo intenso o terror en el momento mismo de la aparición, pero se transforma en acción reflexiva, toma cierto tiempo para madurar, su plena conciencia es posterior a la aparición.

Así, la presencia del diablo sólo la experimentan aquellos que *de facto* están cerca del diablo, cerca del mal y, por consecuencia, alejados del polo opuesto, de Dios y del bien. La visión del diablo es un espejo del lado oscuro de sí mismo. Por eso a la aparición del diablo le sucede la oración desesperada, y una de sus consecuencias en ocasiones es un acercamiento más duradero con Dios, a la oración profunda, el sujeto que postrado muestra a Dios su arrepentimiento total, implorando ser de nuevo aceptado en el mundo luminoso del bien, a donde el sujeto, después de la visión desea pertenecer por siempre. La narración de la visión es, por otra parte, aleccionadora para que hijos y otros escuchas corrijan sus conductas indeseables.

El diablo siempre se aparece en el espacio público, se aparece, por decirlo de algún modo, en el lugar de los hechos, siempre lo hace en espacios abiertos, nunca en el interior de las casas, puede ser el patio, a diferencia de las ánimas que incluso hostigan a la gente en sus camas. La presencia del diablo tiene una relación directa con el aquí y el ahora y a lo sumo el pasado más inmediato. Su visión puede ser instantánea, pero en ocasiones el diablo persigue a las personas, que huyen en una carrera despavorida hasta su propia casa, en la que jamás entra. En el interior de la casa el sujeto está protegido, ha llegado quizás al sitio donde precisamente el diablo le recuerda que es donde debe estar, el lugar donde habita la familia, sobre todo la madre o la esposa.

Por otra parte, la presencia del diablo y del mal en general, en la casa es socialmente prevista y se toman las medidas preventivas o precautorias de modo anticipado, recurrente y tradicional y esto de modo transclasista, ya que se acostumbra bendecir la casa, encender veladoras, colocar diversas imágenes religiosas en puntos estratégicos, etcétera.

Uno de los aspectos más interesantes desde el punto de vista sociológico es el análisis de la situación y la forma en la cual se aparece el diablo; su presencia remite al estado físico pero también al estado moral en el que se encuentra el sujeto al momento de la visión. Ambos, situación y forma de la presencia, están estrechamente relacionados: implican la transgresión del orden social, pero ¿qué tipo de transgresión?

En primer lugar es la forma típica de la transgresión social masculina, que sin duda explica que sólo los hombres ven al diablo en determinada presencia. Se vincula de modo directo con el consumo del alcohol, a veces sólo con él, pero también con la sexualidad desenfadada o la sexualidad por fuera de las reglas sociales que lo circunscriben al matrimonio, la sexualidad desligada de la reproducción y la familia, por lo tanto ligera, del placer pasajero y lujurioso. En ocasiones la visión del diablo se presenta cuando alcohol y mujeres están asociadas directamente en la misma situación.

La encrucijada de la masculinidad planteada coloca al hombre en una cuerda floja, siempre entre abismos, entre dos formas de ser, a la vez aceptadas y reprochadas socialmente en el poblado.

Las apariciones diabólicas asociadas con la transgresión masculina derivan de la noción de masculinidad que prevalece en la cultura local: al hombre le es socialmente permitido el acceso al alcohol y a los prostíbulos. No es sólo que el hombre, por supuesto, tiene socialmente más libertad, es que la libertad le es socialmente concebida en razón de que él en lo sexual es más "animal", él es más naturaleza, su sexualidad se impone sobre su razón, incluso sobre sus sentimientos. En el hombre la sexualidad se concibe como pura, desarraigada, instintiva. Éste es el marco referencial que hace que la infidelidad masculina y el consumo de alcohol sean soportados: "es hombre" se dice y con eso se explica todo.

Así, y dentro de estos parámetros culturales, el hombre ¡cuando es macho! es situado cerca de la animalidad, su sexualidad es poten-

cia, fuerza, vitalidad desatada y desenfrenada. No obstante el encuentro con esa sexualidad entendida como típicamente masculina y *de facto* socialmente aceptada, es sin duda el encuentro con el caos, el desorden social y familiar, es el sujeto desprendido de su ser social, de su nombre propiamente, de su papel social, de su papel de buen hijo, de esposo, padre y proveedor. Patéticamente al ser "él" se convierte en "otro".

Patéticamente también esta concepción de la masculinidad asociada más al machismo que a la hombría, lo persigue todavía cuando asume en pleno su papel social, pues el buen padre, el esposo proveedor, que no bebe y que no tiene mujeres es de nuevo rechazado, es convertido sin más en "mandilón". No pierde su masculinidad, pero ésta está subsumida, él está dominado en el espacio doméstico, atado a la mujer de la casa y por lo tanto sujeto a la burla social; ser débil en el mundo doméstico es estar debilitado por lo mismo en el mundo público.

Quizás sólo por esta enorme dualidad que contiene el discurso y las prácticas asociadas con la masculinidad en la cultura local, es posible entender que a pesar del susto terrible que viven los hombres cuando ven al diablo, ellos con frecuencia se "componen", pero también con frecuencia sucumben, "vuelven a las andadas" después de un tiempo.

Quizás porque la transgresión masculina es socialmente permitida, es también la más frecuente y la más temible a nivel sociológico y la que provoca consecuencias reales para la vida cotidiana: produce sufrimiento a la mujer, implica un acto de infidelidad en términos de las relaciones amorosas, pero también puede implicar el abandono de las preocupaciones familiares, un atentado real contra la sobrevivencia y calidad de vida de sus miembros, etcétera.

El consumo de alcohol y la desviación del dinero al pagar prostitutas implican una derrama económica muy seria cuando se trata de hombres jornaleros de escasos recursos económicos, cuyo ingreso no

permite el gasto suntuario o la acumulación, de hecho el ingreso salarial sólo permite vivir al día. Las consecuencias reales no sólo se limitan al día que el hombre se emborracha sino también al menos al día subsecuente, pues con frecuencia los hombres no asisten al trabajo, pierden el jornal para "curarse la cruda". Por otra parte, no han sido pocos los "casos ejemplares" y aleccionadores para los jóvenes que están pasando por la adolescencia, acerca de que fulano o Zutano "se acabó su fortuna en el vicio y las mujeres". No han sido pocos tampoco los que se han ido y continúan yendo hasta por 15 días a los prostíbulos de Colima, tomando y despilfarrando el producto de la venta de la cosecha del ciclo agrícola, o endeudándose por tal motivo.

EL DIABLO, LAS MADRES Y LAS ESPOSAS

Pero el análisis de la visión del diablo en relación con el género no se limita a que la experiencia es sobre todo masculina sino a la importancia del papel femenino en esa experiencia.

A lo largo de la historia, la mujer ha fascinado y ha resultado diosa, reina y objeto del amor y el deseo masculino, ha sido también depositaria de la maldad y la tentación de la cual el hombre es víctima. Delumeau (1989: 475) encuentra en el discurso sobre el diablo un discurso misógino, un antifeminismo agresivo que expresa un miedo que va más allá del miedo a la castración identificado por Sigmund Freud. La percepción masculina deposita en la mujer lo misterioso y lo oculto, como el útero, vientre nutricio y madre tierra, lugar oscuro como la sepultura; contiene lo repulsivo, como sus olores y secreciones, sus flujos menstruales, el líquido amniótico y misterio de vida, el parto mismo. Todas estas características implicaban periodos durante los cuales las mujeres eran excluidas, aisladas y sólo recibidas después de ritos de purificación.

Desde los estereotipos tradicionales y socialmente contruidos en torno a la mujer, ésta es también naturaleza, pero una naturaleza diferente, la mujer es por esencia cuerpo, carne y sexualidad, tentación asociada con el pecado. Su debilidad las hace presas fáciles para ser tocadas y poseídas por el diablo, se convierten en perfectas intermediarias del mal, su emocionalidad abrupta y descontrolada, además de su debilidad intelectual, la hacen ceder con mucha más facilidad ante los poderes diabólicos. Eva es la agente intermediaria del diablo desde el mito fundacional, introduce en la tierra el pecado, la desgracia y la muerte.

En contrapartida, la espiritualidad y la racionalidad le pertenecen al hombre. En última instancia es el hombre quien fue creado a la imagen de Dios; la mujer es un ser inferior que debe someterse y dominarse. Por otra parte, la mujer, como esposa o amante (Delumeau, 1989, no menciona a la madre) es vista como la carcelera del hombre, exige de él cosas contradictorias y caprichosas, lo quiere un héroe en la vida pública, pero desea que permanezca en la casa.

Quizás ese mismo tipo de inconsciente y de imagen de la mujer subsiste en la cultura local, pero contradictoriamente, en referencia a la visión del diablo, la imagen de la mujer se bifurca, se divide convirtiéndose en polos del bien y del mal, de la naturaleza y la sociedad, de la impudicia extrema o la moral suprema, y por ambas formas contradictorias lo femenino está presente en la visión del diablo.

Hemos dicho que el diablo adquiere forma de mujer, pero ¿qué tipo de mujer? Siguiendo el patrón general del miedo del cual se ha hablado, es sin duda una mujer forastera, guapa, catrina. Es la mujer pública en un sentido general, está en espacios públicos y a las horas "inadecuadas" y en una situación también "inadecuada", está sola, no hay chaperón que la proteja y ahuyente y frene el "legítimo" acoso masculino. Ella es "otra" diferente a las mujeres del poblado. Es la imagen de la mujer fácil, lujuriosa, la mujer que provoca, que seduce,

sea por su ropa, su caminar, su soledad, y sobre todo que se las identifica sexualmente activas.

El diablo que se aparece lo hace en la figura de una mujer opuesta a la madre y a la esposa, es en esencia una mujer "mala", y en eso consiste precisamente su maldad, en tentarlo, en alejarlo de las mujeres buenas, de la vida doméstica, de la sexualidad regulada e institucionalizada.

Pero el diablo que se ve en forma de este tipo de mujer, induce al mal en el mismo momento en que lo previne y lo evita, no logra que los hombres consuman su intención, su presencia es a tal punto obvia y extraña, que el ambiente se empieza a sentir raro, un viento frío impregna el ambiente, los animales se comportan de modo inusual, la mujer pronto se transforma en un ser indescriptible o pavoroso.

La visión del diablo implica un castigo y siempre conduce al arrepentimiento. La dualidad de la figura de la mujer en este caso es patente, se presenta en forma femenina, pero no hace otra cosa que remitir al hombre hacia la mujer que expresa el ámbito de la cotidianidad y la reproducción: hacia la madre y hacia la esposa, y al final son ellas las que resultan triunfantes del encuentro.

Así este diablo que se aparece es un magnífico aliado de las madres y esposas, al parecer las mujeres saben esto de modo consciente o inconsciente. En situaciones desesperadas ellas mismas amenazan con el diablo y esa amenaza funciona como una especie de convocación que surte efectos, al parecer inmediatos, como se aprecia en el siguiente extracto:

Un día mi papá le dijo a mi mamá: "Quiero que me planches ropa", y sí le planchó ropa mi mamá, que estaba hincada, me estaba esperando a mí, y que le preguntó: "¿A dónde vas?" Y él le dijo que "a un baile". "Pues ojalá el diablo se te aparezca en alguna de las que andas pensando", le dijo mi mamá.

Total, se fue al baile, pero en el apogeo de la música del baile agarró a una mujer y empezó a bailar, y dicen que a media pieza se empezaron los ojos a hacer más grandes y más grandes [los de la mujer], y que empieza un borlote [pleito] y mi papá dice: "Salté para afuera; yo me voy a salir, y ahí me fui pa' tras", y siguiéndole el borlote. Cuando llegó al mesón y tenía que bajar un arroyo para subir pa' irse para su casa, pues en el arroyo se le cayó la pistola y al agacharse, cuando se enderezó estaba un cuerpo atravesado, y dice: "Caf de maroma otra vez y me levanté y me fui".

Y cuando llegó a su casa dice que estaba mi abuelita rezando porque se oía una ladrera de perros y una cantadera de gallinas, y que le dice: "¡Ay, algo traes, ha de andar el diablo por ahí!" Y dice que nomás llegó mi papá y que le dijo: "Madre, rece", dijo mi papá, y ya se agarró mi abuelita echando agua bendita, y mi mamá rece y rece, y ya lo metieron bien herido. El diablo que lo traía en el cuerpo. "Si tú madre me dijo: 'Ojalá y el diablo se te aparezca y en figura de las que andas pensando'".

[¿Y él comentaba lo que le pasó?]

Si él nos contó después "Ay, el diablo ya me traía y ya me andaba". Es que ya cuando se salió del baile se le v'ía [veían] así los ojos a la mujer, que la larga allá, y estaba lejos de su casa, que la larga y dice: "ai vengo ai vengo, corre y corre, y el pleitazo detrás de mí", del diablo que lo traía, lo siguió hasta su casa.⁸

De hecho, la evocación de la mujer y de las razones por las cuales el diablo aparece podría considerarse como una acción contrahegemónica de la cultura masculina, un mecanismo de protección familiar, educativo y personal contra la perdición por el alcohol, el vicio y la prostitución. La mujer es aquí también quien induce al bien, al

8. Esta narración corresponde a una mujer de 70 años en el momento de la entrevista, ama de casa y con escasos ingresos familiares.

orden social y por fin a la civilización. La madre y la esposa conducen así la animalidad masculina al mundo social y sobre todo al control de sí, propiamente al alejamiento de su naturaleza, al rencuentro con su papel social.

Por otra parte, la visión del diablo aparece también asociada con la desobediencia a la madre. Convocar la presencia del diablo es también funcional como auxilio materno para que los hijos varones corrijan sus conductas inapropiadas.

[¿Por qué crees que se aparece (el diablo) ahí?]

Pues dice la gente que porque los hijos son muy rezongones; por ejemplo, al muchacho que se le apareció, él tomaba mucho y su mamá le dijo: "Se te va a aparecer el diablo por rezongón", y que un día lo dejó a las 12 de la noche y le quitó la luz y que él veía al diablo; era el diablo, porque nadie se metía ahí, era en la noche y estaba bien catrín, y luego él le dijo a su mamá, y dos muchachos salieron y no vieron nada, y luego él volvió a ir al patio y lo veía y lo veía.

[¿Él estaba borracho en ese momento?]

Sí, pero en ese momento se le quitó; porque lo vio y se le quitó.⁹

Hasta los años setenta todavía con gran significación, hay cierta relevancia en la cultura local acerca de la maldición de una madre, en particular referente a la desobediencia, que en sí misma podía ser considerada como una acción cercana al pecado.

[¿Y tú solamente has visto ánimas o alguna vez has visto al diablo?]

Una vez que me echó mi mamá la maldición porque andaba borracho.

9. Extracto de entrevista correspondiente a una empleada doméstica de 17 años, con un ingreso menor al salario mínimo.

[¿Qué edad tenías?] Andaba como en los 22 años, por ahí.
[¿Cómo fue eso?]

Eran las 12 de la noche y que agarro la mula y me salgo a la cantina [...] y llegué aquí como a las tres. Y ya iba entrando al corral cuando que lo vi en una rama del guamúchil éste que está ahí, en forma de chango, con cuernos y cola, y que me bajo rápido. En cuanto me bajé, la mula salió en chinga, brincó los alambres la mula. Y yo salí sin correr pero sentí los pelos cómo se me enchinaban y mi mamá me dijo: "¿Qué tienes?" Y yo le dije: "nada" y me dijo: "¡ira, cabrón, ¿qué tienes?" Y le dije "Lo que me dijiste me salió", y le dije "mañana busco la mula" y me aventé un litro de alcohol puro y no se me podía controlar el escalofrío y tenía un temor, y ya al otro día salí a buscar la mula y la hallé hasta el tercer día; esa noche se me hizo larga, no dormí nada, cerraba los ojos y no podía dormirme; total que quedé enfermo de los nervios. Desde entonces ya no puedo tomar, me pongo muy malo, ya veía culebras por aquí, el diablo por allá, y le dije a mi mamá "Ahora sí, yo ando bien malo, mire al diablo, ahí está."

Al día siguiente me calmé pero andaba nervioso, y no me sentía competente para buscar la mula, iba cortito, no lejos, y a los tres días encontré la mula ya sin nada, le habían robado la silla. Ya le digo que sí, que la maldición de una madre sí se cumple para que no hagan nada así.¹⁰

CONCLUSIONES

Para las clases medias y en particular para los y las profesionistas, el diablo es producto de la imaginación o de la sugestión, su concepto ya no está vinculado a la visión tradicional —propia del viejo discurs-

10. Extracto correspondiente a un hombre casado de 37 años, jornalero agrícola.

so oral religioso y de la cosmovisión religiosa popular—, que concibe al diablo como un habitante del submundo, una figura que representa al mal, pero que también se encarga de efectuar el castigo llevando al infierno las almas de aquellos que transgreden el orden moral y las prescripciones religiosas. La nueva concepción del diablo —incluso ajena al punto de vista erudito y bíblico aún hoy en la Iglesia católica— es la representación y simbolización del mal que no necesariamente se objetiva en una figura o personaje mítico sino que en tanto símbolo habita entre nosotros y en nosotros, constituyendo parte de la naturaleza humana, una parte que debemos negar, dominar y controlar.

Para los entrevistados mejor acomodados en cuanto a lo económico, sin importar edad ni género, y que habitan sobre todo en la parte central del poblado o en colonias tipo suburbio, el diablo a caballo, que los más viejos afirman haber escuchado y excepcionalmente visto por sí mismos, no es más que una experiencia del pasado que estuvo ligada a la ignorancia y a la falta de alumbrado público.

Para finalizar, la intensidad del miedo experimentado ante la presencia del diablo está en relación con el tipo de presencia: auditiva o visual. Cada una de ellas ocurre en situaciones y con significados diferentes. La presencia auditiva es colectiva y virtual, produce temor pero no terror. Por el contrario, la presencia visual es “profundamente real”, su frecuencia es mayor y sin duda mucho más o por completo asociada a experiencias masculinas. Este terror tiene una connotación moral, es vivido *de facto* como un castigo por lo regular derivado del consumo de alcohol y de relaciones ilícitas con mujeres. Por otra parte, en ocasiones ocurre como efecto de una amenaza, una convocación o maldición pronunciada por madres y esposas, que en ocasiones logra modificar dichas conductas masculinas. La aparición física del diablo en forma de mujer foránea y catrina pone en eviden-

cia las contradicciones inherentes a los discursos referidos a femineidad y masculinidad prevalecientes en la cultura local.

BIBLIOGRAFÍA

- Armon-Jones, C. (1986). "The thesis of constructionism", en Harré, Rom (ed.), *The social construction of emotions*, Basil Blackwell, Oxford-Nueva York.
- Burton, R.J. (1995). *El diablo. Percepciones del mal, de la antigüedad al cristianismo primitivo*, traducción de G. Rufo Salcedo, Laertes, Barcelona.
- Collins, R. (1984). "The role of emotion in social structure," en Scherer, Klaus R. y Paul Ekman (eds.), *Approaches to emotion*, Lawrence Erlbaum Associates, Nueva Jersey-Londres.
- Delumeau, J. (1989). *El miedo en Occidente. Siglos XIV-XVIII*, traducción de Mauro Armijo, Taurus, Madrid.
- Denzin, N.K. (1990). "On understanding emotion: the interpretative-cultural agenda", en Kemper, Theodore D. (ed.), *Research agenda in the sociology of emotions*, State University of New York Press, Nueva York.
- Eliade, M. (1991). *Mito y realidad*, Labor, Barcelona.
- Escalante, G.F. (1992). *Política del terror*, El Colegio de México, México.
- Farberman, Harvey A. (1989). "The sociology of emotions: feedback in the cognitive and a-structural bases of symbolic interaction", en Franks, David D. y E. Doyle McCarthy (eds.), *The sociology of emotions: original essays and research papers*, Jai Press, Greenwich, Connecticut/Londres.
- Gordon, S.L. (1990). "Social structural effects on emotions", en Kemper, Theodore D. (ed.), *Research agenda in the sociology of emotions*, State University of New York Press, Nueva York.

- Hochschild, A.R. (1975). "The sociology of feelings and emotions: selected possibilities", en Millman, Marcia y Rosabeth Moss Kanter (eds.), *Another voice. Feminist perspectives on social life and social science*, Anchor Press/Doubleday, Garden City, Nueva York.
- (1983). *The managed heart: the commercialization of human feelings*, Berkeley-Los Ángeles.
- (1989). "The economy of gratitude", en Franks, David D. y E. Doyle McCarthy (eds.), *The sociology of emotions: original essays and research papers*, Jai Press, Greenwich, Connecticut/Londres.
- (1990). "Ideology and Emotion management: a perspective and path for future research", en Kemper, Theodore D. (ed.), *Research agenda in the sociology of emotions*, State University of New York Press, Nueva York.
- Kemper, T.D. (1990). "Themes and variations in the sociology of emotions", en Kemper, Theodore D. (ed.), *Research agenda in the sociology of emotions*, State University of New York Press, Nueva York.
- Limón, J.E. (1994). *Dancing with the devil: society and cultural poetics in mexican-american South Texas*, University of Wisconsin Press, Madison.
- Mathews, H.F. (1992). "The directive force of morality tales in a mexican community", en D'Andrade, Roy y Claudia Strauss (eds.), *Human motives and cultural models*, Cambridge University Press, Cambridge/Nueva York.
- McCarthy, E.D. (1989). "Emotions are social things: an essay in the sociology of emotions. en Franks, David D. y E. Doyle McCarthy (eds.), *The sociology of emotions: original essays and research papers*, Jai Press, Greenwich, Connecticut/Londres.

- Sprecher, S. y C. Sedikes (1993). "Gender differences in perception of emotionality: the Case of close Heterosexual relationships", en *Sex roles*, vol.28, núms.9/10.
- Taussig, M.T. (1980). *The devil and commodity fetishism in South America*, The University North Carolina Press, Carolina del Norte.
- (1987). *Shamanis, colonialism, and the wild man. A study in terror and healing*, The University of Chicago Press, Chicago/ Londres.
- Tomkins, S.S. (1982). "Affect theory", en Ekman, P. (ed.) *Emotion in the human face*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Umberson, Debra (1987). "Family status and health behaviors: social control as a dimension of social integration", en *Journal of health and social behavior*.
- Williams, C.L. (1995). *Still a man's world. Men who do women's work*, University of California Press, Berkeley.

Hogar, pobreza y bienestar en México

se terminó de imprimir en agosto de 1999
en los talleres de Editorial Conexión Gráfica, S.A. de C.V.,
Libertad 1471, Guadalajara, Jalisco, México, C.P. 44100.

La edición, que fue de 500 ejemplares, estuvo bajo
el cuidado de la Oficina de Extensión Universitaria
del ITESO.



9 789685 087070